



#FiloRetos
PARA LA VIDA
COTIDIANA

FILOSOFÍA **EN LA** **CALLE**

EDUARDO INFANTE

Ariel

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Instrucciones para leer este libro

Introducción: La chica que escapó de la caverna por una ventana

1. ¿Deberías contárselo todo a tu pareja?
2. ¿Debes obedecer siempre a la autoridad?
3. ¿Tiene importancia que tu pareja fisgue en tu móvil?
4. ¿Por qué existe el bullying?
5. ¿Eres tonto si puedes copiar en un examen y no lo haces?
6. ¿Podría ser el suicidio la solución a alguno de tus problemas?
7. ¿Sirve de algo rezar?
8. ¿Son malas las drogas?
9. ¿Qué es mejor, ser un friki o ser normal?
10. ¿Puedes pedirle a alguien que elija por ti?
11. ¿Has pensado qué vas a hacer si no alcanzas la nota suficiente para entrar en la carrera que qui
12. ¿Por qué en tus libros de texto no hay mujeres, homosexuales, inmigrantes...?
13. ¿Cómo se supera una ruptura sentimental?
14. ¿Cómo se afronta la muerte de un ser querido?
15. ¿Por qué nos da miedo la muerte?
16. ¿Cuánto necesitas comprar para ser feliz?
17. ¿Por qué hay gente que no es feliz? ¿Podrías llegar a ser uno de ellos?
18. ¿Deberías fiarte de la Wikipedia?
19. ¿Votarás en las próximas elecciones?
20. ¿Debería un hombre ser feminista?
21. ¿Cómo puedes saber si lo que sientes es amor?

- 22. ¿Robar está mal?
 - 23. ¿Decir «yo también» es lo mismo que decir «te quiero»?
 - 24. Si te quedases embarazada, ¿abortarías?
 - 25. ¿Las galas de Operación Triunfo son arte?
 - 26. ¿Es justo que tu compañero con síndrome de Asperger disponga de más tiempo que tú para...
 - 27. ¿Deberías hacerte vegetariano?
 - 28. ¿Implantarías un control parental en el cerebro de tu hijo?
 - 29. El arte de tener razón
- Epílogo: La vida fuera de la caverna
«Pensar con los ojos»: Propuesta para un cineclub
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

¿Cómo se supera una ruptura sentimental? ¿Cómo se afronta la muerte de un ser querido? ¿Cuánto necesitamos comprar para ser felices? ¿Decir «yo también» es lo mismo que decir «te quiero»? ¿Cuándo deberíamos fiarnos de la Wikipedia? ¿Debe un hombre ser feminista? ¿Sirve de algo rezar?

La filosofía comenzaron a practicarla hace más de dos milenios hombres libres que se reunían en las calles de las ciudades griegas para ejercitar el pensamiento. Esta obra pretende recuperar esa manera de hacer filosofía creando una plaza pública virtual. Cada capítulo te enfrentará a un problema de la vida contemporánea y te brindará algunas respuestas que los grandes filósofos han aportado. Aquí no encontrarás una única solución, sino respuestas alternativas e incluso contradictorias, y tendrás que ser tú el que juzgue cuál es la más válida; tendrás que mediar entre Kant y Bentham, Hobbes y Thoreau, Simone Weil y Platón...

Este libro transforma la asignatura de filosofía en bachillerato en un curso de lecciones socráticas cargadas de ironía, sentido del humor y referencias al cine. Una obra para todo aquel al que le apasione ejercitar el pensamiento y tomar parte activa en la discusión.

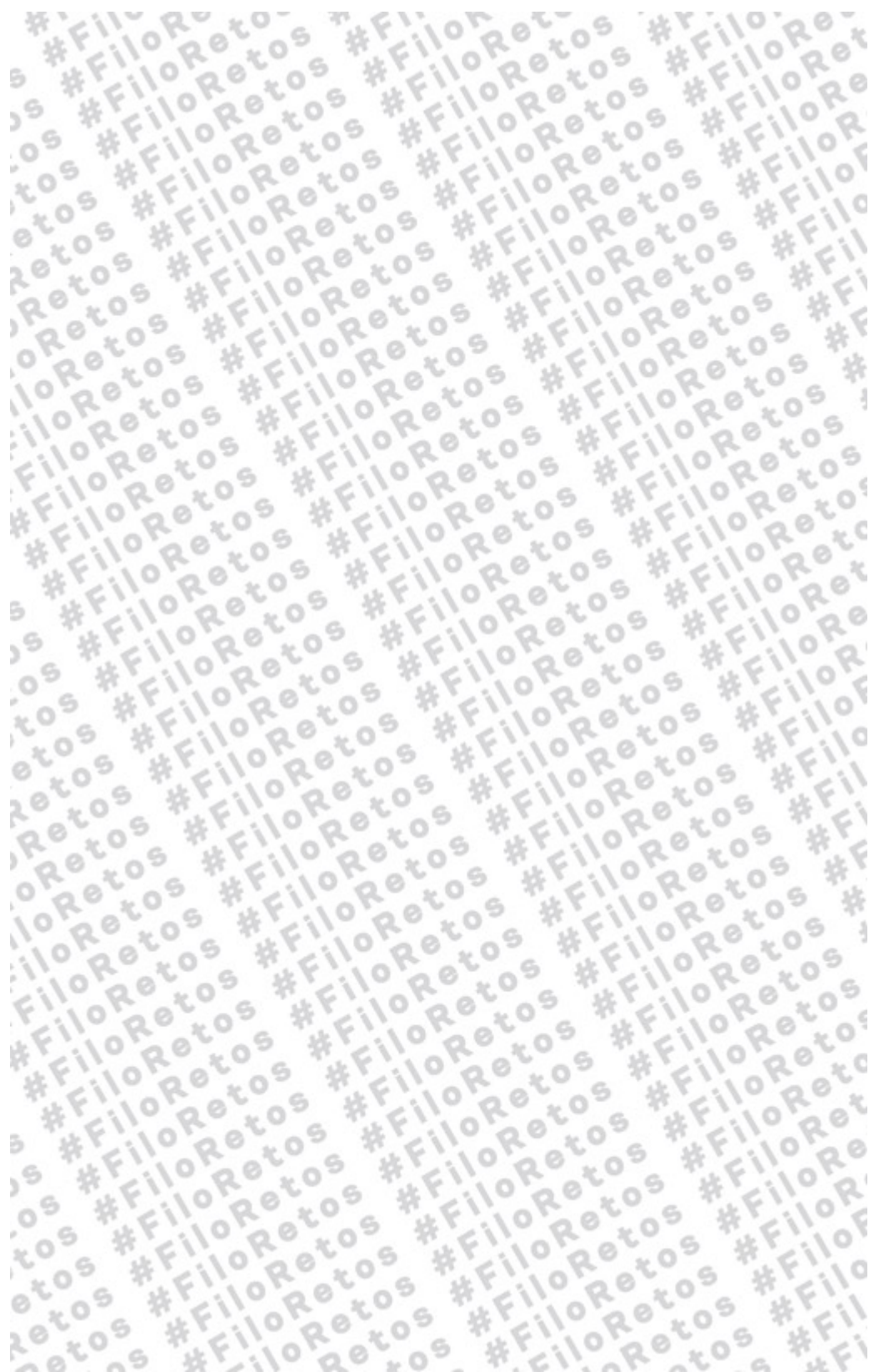
FILOSOFÍA
EN LA
CALLE

EDUARDO INFANTE

#FiloRetos PARA LA VIDA COTIDIANA

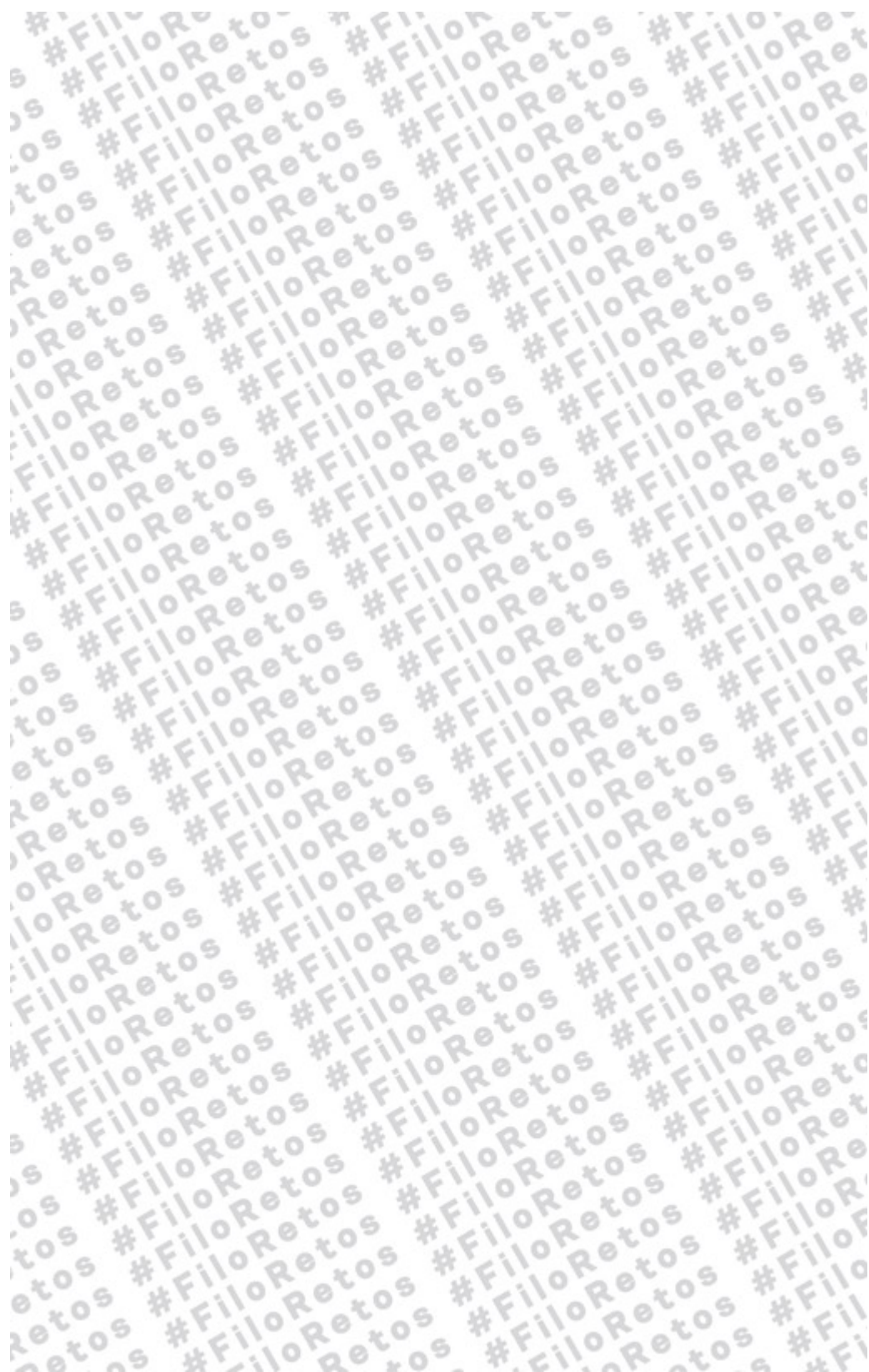
Ariel

A mis alumnos



Cuando alguien pregunta para qué sirve la filosofía, la respuesta debe ser agresiva ya que la pregunta se tiene por irónica y mordaz. La filosofía no sirve ni al Estado ni a la Iglesia, que tienen otras preocupaciones. No sirve a ningún poder establecido. La filosofía sirve para entristecer. Una filosofía que no entristece o no contraría a nadie no es una filosofía. Sirve para detestar la estupidez, hace de la estupidez una cosa vergonzosa. [...] En fin, hacer del pensamiento algo agresivo, activo y afirmativo. Hacer hombres libres, es decir, hombres que no confundan los fines de la cultura con el provecho del Estado, la moral o la religión. [...] Por muy grandes que sean, la estupidez y la bajeza serían aún mayores si no subsistiera un poco de filosofía que, en cada época, les impide ir todo lo lejos que querrían, que respectivamente les prohíbe, aunque sólo sea por el qué dirán, ser todo lo estúpida y lo baja que cada una por su cuenta desearía.

GILLES DELEUZE,
Nietzsche y la filosofía



Instrucciones para leer este libro

Tienes en las manos un libro de ejercicios para pensar.

La filosofía comenzó a practicarse como ejercicio del pensamiento hace más de dos milenios en las plazas de las ciudades griegas. Esta obra pretende recuperar esa manera de hacer filosofía y crear una plaza pública virtual, similar a aquéllas, a través de la cual los lectores nos acerquemos a dialogar sobre alguna de las preguntas que los ciudadanos de hoy nos formulamos.

Cada capítulo plantea una pregunta y te brinda algunas de las respuestas que la filosofía ha aportado a los problemas que la vida nos pone a todos. En ningún momento se te ofrecerá una única solución para cada pregunta. No es un libro de matemáticas, sino de filosofía, y debería servirte para ejercitar el pensamiento. Encontrarás respuestas contrapuestas para invitarte al debate, a que tomes partido por una de ellas y que seas tú mismo el que juzgue cuál de todas las alternativas te parece más válida.

Al final de cada capítulo encontrarás un código QR. Si lo escaneas con la cámara de tu teléfono móvil, tendrás acceso inmediato a un hilo de Twitter en el que puedes dejar tu opinión sobre el problema filosófico que acabas de leer. A través de esta red social debatiremos, nos cuestionaremos y aprenderemos juntos.

No importa la edad que tengas: si te gusta ejercitar el pensamiento y tienes un móvil a mano, estás invitado a practicar la filosofía; porque, como nos enseñó el filósofo griego Epicuro, nadie, por joven o por viejo que sea, debería esperar para ponerse a filosofar, pues nunca es ni demasiado pronto ni demasiado tarde para cuidar de la salud del alma.

Introducción

LA CHICA QUE ESCAPÓ DE LA CAVERNA POR UNA VENTANA

La filosofía no fue sólo una disciplina escolar, sino también un arte de vivir, una ascética para la felicidad en tiempos revueltos.

CARLOS GARCÍA GUAL,
La filosofía helenística

Hace casi veinte años, me encontraba explicando la metafísica de Aristóteles a un grupo de alumnos de segundo de bachillerato. Tenían el libro de texto abierto sobre el pupitre y tomaban nota en la libreta de lo que yo iba escribiendo en la pizarra. Había una chica sentada al fondo de la clase junto a una ventana que daba a la calle. No había abierto el libro. Se distraía mirando al exterior. Dejé la tiza en la mesa y caminé hacia ella.

—¿Qué es eso tan interesante que hay al otro lado de la ventana? Imagino que será más importante que el examen de la semana que viene —le pregunté con ironía.

—La vida —respondió la chica.

Fueron tan sólo dos palabras, pero me cayeron encima como una bomba de napalm que lo arrasara todo a su paso. Esas dos palabras me mostraron que, sin darme cuenta, había convertido mi aula en una caverna. Platón escribió una famosa alegoría sobre unos hombres que se encuentran prisioneros en el interior de una caverna, encadenados ahí desde que nacen, obligados a vivir con la vista fija en la pared de esa gruta. En la cueva hay otros hombres encargados de proyectar sombras de objetos contra la pared. Estas sombras son la única realidad que conocen los prisioneros, a quienes jamás se les ha mostrado el mundo real. Uno de ellos queda en libertad y se le permite salir para conocer la realidad. Este

hombre libre descubre que la caverna es un gran engaño y que lo que ha aprendido allí dentro nada tiene que ver con la vida: es el filósofo, que, a pesar de haber escapado, siente que su misión es regresar a las profundidades de la caverna para liberar a sus compañeros.

Contemplé mi aula: una pizarra llena de palabras extrañas que parecían sombras sobre la pared de la caverna. Los alumnos eran los prisioneros, anclados a sus pupitres y obligados a mirar continuamente un encerado sobre el que yo llevaba meses escribiendo cosas que poco, o nada, tenían que ver con sus vidas.

El filósofo estadounidense Michael Sandel nos contó, al recibir el premio Princesa de Asturias de Ciencias Sociales, la historia de Reginaldo, un joven que nació en una favela de Río de Janeiro y sobrevivía recogiendo objetos de valor de los contenedores de basura de los barrios ricos de la ciudad. Una vez encontró un libro roto y, aunque era analfabeto, se esforzó por entenderlo. El dueño de la casa junto a la que estaba el contenedor lo vio y le preguntó qué estaba haciendo. El libro roto contenía parte del diálogo de Platón sobre el juicio de Sócrates. El propietario de la vivienda, un profesor jubilado de filosofía, enseñó a Reginaldo a leer y a practicar la filosofía. Reginaldo se enamoró enseguida de la figura de Sócrates y hoy lidera los debates en la favela.

Yo también me enamoré de la filosofía con ese mismo texto: Sócrates ha sido siempre un referente como hombre, filósofo y maestro. La filosofía nació en los foros de las ciudades griegas, no en las aulas, y Sócrates nos enseñó que ejercerla es debatir en la plaza pública acerca de lo justo y lo injusto, la verdad o la felicidad. Tal como nos recuerda Sandel: «La filosofía no sólo pertenece al aula, sino también a la plaza pública, donde los ciudadanos deliberan sobre el bien común».

Por desgracia, olvidé este sentido práctico de la filosofía cuando comencé a dar clases. Los profesores corremos el peligro de convertir nuestras aulas en cavernas, desconectadas de los problemas y las inquietudes de nuestros alumnos: algunos libros de texto de filosofía parecen diseñados para aburrir, como si el verdadero propósito fuese evitar que los estudiantes piensen. Debe

de ser que a algunos les resulta útil formar jóvenes capaces de memorizar las páginas de un libro repleto de tecnicismos, vomitarlas en un examen y olvidarlas por completo al día siguiente, y en cambio les resulta contraproducente educar a jóvenes capaces de cuestionar la realidad en la que viven y someterla a una constante crítica. Casi da la impresión de que algunos libros de filosofía estén escritos con un lenguaje oscuro y críptico con la intención de que el poderoso mensaje que encierran quede oculto al pueblo. El currículo oficial selecciona unos temas, pero oculta otros: curiosamente, los contenidos y los autores que quedan fuera de las aulas suelen ser los más subversivos y peligrosos.

Al leer el programa oficial, da la sensación de que la filosofía sólo se ha centrado en problemas metafísicos, difíciles de entender y desconectados de las preocupaciones cotidianas de la mayoría de la gente. De igual manera, se puede concluir que la filosofía es una disciplina exclusiva de varones aristócratas occidentales lo suficientemente ociosos como para discutir sobre cuestiones que a nadie le interesan. Pero hubo un tiempo en el que la filosofía no «le buscaba los tres pies al gato», sino que hablaba a todos y a todas, de manera simple y clara, sobre problemas cotidianos y urgentes.

El maestro Sócrates practicaba la filosofía en la calle con sus vecinos. El filósofo francés Michel Onfray nos recuerda que por entonces la filosofía era popular y se entendía como un arte de pensar la vida y de vivir tu pensamiento. Partiendo de esta misma idea, la filósofa estadounidense Martha Nussbaum afirma que los antiguos griegos y romanos concibieron la filosofía como un medio para afrontar las dificultades más poderosas de la vida humana. La practicaban no como una técnica intelectual elitista, sino como un arte comprometido cuyo fin era luchar contra la infelicidad. Estos filósofos centraban su atención en cuestiones de importancia cotidiana y urgente para el ser humano: el temor a la muerte, el amor y la sexualidad, la cólera y la agresividad. Pero en cierto momento de nuestra historia se le arrebató la filosofía al pueblo para encerrarla en las bibliotecas de los despachos de técnicos y «especialistas», que escribían en un latín que sólo ellos podían leer e interpretar. Con posterioridad, esta lengua fue sustituida por un

conjunto de tecnicismos y «palabros» extraños que únicamente podían comprender los iniciados; y así, la filosofía se ha convertido en una asignatura de bachillerato en la que los profesores volvemos una y otra vez a comentar textos ininteligibles que los alumnos tienen que estudiar obligatoriamente, pero que nadie sabe muy bien para qué sirven.

El día después de que esas dos palabras resonasen en el aula cerramos el libro de texto, borramos la pizarra, salimos a la calle y continuamos la clase en un parque. Pregunté a los estudiantes cuáles eran los problemas que los inquietaban de verdad. ¿Sus respuestas? El amor, la muerte, el miedo a fracasar, la injusticia, el paso del tiempo, la mentira, el sexo, Dios, el suicidio, la felicidad, la droga, la política, el machismo, la violencia, etcétera. Fuimos buscando y escogiendo a filósofos que tenían respuestas para sus problemas y dialogamos juntos sobre ellas. Hacer filosofía en la calle nos mostró a todos el sentido de esta maravillosa disciplina que siempre tuvo la aspiración de transformar la vida.

Y éstos son los problemas de los que trata este libro.

Desde aquella clase en el parque, siempre, al comenzar un nuevo curso, recuerdo a la chica que se escapó de la caverna por la ventana y, en honor a ella, abro las ventanas del aula para contemplar el mundo real. Una de las que uso desde hace unos años es Twitter, porque las redes sociales son unas nuevas plazas públicas desde las que sacar la filosofía a la calle, para dialogar juntos y recuperar la dimensión práctica que esta disciplina no debió perder nunca. En los años setenta, un fotógrafo tomó la imagen del filósofo francés Michel Foucault con un altavoz en la mano frente a la fábrica de Renault, haciendo filosofía con los trabajadores que se encontraban en huelga por la muerte de su compañero Pierre Overney, asesinado por repartir panfletos. Foucault nos enseñó así que la filosofía también debe estar presente en los nuevos espacios. Hoy nuestros teléfonos móviles pueden convertirse en el megáfono que en 1972 sacó la filosofía a la calle tras escaparse por las ventanas de las aulas de la Universidad de París. Este libro es una

ventana para salir de nuevo a las calles a hacer filosofía. Está escrito para la chica que me rescató un día de la caverna y para todos aquellos que deseen pensar la vida y vivir su pensamiento.

#FiloSeto_1



Kant. Elizabeth Anscombe. Sócrates. Jeremy Bentham.
J. S. Mill. Philippa Foot. Judith Jarvis Thomson.
Michael Sandel

Una noche de verano, en una fiesta, la libido se te sube por las nubes, el alcohol te corre por las venas como un caballo desbocado y terminas liándote con alguien a quien no volverás a ver nunca más. A la mañana siguiente te despierta un mensaje de móvil de tu pareja dándote los buenos días, recordándote lo mucho que te quiere y te echa de menos... ¿Qué debes hacer? ¿Se lo cuentas o callas como una tumba? ¿No contar algo es mentir? ¿La mentira es siempre inmoral? ¿Puede una mentira ser correcta si conlleva consecuencias positivas para todos los afectados? Si estás hecho un mar de dudas, puedes pedir cita con algunos de los filósofos que dedicaron su tiempo a reflexionar sobre el valor moral de la mentira. Escucha atentamente lo que tiene que decirte cada uno de ellos y luego elige: la responsabilidad es tuya; las consecuencias, también.

Los cuernos y el deber

Empecemos por Kant (1724-1804), considerado como uno de los más grandes filósofos de todos los tiempos, que estuvo a punto de tener que dedicarse a la fabricación de cinturones de cuero si no llega a ser porque sus padres hicieron horas extra para que él pudiera tener una carrera. Según cuentan, tenía una memoria colosal: durante una conferencia describió con enorme exactitud la arquitectura del puente de Westminster y un inglés que se encontraba entre el público le preguntó cuándo había estado en Londres y dónde había estudiado arquitectura. La respuesta de Kant fue que todo lo que sabía sobre el puente lo había leído.

Era un hombre que seguía una rutina tan exagerada que los vecinos ponían los relojes en hora cuando pasaba ante sus puertas. En una ocasión desapareció durante un par de días y sus amigos pensaron que le había ocurrido algo grave: lo encontraron en casa, donde había pasado todo ese tiempo leyendo una obra de Jean-Jacques Rousseau, uno de sus autores favoritos. Kant decía que cuando leía a Rousseau tenía que hacer dos lecturas, porque en la primera se maravillaba tanto con la belleza del estilo del filósofo suizo que no se fijaba en el contenido de la obra.

Kant estuvo a punto de contraer matrimonio dos veces, pero en ambas ocasiones se echó atrás en el último momento. Solía decir que casarse era bueno, pero que no hacerlo era mejor. Pese a ello, curiosamente, hoy en día existe la tradición de que los recién casados depositen flores al pie de la tumba de Kant.

Fue un gran defensor de la Ilustración, que para él consistía en la voluntad de dejar de ser menor de edad, tutelado por dioses y autoridades, y atreverse a pensar por uno mismo.

Si le consultaras a este viejo profesor de la Universidad de Königsberg (la actual ciudad rusa de Kaliningrado), te diría algo así como:

Tienes que cumplir con tu deber, es decir, has de hacer lo correcto, incluso cuando las consecuencias vayan en contra de tu felicidad o la de la persona a la que amas. Si quieres, puedes no afrontar tu deber, pero al menos no intentes convencerme de que el incumplimiento de tus obligaciones morales es lo correcto. Eso es tan sólo un autoengaño para mantener a la conciencia tranquila.

Llegados a este punto, probablemente le preguntarías al filósofo alemán cómo saber cuál es tu deber en este caso concreto de los cuernos. ¿Tu obligación es decir la verdad o evitar el dolor de tu pareja?

Kant desarrolló una fórmula para establecer los principios y las normas que deberían guiar nuestra conducta con el fin de que este mundo fuera mejor. La llamó «imperativo categórico», porque los deberes morales tienen forma de un mandato que nos obliga a todos de manera categórica, es decir, sin condiciones ni excepciones.* La clave para saber cuáles son tus obligaciones morales está en la universalización: si lo que pretendes hacer puede llegar a ser un deber para cualquier persona en las mismas circunstancias, habrás descubierto por ti mismo qué tienes que hacer. Para descubrir cuáles son tus obligaciones morales no necesitas consultar ningún código ético ni religioso, sino ejercitar la razón. La próxima vez que quieras actuar moralmente tienes que asegurarte de poder decir: «Ojalá todo el mundo en estas mismas

circunstancias actuase de idéntica manera en que voy a hacerlo yo». De esta forma, todos somos fines y no simples instrumentos en manos de otros. La mentira, por ejemplo, no puede ser nunca moral porque nadie (en su sano juicio) puede desear que los demás le engañen. Kant cree que nuestra propia condición humana nos obliga a determinados imperativos: aquellos que deberíamos cumplir por el simple hecho de nuestra condición de seres racionales. Debemos actuar siguiendo únicamente normas que queramos que guíen no sólo nuestra acción, sino la de cualquier ser humano.

Ahora aplica el imperativo categórico a los cuernos de tu novia y responde a estas preguntas: ¿desearías que tu pareja te fuese infiel? ¿Que te ocultase su infidelidad? ¿Crees que un mundo en el que todos usásemos la mentira sería mejor? Si tu respuesta ha sido negativa, entonces tu deber es invitar a tu pareja a tomar algo, mirarle a los ojos y contarle lo ocurrido. Aunque no hace falta que te pases: el imperativo categórico no te obliga a relatar todos los detalles y pormenores de la infidelidad. Si quieres ser una buena persona, debes cumplir con tus obligaciones, asumiendo que muy probablemente los dos vais a sufrir y que vuestra relación quedará dañada. Al menos podrás mirarte de nuevo al espejo y recuperar la dignidad, porque eres un ser racional y autónomo.

Tus cuernos y un asesino en tu puerta

¡Espera! No te lances sin más a aplicar el imperativo categórico con tu pareja; puede que Kant estuviese equivocado al afirmar que nunca debemos mentir. Ya habrá tiempo de confesar tus cuernos si es eso lo que realmente debes hacer. Los críticos de las ideas éticas de Kant recuerdan un caso en el que se hace muy difícil la aplicación del imperativo categórico.* Imagina que un buen amigo tuyo llama a la puerta de tu casa y te pide que lo escondas porque un despiadado asesino le está dando caza. Tú, que eres una persona deseosa de tener una moral intachable, no dudas ni un segundo de que tu deber es dejar que tu amigo se refugie en alguna de las habitaciones de tu casa. Hasta aquí, la aplicación del

imperativo categórico no nos da ningún problema. Pero, de repente, llaman de nuevo a tu puerta y te encuentras frente al asesino, que porta una enorme hacha a lo Jack Nicholson en *El resplandor* (Stanley Kubrick, 1980) y te pregunta si tu amigo se encuentra en tu casa. ¿Debes decir la verdad? ¿Qué es lo correcto? ¿A qué te obligaría el imperativo categórico? Si este dilema te parece rebuscado, te invito a que veas la secuencia inicial de *Malditos bastardos* (Quentin Tarantino, 2009), en la que un granjero de la campiña francesa, que esconde a una familia de judíos en el sótano de su casa, recibe la visita de un convoy de militares alemanes liderados por el coronel Hans Landa, también conocido como *el Cazajudíos*. Hans se sienta en el comedor de la casa, se enciende una pipa y le dice al granjero:

Mi trabajo sería ordenar a mis hombres que entren en su casa para realizar un registro antes de quitar el apellido de su familia de mi lista y anotar cualquier irregularidad que encuentre y seguro que las habrá. A menos que tenga algo que decirme que haga que el registro sea innecesario. Y debo añadir que cualquier información que facilite el desempeño de mi deber no será motivo de castigo. Todo lo contrario, será debidamente recompensada.

Si la aplicación del imperativo categórico nos fuerza a no hacer excepciones, debemos concluir que estamos obligados moralmente a decir la verdad tanto al *Cazajudíos* como al asesino del hacha.

La fuerza de este dilema está en el hecho de que, según nuestro sentido común, en estas circunstancias lo correcto es pasarse el imperativo categórico por el arco del triunfo. A pesar de todo, Kant considera que, incluso en un caso tan extremo como éste, hemos de decir la verdad. Un deber moral es válido en todas las circunstancias y tenemos que cumplirlo a pesar de las consecuencias. Si yo digo la verdad y mi amigo muere, la responsabilidad no sería mía, sino del asesino. Yo he cumplido con mi deber moral; por tanto, no sería culpable de esa muerte. En

cambio, si mintiese al asesino y éste se escondiese a la espera de que mi amigo saliese de casa y, cuando lo hiciera, le asestase un par de buenos hachazos, esa muerte recaería sobre mi conciencia.

Mentir no siempre está mal

La filósofa Elizabeth Anscombe (1919-2001) estaba de acuerdo con Kant en que existen normas morales universales. Esta pensadora fue coherente con sus ideas y durante su vida hizo siempre lo que consideró que era lo correcto, sin importarle las consecuencias. En 1956 se opuso públicamente a la decisión de la Universidad de Oxford, en la que ella había estudiado, de conceder el título de doctor *honoris causa* al expresidente estadounidense Harry Truman, por la responsabilidad de éste en el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Elizabeth Anscombe escribió que Truman era un asesino por las decisiones que había tomado en la Segunda Guerra Mundial. Para la filósofa, «que los hombres decidan matar a inocentes como medio para sus fines [...] es un asesinato». Esta profesora de Cambridge estaba de acuerdo con Kant en que hay determinadas cosas que no deben hacerse nunca, aunque las consecuencias sean tan positivas como el final de una guerra. A pesar de ello, Elizabeth Anscombe no coincidía con el filósofo alemán en que decir siempre la verdad fuera una de esas normas morales absolutas. Prueba, por ejemplo, a realizar el siguiente experimento: oblígate durante un solo día a decir siempre y sin excepción la verdad. No te permitas ni una de las denominadas *mentiras piadosas*. Lo más probable es que al final del día te hayas convertido en una persona insensible y maleducada. Para Elizabeth Anscombe, la regla de «no mentir» no es un imperativo categórico porque no es universalizable; por lo tanto, debes seguir reflexionando antes de decidir si confiesas o no tu infidelidad. Pero, en lugar de empezar cuestionándote qué debes hacer, Elizabeth Anscombe considera que tendrías que comenzar preguntándote qué es una buena persona y qué cosas hacen que alguien sea una buena persona. Prueba a identificar a alguien en concreto a quien

consideres una buena persona. Una vez que lo hayas reconocido, pregúntate cuáles son los rasgos que lo convierten en buena persona y, seguidamente, cuestionate si el uso de la mentira en tu situación es coherente con esas cualidades.

El gran maestro Sócrates (470-399 a. C.) fue un gran defensor de la justicia, del bien y de la virtud, y, sin embargo, no opinaba que decir siempre la verdad fuese algo bueno. Según cuentan, en cierta ocasión tuvo una conversación con uno de sus conciudadanos, llamado Eutidemo. Sócrates le preguntó si engañar es algo malo; su interlocutor le contestó que por supuesto que sí. Entonces, el maestro le planteó el siguiente caso: imagina que tienes un amigo tan deprimido que es posible que intente suicidarse. Si le escondiésemos su cuchillo para evitar esto, ¿acaso no le estaríamos mintiendo? Y, en esta situación, ¿qué es lo correcto: engañar o no hacerlo? Sócrates, a través de una serie de preguntas, demuestra a su vecino que no hay recetas fáciles que nos indiquen qué es lo correcto. El maestro no está defendiendo la mentira, sino la necesidad de razonar. La mayoría de nosotros vamos por la vida como controlados por un piloto automático, dando por hecho que nuestras opiniones sobre lo que está bien y lo que está mal son correctas. Pero si queremos llegar a ser buenas personas, debemos dedicar tiempo a reflexionar e indagar sobre la justicia. Para Sócrates, ser bueno no implica tener un cuerpo bello, fuerte o sano, porque una persona no es su cuerpo, sino su alma. Así que, si quieres mejorar, deberías dedicar menos tiempo a matarte en el gimnasio, porque sólo la justicia puede perfeccionar tu alma. Sócrates te miraría a los ojos y con una sonrisa picarona te preguntaría: ¿cómo vas a practicar la justicia, alma de cántaro, si no la conoces? ¿Se puede ejercer de médico sin saber nada de medicina o tocar un instrumento sin tener ni pajolera idea de música? Sócrates está convencido de que, como paso previo para llegar a ser buena gente, debes dedicar tiempo a conocer qué es la justicia. Si el maestro se enterase de que algunos intentan eliminar la asignatura de ética del sistema educativo, se echaría las manos a la cabeza. Una sociedad sólo puede ser justa si sus ciudadanos lo son, y éstos únicamente pueden llegar a serlo si practican la ética.

Para Sócrates, esta última no consiste en memorizar una serie de normas y aplicarlas mecánicamente, sino en aprender a razonar qué es lo correcto en cada circunstancia concreta. Se trata de enseñar a los jóvenes cómo pensar, no qué pensar.

Sobre el tema de los cuernos, Sócrates no consideraría que eres una mala persona, sino un ignorante. Te equivocaste al resolver un problema ético por la misma razón que suspendes matemáticas. Tu falta de conocimiento de la justicia hizo que te equivocases al elegir: optaste por un placer pasajero en vez de por ser fiel a un compromiso al que te ligaste libremente. Lo hecho hecho está, pero, a partir de ahora, dedica algo de tiempo a reflexionar sobre lo que haría una persona justa porque la injusticia daña el alma de tal manera que quien la comete siempre pierde más de lo que gana. Sobre la confesión o no de tu crimen, debes preguntarte: ¿qué haría una persona justa: eludiría su responsabilidad con engaños o admitiría su falta? En el caso del hombre deprimido, la persona justa usaría el engaño porque busca salvar la vida de su amigo. En el caso de tus cuernos, ¿qué buscas: salvar a tu pareja o salvarte a ti?

Los cuernos y la felicidad

Veamos ahora qué tiene que decirte Jeremy Bentham (1748-1832), padre del utilitarismo, una de las corrientes del pensamiento ético más importantes. Este filósofo inglés te diría que ni se te ocurra seguir los consejos de Kant, a no ser que quieras empeorar el problema.

Por cierto, antes de leer las ideas que este filósofo inglés tiene para ti, déjame contarte una de las anécdotas más *gore* de la historia de la filosofía. Bentham fue uno de los fundadores del prestigioso University College de Londres y, hoy en día, sigue participando en las reuniones de su consejo académico. ¿Cómo es posible esto? Es muy fácil. El filósofo, antes de morir, dejó en su testamento unas claras instrucciones para que embalsamasen su cuerpo, lo vistiesen con su ropa favorita y lo expusiesen en una

vitrina en pleno vestíbulo de la universidad. En los estatutos del University College se establece además que en las reuniones del consejo debe estar presente la momia del pensador, aunque ya sin voz ni voto. Si estás en Londres y te apetece rendirle honores, recuerda que la cabeza de la momia no es la original. Ésta se fue pudriendo poco a poco y terminaron cambiándola por una de cera. Otra de las razones para sustituirla fue que se institucionalizó la tradición entre los estudiantes de robarle la cabeza al muerto para esconderla por la universidad o jugar al fútbol con ella.

Y ahora volvamos al tema de tu infidelidad. El filósofo momia te propone una sencilla regla para que descubras por ti mismo qué es lo correcto en este asunto de los cuernos. Se trata de lo que él llamó el «principio de utilidad»: si quieres hacer el bien, deberás llevar a cabo la acción que aumente la felicidad de la mayoría de los afectados. Sin embargo, debes tener en cuenta dos condiciones: la primera es que la felicidad de cada uno vale exactamente lo mismo que la de cualquier otro. Es decir, la tuya propia o la de las personas a las que quieres tienen exactamente el mismo valor que la de los demás. La segunda condición es que debes entender la felicidad como el aumento del placer o la disminución del dolor de las personas afectadas por dicha acción. Para simplificar todavía más la cosa, Bentham diseñó una especie de algoritmo que calcula el grado de felicidad de una acción y, por tanto, su moralidad. El cálculo sólo tiene en cuenta valores cuantitativos como la duración o la intensidad, ya que para el filósofo inglés no hay diferencia cualitativa entre placeres. El placer que te aporta la amistad y el que te genera una buena comida es esencialmente el mismo: sus diferencias sólo son de grado. Dicho lo cual, si aplicamos el principio de utilidad al marrón que tienes entre manos, la cosa es bien sencilla: tienes que callar, tal como Bentham hace hoy en día en las reuniones del consejo del University College de Londres. Pasa página, olvídate de todo, sé feliz y haz feliz a los demás. Si hablas, lo único que conseguirás es aumentar el sufrimiento en este mundo. Tu pareja sufrirá, tú también y las empresas que venden regalos en San Valentín padecerán las consecuencias. La mentira no es mala en sí misma: su maldad o su bondad dependen de las

consecuencias que genere. Para que comprobases esto, Bentham te invitaría a ver la película *Good Bye, Lenin!* (Wolfgang Becker, 2003), que nos relata cómo, unos días antes de la caída del muro de Berlín, una mujer orgullosa de sus ideas comunistas entra en coma. Cuando despierta, los médicos le dicen a su hijo que debe permanecer en reposo y no padecer ningún sobresalto. Alex, su hijo, hará lo imposible para que su madre no sepa que el capitalismo ha triunfado en su país. Ella vivirá en una amorosa mentira creada por su hijo.

John Stuart Mill (1806-1873) estaría de acuerdo con la ideas de Bentham, aunque introduciría algunas correcciones. La más importante de todas es que deberías modificar un aspecto de tu cálculo de la felicidad. Debes tener en cuenta no sólo la cantidad, sino, sobre todo, la calidad del placer. Te equivocarás si piensas que los placeres son todos iguales, ya que existen algunos más elevados que otros. Y a la hora de aplicar el algoritmo y tomar decisiones debes perseguir los placeres que desarrollan las capacidades específicamente humanas. Un cerdo puede disfrutar del placer de una buena comida al igual que un hombre, pero nunca lo hará de una conversación con un amigo. Por eso, Stuart Mill te aconseja que, si tienes que elegir, es mejor ser un ser humano insatisfecho que un cerdo satisfecho; es preferible ser un Sócrates insatisfecho que un idiota satisfecho.

¿Y sobre los cuernos, qué? Pues Mill te aconsejaría que no le dijeras nada a tu pareja, pero que reflexionases sobre lo que ha pasado. Intenta controlar tus apetitos a partir de ahora y cultiva placeres que te hagan mejor persona. La próxima vez que vayas al pueblo, haz deporte, lee, busca a alguien interesante con quien conversar, escribe, disfruta de una buena película y mantén tu libido limitada a tu cuarto de baño.

Tranvías y gordos

Si el imperativo categórico de Kant tuvo que enfrentarse al dilema del asesino en la puerta, existen también otros que cuestionan el cálculo de la felicidad de los utilitaristas. El primero de ellos es el que planteó la filósofa británica Philippa Foot (1920-2010) en un artículo de 1967: imagina un tranvía desbocado y sin frenos que se dirige hacia cinco obreros que están trabajando en la vía. No puedes avisarles ni tampoco puedes parar el vehículo, pero sí puedes accionar una palanca que lo desviará hacia otra vía en la que se encuentra un único trabajador. ¿Debes accionar la palanca? En este dilema, el principio de utilidad parece resistir, porque parece que lo correcto es salvar la vida de un mayor número de gente accionando la palanca.

Pero existe otra formulación de este dilema, creada por la filósofa estadounidense Judith Jarvis Thomson. Ahora te encuentras en un puente y observas cómo el tranvía se dirige hacia los cinco trabajadores. Siendo como eres un experto en este tipo de vehículos, enseguida te das cuenta de que sólo hay una forma de detenerlo: empujando a un pobre hombre gordo que está a tu lado. Él morirá, pero al menos los cinco trabajadores salvarán sus vidas. ¿Empujarías a ese hombre con sobrepeso? En esta circunstancia, el principio de utilidad se tambalea. Nuestro sentido común nos dice que en este caso es inmoral disponer de la vida de un hombre para salvar la de cinco.

El filósofo Michael Sandel propone otra variante de este tipo de dilemas contra el principio de utilidad: imagina que eres un cirujano y que tienes a cinco pacientes enfermos que necesitan cinco trasplantes de órganos diferentes o morirán. En la habitación de al lado tienes a un paciente ya recuperado, aunque dormido, y con unos órganos sanísimos. ¿Podrías llegar a matarlo para salvar cinco vidas?

Estos tres dilemas te ponen las cosas muy difíciles para aplicar el principio de utilidad a la ligera. No parece que esté probado que una acción sea buena si las consecuencias para la mayoría de los afectados son positivas. No deberías estar tan seguro de que mentir

a tu pareja sea lo correcto simplemente porque parece lo mejor para todos. ¿Imperativo categórico o principio de utilidad? ¿Deber o felicidad? Te toca a ti elegir.



<https://twitter.com/eledututor/status/1061519719298154497>

#FiloReto_2

¿DEBES OBEDECER **SIEMPRE** A LA AUTORIDAD?

Tomás de Aquino. Thoreau.
Hobbes

Imagina que tus padres entran en tu habitación y te comentan que tienen que hablar contigo. Se sientan en tu cama y comienzan una conversación diciendo lo mucho que te quieren, lo importante que eres para ellos y cuánto se preocupan por tu bienestar; cuando les pides que vayan al grano, te sueltan que no quieren que vuelvas a ver más a tu pareja porque, según ellos, no te está haciendo ningún bien.

Imagina también que tu jefe te llama a su despacho y te ordena que engañes a uno de tus clientes para colocarle un producto que ambos sabéis que es una estafa... ¿Estás obligado a obedecer?

Tu madre manda, pero tu conciencia manda mucho más

Tomás de Aquino (1225-1274) es un filósofo medieval que puede ayudarte en esta discusión con tus padres o con tu jefe. En tan sólo veinte años escribió ciento treinta obras en las que reflexionó sobre multitud de temas, entre ellos la obediencia a la autoridad.

Él también tuvo problemas con su familia. Sus padres habían decidido su futuro por él: cuando terminase los estudios debería suceder a su tío al frente de la abadía de Montecasino. El que se convertiría en uno de los filósofos medievales más importantes decidió no respetar la voluntad de sus padres, sino ingresar en el convento de los dominicos, como un fraile más, renunciando al lugar que tenía predestinado en la jerarquía eclesiástica. La familia no se mostró conforme con la decisión que Tomás de Aquino había tomado y sus hermanos lo raptaron y encerraron durante más de un año en una torre del segundo de los castillos que poseía la familia con la intención de obligarlo a que cambiara de opinión. Sus hermanos usaron todos los medios a su alcance para que entrase en razón; incluso en una ocasión contrataron los servicios de una prostituta, pero cuando la pobre señora intentó arremangarle el hábito para que lo colgase definitivamente, Tomás la amenazó con un leño encendido. Los padres del filósofo no consiguieron su propósito y finalmente le permitieron cumplir su voluntad.

Espero que tus padres no compartan los mismos métodos de orientación laboral y te encierren en una habitación hasta que «entres en razón».

Tomás debía de ser gordo y muy tímido. Sus compañeros de clase le pusieron como mote *Buey mudo* y lo convirtieron en el objeto de sus burlas. Como puedes ver, el *bullying* no es un problema exclusivo de tu generación. Tomás se enfrentó al acoso con determinación y nos enseñó que, a veces, las palabras de Nietzsche son ciertas: «Lo que no me mata me hace más fuerte». Un día, su maestro, Alberto Magno, encontró unos papeles en el suelo, los leyó y quedó admirado de su contenido.

—¿De quién son estos escritos? —preguntó a sus alumnos.

Los compañeros de Tomás no perdieron la ocasión de reírse de él.

—¡Del Buey mudo! —gritaron, señalándolo.

Alberto los interrumpió en seco.

—Ustedes llaman a Tomás «Buey mudo», pero yo les anticipo que los sabios mugidos de este buey se escucharán por todo el mundo.

Y así ha sido. Tomás se convirtió en uno de los pensadores más extraordinarios que ha habido y sus mugidos todavía resuenan en las aulas del siglo XXI. De todos aquellos que lo humillaron no sabemos nada.

Pero volvamos a tu habitación. Una vez que tus padres salen de ella y te quedas a solas, es hora de pensar en el problema que tienes entre manos y determinar qué deberías hacer. La filosofía de Tomás de Aquino puede ayudarte a tomar una decisión. Él te diría que observes tu manera de vivir en un mundo lleno de diferentes tipos de normas y cómo, a veces, algunas se contradicen entre sí. Lo que te manda una autoridad puede ser justamente lo que otra te prohíbe. En tu caso, si lo analizas con calma, comprobarás que, por un lado, existe la obligación que te imponen tus padres; pero, por otro, en tu interior resuena otra norma que te fuerza a no hacer cosas que tu razón entiende que son injustas. ¿A cuál de las dos

deberías seguir: a la autoridad o a tu razón? Tomás cree que las leyes que son contrarias a lo que tu razón considera como justo no te obligan en conciencia y que, por tanto, es lícito desobedecerlas.

Tu deber moral es declararte en objeción de conciencia y rebelarte contra la decisión de tus padres, aunque las consecuencias de este acto puedan ser nefastas para ti. No hay castigo que pueda atemorizar de tal manera a un hombre que actúa en conciencia. Ahora bien, no debes confundir actuar en conciencia con hacerlo movido por lo que te conviene o lo que te apetece. Si un amigo te presta dinero, no puedes decirle que no se lo devolverás porque pagar deudas va en contra de tu conciencia. Pero, si consideras que es injusto que tus padres decidan por ti a quién amar o qué estudiar, tu deber es desobedecer, y tendrás a Tomás de Aquino junto a ti como fiel aliado. Si te castigan, además de citar a tus padres las ideas de Tomás, puedes recordarles las palabras que, según se cuenta, el filósofo español Miguel de Unamuno espetó a José Millán-Astray, fundador de la Legión española, el 12 de octubre de 1936: «Venceréis, pero no convenceréis». Puede que después de pronunciarlas te lleves un buen sopapo, pero esa noche te irás a la cama con la cabeza bien alta y la conciencia tranquila.

Desobedecer, además de divertido, puede ser justo

Si decides finalmente llevar a cabo un acto de desobediencia contra la autoridad, hay un filósofo estadounidense que se pondría de tu parte: Henry David Thoreau (1817-1862). Este pensador nació en Concord, un pueblecito del estado de Massachusetts del que apenas salió en toda su vida. Sobre su experiencia como viajero, reconocía con ironía: «He viajado mucho, por Concord». Pero eso no impidió que sus revolucionarias ideas lo hiciesen por él, a través de sus libros, hasta el punto de inspirar a personajes que lideraron grandes revoluciones como Mahatma Gandhi o Martin Luther King.

Thoreau fue un hombre libertario y desobediente. No le gustaba la autoridad y por eso afirmó que «el mejor gobierno es el que gobierna menos». Su buen amigo, el escritor y filósofo Ralph Waldo

Emerson, dijo de él que siempre necesitó alguna mentira que denunciar y alguna tontería que poner en la picota; no le costaba ningún esfuerzo negarse a algo y, de hecho, le resultaba mucho más fácil que decir que sí. Fue también un gran defensor de la naturaleza, muchos años antes de que surgiesen los movimientos ecologistas. Thoreau vivió como una obligación moral la defensa de los pueblos indígenas frente a su exterminio y su reclusión en reservas, y luchó apasionadamente contra la esclavitud.

También reivindicó el derecho a la pereza. Cuando terminó su estudios en la Universidad de Harvard, le tocó pronunciar el discurso de graduación; a Thoreau no se le ocurrió otra cosa que defender, delante de un público puritano que creía que, si no te matabas trabajando, Dios te enviaba a achicharrarte en el infierno, que teníamos que darle la vuelta al tercer mandamiento divino y trabajar un solo día a la semana para descansar los otros seis.

Desde muy joven le gustó hacer saber a los demás lo que pensaba y tocar las narices a todo el mundo que se creyese con autoridad para decirle qué tenía que opinar o cómo había de vivir. Lo que más le apasionaba en la vida era leer y tuvo tres grandes héroes en su vida: Walt Whitman, un poeta maldito; Joe Polis, un guía indio que se movía por los bosques como pez en el agua, y John Brown, el comandante en jefe del primer ejército que se levantó en armas contra la esclavitud en Estados Unidos.

Thoreau es el único estudiante de la historia de Harvard que no posee título universitario a pesar de haber terminado con éxito todos sus estudios. La razón de este insólito hecho es que se negó a pagar el dólar que la universidad cobraba por sellar sobre un papel con su nombre. El filósofo consideraba que ya había pagado demasiado a la universidad durante sus años de estudios y dijo con ironía que era mejor dejar que las ovejas conservasen la piel (por aquel entonces los diplomas universitarios se fabricaban con la piel de estos bucólicos animalitos). Esta anécdota pone de relieve el escaso valor que el filósofo daba a los títulos y los honores, y, al mismo tiempo, nos muestra su profundo respeto por la naturaleza y la vida de los animales.

Otra de sus anécdotas ilustra bien una de las ideas principales de su filosofía: la desobediencia civil. Un día, un funcionario de Hacienda llamó a su puerta para reclamarle unos impuestos que no había pagado. Thoreau se negó a saldar la deuda con el gobierno por dos razones: la primera era porque no quería que su dinero se utilizase para sufragar una guerra injusta e ilegal en la que estaba muriendo una gran cantidad de jóvenes; la segunda, porque no pagar impuestos era una forma de luchar contra un gobierno esclavista. Lo amenazaron con meterlo en la cárcel y su pacífica respuesta fue: «Cuando un gobierno es injusto, el lugar de todo hombre justo está en la cárcel». Luego le ofrecieron pagar una fianza para no tener que entrar en prisión, pero se negó en redondo a abonarla. Al final, sólo pasó una noche privado de libertad porque su tía terminó pagando la fianza, algo que a Thoreau no le hizo ninguna gracia. En una conferencia reconoció que no se había sentido encarcelado ni un solo instante. Los muros que lo recluían le parecieron un gran derroche de piedra y cemento. ¡Atento!, porque lo que ahora sigue puede verte bien si tus padres te castigan sin salir. Thoreau estaba convencido de que sus carceleros se equivocaban si pensaban que él quería estar al otro lado del muro. El filósofo se partía de risa cuando veía los esfuerzos de los guardias por cerrar la puerta de su celda, como si así pudiesen encarcelar su pensamiento. Ya que el Estado no podía llegar a su alma, había decidido castigar a su cuerpo. En ese momento perdió todo el respeto que aún conservaba hacia el poder del Estado y pasó a compadecerse de él.

Si consultas a Thoreau sobre cuándo es lícito desobedecer a la autoridad, te dirá que si una ley es injusta, tienes la obligación moral de rebelarte pacíficamente. Sigue esta máxima: debes ser hombre primero y ciudadano después (en tu caso concreto, hombre primero e hijo después). Lo deseable no es cultivar el respeto por la ley, sino por la justicia. La única obligación que tienes que asumir en tu vida es hacer en cada momento lo que consideres justo. Si alguien te obliga a realizar algo que va en contra de lo que te dicta tu conciencia, aunque sean tus padres, tu profesor, el jefe de estudios o un policía, ¡quebranta la ley! Tu vida entonces debe ser un freno

que detenga la máquina de la injusticia. Asegúrate de que con tu obediencia no estás colaborando en hacer el daño que tú mismo condenas. Si Thoreau pudiera enviarte un mensaje de WhatsApp para apoyarte en tu rebelión personal, escogería estos versos de la obra *El rey Juan* de Shakespeare:

*[Eres] de una estirpe demasiado elevada
para convertirte en un esclavo,
en un subordinado sometido a tutela,
en un servidor dócil, en instrumento [...]*

Miedo, lobos y purgas

Thomas Hobbes (1588-1679) estaría en total desacuerdo con Tomás de Aquino y con Thoreau. Este filósofo inglés te aconsejaría que te dejases de rebeliones e hicieses caso a ese instinto que tantas veces te ha salvado de situaciones peligrosas: el miedo. Hobbes fue conocido con el sobrenombre de *el Hijo del Miedo* (estarás de acuerdo en que no está nada mal como nombre de guerra); la razón de su apodo fue que, literalmente, el terror provocó su nacimiento. Los ingleses estaban atemorizados por la inminente llegada de la Armada Invencible y todos pensaban que cuando las tropas del Imperio español alcanzasen las playas, la sangre correría como cascadas y el fuego reduciría todo a cenizas. Imagínate, por ejemplo, que Estados Unidos declara la guerra a nuestro país y que las noticias nos informan de que, en unos días, el mayor ejército nunca visto pisará nuestras tierras con sed de sangre y venganza. Algo parecido fue lo que debieron de sentir los ingleses ante la llegada de la flota de Felipe II. La madre de Hobbes estaba embarazada, pero aún no había salido de cuentas. El pánico que sentía era tan fuerte que se le adelantó el parto y dio a luz a un niño que llegaría a defender algunas de las opiniones más pesimistas de la humanidad. De hecho, Hobbes fue quien popularizó la cita del

escritor latino Plauto que es el lema de aquellos que piensan que ninguna bestia es comparable en crueldad al ser humano: «El hombre es un lobo para el hombre».

Si consultas a Hobbes sobre la posibilidad de desobedecer, te dirá que respetes siempre a la autoridad, aun cuando te obligue a hacer algo que consideras injusto. Si no existiese ésta, nos encontraríamos en un estado permanente de guerra de todos contra todos, que Hobbes denominó «estado de naturaleza». La película *The Purge* (James DeMonaco, 2013) es un buen ejemplo de la situación que se imaginaba Hobbes en ausencia de toda autoridad. En el filme se nos describe una sociedad futura en la que, durante un día al año, están permitidos todos los crímenes, incluido el asesinato. En el llamado *día de la purga*, el Estado deja de ejercer sus funciones y nadie debe responder de sus crímenes ante la justicia. La ola de violencia es brutal y la única ley que sobrevive es la del más fuerte. Desgraciadamente, no es necesario acudir a la ficción para encontrar ejemplos del «estado de naturaleza» descrito por Hobbes: en 2017 se produjeron 87 muertes violentas en el estado brasileño de Espírito Santo durante una huelga de la policía. Para evitar este estado de terror, el Hijo del Miedo considera que la autoridad debe tener un poder absoluto que puede utilizar como le venga en gana. La autoridad puede usar ese poder bien o mal; ser justa o cruel; eso no importa, porque incluso la peor de las tiranías es mejor que el terrorífico estado de guerra de todos contra todos. Tus padres coartan tu libertad, eso no lo niega nadie, pero a cambio te ofrecen seguridad. Éstos son dos valores que se limitan mutuamente: a más libertad, menor seguridad y viceversa. Debes elegir: ¿seguridad o libertad?



<https://twitter.com/eledututor/status/1061688924928704512>

#FiloReto_3

¿TIENE IMPORTANCIA
QUE TU PAREJA
FISGUE
EN TU MÓVIL?

J. S. Mill.
Lévinas

¿Tienes pareja? ¿Lleváis mucho tiempo de relación? ¿Existe confianza entre vosotros? ¿Te fías plenamente de él o ella? ¿Alguna vez te ha pedido que le dejes el móvil para curiosear tus fotos o mensajes? Si lo hiciera, ¿se lo permitirías? ¿Le dejarías las claves de tus redes sociales?

Imagina esta situación: te encuentras con tu pareja en un restaurante italiano compartiendo una *pizza*; con las manos pringadas de tomate y *mozzarella*, conversáis tranquilamente sobre cómo os ha ido la semana. Llevas más de un año con esta relación y te encuentras cómoda en ella. Te gusta compartir la vida con otra persona. Te levantas para ir al servicio y, cuando vuelves, pillas a tu novio con las manos en la masa: está fisgando en tu teléfono. Le preguntas qué está haciendo y él te responde que no tiene importancia, que, dado que sois pareja, podéis confiar el uno en el otro y compartirlo todo.

¿Tiene derecho a hacerlo? ¿Por qué debes demostrarle tu confianza? ¿Tener pareja implica renunciar a cotas de libertad? ¿Dónde empieza tu libertad y dónde termina la de él? ¿Existe algo más valioso que la libertad?

Libre te quiero, pero no mía

Si ha habido un filósofo que ha reflexionado sobre la importancia de la libertad, ése ha sido John Stuart Mill (1806-1873). Este pensador tuvo una infancia complicada. Su padre quería convertirlo en un genio y por eso lo apartó de los otros niños, le prohibió jugar, le planificó una estricta rutina de clases particulares y lo obligó a mantener conversaciones con todos los adultos que eran brillantes en su campo (médicos, músicos, científicos, filósofos, etcétera). El estricto programa pedagógico diseñado por su padre pudo ser una de las razones por las que Mill defendió la libertad por encima de todos los demás valores. Su padre consiguió convertirlo en un niño prodigio: con tan sólo seis años escribió una historia de Roma; a los siete leía los diálogos de Platón directamente en griego, y a los doce ya era todo un erudito en matemáticas y ciencia.

Si comparas tus conocimientos con los de Mill, puede que te mueras de envidia, pero si sigues leyendo comprenderás que, posiblemente, sería Mill quien te envidiaría a ti, porque a los veinte años sufrió una profunda depresión que le hizo sentirse solo y desesperado. Ninguno de los conocimientos que había adquirido le sirvieron para afrontar esta dura prueba. El amor le devolvió la esperanza cuando apareció en su vida la filósofa feminista Harriet Taylor (1807-1858). Se casaron y, juntos, trabajaron por defender la libertad de todos los seres humanos que se encontraban en una situación de opresión. Defendieron a las mujeres frente a un sistema patriarcal que las oprimía. Lucharon por el sufragio femenino, la abolición de la esclavitud, la incorporación de las mujeres al trabajo y los derechos de los trabajadores.

Hechas las debidas presentaciones, vamos ahora al caso que nos ocupa: tu móvil, tu pareja y tú. Mill lo tendría muy claro: para que los miembros de una sociedad (y tu pareja es una) puedan alcanzar las mayores cotas de felicidad, es necesario que se respete el máximo de libertad posible de cada uno de sus componentes. En cualquier tipo de asociación, toda persona ha de ser libre, siempre y cuando esto no obstaculice la libertad de los demás. Esta libertad no sólo aseguraría el desarrollo y la felicidad del individuo, sino también el de la sociedad a la que el individuo pertenece. La razón es que toda sociedad se enriquece más cuando más libres son los miembros que la integran. En conclusión: no sólo no deberías permitir que tu pareja fisgue en tu móvil porque eso va contra tu libertad, sino porque dicha acción empeorará irremediabilmente vuestra relación.

Deberías hablar con tu pareja y hacerle entender que cuanto más libres os sintáis los dos, más próspera, feliz y duradera será vuestra relación. Si intenta justificar su conducta afirmando que lo hace por ti, para protegerte, porque te quiere, etcétera, no caigas en la trampa del chantaje emocional y mantén la cabeza bien fría. La libertad, en lo que te concierne sólo a ti, es absoluta. Tú eres el único soberano sobre tu mente, tu propio cuerpo y tu propiedad. A no ser que hayáis comprado el móvil a medias, tu pareja no tiene ningún derecho a usarlo sin tu permiso.

Mill elaboró el «principio de daño», una fórmula para determinar cuándo alguien está legitimado para restringir tu libertad y que puede resumirse así: cualquier limitación de la libertad individual debe ejercerse sólo cuando se produzca un daño evidente para otro individuo o para el conjunto de la sociedad. Si no lo hubiere, nadie tiene derecho a entrometerse en el ejercicio de la libertad de ese individuo. La razón que fundamenta este principio es que los juicios sobre qué es beneficioso para cada uno resultan siempre subjetivos (para comprobarlo piensa en la ropa que tu madre te elegiría para salir de fiesta y la que, afortunadamente, terminas escogiendo tú).

Apliquemos el principio de daño al siguiente ejemplo: imaginemos que mi vecino decide poner reguetón a todo volumen y me impide así concentrarme para escribir esta página que ahora estás leyendo. Es su casa y es su equipo de música, pero ¿tiene derecho a hacerlo? No podemos afirmar que la acción que está llevando a cabo mi vecino sea privada, puesto que las consecuencias recaen sobre mí. Escuchar, sin haber dado mi consentimiento, la lista de reproducción «Reguetón-a tope-verano mix» causa un daño del que no sé si podré reponerme. El principio de daño determina que mi vecino no tiene derecho a hacer del patio de luces de mi edificio un *afterhours* y que, por tanto, puedo denunciarlo a la policía para que el Estado proteja mi libertad a no escuchar lo que él considera música.

Si aplicas el principio de daño a tu caso, te darás cuenta de que tu pareja no tiene derecho a fisgar en tu móvil sin tu permiso. Ahora bien, ¿qué ocurriría si no lo hace a tus espaldas y te pide tu consentimiento? Imagínate que un día te dice que, ya que lleváis un tiempo juntos, debéis tener confianza el uno en el otro y que una prueba de ella puede ser dejarle tu móvil para que vea que no tienes nada que ocultar. ¿Qué deberías hacer? Mill te diría que le recuerdes a tu pareja que cuanto más libertad tengáis cada uno, más rica y plena será esa relación. Por el contrario, si intenta controlarte, no sólo te estará perjudicando a ti, sino también a sí mismo. Si tu pareja insiste en que es un gesto de amor que le dejes

fisgar en tu móvil, puedes invitarle a leer detenidamente estos versos del pensador y poeta español Agustín García Calvo (1926-2012):

*Libre te quiero,
como arroyo que brinca
de peña en peña.
Pero no mía.
Grande te quiero,
como monte preñado
de primavera.
Pero no mía.
Buena te quiero,
como pan que no sabe
su masa buena.
Pero no mía.
Alta te quiero,
como chopo que en el cielo
se despereza.
Pero no mía.
Blanca te quiero,
como flor de azahares
sobre la tierra.
Pero no mía.
Pero no mía
ni de Dios ni de nadie
ni tuya siquiera.*

Aprender a acariciar

Emmanuel Lévinas (1905-1995) fue un filósofo que reflexionó sobre nuestras relaciones con los demás. Los acontecimientos más importantes de su vida lo obligaron a enfrentarse al problema del encuentro con el «otro», que a veces es más bien un encontronazo.

Emmanuel vino al mundo en una familia judía de Lituania. Cuando terminó el instituto decidió montar una librería, pero como el chaval era listo, su familia lo mandó a Francia a estudiar filosofía con lo mejor de lo mejor. Lévinas se encontró tan feliz en este país

que decidió nacionalizarse francés. Pasaron los años y la vida le sonreía, recibió varios premios, comenzó a publicar sus obras, tuvo éxito profesional, se casó, nació su hija, etcétera. Estaba triunfando por todo lo alto cuando estalló la Segunda Guerra Mundial: lo mandaron a filas como intérprete de ruso y alemán para los Aliados, pero tuvo mala suerte y el enemigo lo capturó y lo encerró en un campo de concentración en Hannover. La experiencia allí lo trastornó, tanto humana como filosóficamente, ya que todo su pensamiento, a partir de entonces, fue una lucha por comprender por qué los seres humanos podemos llegar a realizar lo que los nazis hicieron. Para Lévinas, un campo de concentración es una gran industria donde se aplica la organización más racional y el trabajo en cadena para la irracional tarea de eliminar al «otro».

¿Y quién es el otro? Esta pregunta es fácil de responder en tu caso: el «otro» tiene nombre y acaba de cogerte el móvil sin tu permiso cuando estabas en el baño. La pregunta que no tiene una respuesta tan sencilla es «¿qué es el otro?»; es decir, «¿qué significa ser otro?». Lévinas te diría que el «otro» es el que no encaja contigo, el diferente a ti, aquel a quien no puedes comprender ni asimilar, que no puedes controlar. La presencia del otro molesta y la mayoría de las veces genera conflicto. ¿Por qué ocurre esto? La causa que lo explica todo es que nos negamos a aceptar la diferencia del otro e intentamos destruirla. De manera casi automática hacemos lo necesario para que el otro se amolde a lo que nosotros esperamos de él. Queremos que se convierta en una prolongación de nosotros mismos y que renuncie a su singularidad. En la maravillosa película *Easy Rider (Buscando mi destino)* (Dennis Hopper, 1969) se nos narra la historia de dos jóvenes moteros hippies que emprenden un viaje con sus Harley Davidson* de Los Ángeles a Nueva Orleans. Dos bandarras melenudos que conducen sus motos y viven con libertad acompañados de la banda sonora de *Born to Be Wild* de Steppenwolf cruzan Estados Unidos. En su camino se encuentran con un abogado alcohólico —interpretado maravillosamente por Jack Nicholson— que se une a su aventura. Cuando llegan a la

América profunda, las cosas se ponen feas. Aunque ellos no tienen intención de meterse en líos, pues son dos tipos bastante enrollados y pacíficos, su sola presencia perturba a la gente. En una memorable escena, los tres compañeros de viaje pasan la noche a la intemperie, calentándose junto a un fuego.

—Que todo el mundo tiene miedo, eso es lo que ha pasado. No podemos entrar ni en un hotel de segunda, y menos en un motel de segunda... O sí. Creen que los vamos a degollar. Tienen miedo —reflexiona uno de los moteros mientras le da una calada a su cigarro.

—No les dais miedo vosotros, les da miedo lo que representáis para ellos —responde un joven Jack Nicholson.

—¿Ah, sí? Lo que representamos para ellos es que necesitamos un pelao.

—No, lo que representáis para ellos es la libertad.

—¿Qué tiene de malo la libertad? Todo el mundo la quiere.

—Sí, desde luego, todo el mundo quiere ser libre. Pero una cosa es hablar de ello y otra muy diferente serlo. Es muy difícil ser libre cuando te compran y te venden en el mercado. Claro que no les digas jamás que no son libres porque entonces se dedicarán a matar y a mutilar para demostrar que lo son. Sí, sí, están todo el día dale que dale y dale que dale con la libertad individual, y ven a un individuo libre y se cagan de miedo.

El final de la película es aterrador. Un par de pueblerinos acaban asesinando a los dos moteros a tiros porque no soportan que éstos lleven el pelo largo. ¿Por qué nos comportamos así? La razón de esta conducta es que, cuando el otro aparece en nuestras vidas, nos descoloca tanto que intentamos comprenderlo, es decir, hacer que encaje dentro de nuestros esquemas, nuestras ideas, nuestro mundo. Pretendemos que el otro sea lo que necesitamos. Querer comprenderlo implica querer controlarlo y, si no podemos hacerlo, lo destruimos. Observa que esto es lo que tu pareja está haciendo contigo: cuando te pidió que compartieses las contraseñas de tus redes sociales no estaba proponiéndote una prueba de confianza para crecer juntos como pareja, sino que intentaba absorberte, anexionarte, destruir tu singularidad. Lo que buscaba esa persona «que tanto te quiere» es que te adaptases a su mundo,

a sus ideas, a sus normas. Es parecido a lo que solemos hacer cuando el inmigrante llega a nuestras costas: le pedimos que se adapte, es decir, que destruya lo que lo convierte en otro y pase a ser uno más de nosotros.

Lévinas te aconsejaría que le explicases a tu pareja que existen otras formas de relacionarse con el otro que no implican su destrucción. Para que tu novio lo comprenda mejor puedes usar la metáfora de «la caricia»: para acariciar necesitamos guardar una distancia que impide que haya una apropiación. Compara estas dos imágenes: en la primera, una niña abraza a su perro con tanta fuerza que casi lo ahoga; en la segunda, el animal recibe una caricia suave y la mano va recorriendo su lomo. En la primera imagen hay posesión, sometimiento y apropiación. En cambio, en la segunda sólo existe un encuentro que le permite al otro seguir siendo él mismo. En la caricia nunca se da el deseo de controlar y de forzar al otro a que se ajuste a mi mundo. Ésta no obliga al otro a perder lo que posee de singular, sino que, en cambio, lo reconoce. En conclusión, dile a tu pareja que deje en paz tu móvil y que aprenda a acariciarte más y mejor.



<https://twitter.com/eledututor/status/1063405117473517568>

#FiloReto_4

¿POR QUÉ EXISTE EL *BULLYING*?

Hannah Arendt. Hegel.
Maquiavelo. Rousseau

El 11 de abril de 2013, Carla, una adolescente de catorce años, no supo encontrar salida al acoso sistemático que venía sufriendo por parte de dos compañeras y se suicidó arrojándose al mar de Gijón. Según relata la sentencia judicial, a finales de 2012 Carla comenzó a tener problemas con sus compañeros de clase, principalmente porque algunas alumnas se burlaban de ella por un ligero defecto de estrabismo que padecía y porque había corrido la voz en el centro de que había tenido una relación con otra chica. Recibió insultos de palabra y a través de las redes sociales. Los incidentes fueron en aumento en el primer trimestre de 2013: varias alumnas, ante la indiferencia de la mayoría de los demás compañeros, aprovechaban los momentos de recreo para mofarse reiteradamente de ella, e incluso incitaban a los otros a secundarlas y a llamarla «bollera» o «virola». En al menos dos ocasiones la siguieron hasta el baño, la obligaron a encerrarse en el retrete para esconderse de ellas y le arrojaron agua por encima de la puerta.

La justicia condenó a las dos menores a cuatro meses de tareas socioeducativas «orientadas a mejorar la empatía, el control de los impulsos y la asunción de las consecuencias de sus actos». No sé si tú, o alguien cercano a ti, ha sufrido un caso de *bullying*. Si ha sido así, de veras que lo siento. En caso afirmativo, posiblemente te hayas preguntado: ¿por qué me tiene que pasar esto a mí? ¿Qué he hecho yo? Quizá te hayas desesperado buscando una respuesta, y no es para menos, ya que la raíz del mal en el ser humano sigue siendo uno de los grandes problemas al que se han enfrentado los filósofos a lo largo de la historia.

Filosofía en los infiernos

Si tuviéramos que elegir la acción más perversa ejecutada por seres humanos es muy probable que nos decantásemos por el Holocausto que tuvo lugar durante el régimen nazi. El gobierno del Tercer Reich diseñó un plan para eliminar la población judía europea durante la Segunda Guerra Mundial. Adolf Eichmann, teniente coronel de las SS, fue uno de los encargados de ejecutar dicho plan, bautizado con

el terrible nombre de «la Solución Final». Eichmann diseñó un sistema de ejecuciones en masa: coordinó las deportaciones de judíos desde todos los puntos de Europa y la construcción de las cámaras de gas. Al finalizar la guerra, huyó en secreto a Argentina con la ayuda de un obispo austríaco que residía en Roma. Una vez allí, cambió de identidad y trabajó como gerente de una fábrica de Mercedes Benz, pero finalmente fue descubierto por el Mossad, la agencia de inteligencia de Israel. El 1 de mayo de 1960, un grupo de agentes de este país iniciaron la que se conocería como *Operación Garibaldi*:^{*} secuestraron a Eichmann en las inmediaciones de su casa, lo trasladaron a un piso franco, lo interrogaron hasta conseguir que reconociese su verdadera identidad, lo drogaron, lo disfrazaron y lo sacaron del país con un pasaporte falso. Una vez en Jerusalén, Eichmann fue sometido a uno de los juicios más famosos de toda la historia.

La revista norteamericana *The New Yorker* pidió a la filósofa judía de origen alemán Hannah Arendt (1906-1975) que cubriese el juicio a Eichmann.^{**} El reportaje que escribió la pensadora se convirtió en una de las obras de filosofía que han reflexionado mejor sobre el origen del mal. Arendt viajó hasta Jerusalén para encontrarse cara a cara con ese monstruo porque quería comprender cómo un hombre puede ser capaz de hacer tanto mal. Como cualquiera de nosotros, creyó que se encontraría ante un genio perverso, un gran villano que había puesto todas sus virtudes al servicio del mal, pero, sorprendentemente, se topó con un hombre normal y corriente, más bien simplón, por no decir idiota. Para Arendt era difícil entender cómo aquel hombrecillo tan ordinario había cometido unos crímenes tan espeluznantes. ¿Cómo había sido capaz de hacer todo aquello? La filósofa halló la respuesta a esta cuestión: Eichmann decidió no pensar en lo que estaba haciendo. La defensa del teniente coronel de las SS consistió en repetir una y otra vez que él sólo cumplía con su deber, que únicamente obedecía órdenes y que respetaba las leyes del Estado alemán; es más, en un alarde de estupidez, Eichmann llegó a utilizar la ética kantiana para justificar sus crímenes. Hoy en día, Kant sigue

removiéndose por ello en su tumba situada en un mausoleo construido en 1924 en una esquina en el exterior de la catedral de Kaliningrado. Sobre la tumba de Kant reza este epitafio: «Dos cosas me llenan la mente con un asombro y una admiración siempre renovados y acrecentados por mucho que continuamente reflexione sobre ellas: el firmamento estrellado sobre mí y la ley moral dentro de mí». El deber que Eichmann tenía que haber respetado era el de esa ley moral que Kant tanto admiraba y no el de las leyes del Estado alemán.

Para Arendt, una de las lecciones de este juicio fue que la renuncia a pensar puede causar más daño que todos los malos instintos que el ser humano posee por naturaleza. La filósofa creó incluso una expresión para referirse a este fenómeno: «la banalidad del mal». Con ella, Arendt no quería decir que el daño causado por el mal carezca de importancia, sino que banal es el sujeto que lo lleva a cabo. Para realizar una buena acción necesitamos reflexionar sobre lo que debemos hacer y distinguir lo justo de lo injusto; en cambio, para realizar un mal sólo hay que renunciar a pensar y obedecer ciegamente. Arendt nos advierte de que Eichmann no era estúpido: simplemente había desarrollado una «incapacidad de pensar». Dejar de pensar por uno mismo, ser incapaz de ponerse en el lugar del otro, fue la causa de una de las mayores atrocidades que ha cometido el ser humano. «Lo más grave en el caso de Eichmann era precisamente que hubo muchos hombres como él, y que éstos no eran perversos ni sádicos, sino que fueron, y siguen siendo, terroríficamente normales.» Eichmann pudo llevar a cabo esa masacre porque lo respaldaba una sociedad que le permitió eludir la responsabilidad sobre las consecuencias de sus actos.

¿Cómo explicaría Hannah Arendt el *bullying*? La causa de su existencia está en que hemos creado una sociedad que invita a no pensar sobre las consecuencias de nuestros actos. Observa, a modo de ejemplo, cómo en nuestra sociedad las personas que consumen productos que se han fabricado bajo la explotación infantil no se sienten responsables de ella. Cuando los individuos que forman parte de un grupo deciden no reflexionar sobre las

consecuencias que tiene el acoso, cuando deciden mantenerse al margen como si la cosa no fuera con ellos, cuando creen que la omisión no es una acción con consecuencias morales, entonces se produce el acoso. ¿Cuál es la solución al *bullying*? La próxima vez crea un espacio público en el que tus compañeros y tú podáis sentaros para deliberar acerca de lo que está ocurriendo y del modelo de sociedad que queréis construir, y sobre todo, como diría el verdadero Kant, no el que tergiversó Eichmann: «¡Atreveos a pensar!».

El inevitable conflicto

Para el filósofo alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831), el *bullying* es inevitable porque el conflicto forma parte de la esencia de la vida. No sólo no podemos evitar los conflictos, sino que además no debemos hacerlo, pues son el motor que ha hecho progresar a la humanidad en la historia. El ser humano lleva en las venas la contradicción, la confrontación y la lucha desde que apareció en este mundo. Nuestra historia es tan sólo la de las guerras que nos han enfrentado a unos hombres contra otros. Haz la prueba: toma tu libro de texto de historia y contabiliza, de un lado, las épocas de conflicto, y de otro, los períodos de paz. ¿Hacia dónde se inclina la balanza?

En *La fenomenología del espíritu*, una de las obras de filosofía más importantes de todos los tiempos, Hegel narra la historia de la humanidad como una gran odisea en la que los hombres hemos ido superando etapas a través de luchas que fueron ineludibles. Uno de los pasajes más famosos de esta obra, la «dialéctica del amo y el esclavo», narra el inicio de nuestra historia como el enfrentamiento entre dos conciencias humanas. Hegel crea una especie de metáfora histórica para explicar por qué las relaciones entre los seres humanos son conflictivas. La aparición del hombre es un hito en la historia del Universo: por primera vez un ser tiene conciencia de sí mismo, es decir, conoce su lugar especial en la historia y en el cosmos. El ser humano, al hacerse consciente, busca un

«reconocimiento» que sólo otro ser humano consciente puede darle, lo que significa que cada hombre desea que el otro lo reconozca como su superior y que se someta a su voluntad. Inevitablemente se entabla una lucha por el reconocimiento (no por los recursos o por la tierra, como erróneamente te han contado tus libros de historia). Los dos seres humanos emprenden un enfrentamiento a muerte que se resuelve cuando en uno de ellos surge el miedo. El hombre que teme morir se rinde y se convierte en esclavo, «reconociendo» al otro como su amo.

En el esclavo siempre es más fuerte el miedo que el deseo de reconocimiento; a la inversa, en el amo el deseo de ser reconocido es más fuerte que el temor a morir. Lo que Hegel pretende explicarte con esta metáfora histórica es que las relaciones entre los seres humanos han sido siempre de dominación: por tanto, el *bullying* no es ningún fenómeno nuevo o extraño que no se haya dado antes.

En toda relación humana tendremos siempre dos figuras enfrentadas: una que domina (el amo) y otra sometida (el esclavo). Toda dominación se lleva a cabo porque se desea reconocimiento: el jefe, para poder serlo, necesita un empleado que lo reconozca como tal y que se someta a su voluntad. De igual forma, el profesor necesita el reconocimiento del alumno; el entrenador, el del jugador; el policía, el del ciudadano; el sacerdote, el del creyente; el líder político, el de sus seguidores; el amado, el del amante... y el acosador, el del acosado. En *Scarface* (Brian De Palma, 1983) hay una conocidísima escena que es una buena muestra de estas relaciones dialécticas a las que se refiere Hegel. En la película se nos narra el ascenso de Tony Montana, un emigrante cubano que consigue llegar, gracias a su sangre fría y su crueldad, a lo más alto del crimen organizado. Tony está comiendo solo en un restaurante de lujo y, mientras todos los que lo rodean lo miran, rompe la calma gritando en mitad de la sala:

¿Qué miráis vosotros? No sois más que una pandilla de cretinos.
¿Y sabéis por qué? Porque no tenéis huevos para ser lo que quisierais ser. Necesitáis personas como yo. Necesitáis personas como yo para poder señalarlas con el dedo y decir: ése es el malo. Y

eso, ¿en qué os convierte en vosotros? ¿En los buenos? No sois buenos... Simplemente sabéis esconderos... sabéis mentir. Yo no tengo ese problema, yo siempre digo la verdad, incluso cuando miento. Así que dadle las buenas noches al malo, vamos, es la última vez que vais a ver a un tipo malo como yo, os lo aseguro, vamos, apartaos que va a pasar el malo, el malo quiere pasar, será mejor que os apartéis.

Las estructuras de dominio están siempre presentes en nuestras relaciones porque forman parte de nuestra esencia. Analiza, por ejemplo, las relaciones de pareja: ¿son vínculos de igualdad o existe, inevitablemente, una voluntad que intenta imponerse a la otra? ¿Buscamos amar o lo que realmente deseamos es que el otro nos ame con exclusividad? En una relación de amor entre dos conciencias libres, la más débil es siempre la que ama más;^{*} la conciencia que ama menos es la que domina y manipula a la otra. Cuanto más me amas, más te domino; cuanto menos me amas, más libre eres. En el juego del amor siempre hay una conciencia que busca esclavizar y otra que termina dejándose someter. El *bullying* es un juego análogo: en toda situación de acoso existen, igualmente, una conciencia que somete y otra que se deja someter porque está muerta de miedo.

Si examinas el *bullying* desde la «dialéctica del amo y el esclavo», puedes observar cómo el acosador busca reconocimiento por parte de su víctima. Las situaciones de acoso suelen darse en la adolescencia, una etapa difícil en la que debe emprenderse un duro camino de búsqueda de la identidad propia, marcado por la inseguridad y la ambigüedad. El acosador usa a su víctima para facilitarle esta tarea y, a la vez, para sentirse poderoso. Pero Hegel advierte: el reconocimiento del esclavo es una trampa. ¿Qué valor puede tener un reconocimiento proveniente de un esclavo? Un reconocimiento que no nace de un ser humano libre, sino de alguien sometido y obligado a darlo, carece de mérito. Imagina que obligas a alguien a amarte; ¿qué valor real tendría entonces ese amor? Por eso, el amo queda igualmente derrotado en esta lucha. Ni el amo ni el esclavo consiguen reconocimiento.

La «dialéctica del amo y el esclavo» también pone de manifiesto que la situación de sometimiento en la que se encuentra el segundo es fruto de la desproporción de fuerzas con respecto al primero; pero, si las tornas cambiasen, el acosado se convertiría en acosador. Como nos explicó el filósofo rumano Emil Cioran (1911-1995): «Uno debe ponerse del lado de los oprimidos en cualquier circunstancia, incluso cuando están equivocados, sin perder de vista, no obstante, que están hechos del mismo barro que sus opresores». Las relaciones humanas son de dominación. No podemos eliminar el conflicto de la realidad, pero sí debemos asumirlo y superarlo, evolucionando hacia formas de sociedad en la que exista un Estado que garantice el ejercicio de la libertad de todos y que proteja nuestros derechos individuales. Si el Estado hubiese funcionado como Dios manda, si los profesores hubieran hecho su trabajo, si la Consejería de Educación hubiese actuado a tiempo, si hubiera leyes que impidiesen el acoso escolar, Carla no habría muerto.

El ser humano es malo por naturaleza

Nicolás Maquiavelo (1469-1527) fue un político y diplomático florentino que escribió uno de los manuales más famosos para sobrevivir en el cruel y salvaje mundo de la política. Maquiavelo vivió en una Italia que se parecía demasiado al universo descrito por George R. R. Martin en la serie *Canción de hielo y fuego*: pequeños reinos en constante guerra, en el que la justicia la decide el más fuerte; juegos de alianzas y de traiciones en los que ganas o mueres. Maquiavelo trabajó como político en una época en la que, si no querías la jubilación anticipada, tenías que vigilar bien lo que te servían en la copa y a quién tenías a la espalda. Conoció a papas de la Santa Iglesia católica que declaraban guerras; a hijos de pontífices que aterrorizaban a los ciudadanos con sus ejércitos; a reyes que no cumplían sus pactos e invadían a sus vecinos en cuanto veían el menor signo de debilidad.

Cuando Maquiavelo se retiró —aunque más bien lo retiraron, porque el jefe para el que trabajaba cayó en desgracia—, se dedicó a escribir un libro en el que recogió todo lo que había aprendido a lo largo de su carrera. Esa obra es *El príncipe*, uno de los mejores manuales que se hayan escrito nunca sobre cómo triunfar en política. Napoleón tradujo esta obra al francés para su uso personal, la leía continuamente y escribía anotaciones sobre las páginas como si estuviera hablando directamente con Maquiavelo. En una de esas notas personales, el emperador le recrimina al escritor italiano haber cometido la imprudencia de contarle al pueblo los grandes secretos de la manipulación política, aunque seguidamente reconoce que en el fondo no hay ningún peligro, porque la mayoría de la gente es tan estúpida que, aunque lo lea, no entenderá nada o seguirán creyendo que los políticos trabajan por y para ellos: «El mundo está compuesto de necios y, entre la multitud esencialmente crédula, se encontrarán pocas personas que duden, aunque no se atrevan a decirlo», comenta el «petit cabrón», como lo bautizó Pérez Reverte.

Maquiavelo tenía una imagen muy pesimista del ser humano. Para este filósofo, el *bullying* es una consecuencia lógica de nuestra perversa naturaleza. Éstas son las diez características que, según la experiencia de Maquiavelo, definen a la especie humana:

- Aunque los seres humanos son buenos y malos, hay más cabrones que buenas personas.
- Poseen una natural malicia que se puede controlar, pero no curar ni sanar de manera radical.
- Poseen una parte humana y otra animal. La mayoría de sus conductas se explican por su obediencia al instinto animal. El ser humano es capaz de grandes hazañas, pero también de la mayor de las bajezas morales.
- Los seres humanos son ingratos, volubles, falsos, cobardes y codiciosos.
- Son egoístas y sólo están atentos a su propio provecho.
- Simulan lo que no son y disimulan lo que realmente son.

- Si necesitan algo de ti serán tus amigos, pero cuando no tengas nada que ofrecerles te volverán la espalda.
- Olvidan antes la muerte de sus padres que la pérdida de su patrimonio.
- Son necios, intelectual y moralmente. «Son tan simples los hombres, y ceden hasta tal punto ante las necesidades inmediatas que el que engañe siempre se dará con el que se deje engañar.»
- Están condenados a repetir continuamente los mismos errores.

Con este retrato del ser humano por parte del filósofo florentino, lo raro es que no se den más casos de *bullying* entre las crías de nuestra especie.

No soy yo, es la sociedad

Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) tenía una imagen distinta de la naturaleza del ser humano. Para el cineasta Orson Welles, era lógico que un filósofo suizo como Rousseau tuviese una visión del hombre opuesta a la del pensador italiano. En una de las escenas más famosas de la película *El tercer hombre* (Carol Reed, 1949), el personaje interpretado por Welles dice: «En Italia, cuando mandaban los Borgia no hubo más que terror, guerras y matanzas, pero también fue la época de Miguel Ángel, de Leonardo da Vinci y del Renacimiento. En Suiza pasó lo contrario: hubo 500 años de amor, de democracia y de paz. ¿Y cuál fue el resultado? El reloj de cuco».

Lo cierto es que Rousseau sabía bastante de relojes de cuco, pues era hijo de un relojero de Ginebra, y, aunque su imagen del ser humano era optimista, no era ningún tonto inocente, pese a lo que el personaje de Orson Welles pensara de los suizos. Las ideas políticas de Rousseau nutrieron de fundamentos teóricos a los rebeldes que lideraron una de las revoluciones más famosas de nuestra historia: la que derrocó en Francia al rey Luis XVI en 1789. Cuando Rousseau llegó a París, se hizo famoso entre los

intelectuales franceses por defender la idea de que la educación nos corrompe. Esa misma idea la defendió un siglo después el escritor irlandés George Bernard Shaw (1856-1950) con una afirmación que habría firmado el propio Rousseau: «Mi educación fue muy buena hasta que el colegio me la interrumpió». Por defender ideas subversivas como éstas, Rousseau fue desterrado de Francia y tuvo que pedir asilo en Inglaterra.

Para este filósofo ginebrino, en el estado de naturaleza, es decir, aquel en el que nos encontramos antes de pasar por el aro de la civilización, el ser humano era bueno, feliz y libre. El capítulo I de su famosa obra *El contrato social* comienza de esta manera: «El hombre ha nacido libre y, sin embargo, vive en todas partes entre cadenas. El mismo que se considera amo no es por eso menos esclavo que los demás». Para Rousseau, el hombre es bueno por naturaleza, y es la sociedad la que lo termina corrompiendo. En *Emilio*, una obra dedicada a analizar nuestro modelo educativo, hace la siguiente reflexión: «Todo está bien al salir de las manos del autor de las cosas; todo degenera en las manos de los hombres». ¿Por qué el proceso de civilización supone una degeneración? ¿Cómo perdimos ese paraíso en el que vivíamos? Un día, en un lugar del mundo, a un hombre se le ocurrió la idea de rodear un terreno con un cercado y dijo: «Esto es mío». Entonces, en el resto de hombres nació por primera vez la envidia, el deseo de poseer y el egoísmo. Ese hombre, sin saberlo, había inventado la civilización. Con la propiedad privada surgieron las desigualdades sociales, que son la fuente del resto de los males de nuestra sociedad. Los ricos idearon leyes para proteger sus propiedades de la amenaza de los pobres. Desde entonces, los propietarios oprimen y acosan con su «justicia» al resto de hombres que no poseen nada. Ésta es la cara oculta del «progreso» de nuestra civilización.

La idea del «buen salvaje» de Rousseau inspiró la película *Los dioses deben estar locos* (Jamie Uys, 1980). La cinta comienza narrando la tranquila vida de una tribu de bosquimanos en el aislado desierto de Kalahari:

Deben de ser las personas más felices de la tierra. No tienen crímenes, castigos, violencia, leyes, policía, jueces, gobernantes ni jefes. Creen que los dioses sólo pusieron cosas buenas y útiles en el mundo para que ellos las usen. En su mundo nada es malo o inmoral [...] Viven en completo aislamiento sin darse cuenta de que hay otras personas en el mundo. En el profundo Kalahari hay nativos que no han visto ni saben del hombre civilizado [...] Son personas muy amables, nunca castigan a los niños ni les hablan con dureza [...] Una característica que realmente hace diferentes a estos nativos de todas las razas de la tierra es el hecho de que no tienen ningún sentido de la propiedad [...] Viven en un mundo amable.

Todo cambia un buen día que un piloto arroja una botella vacía de Coca-Cola desde su avioneta. Los bosquimanos piensan que debe tratarse de un regalo de los dioses y le dan múltiples usos. Como había advertido Rousseau, el conflicto nace enseguida porque todos desean poseer ese objeto único. Entre los amables bosquimanos surge, por primera vez, la envidia, el egoísmo y la desigualdad. Uno de los guerreros más valientes de la tribu decide emprender un viaje hacia los confines del mundo para devolverle a los dioses esa «cosa maligna» que hace peligrar la felicidad de su pueblo.

En *Emilio*, Rousseau hace una crítica despiadada a nuestro sistema educativo. En nuestra sociedad civilizada, la educación aniquila la naturaleza bondadosa de nuestros niños, de la misma manera que la botella de Coca-Cola lo hizo con los bosquimanos. El filósofo investiga los procesos a través de los cuales los niños van perdiendo progresivamente su bondad y su inocencia. A éstos no se los educa, sino que se los adiestra; se los somete a continuos castigos y humillaciones; se los obliga a competir; se los vigila y se los evalúa como si fueran presos. A través de la educación, los adultos oprimen a los niños con la única justificación de que son menores que ellos. La educación se convierte así en la tiranía del adulto sobre el niño.

El *bullying* es una de las consecuencias del desastroso sistema educativo que hemos construido. El fracaso escolar no es del alumno, sino del modelo educativo. No debería sorprendernos que

en un sistema que nos obliga a competir entre nosotros y a ver a nuestros semejantes como rivales, se produzcan casos de acoso. Para Rousseau, la única salida que puede cambiar esta sociedad de locos en la que vivimos es reformar la educación. Tenemos que construir una pedagogía que ponga a los alumnos en el centro del proceso de enseñanza, que les permita vivir la libertad, que tenga en cuenta sus necesidades, sus intereses y sus diferencias como individuos, y que busque como fin último su felicidad y su desarrollo pleno como personas.



<https://twitter.com/eledututor/status/1080860116549799937>

#FiloReto_5

¿ERES TONTO
SI PUEDES COPIAR
EN UN EXAMEN
Y NO
LO HACES?

Sócrates. Trasímaco. Antífonte.
Hípias. Emilio Lledó

Hoy no es tu día de suerte: son las 8.15 y estrenas la mañana con un examen de filosofía. No has tenido tiempo de preparar toda la materia (tu apasionante vida social te exige cada vez más dedicación) y rezas para que el profesor no te pregunte por la metafísica de Aristóteles. El profesor comienza a repartir los exámenes como un samurái secciona las cabezas de sus enemigos. Cuando llega a ti, te entrega una fotocopia boca abajo. Da la orden de volver las hojas, usas tus manos sudadas para hacerlo y ¡zasca en toda la boca!: la metafísica de Aristóteles aparece ante ti como una guillotina recién afilada. Te quedas mirando al infinito y, al cabo de un rato, ves cómo tu profesor se sienta y se pone a leer el periódico. La elevada temperatura de la calefacción y las copas de vino que bebió la noche anterior provocan que, a los pocos minutos, caiga en un plácido sueño. Con el profesor en brazos de Morfeo, tienes una oportunidad única para copiar con total impunidad. ¿Eres tonto si no lo haces?

Copiar o no copiar: ésa es la cuestión

El debate no es si puedes hacerlo: estamos de acuerdo en que, dado el estado en el que se encuentra tu profesor, no hace falta ser un genio para engañarlo. Lo que se cuestiona aquí es si debes hacerlo. Puede que te sorprenda saber que este debate estuvo muy de moda en el siglo V a. C. entre los filósofos de la ciudad de Atenas. La razón de ello no es que, por entonces, los estudiantes griegos copiasen más que los nuestros, sino que en la democracia ateniense había dos concepciones de la justicia bien distintas y enfrentadas. Por un lado estaba Sócrates (470-399 a. C.), un filósofo que dedicó su vida a educar a los jóvenes para que fuesen justos; tan importante era para él que sus discípulos fuesen ciudadanos honrados que les enseñó que es preferible sufrir una injusticia que cometerla. En el otro lado estaban los sofistas, un conjunto de sabios, la mayoría extranjeros, que acudían a Atenas por temporadas para formar también a los jóvenes, pero no para que fueran buenos ciudadanos, sino para tener éxito y conseguir

poder. Los sofistas eran maestros itinerantes que enseñaban oratoria (el arte de hablar en público) y retórica (el arte de persuadir y convencer mediante el discurso). A diferencia de Sócrates, cobraban por sus enseñanzas. Pródico, por ejemplo, cobraba a sus alumnos cuatro dracmas por clase, unos ciento treinta euros al cambio actual.

¿Cómo puede alguien forrarse enseñando a otros a hablar y a persuadir? ¿Qué utilidad tiene saber hablar bien? Si quieres conocer la respuesta a estas preguntas, te recomiendo que veas la película *Gracias por fumar* (Jason Reitman, 2005) porque trata sobre un sofista de hoy en día, Nick Naylor, el jefe de prensa de las compañías tabacaleras que, utilizando como única arma su capacidad para argumentar, es capaz de justificar lo injustificable. En una de las escenas más conocidas de esta película, Nick acude a un programa de televisión para hablar sobre los efectos negativos del tabaco. La presentadora entrevista a un chico de quince años exfumador y enfermo de cáncer. Aunque Nick parece tener todas las de perder en el debate, es el primero en tomar la palabra y dice:

¿Cómo diablos iban las tabacaleras a aprovecharse de la pérdida de este joven? No me gusta pensar en términos tan insensibles, pero antes que nada estaríamos perdiendo un cliente. No sólo es nuestro deseo; lo que más nos conviene es que el chico siga vivo y fumando. Déjenme decirles algo: las asociaciones que están en contra del tabaco quieren que este joven muera para que les aumenten los presupuestos y a eso se lo llama traficar con el sufrimiento humano.

Este tipo de retórica sacaba a Sócrates de sus casillas. El viejo maestro de filósofos se enfadaba mucho con esta clase de discursos que no buscan la verdad, sino manipular y persuadir. Para Sócrates, las leyes son sagradas y deben respetarse siempre. Los sofistas, en cambio, defendían que la idea de justicia es relativa: lo que entendemos por bueno y justo depende de la sociedad en la que hayamos nacido. Cambia de país y mudarás de costumbres. Cambia de costumbres y mudarás de leyes. Cambia de leyes y tu manera de entender la justicia también lo hará. Por ejemplo, en la

vecina Esparta existía una ley que los atenienses consideraban abominable. La justicia espartana estipulaba que, al nacer un niño, éste fuera bañado en vino por su madre. Si era lo suficientemente fuerte para resistir el baño, podía pasar a la siguiente prueba, en la que el padre de la criatura debía llevarlo ante el consejo de ancianos para que lo examinaran. Si estaba deforme o enclenque, era rechazado y se lo conducía a un conocido desfiladero desde el que se le dejaba caer. Pero no hace falta que nos pongamos tan drásticos: por ejemplo, en España la ley estipula que los menores de dieciocho años no podrán beber alcohol ni tampoco podrán comprar este tipo de bebidas; en cambio, la justicia alemana permite que a partir de los dieciséis años se pueda comprar y consumir cerveza, champán o vino. Lo que es injusto en una región de Europa es justo en otra.

Copiar es de sabios

Volvamos al examen, porque imagino que te interesa resolver cuanto antes tus dudas morales sobre la opción de copiar. Empecemos por conocer cuál es la opinión que tienen los sofistas sobre la posibilidad de saltarse la ley. Trasímaco (459-400 a. C.) nació en la actual Turquía y desde allí viajó hasta Grecia, donde se forró escribiendo discursos para otros y dando clases sobre cómo hablar en público. Como todos los sofistas de la época, cobraba un dineral por sus enseñanzas y terminó por convertirse en una de las personas más ricas y famosas de Atenas. Trasímaco te diría, después de haberle pagado, que seas pragmático, que dejes de comportarte como un meapilas y que copies sin remordimientos. En este mundo no merece la pena ser honrado porque el hombre justo siempre sale perjudicado, mientras que el injusto sale beneficiado. Las normas sólo son instrumentos creados por los poderosos en su propio beneficio. El examen no está hecho para ayudarte a aprender unos contenidos, sino para facilitarle la vida al profesor. Es más fácil y económico para el sistema enseñarte a contestar preguntas de manera mecánica sobre un papel que hacerlo en función de tus

necesidades y de tus intereses. El profesor utiliza el mismo examen para evaluar a todo el mundo por igual, así ahorra tiempo y esfuerzo. Otra cuestión que debes tener en cuenta es determinar a quién se debería evaluar en un proceso de enseñanza-aprendizaje: ¿por qué no se examina al profesor? Con el sistema de evaluación que ha diseñado el profesor, si la cosa no funciona, la culpa será siempre del alumno. Pero ¿quién elige ese método de evaluación? Curiosamente, aquel a quien beneficia el método de evaluación es el mismo que tiene el poder de determinar dicho método. La ley nunca es justa porque beneficia siempre al más fuerte; por tanto, si no copias, es que eres tonto.

En esta línea de pensamiento también se encuentra Antifonte (480-411 a. C.). Este sofista te aconsejaría respetar las normas únicamente cuando creas que te pueden pillar. No sigas las leyes de los hombres, sólo las que la naturaleza te impone. La única norma que debes respetar es aquella que te empuja a buscar el placer y a evitar el dolor. Cuando esta norma choque de bruces con otra creada por los hombres, sólo debes seguir esta última si su incumplimiento te supone más dolor que placer. Es decir, que si estás seguro de que no te van a pillar, copia todo lo que puedas y más, porque el dolor de suspender y tener que volverse a «chapar» la metafísica de Aristóteles es un mal que debes evitar por todos los medios a tu alcance. No creas que, por pensar de esta manera, Antifonte era algo así como un delincuente peligroso; todo lo contrario, era muy culto y trabajó como una especie de «psicólogo» curando con la palabra a todos los que se acercaban a él con algún tipo de sufrimiento.

Otro sofista que te apoyaría si decides copiar es Hippias de Élida (443-399 a. C.), un gran viajero que visitó numerosas ciudades, sobre todo Esparta y Sicilia. Cuentan que tenía un carácter muy agrio y una memoria descomunal. Debía de ser algo así como un asistente de Google con mala leche. Hippias defendió la idea de la unidad de la especie humana: por naturaleza, todos los seres humanos somos iguales. Son las convenciones sociales las que están detrás de las distinciones por raza, riqueza, nacimiento o estatus social. Las leyes sólo crean desigualdad entre los hombres.

Antes muerto que tramposo

Sócrates prefirió morir antes que hacer trampas, así que imagínate qué te diría si te viera copiando. El filósofo griego fue acusado por un fanático religioso de «no creer en los dioses de la ciudad, introducir divinidades nuevas y corromper a la juventud con sus ideas». La clase política ateniense aprovechó la acusación para darle un escarmiento por estar continuamente poniéndola en evidencia y cuestionándola.

En caso de ser declarado culpable, la sentencia era la condena a muerte por medio de la ingesta de un veneno, la cicuta. Durante el juicio, Sócrates realizó una defensa de su vida y de su pensamiento. No se retractó de ni una sola de sus ideas y usó su irónico sentido del humor contra los jueces. Tras su defensa, una mayoría simple de los 501 ciudadanos que formaban el tribunal lo consideraron culpable, pero se le concedió al condenado que propusiese una pena alternativa. Sócrates podría haberse salvado pidiendo el destierro, pero, en lugar de eso, con fina ironía, propuso que Atenas le pagase por los servicios prestados: gracias a sus insidiosas críticas había mejorado a los hombres y a la ciudad.

Durante su estancia en prisión, mientras esperaba que se cumpliera la sentencia, sus discípulos intentaron convencerlo de que se fugase. Sócrates se negó en redondo mostrando coherencia con todo aquello que les había enseñado: un buen ciudadano debe ser justo y respetar las leyes en todo momento. Nunca deben hacerse trampas, ni siquiera para salvar el pellejo. El tiempo que le quedaba de vida lo dedicó a lo que más le gustaba: dialogar con sus amigos.

Reproducimos seguidamente los últimos momentos de la vida de Sócrates, según nos los transmitió su querido discípulo Platón:

SÓCRATES: *(a su verdugo)* Y bien, buen hombre, tú que entiendes de esto, ¿qué debo hacer?

VERDUGO: Sólo debes beber el veneno y pasear hasta que las piernas te pesen. Luego tumbate para que haga efecto.

SÓCRATES: ¿Habrás que hacer algún brindis? ¿No?

VERDUGO: Yo sólo me encargo de triturar la cantidad de cicuta precisa.

SÓCRATES: Bueno, entonces brindaré por los dioses para que me ayuden en mi viaje. ¡Que así sea!

Y, dichas estas palabras, bebió el veneno conteniendo la respiración, sin asco ni dificultad. Hasta este momento, nosotros habíamos podido contener el llanto; pero, cuando le vimos beber, no lo soportamos más. Yo mismo, contra mi voluntad, lloré amargamente al ver cómo me robaban a mi amigo. Y Apolodoro, que no había cesado un momento de sollozar, rompió en demostraciones de indignación. No hubo nadie de los presentes, salvo el propio Sócrates, que no se conmoviera. Entonces nos dijo:

SÓCRATES: Pero ¿qué demonios estáis haciendo? Si mandé salir fuera a mi mujer fue para no escuchar su llanto y poder morir tranquilamente. Tranquilizaos y comportaos como hombres.

Al oírlo sentimos vergüenza y contuvimos el llanto. Sócrates dejó de pasear y se acostó boca arriba, como le había indicado su verdugo. Éste le observó las piernas, le apretó el pie y le preguntó si lo sentía. Sócrates le dijo que no. El verdugo fue subiendo y nos mostró como iba enfriándose su cuerpo y quedándose rígido. Nos dijo que, cuando el frío llegase al corazón, moriría. Empezaba a tener frío en el vientre cuando pronunció sus últimas palabras:

SÓCRATES: ¡Mecachis! Se me ha olvidado sacrificar un gallo a Asclepio.

Al cabo de un rato tuvo un estremecimiento y la mirada se le quedó inmóvil. Critón le cerró la boca y los ojos. Éste fue el final del mejor hombre, el más santo y justo de todos los que he conocido.

Pero ¿qué quiso decir Sócrates con lo del gallo? En la religión griega era costumbre sacrificar este animal a Asclepio, el dios de la medicina, cuando un enfermo se curaba. Para el alma de un hombre al que una sociedad corrupta le había impedido pensar con libertad, la muerte era la única cura.

Copiar es de ignorantes

Sócrates, el mismo que educó a sus alumnos para que abandonasen los deseos de riqueza y éxito, creía que los sofistas se equivocaban. Lo que realmente debes buscar en la vida es ser feliz y, para conseguirlo, necesitas ser justo. Pero ¿por qué? ¿Qué relación hay entre la justicia y la felicidad? Sócrates entendía la justicia como la capacidad de hacer lo correcto. Los seres humanos nacemos con la posibilidad de decidir qué hacer con nuestra existencia y, conforme vamos viviendo, tomamos decisiones que van determinando un camino y una biografía. Podemos acertar en esas elecciones o equivocarnos. El premio de quien acierta, es decir, de quien elige hacer lo correcto, es la felicidad. Si quieres ser feliz, tienes que aprender a elegir bien; para hacer esto último, necesitas saber qué es lo que debes hacer.

A veces nos equivocamos y elegimos cosas que nos parecen buenas cuando en realidad no lo son. Si hacer trampas te parece correcto es porque ignoras lo que es el bien. De la misma manera que hay daltónicos que confunden los colores, hay hombres que, a causa de su falta de conocimiento, consideran lo perjudicial como bueno. Sócrates estaba convencido de que una sociedad virtuosa sólo puede construirse con hombres virtuosos, y por esa razón se dedicó a ir por las calles y las plazas de Atenas provocando, dialogando y debatiendo con sus conciudadanos sobre la justicia. Se comparó a sí mismo con un tábano, cuya misión era aguijonear las conciencias adormiladas. Si Sócrates te pillase copiando o defendiendo delante de tus compañeros que no copiar es de tontos, haría uso de su conocida ironía y te preguntaría: ¿te gustaría vivir en una sociedad corrupta o en una sociedad justa? ¿Te parece que la causa de la corrupción en España es porque nuestros políticos son corruptos o, por el contrario, que nuestros políticos son corruptos porque nuestra sociedad lo es? ¿Copiar no es un acto de corrupción? ¿A quién corrompe ese acto? ¿Eres mejor o peor persona cuando copias? ¿Tu «yo» que copia es la mejor versión de ti mismo? ¿Puedes hacerlo mejor? ¿A quién te gustaría parecerte: a tu «yo» mejor o a tu «yo» inferior?... Y así seguiría Sócrates, acribillándote con preguntas insidiosas, con su aguijón de tábano,

hasta que no te quedase más remedio que reconocer que realmente ignoras qué es lo que te conviene y que sobre el asunto de copiar «sólo sabes que no sabes nada».

Continuemos reflexionando de la mano de Sócrates sobre la corrupción. En España cerramos cada año con nuevos casos de los que ya no se libra ninguna institución: la familia real, los partidos políticos, los sindicatos, los clubes de fútbol, las grandes empresas, los bancos, etcétera. La corrupción parece formar parte de la esencia de nuestro país. ¿Por qué existen en España tantos casos de corrupción? ¿Tienes algo que ver tú con todo esto? ¿Hay algo que puedas hacer para evitarlo?

El origen etimológico del término *corrupción* emana del vocablo latino *corruptio*, que significa «hacer pedazos», «romper», «destrozar». Corromper es depravar, echar a perder, pervertir o dañar. En este sentido podemos hablar de la corrupción como una depravación moral. En todo acto de corrupción, su ejecutor no sólo hace pedazos su integridad, su honor y su dignidad, sino que además rompe una relación con otros hombres que es muy difícil de restaurar. La mentira, por ejemplo, es una forma de corrupción; por eso, el filósofo Friedrich Nietzsche (1844-1900) decía: «Lo que me entristece no es que me hayas mentido, sino que ya nunca más podré confiar en ti». Copiar es una mentira con la que te mientes a ti, a tus compañeros y a tu profesor.

El filósofo español Emilio Lledó (1927), siguiendo las ideas de Sócrates, considera que el corrupto, por su mala fe, es un ignorante de sí mismo, no sabe quién es ni qué está haciendo. El que maneja la mentira y el engaño acaba siendo «pura falsedad». ¿No has utilizado alguna vez la frase «es un falso» para referirte a una persona que ya no es digna de tu confianza?

Sócrates y Lledó te invitan a vivir tu vida teniendo como principios la justicia y la verdad, cosas que se resumen en «ser gente decente». Quizá los ya innumerables casos de corrupción son tan sólo un reflejo de nuestra falta de decencia generalizada. Muchos de nuestros conciudadanos se preocupan por cultivar la belleza de su cuerpo. Todos los días hacen un sacrificio por no parecer feos ante los demás. También hacen un esfuerzo por cuidar

su higiene y seguramente se sentirían muy incómodos si alguien les dijese que huelen mal. Pero parece que no todos se preocupan por tener una buena higiene moral, es decir, por ser personas decentes. Para Sócrates, deberías preocuparte porque tu alma no huela mal y porque nadie pueda decirte que eres un mentiroso, un tramposo o un falso.

El maestro estaba muy alarmado por la corrupción política y moral de su ciudad. Creía que la única solución posible era educar a una juventud decente y honesta. Sólo con jóvenes como tú, que defiendan la verdad y la justicia, pueden salvarse Atenas y España. ¿Estás preparado para salvar a España o quizá sigues siendo parte del problema?



<https://twitter.com/eledututor/status/1081181804109930497>

#FiloReto_6

¿PODRÍA SER

EL SUICIDIO

LA SOLUCIÓN

A ALGUNO

DE TUS PROBLEMAS?

Albert Camus.
Gabriel Marcel.
Emil Cioran

En la película *El club de los poetas muertos* (Peter Weir, 1989), Neil, un joven estudiante, sueña con ser actor, pero su tiránico padre se lo prohíbe. A escondidas de su familia, el joven actúa como protagonista en una representación de una obra de Shakespeare, *Sueño de una noche de verano*. El día del estreno, su padre aparece en el teatro y, a pesar de que su actuación ha sido extraordinaria, no sólo no lo felicita, sino que lo amenaza con sacarlo del colegio y enviarlo a una escuela militar. Neil no será actor, sino médico, porque su padre así lo ha decidido. El destino de su vida está inexorablemente determinado por otra persona. Neil coloca sobre la ventana de su habitación la corona que usó en la obra de teatro y decide poner fin a su vida con el revólver de su padre. A pesar de tratarse de una ficción, la escena nos sobrecogió a todos los que vimos esa película. Cuando el suicidio no es ficción, sino que ocurre cerca de nosotros, el estremecimiento y el silencio es aterrador. Enmudecemos porque parece que no hay respuesta a la pregunta que el suicidio nos plantea.

El silencio de Dios

El filósofo francés Albert Camus (1913-1960) consideró que el suicidio era el único problema filosófico verdaderamente serio. Camus fue un hombre preocupado por la lucha contra la opresión, la injusticia, la violencia y la desigualdad, y también por el fútbol. Los aficionados a este deporte citan continuamente una de sus frases: «Lo que finalmente sé con mayor certeza respecto a la moral y a las obligaciones de los hombres se lo debo al fútbol». Lo que más le gustaba a Camus de este deporte era la igualdad que se vivía en el terreno de juego.

Este filósofo nació en uno de los barrios más humildes de Argel y pudo estudiar gracias a una beca concedida a los hijos de los soldados que habían caído sirviendo a Francia. Era un niño pobre en un colegio de ricos, pero cuando comenzó a jugar en el equipo

de fútbol se dio cuenta de que las diferencias sociales desaparecían en el terreno de juego. Durante el partido da igual si eres rico o pobre, negro o blanco; sólo importa el fútbol.

Albert Camus tenía unos quince años cuando se declaró ateo. Mientras paseaba con un amigo, presencié cómo un autobús atropellaba y mataba a un niño. Vio a la madre del pequeño gritando desgarrada. El futuro premio Nobel de Literatura contempló el cadáver, luego volvió la vista hacia arriba y le dijo a su amigo: «Mira, el cielo no responde». Si Dios existiera, esa tragedia no debería haber ocurrido. No hay ningún Dios que pueda socorrernos, ni tampoco esperanza; toda ilusión es inútil y carece de sentido. No hay ningún más allá que pueda compensar los sufrimientos que experimentamos. Nos guste o no, este mundo en el que vivimos es el único que tenemos.

Todo esto es absurdo

Para este portero del Racing Universitaire d'Alger, la vida es absurda, caótica y carente de sentido. Venimos de una nada y nos encaminamos hacia otra nada. La vida y cada uno de los acontecimientos que la integran no poseen ningún significado oculto. No existe ningún propósito. No hay respuesta para la pregunta del sentido de la vida. La inevitable muerte es el final que destruirá todos los proyectos, planes y sueños. No te lo tomes como algo personal: todos sufrimos un choque tremendo entre nuestras expectativas sobre la vida y la realidad, entre lo que deseamos que ocurra y lo que termina sucediendo.

El Universo manifiesta continuamente una absoluta indiferencia hacia nuestras metas personales. De hecho, no le importa lo más mínimo que sufras o que goces. Esta indolencia de la realidad es lo que Camus llamaba «el absurdo» y, para ilustrarlo, utilizó el antiguo mito griego de Sísifo: el poeta Homero nos cuenta que Sísifo, rey de la antigua ciudad de Corinto, fue condenado por los dioses a empujar una enorme piedra por la ladera de una montaña. Momentos antes de alcanzar la cima, la roca rodaba hacia abajo y

Sísifo debía comenzar de nuevo el mismo trabajo desde el principio, una y otra vez, por toda la eternidad. Su castigo era repetir una y otra vez un frustrante y absurdo proceso. Daba igual el empeño y el esfuerzo que Sísifo pusiese en su tarea: la roca siempre terminaba cayendo.

Un día, cuando expliqué este mito en clase, un alumno me hizo la siguiente reflexión: «Sísifo es mi padre. El pobre hombre madruga todas las mañanas para ir a trabajar a una fábrica, donde hace la misma tarea rutinaria todos los días, para cobrar un salario con el que poder pagar una casa donde descansar y una comida con la que recuperar las fuerzas, y así levantarse al día siguiente a realizar exactamente la misma labor». Al igual que el rey de Corinto, todos nosotros también estamos condenados: no importa el esmero y la determinación que pongamos en nuestros proyectos, al final nuestra roca terminará cayendo, porque inevitablemente todos moriremos. Éste es el destino fatal que nos espera a todos.

Tres soluciones al problema de vivir y una montaña

Puede que en estos momentos comiences a ver tu vida desde el más absoluto de los absurdos y te embargue una profunda sensación de pesimismo. Si es así, Camus te diría que tienes tres maneras de combatir el absurdo: la fe, el suicidio o tu conversión en un héroe trágico.

Exploremos el primer camino. Puedes buscar consuelo en la fe. Hay gente que intenta ver la mano de Dios en todo lo que le ocurre para afrontar el absurdo de la vida. Si eliges este camino deberás hacer un esfuerzo por creer que tu vida, aunque parezca no tener ningún sentido, forma parte de un plan mayor, porque Dios escribe recto con renglones torcidos. Los acontecimientos que no comprendemos son pruebas que Dios nos pone para crecer y ganarnos el cielo. Para Camus, la fe no es una solución válida porque hace que nos evadamos del mundo en que vivimos. La religión es una huida hacia delante para no tener que afrontar el

problema de vivir con el absurdo. Si el mundo no tiene sentido, pues yo me lo invento. El cielo y Dios son un autoengaño que fabricamos para poder soportar el terrible absurdo que nos asola.

Analicemos ahora el segundo camino: podrías suicidarte porque, en el fondo, hacerlo sería tan sólo adelantar el inevitable final. Pero, para Camus, el suicidio no es una solución porque, en lugar de resolver el problema, lo que hace es negarlo. Suicidarse es no tener la valentía de responder a la pregunta que la vida nos plantea, es no presentarse a un examen por miedo a suspenderlo, romper el crucigrama porque no sabemos la solución; es tirar la toalla antes de comenzar el combate, mirar para otro lado, salir corriendo. Suicidarse es confesar que hemos sido sobrepasados por el problema de la vida. Suicidarse es confesar que no hemos sido capaces de responder a la pregunta «¿por qué estoy aquí?».

Entonces, ¿qué te queda? La única solución es convertirte en Sísifo, un héroe trágico. Para ello deberás aceptar heroicamente que la vida es absurda y que estás condenado a morir y, a pesar de ello, aprender a ser feliz. La vida no tiene sentido, pero tú puedes dárselo a tu existencia. El héroe trágico no deposita sus esperanzas en Dios ni busca la felicidad en el cielo. Sísifo es plenamente consciente de su situación y no alberga ninguna esperanza de que vaya a cambiar. No sueña con una vida mejor, no pide perdón a ningún Dios, no se siente culpable y no pide ayuda a fuerzas superiores. El héroe trágico no espera ser feliz en una vida futura, sino que lucha por serlo en ésta.

Puede que te imaginases a Sísifo como un pobre desdichado, pero Camus te invita a que lo visualices alegre. Tras caer la roca, Sísifo comete el mayor acto de rebeldía: niega a Dios, vuelve a cargar la piedra y decide ser feliz en esta existencia absurda. Si la vida es un castigo que no podemos eludir, no hay mayor acto de rebeldía que disfrutarlo. No eres dueño de tu destino final, pero sí de tus días. Por muy pesada que sea la roca que te toca cargar, recuerda que de ti depende hacerlo con la alegría del héroe trágico, con la misma alegría con la que Rossini subió su carga. El compositor italiano, en su ascensión, nos dejó estas palabras que siguen resonando como su música para nosotros: «Comer y amar,

cantar y digerir; ésos son, a decir verdad, los cuatro actos de esa ópera bufa que es la vida y que se desvanece como la espuma de una botella de champaña». Algo maravilloso sucede cuando disfrutamos de esta vida sin sentido: el absurdo desaparece.

La solución más divina

Gabriel Marcel (1889-1973) no habría elegido la tercera solución al problema de la existencia, sino la primera. Para este filósofo francés no tenemos que crear el sentido de la vida, como propuso Albert Camus, sino descubrirlo. La fe no es una tonta ilusión, sino el verdadero camino que podría colmar tu vida de sentido y de plenitud.

Para Gabriel Marcel, la pregunta por el sentido de la vida es ineludible. La vida es como una obra de teatro en la que tú eres uno de los actores. Cuando te preguntas por su sentido es como si interrogases sobre cuál es tu personaje dentro de la función y qué tienes que hacer en ella. El sentido de tu vida depende del que tiene la obra. Si «la vida» tuviese un sentido, «tu vida» también lo tendría, de la misma forma que si la pieza teatral tuviese un argumento, es decir, un significado, también lo tendrían todas las palabras y las acciones que se van a representar en ella. El problema es que vivir no se parece en nada a tener que interpretar un papel escrito en un libreto, sino que es más bien una improvisación. Es como si el director hubiera olvidado darte las instrucciones para desempeñar el papel que se te confió. La pregunta por el sentido de nuestras existencias es saber si, a pesar de no conocer el libreto, puedes darle a tu papel en la obra algún sentido, porque se acaba de levantar el telón, los focos te alumbran y el público está esperando a que hagas algo.

Según Gabriel Marcel, para encontrar el sentido de la vida debes buscar en tu interior y recogerte, es decir, volverte sobre ti mismo sin abandonar nada. Vivir es una especie de camino que vamos recorriendo, y tenemos la posibilidad de mirar hacia atrás y contemplar nuestro pasado. Al hacerlo descubrimos qué es lo

valioso en la vida y, en función de ello, proyectamos el futuro. En ese proceso de búsqueda surgirán preguntas que te llevarán a encontrarte a ti mismo, a saber qué es lo que te motiva y lo que realmente deseas.

La vida no es sólo lo que te dieron al nacer, ni el esfuerzo que hacemos cada día por sobrevivir; la vida son las experiencias que vamos teniendo y, sobre todo, esa búsqueda continua por encontrarle un sentido. Lo que Gabriel Marcel descubrió en ese proceso es que era un ser creado por otro Ser. «No soy nada y no puedo nada por mí mismo sino en tanto soy, no sólo asistido, sino promovido al ser por aquel que es todo y lo puede todo.» Nuestra existencia únicamente se sostiene por la presencia de un ser trascendente. Yo existo porque Él existe. Gabriel Marcel, al encontrar a Dios, cree haber llegado al final de su búsqueda y reconoce: «Sólo Tú en verdad me conoces y me juzgas; dudar de Ti no es liberarme, es aniquilarme».

Muchos hombres no encuentran el sentido de la vida porque confunden el ser con el tener. En lugar de emplear la vida en descubrir qué son y por qué, se afanan por tener cosas y terminan convirtiéndose en una cosa. En nuestra época estamos tan acostumbrados a vivir entre máquinas que nos hemos confundido con una de ellas. Esta idea se encuentra reflejada en el discurso que Charles Chaplin pronuncia en *El gran dictador* (1940). El día que Chaplin, tras tantos años sin pronunciar palabra en la pantalla, habló por primera vez a una cámara, se puso serio y nos habló de los peligros del fascismo. En la película, un barbero debe disfrazarse del dictador Adenoid Hynkel (una parodia de Hitler) para salvar la vida, y las circunstancias lo llevan a tener que dar un discurso sobre el inicio de la conquista del mundo ante una multitud enardecida. Sin embargo, el barbero hace un conmovedor discurso en el que se encuentran estas palabras que tanto recuerdan al pensamiento humanista de Gabriel Marcel:

Hemos progresado muy deprisa, pero nos hemos encarcelado a nosotros. El maquinismo, que crea abundancia, nos deja en la necesidad. Nuestro conocimiento nos ha hecho cínicos. Nuestra

inteligencia, duros y secos. Pensamos demasiado y sentimos muy poco. Más que máquinas, necesitamos más humanidad. Más que inteligencia, tener bondad y dulzura [...] no os rindáis a esos hombres que en realidad os desprecian, os esclavizan, reglamentan vuestras vidas y os dicen lo que tenéis que hacer, que pensar y que sentir. Os barren el cerebro, os ceban, os tratan como a ganado y como a carne de cañón. No os entreguéis a estos individuos inhumanos, hombres-máquinas, con cerebros y corazones de máquinas. Vosotros no sois máquinas, no sois ganado, sois hombres. Lleváis el amor de la Humanidad en vuestros corazones, no el odio. Sólo los que no aman odian, los que no aman y los inhumanos.

Cómo si fuésemos un aparato mecánico, hemos terminado definiéndonos por el conjunto de funciones que somos capaces de hacer: puedo producir, puedo consumir, puedo votar, etcétera. Observa como la mayoría de la gente, cuando tiene que presentarse y definirse a los demás, lo hace aludiendo a su trabajo. ¿Quién soy? Profesor, estudiante, médico, etcétera. ¿Qué ocurriría si nos soltasen en una isla desierta? ¿Cómo responderías ahora a esa misma pregunta? ¿Cuál sería ahora tu identidad? No somos cosas ni máquinas, somos «personas». Pero, cuando nos sumergimos en el mundo del tener, nos olvidamos de lo que somos y desaparecemos como individuos.

Vivir no es producir cosas ni poseerlas. No eres tu coche ni tu casa ni tu móvil, ni tampoco tu cuerpo. Posees un cuerpo, pero no eres sólo éste, sino una persona. ¡Cuántos hombres son esclavos de sus cuerpos! ¡Cuántos malgastan su existencia intentando poseer el cuerpo que desean! Deja de contemplar el mundo como un conjunto de cosas que puedes poseer, incluidas las personas que conviven contigo, y comienza a empezar a ser. Vivir no es «tener», sino «ser». Ser es existir con otros y convivir con ellos. Dejar de ver al otro como una cosa y encontrarte con él en una relación de igualdad, en la que no buscas ningún beneficio material. Vivir es descubrir que existe un nosotros que es compatible con tu existencia personal. La vida comienza a tener sentido cuando amamos, somos fieles a otras personas y compartimos con ellas una esperanza de futuro. Si, además, se te concede el regalo de la

fe, descubrirás que la vida es Dios, un ser que no puede ser descrito o demostrado por la ciencia, pero que puedes experimentar y que te hará sentirte pleno.

El suicidio como opción, pero ¡no para hoy!

El filósofo Emil Cioran (1911-1995) estaba obsesionado con la muerte. Aunque tuvo una infancia muy feliz, el paso a la adolescencia lo llenó de pesimismo ante la vida. La culpa de este desasosiego fue su insomnio:

Llegué a pasar semanas sin pegar ojo [...] Me di cuenta de que la vida es soportable gracias al sueño; cada mañana, tras una interrupción, comienza una nueva aventura. El insomnio, sin embargo, suprime la inconsciencia, obliga a 24 horas diarias de lucidez. [...] La vida sólo es posible si hay olvido.

Para este filósofo rumano, el suicida no está ni loco ni equivocado. El suicidio es una opción libre que puede tomar cualquier persona. Cioran nos cuenta que un día se encontró con un señor que quería suicidarse. Estuvieron dando vueltas y vueltas, horas y horas. Al final, Cioran le dijo que lo mejor era que aplazara el suicidio, que en el fondo ésa era una idea muy vital que había que aprovechar. Vivir con la posibilidad del suicidio es una idea interesante porque nos permite replantearnos la vida continuamente: nuestros proyectos, relaciones, esperanzas, valores, etcétera. La posibilidad del suicidio nos obliga a aprovechar cada instante que la vida nos ofrece. Si al comer uno de nuestros platos favoritosuviésemos presente que podría ser la última vez que lo disfrutáramos, lo degustaríamos con mayor intensidad.

Lo que propone Cioran es que el suicidio sea la culminación de nuestra vida, fruto de haber concluido nuestro proyecto personal. El único argumento contra el suicidio es éste:

No es natural poner fin a tus días antes de haberte demostrado hasta dónde puedes llegar, en qué medida puedes realizarte. Los suicidas consuman un acto antes de haber alcanzado una madurez efectiva, antes de estar maduros para una extinción aceptada. El hecho de que un hombre quiera acabar con su vida es fácil de entender. Pero ¿por qué no elegir el punto culminante, el momento más favorable de su desarrollo? Los suicidios son horribles porque no se llevan a cabo a su debido tiempo, porque tronchan un destino en lugar de coronarlo. Un final tiene que cultivarse como si fuera un huerto. Para los antiguos, el suicidio era una pedagogía; el fin brotaba y florecía en ellos. Y cuando se extinguían por su propia voluntad, la muerte era un final sin crepúsculo. A los modernos les falta la cultura interior del suicidio, la estética del fin. Ninguno muere como debería y todos se extinguen por obra del azar: neófitos en el suicidio, unos amargados de la muerte.

Deberíamos suicidarnos cuando hayamos completado la película de nuestra vida; pero no en el momento en que ya no nos quede nada más que contar, sino cuando hayamos encontrado un gran final.

¿Concluyó Cioran su vida con un suicidio? No. En este punto, Cioran no fue nada coherente con su pensamiento. Murió con alzhéimer, a los ochenta y cuatro años, en un hospital de París. En una de sus últimas entrevistas confesó: «Jamás he trabajado. He preferido ser un parásito a ejercer un oficio. He accedido a sufrir una relativa miseria con tal de preservar mi libertad».



<https://twitter.com/eledututor/status/1081528758643888128>

#FiloReto_7

¿SIRVE DE ALGO REZAR?

Tomás de Aquino. Anselmo de Canterbury.
Jenófanes de Colofón. Fred Hoyle. Hume. Pascal.
Russell. Kierkegaard. María Zambrano. Richard Dawkins

¿Alguna vez has rezado para encontrar la fuerza y la luz con las que superar una dificultad que la vida te plantea? Quizá alguna vez le hayas pedido a Dios que te ayudase con algún problema, incluso puede que reces de manera habitual. Pero también es posible que, para ti, sea una pérdida de tiempo, y que consideres la fe como una especie de superstición propia de sociedades primitivas.

Lo cierto es que mucha gente reza y, si vas a ser uno de ellos, primero tienes que asegurarte de que Dios existe. Si resulta que la divinidad a la que vas a invocar es tan sólo una invención humana, tu oración tendría el mismo efecto que solicitarle ayuda a Harry Potter para afrontar tus problemas. Tomás de Aquino (1225-1274), uno de los teólogos cristianos más brillantes, se percató de que la fe cristiana tiene unos presupuestos, de los cuales el más importante es la existencia de Dios. Antes de ponernos a rezar, es conveniente que nos aseguremos de que existe algún Dios, no vaya a ser que estemos perdiendo el tiempo y desperdiciando la esperanza.

Pero ¿es posible demostrar la existencia de Dios? ¿Nos ayuda la fe a tener una vida más plena? ¿La religión nos hace mejores o peores personas? ¿Es Dios un espejismo? ¿Son compatibles la fe y la razón?

Mi Dios es tan perfecto que existe

Ha habido filósofos que han intentado demostrar la existencia de Dios y sus razonamientos han pasado a la historia por la polémica que han suscitado. El argumento que más controversia ha causado lo construyó un monje benedictino del siglo XI que llegó a ser arzobispo de Canterbury. Anselmo (1033-1109) fue un amante de la libertad, como todo buen filósofo ha de serlo, y hay varias anécdotas de su vida que así lo atestiguan. La primera de ellas nos cuenta que, en cierta ocasión, un maestro se le quejó de lo poco que aprendían sus alumnos y de lo vagos que eran. (¿Te resulta familiar esta queja?) Anselmo respondió: «Si plantas un árbol en tu huerto y lo cercas por todos los lados, de suerte que no pueda extender las

ramas, tendrás al cabo de un tiempo un árbol inútil de ramas torcidas [...] Pues así es como tratas a tus alumnos [...] con amenazas y golpes, y privándolos del privilegio de la libertad».

Anselmo fue uno de los primeros en oponerse a la esclavitud. Otra anécdota nos cuenta que un día se encontró con que un niño había atado a un pájaro de un pata y lo fastidiaba dejándolo volar para luego tirar del hilo y hacerlo volver atrás. Anselmo cortó el hilo y sentenció lo siguiente: «El pájaro escapa, el niño llora y el padre se alegra».

Pero veamos cómo este monje benedictino intentó probar la existencia de Dios. El argumento se conoce con el nombre que siglos después utilizó Kant para referirse a él: *el argumento ontológico*. Siempre que lo explico en clase, mis alumnos se quedan con la sensación de que les saco un conejo de una chistera, porque intuyen que hay un truco pero no saben cuál es. ¿Estás preparado para ver salir el conejo de la chistera? Expongo la versión de Descartes de este argumento porque es la más sencilla y simple: la idea de Dios es la de un ser perfecto. Si Dios no existiese le faltaría algo tan importante que dejaría de ser perfecto. Por tanto, Dios necesita existir para ser perfecto. De la misma manera que al examinar la idea del triángulo deducimos que la suma de sus ángulos ha de ser necesariamente 180° , al analizar la idea de Dios deducimos que necesariamente tiene existencia... ¡Tachán! Imagino que ahora entenderás lo polémico que ha sido este argumento. Hay filósofos que lo consideran válido y otros que ven en él una falacia como la copa de un pino. De todas formas, aun aceptando el argumento, no probaría que el Dios que existe es el mismo en el que cree Anselmo. Para comprobarlo, suelo pedir a mis alumnos que realicen el siguiente ejercicio:

- Invéntate un Dios.
- Incluye entre sus atributos la perfección.
- Usa el argumento ontológico para demostrar que tu Dios existe.

Cuando termines el ejercicio puede que llegues a la misma conclusión que Jenófanes de Colofón (570-475 a. C.) Este filósofo griego, después de viajar de acá para allá y de conocer muchas y muy diferentes culturas, escribió:

Chatos, negros: así ven los etíopes a sus dioses. De ojos azules y rubios: así ven a sus dioses los tracios. Pero si los bueyes y los caballos y leones tuvieran manos, manos como las personas, para dibujar, para pintar, para crear una obra de arte, entonces los caballos pintarían a los dioses semejantes a los caballos; los bueyes, semejantes a bueyes; y a partir de sus figuras crearían las formas de los cuerpos divinos según su propia imagen: cada uno según la suya.

Mi Dios existe porque tú existes

Tomás de Aquino (1225-1274) no aceptó el argumento de Anselmo y desarrolló cinco pruebas que se basan en la idea de que sólo Dios puede ser la causa de ciertos efectos que percibimos en el Universo. Uno de ellos, por ejemplo, nos invita a reflexionar sobre el hecho de que nada en el Universo es causa de sí mismo. Todo ser recibe su existencia de otro distinto a él, que a su vez la recibe de otro y así se crea una cadena de seres que se causan los unos a los otros. Tú, por ejemplo, no decidiste un buen día empezar a existir, sino que fueron tus padres los que te dieron la existencia y a ellos, a su vez, tus abuelos y, así sucesivamente, hasta que, si nos remontamos al principio, nos encontraremos con un ser que es la causa de todos los seres, pero que a su vez no tiene ninguna. Si existe el Universo, también ha de hacerlo su creador... Si existe un cuadro que no se ha podido pintar a sí mismo, también ha de hacerlo un pintor... ¡Tachán! El conejo ha vuelto a salir de la chistera. El problema de estos argumentos diseñados por Tomás de Aquino y conocidos como las «cinco vías» es que se basan en una imagen del Universo y en una física que están ya superadas.

Un diseñador inteligente, un Boeing 747 y un ojo humano

Muchos creyentes argumentan la existencia de Dios de una manera muy parecida a como lo hacía Tomás de Aquino: defienden que ciertas características del Universo y de los seres vivos se explican mejor por la existencia de una causa inteligente que por un proceso ciego como la selección natural. El astrofísico británico Fred Hoyle (1915-2001) hizo el cálculo de la probabilidad de que hubiese vida en la Tierra y el resultado es de alrededor de 1 entre 10^{40000} . Es decir, la probabilidad de que la vida en la Tierra surja por azar es comparable a la misma que existe de que un tornado pase sobre un montón de chatarra y monte un Boeing 747. La vida tal como la conocemos depende, entre otras cosas, de al menos dos mil enzimas diferentes. ¿Cómo pudieron unas fuerzas ciegas combinar los elementos químicos correctos para construir esas enzimas?

Otra prueba de la existencia de Dios sería tu ojo, porque una cámara tan compleja y maravillosa no puede ser fruto del azar. Tu ojo se parece a un telescopio de la más alta calidad, con una lente, un foco ajustable y un diafragma variable para controlar la cantidad de luz. No hay duda de que el ojo parece haber sido diseñado; ni los mejores ingenieros de Tesla podrían hacer un trabajo tan sofisticado. Pero, entonces, ¿cómo pudo este instrumento maravilloso haber evolucionado por casualidad a través de una sucesión de eventos azarosos? Sin duda, hay un Dios responsable de éste y otros espectaculares diseños.

Al filósofo escocés David Hume (1711-1776) nunca le convencieron este tipo de argumentos. En el *Diálogo sobre la religión natural*, una obra que le causó muchos problemas, defiende la idea de que del hecho de que este Universo «parezca» estar diseñado por Dios no podemos deducir que en efecto sea fruto de su intervención y, por tanto, que Dios exista. Este tipo de argumentos se basan en una analogía: se comparan dos cosas diferentes, se señalan algunas semejanzas entre ellas y se concluye que cierta característica de una debe estar presente también en la otra; porque si dos realidades son parecidas en uno o más

aspectos, entonces lo más probable es que también existan entre ellas otras similitudes. Un ejemplo de razonamiento por analogía es éste:

- Cuando administramos adrenalina a un gorila se incrementa su ritmo cardíaco.
- El sistema circulatorio de los gorilas es similar al de los seres humanos.
- Por lo tanto, la adrenalina debe incrementar el ritmo cardíaco de los humanos.

Como puedes observar en este ejemplo, tenemos datos empíricos de los dos casos que se comparan: los gorilas y los humanos. El problema identificado por Hume es que el número de casos observados del supuesto diseñador inteligente es cero (hemos avistado muchos gorilas, especialmente en las reuniones de vecinos, pero de momento, que se sepa, nadie ha visto a Dios); por tanto, este argumento es una analogía que no debemos aceptar.

Jugar al póker con Dios

El filósofo y matemático francés Blaise Pascal (1623-1662) era una auténtica máquina en los juegos de azar; los ganaba todos. Su gran contribución a la matemática fue el cálculo de probabilidades, que desarrolló para ganar siempre en cualquier juego y no para que los estudiantes de bachillerato resolviesen problemas absurdos y desconectados de la vida en sus exámenes. La afición de Pascal al juego era tan grande que se enfrentó al problema de la existencia de Dios como si fuese una apuesta. Imagina que estás en un casino, en plan James Bond, con una copa de *dry martini* en una mano y una ficha de juego en la otra. Frente a ti hay una especie de ruleta francesa, pero sobre la mesa, en vez de apuestas al rojo y al negro, tienes otras a «Dios existe» y «Dios no existe». La idea de la que parte Pascal es que no tienes forma de saber *a priori* si Dios existe o no, de la misma manera que es imposible saber antes de un partido

Madrid-Barcelona quién es el que va a ganar: hasta que estires la pata, no conocerás si ganó el equipo de los ateos o el de los creyentes. Tienes un 50 % de probabilidades de acertar, pero eso no significa que tengas que apostar a lo loco, porque si analizas cuidadosamente las posibilidades caerás en la cuenta de que una de las dos es más ventajosa que la otra:

- Si apuestas a «Dios existe» y no aciertas, tras tu muerte realmente no pierdes ni ganas nada. De hecho, ni te enterarías de que has perdido.
- Si apuestas a «Dios existe» y ganas, te toca la lotería porque vas al cielo de por vida a disfrutar, a olvidarte de trabajar y a no pagar más impuestos.*
- Si apuestas a «Dios no existe» y ganas, tampoco obtienes realmente nada porque no te vas a enterar de que acertaste. Recuerda que si hay algo seguro es que no existe un cielo para ateos.
- Si apuestas a «Dios no existe» y pierdes, ganas una tortura en el infierno, un sitio que el filósofo inglés Bertrand Russell definió como «un lugar donde la policía es alemana; los conductores de automóviles, franceses, y los cocineros, ingleses».

La conclusión a la que deberías llegar si tienes dos dedos de frente es que ser ateo no merece la pena. Pascal está de acuerdo con muchos en que ir a misa, dar limosna y seguir el resto de las normas que nos impone la Iglesia es un rollo, pero es la mejor inversión que podemos hacer porque hay poco que perder y mucho que ganar. La cuestión es que parece ser que Pascal no tuvo que esperar a su muerte para comprobar que había ganado. Cuando ya estaba fiambre le encontraron una hoja de pergamino cosida a la ropa con un texto que se conoce como el *Memorial*, en el que cuenta que una noche de 1654 tuvo una experiencia religiosa en la que se encontró con Dios y descubrió que nada tenía que ver el Dios de los filósofos con el de la fe, porque a Dios no se llega por la razón, sino por el corazón. No se puede demostrar a Dios como si se tratase de un teorema matemático, porque a Dios se lo siente. El

Dios del Antiguo Testamento es el Dios del poder; el del Nuevo Testamento es el Dios del amor, y el Dios de los filósofos es una idea que se descubre a través del ejercicio de la razón. Este Dios aparece al final de un razonamiento como la conclusión final de un problema de matemáticas.

Tomar una taza de té con Dios

En el otro lado del *ring* nos encontramos con un grupo de filósofos que creen que es imposible demostrar que Dios exista. Entre todos ellos destaca, con el calzón azul de la Universidad de Cambridge, el capitán de los ateos, el filósofo, escritor y matemático, el premio Nobel de Literatura: Bertrand Russell (1872-1970). En 1952, una revista le encargó un artículo en el que expusiese su opinión y sus argumentos con respecto al problema de la existencia de Dios. Allí Russell expuso el que sería conocido como «el argumento de la tetera». Por supuesto, el artículo no fue publicado y cuando lo leas entenderás por qué:

Si tuviera que sugerir que entre la Tierra y Marte existe una tetera china girando alrededor del sol en una órbita elíptica, nadie sería capaz de rechazar mi afirmación si hubiera tenido la precaución de añadir que la tetera es demasiado pequeña incluso para que la capten nuestros telescopios más potentes. Pero si yo dijera que, dado que mi afirmación no puede ser rechazada, es intolerable la presunción por parte de la razón humana de dudar de ella, se pensaría que estoy diciendo tonterías. Si, sin embargo, la existencia de dicha tetera estuviera afirmada en libros antiguos, se enseñara como sagrada verdad cada domingo y se inculcara en las mentes de los niños en la escuela, la vacilación para creer en su existencia sería signo de excentricidad y quien dudara de ella merecería la atención de un psiquiatra en un tiempo ilustrado o de un inquisidor en tiempos anteriores.

Dios es un ser fruto de una esquizofrenia colectiva transmitida de generación en generación por la religión. Pero no corresponde al ateo refutar su existencia, muy al contrario, es el creyente el que

tiene la responsabilidad de demostrar lo que afirma. Si alguien afirmase que existen duendes y hadas, estaría obligado a presentar pruebas de ello, y si para zafarse de esta engorrosa responsabilidad te dijese que eres tú el que debes demostrar que no existen, debes hacerle ver que está utilizando una retorcida y manipuladora retórica. Recuerda que es el que afirma quien está obligado a demostrar sus aseveraciones.

No hay razones para creer en Dios, por eso creo

El filósofo danés Søren Kierkegaard (1813-1855) estaba de acuerdo con Russell en que no hay ninguna razón para creer en Dios, pero para él ésta era precisamente la clave para ser un auténtico creyente. La fe es una experiencia irracional: no se puede comprender, tan sólo se puede sentir y vivir. La fe es una pasión, es un «salto al vacío» que siempre estará acompañado por la duda. Para tenerla es necesario dudar. Si pudieses captar a Dios con tus sentidos o probar su existencia mediante la razón, no tendrías fe sino evidencia. Tener fe no es creer en la inmortalidad, sino en algo absurdo. La fe nos pone ante un precipicio y nos invita a saltar.

En la película *Indiana Jones y la última cruzada* (Steven Spielberg, 1989), el famoso arqueólogo de ficción tiene que pasar por una serie de pruebas para hacerse merecedor del Santo Grial y poder salvar con él la vida a su padre. En una de ellas se encuentra frente a un precipicio y un viejo libro le indica que tiene que realizar un salto de fe para cruzarlo. En cuanto levanta el pie y da el paso, toca suelo firme. Donde sólo parecía haber vacío, surge un nuevo camino que conduce a la salvación. Para Søren Kierkegaard, aunque no hay razones para tener fe, creer da sentido y significado a la vida. La fe es una razón para vivir. Las personas creyentes sienten una plenitud en sus vidas y una fortaleza que no conocen aquellos que no pueden creer. Como te diría Kierkegaard: debes encontrar una verdad que sea cierta para ti, una idea por la cual puedas vivir y morir.

La película francesa *De dioses y hombres* (Xavier Beauvois, 2010) narra la vida de unos monjes cistercienses que viven en un pueblecito de las montañas del Magreb en armonía con sus hermanos musulmanes. La guerra civil estalla en Argelia y el ejército los invita a huir porque no puede garantizarles su seguridad ante los continuos ataques de grupos fundamentalistas. Los monjes deciden renovar su compromiso con el pueblo y aceptar su destino. En la cinta hay una escena que ilustra la idea que Kierkegaard tiene de la fe. Una adolescente del pueblo acude a uno de los monjes para preguntarle por el amor.

—Pero ¿cómo sabes si estás enamorado de verdad? —pregunta la joven.

—Algo en tu interior se emociona —responde el viejo monje—. La presencia de ese ser lo descontrola todo y hace que el corazón normalmente se dispare. Y... hay una atracción, un deseo... Es algo muy bello. Así que no hay que hacerse demasiadas preguntas, es algo que surge sin más. Estás normal y de repente llega la felicidad, la esperanza de la felicidad. Pasan muchas cosas. En fin, es una turbación, una gran turbación, sobre todo la primera vez. [...]

—¿Tú has estado enamorado?

—Sí, varias veces, hasta que un día conocí otro amor, uno aún mayor. Así que acepté la llamada de ese amor, hace mucho tiempo ya, más de sesenta años.

Razones poéticas para creer en Dios

La filósofa española María Zambrano (1904-1991) rezaba todos los días porque para ella no eran incompatibles el pensamiento y la fe. Para Zambrano existen dimensiones del ser humano que no se pueden explicar mediante la razón científica. Si queremos conocer plenamente lo que somos, debemos sumergirnos en nuestra alma. Para llevar a cabo ese viaje a las profundidades de nuestra alma se requiere otro tipo de razón que Zambrano llamó «razón poética». No sólo la biología o la historia explican al hombre, sino que la poesía también lo hace: un poema puede definirnos con la misma fuerza

que una teoría científica. Razón y poesía no son incompatibles, porque el ser humano no posee una única dimensión. No sólo tienes un cuerpo o una razón, sino que también posees una dimensión espiritual. «Lo divino» es una necesidad en el ser humano, aunque hay que entenderlo en su sentido más amplio y no reducirlo al dios de una religión concreta. Si quieres llegar a realizarte, deberás desarrollar todas tus dimensiones, incluida la espiritual. El ser humano es un proyecto y sólo podemos completarlo con la fe: Dios es una necesidad para el hombre; sin Él no podemos llegar a realizarnos plenamente. Razón y fe se complementan. La filosofía lleva a Dios porque nos invita a preguntarnos por Él. Al buscar respuestas a estas preguntas, la práctica de la filosofía nos conduce a descubrir en nuestro interior al Dios que todo ser lleva dentro.

El espejismo de Dios

El biólogo evolutivo Richard Dawkins (1941) publicó un ensayo en 2006 titulado *El espejismo de Dios* en el que se declaraba abiertamente ateo, defendía que creer en Dios es tan irracional como creer en duendes y postulaba que las religiones han sido la causa de los mayores males del hombre.* En el prefacio de esta polémica obra, Dawkins te invita a salir de una vez del armario:

Sospecho —bueno; estoy seguro— que existen montones de personas allá afuera que han sido criadas conforme a una religión u otra, y que están infelices con ella; no creen en ella, o están preocupadas por las maldades que se hacen en su nombre. Personas que sienten vagos impulsos de renunciar a la religión de sus padres y desean poder hacerlo, pero simplemente no saben que renunciar es una opción. Si es una de ellas, este libro es para usted, ya que tiene la intención de volverlo consciente de que llegar a ser ateo es una aspiración realista, además de valiente y espléndida. Usted puede ser un ateo feliz, equilibrado, moral e intelectualmente satisfecho.

Cuando una persona sufre delirios, denominamos a esto *locura*. Si mucha gente sufre el mismo delirio, lo llamamos *religión*. Dawkins trata la creencia en Dios como una hipótesis científica más y la somete a análisis. La primera idea que expone es que no le corresponde al ateo demostrar la inexistencia de Dios, sino que debe ser el creyente el que presente las pruebas. Si tú afirmas que crees en las hadas, eres tú el que está obligado a ofrecer pruebas. ¿Qué evidencias hay de la existencia de Dios? Ninguna. El agnosticismo tampoco es una opción. Imagina que alguien dedujese que, como no se ha podido demostrar la existencia o inexistencia del Ratoncito Pérez, debemos concluir que puede que exista o no, y que en el fondo es una opción personal.

Las teorías científicas van haciendo cada vez más innecesaria la hipótesis de Dios. Por ejemplo, la teoría de la evolución por selección natural demuestra que no se necesita ningún creador para explicar el origen de la vida en la Tierra.

Pero la religión, además de ser una hipótesis falsa, es la fuente de grandes males: los fanatismos, la homofobia, el machismo, el rechazo continuo de la ciencia... En Estados Unidos se usó la Biblia para justificar la esclavitud, con el argumento de que los pueblos africanos eran descendientes de Cam, el hijo que Noé maldijo. El Génesis cuenta que Cam pilló a su padre borracho y desnudo, y salió a contárselo a sus hermanas. Cuando Noé se enteró de esto, lo maldijo a él y a toda su estirpe y dijo que serían esclavos de los descendientes de su otro hijo. Gracias a esta bonita historia, los pueblos europeos se sintieron legitimados para masacrar y esclavizar a los africanos. Deja de rezar, abandona esta locura compartida y comienza a ser plenamente feliz, o no.



<https://twitter.com/eledututor/status/1081897913494786048>

#FiloReto_8

¿SON

MALAS

LAS DROGAS?

Aristipo. Epicuro.
Escohotado

¡Por fin es viernes! Tienes todo el fin de semana para olvidarte de tus obligaciones y preocuparte sólo de disfrutar. Ya está bien de tanta responsabilidad y de tanto trabajo. Te pones tus mejores galas y sales por la puerta de casa como John Travolta en *Fiebre del sábado noche* (John Badham, 1977). La única obligación que tienes por delante es gozar de tu cuerpo. Quedas con tus amigos en tu bar favorito, donde la música que te gusta te hace olvidarte de todas las preocupaciones. Sólo existe el presente. Te sientes eufórico, joven y lleno de vida. Quieres dar rienda suelta a todos tus instintos, desmelenarte y pasártelo bien. Bebes y bailas, bailas y bebes. Acompañas a un amigo al baño y cuando estáis a solas te invita a tomar algún tipo de droga con la promesa de que os lo vais a pasar en grande, de que será una experiencia inolvidable.

¿Qué haces? ¿Merece la pena el placer de la droga? ¿Son todos los placeres iguales? ¿Hay algunos que no nos convienen? Y si es así, ¿cuál es la razón? ¿Cómo saber cuáles son los placeres que te convienen y cuáles no? ¿Hay cosas en la vida más importantes que el placer? ¿Todo dolor es malo? Si no tienes claras las respuestas a estas preguntas ni qué deberías hacer, déjame que te presente a algunos filósofos que pueden darte su sabio consejo sobre este tema.

Filosofía en el prostíbulo

Aristipo (435-350 a. C.) fue uno de los discípulos de Sócrates, el maestro de maestros. Éste le enseñó que lo que teníamos que perseguir en la vida era la felicidad, y Aristipo entendió que el camino más rápido para llegar a ella era el placer. Pero no sólo dedicó su vida a reflexionar sobre el placer, sino que, sobre todo, lo que hizo fue perseguirlo y disfrutarlo. Algunos, cuando piensan en los filósofos, se imaginan a hombres extraños, serios y aburridos; se equivocan. Aristipo es un filósofo que canta, baila, come, bebe y ama. Su pensamiento nos enseña que, si por algo merece la pena vivir, es por disfrutar de los placeres que nos ofrece esta única vida que tenemos.

Aristipo consideraba un error no deleitarse con un placer presente por la promesa de uno mayor en el futuro. Más vale placer en mano que ciento volando, porque el futuro siempre se nos manifiesta incierto. ¿Quedarse todo el fin de semana estudiando por la promesa de conseguir un buen trabajo? ¿Quién puede asegurarte que ese futuro que imaginas se hará realidad? ¿Y si mañana tu vida cambiase de manera radical? Hay personas a las que les descubren una enfermedad grave de un día para otro, ¿por qué no vas a ser tú una de ellas? Imagina que tu médico, después de unas pruebas, te revela que vas a morir en unos meses. ¿Te quedarías en casa estudiando? La vida es mucho más corta de lo que piensas y tras la muerte sólo nos espera un sueño eterno. No desperdicies la tuya con gente o cosas que te hacen sufrir y dale a tu cuerpo alegría, Macarena.

Aristipo era un derrochador: todo el dinero que caía en sus manos se lo gastaba inmediatamente en buena comida y bebida, entre otras «cosas buenas». Solía frecuentar las casas de la gente adinerada y poderosa para disfrutar también él de sus riquezas. Una vez, un tirano, tras un banquete, quiso regalarle a una de sus cortesanas para que pudiese disfrutar tranquilamente en su casa de los placeres de la carne. Aristipo convenció al tirano de que le resultaba imposible elegir entre ellas y se quedó con las tres, aunque al llegar a la puerta de su casa las dejó libres. Una vez le preguntaron qué había aprendido de la filosofía y respondió lo siguiente: «A poder tratar a todo el mundo sin prejuicios». Pero una de las anécdotas que mejor ilustran su pensamiento es aquella que nos cuenta que uno de sus discípulos lo pilló entrando en casa de una prostituta y se escandalizó. Ponte en el lugar del discípulo e imagina que te encuentras a tu profesor de filosofía visitando un prostíbulo. ¿Qué le dirías? La respuesta de Aristipo a las acusaciones de inmoralidad fue ésta: «No es malo entrar, lo malo es no saber salir». No hay ningún crimen en gozar de un placer. La moral con la que la gente condena como disfrutaban de la vida los demás es pura hipocresía. Ningún placer es malo; lo malo es ser esclavo de ellos. Beber alcohol no es malo, pero si desarrollas algún tipo de dependencia hacia esta droga, la cosa cambia. No deberías

poner nada por encima de tu libertad, ni siquiera un placer, por muy intenso que sea y por muchas ganas que tengas de probarlo. Goza de tu cuerpo y tu alma, pero con conciencia. Disfruta de un placer sólo si tienes la capacidad de dominarlo. Pero si, como al ludópata o al alcohólico, es el placer el que te domina o puede llegar a controlarte, recházalo.

Si Aristipo hubiera visto *Trainspotting* (Danny Boyle, 1996), habría repudiado la manera en que los jóvenes protagonistas de esta película disfrutaban de la droga. El inicio de este filme tiene uno de los monólogos más conocidos de la historia del cine. Mientras vemos al protagonista huyendo de la policía, su voz en *off* nos hace la siguiente declaración de intenciones:

Elige la vida, elige un empleo, elige una carrera, elige una familia. Elige un televisor grande que te cagas. Elige lavadoras, coches, equipos de *compact disc* y abrelatas eléctricos. Elige la salud, colesterol bajo y seguros dentales, elige pagar hipotecas a interés fijo, elige un piso piloto, elige a tus amigos. Elige ropa deportiva y maletas a juego. Elige pagar a plazos un traje de marca en una amplia gama de putos tejidos. Elige el bricolaje y pregúntate quién coño eres los domingos por la mañana. Elige sentarte en el puto sofá a ver teleconcursos que embotan la mente y aplastan el espíritu mientras llenas tu boca de puta comida basura. Elige pudrirte de viejo cagándote y meándote encima en un asilo miserable, siendo una carga para esos niños egoístas y hechos polvo que has engendrado para remplazarte. Elige tu futuro. Elige la vida. Pero ¿por qué iba yo a querer hacer algo así? Yo elegí no elegir la vida. Yo elegí otra cosa, y las razones... No hay razones. ¿Quién necesita razones cuando tienes heroína?

Aristipo rechazaría esta forma de vivir el placer, porque los protagonistas quedan esclavizados por la heroína y conducidos a un camino de autodestrucción. La droga les ha arrebatado la libertad. Si vas a consumir droga, que sea después de un acto libre, consciente y reflexivo. No lo hagas sin conocer previamente cuáles son las consecuencias sobre tu cuerpo y tu mente. Tampoco la

tomes por presión social, para sentirte aceptado por los miembros de un grupo. Tú eres tu libertad y sin ella jamás disfrutarás de esta apasionante y maravillosa vida que tienes por delante.

Filosofía en el jardín

Epicuro (341-270 a. C.) también tendría algo importante que decirte si estuviese contigo en ese baño. Este filósofo griego vivió una vida sencilla y alejada del lujo. Entendió que lo que realmente hay que buscar en nuestras vidas era la paz y la tranquilidad. Para Epicuro, la felicidad es conseguir ese estado de ánimo en el que uno pueda decir que «está tan pancho». Este filósofo nacido en la isla de griega de Samos no tuvo muy buena suerte: pertenecía a una familia pobre y tuvo mala salud toda la vida. Podría haber estado cabreado con la vida, pero una de las cosas más importantes que nos enseñó fue que un hombre puede ser feliz en el dolor y en el sufrimiento. Fundó una comunidad de amigos en una casa a las afueras de Atenas con un pequeño huerto; esto hizo que los seguidores de Epicuro fuesen conocidos como *los de la escuela del jardín*.

En su casa se practicaba la tranquilidad y la sencillez de la vida del campo. La mayoría de las veces, los epicúreos comían simplemente pan y bebían agua. Aprendieron a satisfacerse con poco porque creían que la mayor fuente de placer no se encuentra en los lujos, sino en la amistad. No hay nada superable a la dicha que aporta la conversación con un amigo. ¿Y de la droga, qué? No te preocupes, enseguida vamos con ello. Si Epicuro entrase en ese baño, te daría una auténtica lección sobre el placer. Te explicaría que, aunque el placer es el bien máspreciado y el fin que debes perseguir en tu vida, no todos los placeres son puros: algunos conllevan cierto grado de sufrimiento. Antes de probar la droga, debes saber que existen dos clases de placeres: los dinámicos y los estáticos. Los primeros los experimentamos cuando conseguimos satisfacer un deseo y son ese «gustirrinín» que nos invade cuando calmamos una necesidad; el sexo, en todos sus diferentes formatos, sería un buen ejemplo de este tipo de placer. Los segundos nos

llegan cuando conseguimos esa sensación de «estar panchos»; es decir, cuando alcanzamos un estado de ausencia de preocupaciones o de dolor. Si alguna vez has sufrido una migraña, estarás de acuerdo con Epicuro en que apaciguarla produce una tremenda e inigualable sensación de placer. De igual manera, cuando logramos disipar una preocupación que nos atormenta, el placer estático nos embarga. Nada es tan maravilloso como la sensación de quitarse un peso de encima. La próxima vez que llegues tarde a casa y tu madre te riña por no haberle cogido el teléfono y tenerla muy preocupada, puedes argumentar que lo hiciste para provocarle un placer estático y colmarla de felicidad. Estaba preocupada y ya no lo está. Eso es la felicidad, y ¿acaso no es buen hijo quien hace felices a sus padres? Dejando a un lado a tu madre y volviendo al asunto que nos preocupa, Epicuro te aconsejaría que tomes en cuenta en tu decisión que el placer estático es muy superior al dinámico. Cuando tengas que elegir, recuerda que la meta que debes perseguir con tus acciones es la ausencia de dolor, por encima de la obtención de un placer. No elijas un placer inmediato que te causará dolor en el futuro. No tomes drogas, alma de cántaro. No merece la pena disfrutar del placer de la droga, por muy intenso que éste sea, poniendo en peligro la serenidad, la armonía y el equilibrio de tu cuerpo. Si quieres ser un buen discípulo de Epicuro, debes calcular bien los placeres y no obedecer ciegamente a un deseo simplemente porque «te apetece». Si te comportas así, estarás llevando una vida más propia de una bestia que de un ser humano. Satisface sólo un deseo cuando la suma total del placer presente y el dolor futuro tengan un saldo positivo. Sal de ese baño, goza del placer de estar vivo, aprende a diferenciar lo valioso de lo que no lo es y cultiva la amistad por encima de todas las cosas. Pero no con el colega que te estaba ofreciendo la droga.

Filosofía en el fumadero de opio

Antonio Escohotado (1941) es uno de los filósofos que más saben de drogas, aunque él prefiere llamarlas «fármacos». Publicó una especie de vademécum en el que, además de analizar cada sustancia desde un punto de vista científico (químico, histórico, sociológico, etcétera), cuenta su experiencia personal con cada una de ellas. Para este pensador, la droga es una obra cultural y su conocimiento es positivo, aunque el estudio empírico de estas sustancias tuvo como consecuencia tres detenciones, además de un cierto rechazo social que lo marcó durante algún tiempo. En los años ochenta pasó dos años en prisión acusado de tráfico de estupefacientes. Escohotado aprovechó ese tiempo de privación de libertad para terminar la obra que lo convirtió en una autoridad mundial sobre el tema: *Historia general de las drogas*.

Este polémico filósofo siempre se ha mostrado partidario de legalizar el consumo de drogas. El estudio histórico de éstas pone de manifiesto que aquello que en una época se consideraba un fármaco, en otra se considera droga ilegal. La guerra contra las drogas es una guerra contra el placer. Escohotado nos cuenta que hacia el siglo VI antes de Cristo, el médico Hipócrates (el mismo que citan los doctores actuales para jurar su código ético) recomendaba embriagarse de cuando en cuando y entregarse al coito (una pena que la seguridad social no financie estas terapias). También prescribía el opio para tratar la histeria. Para los médicos de la Antigüedad, las drogas no eran sustancias buenas o malas, sino que eran oportunas o inoportunas dependiendo del individuo y de la ocasión. Escohotado propone que recuperemos la actitud que los grecorromanos tenían hacia las drogas y defiende la ebriedad sobria, que te permite gozar sin cometer estupideces. No hay que confundir al abstemio con el sobrio: no se trata de no consumir para no perder la cordura, sino de aprender a hacerlo conservándola.

Las drogas siempre han estado entre nosotros y seguirán ahí: prohibirlas no impide su consumo, ya que para los jóvenes el uso de lo ilícito forma parte del rito de paso hacia la madurez. Lo único que conseguimos con la ilegalización es excitar un consumo irracional de productos adulterados. Lo que deberíamos fomentar es un uso informado de sustancias puras.



<https://twitter.com/eledututor/status/1082639268542074880>

#FiloReto_9

¿QUÉ ES MEJOR,

SER UN **F**RIKI
O SER **N**ORMAL?

Diógenes. Hiparquía.
Descartes. Foucault

Friki es un término que proviene del inglés *freak* y que hemos incorporado a nuestro vocabulario habitual. Con él designamos a alguien estafalario, excéntrico, extravagante y raro; un tipo de persona que tiene un comportamiento, unas aficiones o una forma de vestir poco o nada habituales. Pongamos por caso que te encanta el manga, el pop coreano y el *cosplay*. Imagina que es el día de tu cumpleaños y tus amigos te regalan un disfraz de tu serie anime favorita. Te lo pruebas, te miras en el espejo y te encanta lo que ves: estás guapísima. Al día siguiente, desgraciadamente, toca volver al instituto. Al levantarte de la cama observas el disfraz que tanto te gustó colgado sobre una silla. Algo dentro de ti sueña con poder estrenarlo, pero otra voz te dice que seas una persona sensata y que no se te ocurra aparecer en clase disfrazada. ¿Qué haces? ¿Sigues las normas sociales o vas en contra de ellas? ¿Eliges ser normal o ser auténtica? ¿Merece la pena pagar el precio de que te tachen de friki? ¿Estás dispuesta a asumir libremente tu «muerte social»?

Aprender a tener malas pulgas

Si ha habido un hombre al que le importó un pimiento lo que la gente pensase de él, ése fue Diógenes de Sinope (404-323 a. C.) Sigue leyendo y entenderás por qué hay un síndrome que lleva su nombre. En contra de lo que puedas pensar, Diógenes no se dedicaba a acumular en su casa grandes cantidades de basura, más que nada porque no tenía casa. Dormía al raso cuando hacía bueno y, cuando tenía que resguardarse de las inclemencias del tiempo, se refugiaba en una tinaja. El síndrome que conoces lleva su nombre porque las personas que lo padecen muestran, entre otros síntomas, algo que sí comparten con este filósofo: un comportamiento antisocial. Su conducta no sigue las normas que regulan lo socialmente aceptado. Les resulta indiferente la opinión que los demás puedan tener de ellos y no saben qué es la vergüenza.

Diógenes te diría que no alcanzarás nunca la felicidad si obedeces las modas y las convenciones sociales. Si te sigues esforzando por ser normal, que te acepten e ir a la última, serás un desdichado el resto de tu vida. La felicidad se paga con la incompreensión de los que te rodean. Por eso es preferible que el grupo no te acepte a que te fagocite. En lugar de seguir con el modelo de vida que te impone la sociedad, ¿por qué no tomas como referente a los perros? Éstos, aunque viven con nosotros, no siguen las convenciones; sólo obedecen a sus impulsos naturales. No sienten vergüenza ni culpa. Únicamente persiguen aquello que les hace bien y evitan lo que les causa algún mal. A los perros no les impresionan ni la fama ni la riqueza de los demás. Viven una vida sencilla, necesitan muy poco, y no se sienten feos, gordos o sucios. No siguen ningún canon de belleza establecido artificialmente. No les afecta la opinión de los demás ni tampoco sienten la presión social. ¿No te gustaría vivir con esa libertad? Pues así lo hizo Diógenes y por ello lo apodaron *el Perro*.

El filósofo de los perros te invitaría a ir disfrazado a clase. No desaproveches la oportunidad de disfrutar escandalizando a tus profesores y a tus compañeros más rancios. Cuando alguien se meta contigo por ir disfrazado, pregúntale: ¿acaso tus ropas no son también un disfraz? ¿No intentas, con tu manera de vestir, pasar por algo que no eres? Escandaliza a tus compañeros y oblígales a pensar un poco en lo hipócritas e incoherentes que son.

Este filósofo era un transgresor que se dedicó a romper los esquemas y las costumbres que aceptamos la mayoría. Diógenes buscaba liberarnos de la esclavitud que supone cumplir las absurdas normas sociales y, para ello, incomodaba, ofendía y molestaba al personal. No pretendía fastidiar sin más, sino forzarnos a ver que, en la mayoría de las ocasiones, actuamos como autómatas y no pensamos por qué hacemos lo que hacemos; damos demasiadas cosas por supuestas. Diógenes ha dejado un buen número de anécdotas que dan buena muestra de su filosofía: no estaba loco ni era un payaso, sino un filósofo que enseñaba con el ejemplo en vez de con discursos. Sus anécdotas son una especie

de *performances* en las que buscaba la provocación y el asombro para obligarnos a replantearnos nuestra conducta y nuestros ideales de vida.

El cínico no demuestra sus ideas con argumentaciones largas y alambicadas, sino provocando. Con sus extravagancias, busca llamar la atención, pulverizar los prejuicios e invitarnos a que cambiemos de vida. Su filosofía es una sátira que busca ridiculizar nuestros vicios, locuras y deficiencias. Somos una sociedad hipócrita: nos escondemos para satisfacer necesidades tan naturales como la de comer o beber, que no tienen nada de suicida o pecaminoso. La mayoría se esconde para masturbarse, pero condenan a los que confiesen abiertamente su «amor propio». Nos reunimos para comer y disfrutar juntos. A veces, durante estos momentos comunicamos a los demás los placeres que estamos experimentando al saborear los alimentos en la boca. Imagina una sociedad que tuviese entre sus convenciones una norma que obligase a esconderse para comer y a guardar absoluto silencio sobre el tema. La gente se encerraría en el cuarto de baño y sacaría los alimentos escondidos en el bolsillo para comérselos con ansia, sin hacer ruido. ¿Qué diferencia hay entre la pulsión de comer y la del sexo? ¿No son ambas necesidades igual de naturales? ¿Por qué nos escondemos para satisfacer una de ellas? El sexo no es pecado; la masturbación, tampoco. Deberíamos sentir vergüenza por otras cosas que sí lo son. La gente miente, insulta, critica, fanfarronea, engaña, mira por encima del hombro, actúa sin pensar o sigue modas como un borrego a plena luz del día y delante de todo el mundo. Diógenes se masturbó en público, delante de todos, en el ágora, uno de los lugares más sagrados de Atenas, donde se practicaban la democracia y la filosofía. Él no argumentaba con discursos, sino con acciones. Cuando se puso «manos a la obra», los que estaban allí se escandalizaron y comenzaron a recriminarle su conducta. La respuesta del filósofo, cargada de cinismo, fue ésta: «Si frotándose el vientre se calmara el hambre como se hace con el deseo sexual, se solucionarían muchos de los peores males que afectan al ser humano». Diógenes rompe los tabúes sociales y

defiende la inocencia y la naturalidad de la masturbación. Muchos filósofos piensan una cosa y luego viven otra; de este perro viejo no podemos decir lo mismo.

Según cuentan, una mañana apareció a plena luz del día con una lámpara en la mano, caminando por las calles de Atenas y gritando: «¡Busco a un hombre!». Con esta *performance* interpretativa quería enseñarnos dos cosas: la primera es que necesitamos que nos alumbren en pleno día porque estamos ciegos de envidia, fama, riqueza y honores. Tanta ceguera moral tenemos que somos incapaces de ver lo realmente importante. La segunda lección que quería darnos Diógenes es la de que no hay ningún modelo ideal de ser humano que tengamos que seguir. ¿Por qué te esfuerzas tanto en ser como otros quieren que seas?

Otra historia cuenta que, cierto día, el gran Alejandro Magno, rey de reyes, lo buscó porque quería conocerlo. El emperador encontró al filósofo tumbado tomando el sol y le preguntó si podía hacer algo por él. Diógenes le respondió: «Sí, apartarte. Me tapas el sol». Alejandro supo entender las palabras del filósofo. La felicidad se encuentra en la libertad de la autosuficiencia. Nuestra dicha no debe depender de terceras personas. Tenemos que aprender a sentirnos plenos con nuestros propios medios. Cuando los cortesanos que acompañaban al emperador comenzaron a insultar al filósofo por hablar de esa manera tan descarada a un rey, Alejandro respondió: «De no haber sido Alejandro, me hubiese gustado ser Diógenes».

Cuentan que, otro día, Alejandro se encontró a Diógenes inspeccionando con mucho interés una montaña de huesos humanos. Cuando le preguntó qué estaba haciendo, el filósofo le respondió: «Estoy buscando los huesos de tu padre, pero no puedo distinguirlos de los de un esclavo». Hay que sentirse muy libre para hablarle a un rey de esa manera y darle una cura de humildad de tal calibre.

Diógenes cuestionó mucho y a muchos. Molestó e incomodó con sus acciones filosóficas a todos sus vecinos. No dejó títere con cabeza. Pero parece que sus conciudadanos terminaron por cogerle cariño: cuando murió, sobre su tumba alzaron una columna

conmemorativa y sobre ella la estatua de un perro de mármol que, aunque tenía malas pulgas, se había terminado convirtiendo en un compañero fiel e inseparable.

La película *Captain Fantastic* (Matt Ross, 2016) nos cuenta la historia de una familia de cínicos que viven al margen del sistema capitalista. Los Cash ponen sus convicciones por encima de los valores y las normas sociales. Ben y Leslie deciden formar su familia en un apartado bosque de Estados Unidos. Renuncian a las comodidades de la vida moderna y crían a su seis hijos en contacto directo con la naturaleza, educándolos en la autosuficiencia y el pensamiento crítico. Los Cash van tan a contracorriente de las convenciones de la sociedad estadounidense que, en lugar de celebrar la Navidad, conmemoran el Día de Noam Chomsky porque consideran que el lingüista, filósofo, politólogo y activista estadounidense ha hecho más por la humanidad que Jesús de Nazaret.

Una perra feminista

Hiparquía de Maronea (350-300 a. C.) también fue una filósofa de la escuela cínica que antepuso su libertad personal a las convenciones sociales. Pertenecía a una clase social acomodada, pero lo dejó todo para seguir la forma de vida cínica. Hiparquía fue una mujer rebelde porque rechazó la cultura machista de su época, que impedía a las mujeres practicar la filosofía. Una buena mujer debería haberse quedado en casa, tejiendo y criando a sus hijos. El ágora y los banquetes donde se practicaba la filosofía no eran lugares adecuados para una mujer, y precisamente por eso los frecuentaba Hiparquía. En uno de esos banquetes, Teodoro el ateo, un filósofo que se encontraba de visita en Atenas, se molestó mucho por la presencia de una mujer en un lugar reservado a los hombres, y se enfadó aún más cuando, tras un discurso que le salió bordado, Hiparquía le metió un zasca que lo dejó planchado, demostrando que sabía argumentar mucho mejor que todos aquellos hombres. Teodoro le respondió que dejase la filosofía y se dedicara a tejer, e

Hiparquía le preguntó si él habría preferido el arte de tejer a la filosofía. Teodoro se quedó sin argumentos y, para avergonzar a la filósofa, le tiró del vestido y la dejó desnuda delante de todos. Pero Hiparquía no se alteró lo más mínimo: la práctica de la doctrina cínica le había enseñado a no conocer la vergüenza y a considerar un cuerpo desnudo como algo natural. Teodoro quedó nuevamente humillado ante aquella perra feminista.

Hiparquía estaba tan por encima de las convenciones sociales que solía mantener relaciones sexuales con su amante cuando y como le venía en ganas, aunque fuese en público, a plena luz del día. Para la filósofa cínica, el verdadero deber era seguir los impulsos naturales y hacer el amor cuando el cuerpo se lo pedía. Como aconseja mi madre, que es otra filósofa cínica de la buenas: «Al cuerpo hay que darle lo que te pida. Que te pide comer, come; que te pide beber, bebe; que te pide dormir, duerme; que te pide trabajar... no hay que pasarse, no se le pueden dar todos los gustos al cuerpo». Lo que quería enseñarnos Hiparquía con su manera de vivir y de plasmar la sexualidad es que no se puede ser feliz si obedecemos las modas y las convenciones sociales. ¿Cómo hubiera sido la vida de Hiparquía si no se hubiese rebelado? Según nos cuenta Demóstenes, las mujeres en la Antigua Grecia tenían tres roles: putas, amantes o esposas. «Las cortesanas existen para el placer; las concubinas, para los cuidados cotidianos; las esposas, para tener una descendencia legítima y una fiel guardiana del hogar.» La sociedad griega era patriarcal y la mujer estaba excluida de la vida pública. Si Hiparquía hubiese sido una «buena mujer», la habrían casado y encerrado de por vida en el gineceo, una habitación en las grandes casas griegas donde se recluía a las mujeres de la familia para que criasen a los hijos y tejiesen. Hiparquía, con su filosofía, dio un golpe de Estado a la sociedad patriarcal y ocupó el rol destinado en exclusividad a los hombres.

Si a esta filósofa cínica no le importó quedarse desnuda en mitad de un banquete delante de un grupo de hombres, imagina lo que pensaría de ir a clase disfrazada, si eso es lo que realmente te

apetece. Recuerda que seguir las convenciones sociales no te garantiza la felicidad: haz lo que te venga en gana y que sean los otros quienes conozcan la vergüenza.

No «descartes» la opción de ser normal

Un filósofo que también convivió con reyes fue Descartes (1596-1650), aunque, a diferencia de Diógenes, él sí aceptó los regalos que le ofrecieron. Con respecto a ir disfrazado al instituto, este pensador francés te diría que si algo aprendió de la vida es que tienes que ser prudente y no meterte en líos innecesarios. Lo mejor es no llamar la atención y pasar desapercibido: así los demás te dejarán tranquilo y no sufrirás en balde.

Los consejos de Descartes para vivir en sociedad se resumen en tres palabras: moderación, constancia y autocontrol. Sigue siempre el estilo de vida y las opiniones de los más sensatos, aunque en el fondo no estés muy de acuerdo o no entiendas el porqué. Los extremos siempre son malos, así que busca en toda ocasión el justo medio. Ni se te ocurra cuestionar la autoridad o el orden establecido, ya que si lo haces, no ganarás nada y puedes perder mucho. No vas a cambiar el mundo por mucho que lo intentes, pero lo que sí puedes hacer es aprender a vivir en él. Ejercítate en el arte de evitar que te afecten las cosas que te suceden. Aprende a controlar las emociones y los sentimientos: si el mundo es injusto, aprende a convivir con la injusticia. Esta sociedad es una selva en la que los que sobreviven no son los más fuertes, sino aquellos que tienen mayor capacidad de adaptación. Olvídate de idealismos tontos y aprende a ser práctico.

Cuando Descartes se enteró de que la Inquisición acababa de condenar a Galileo por las mismas ideas que él había plasmado en un libro que estaba a punto de publicar, fue corriendo, como alma que lleva el diablo, a casa de su editor para pedirle que no lo mandara a imprenta. Hay que ser muy tonto para querer que te torturen y te encarcelen por un libro de física. Si a Descartes le das

a elegir entre traicionar sus ideas o pasar por un suplicio, lo tendrá muy claro: si decides ponerte el disfraz y aceptar que la gente te machaque y se ría de ti es que eres idiota.

Hay que llevarse bien con todo el mundo, especialmente con la autoridad, para que te dejen vivir en paz, que es lo único que verdaderamente importa. Si Descartes, al final, hubiese tenido que enfrentarse a un tribunal de la Inquisición, posiblemente hubiese hecho uso de una conocida frase que parece que dijo en cierta ocasión el cómico Groucho Marx: «Éstos son mis principios; si no le gustan, tengo otros».

Descartes fue un viajero incansable. Conoció diferentes culturas, normas y maneras de vivir. Supo llevar a la práctica la máxima de «allá donde fueres haz lo que vieres», y lo cierto es que le fue muy bien. Vivió en los mejores palacios de Europa, rodeado de todos los lujos y las comodidades de la época. Concluyendo, salvo que sea carnaval o que en tu instituto estéis celebrando el día internacional del anime, ni se te ocurra ponerte el disfraz de *cosplay*.

¿Quién decide qué es y qué no es normal?

¿Por qué llevar un disfraz en carnaval es algo normal y el resto de los días del año no lo es? El pensador francés Michel Foucault (1926-1984) se preguntó e investigó quién decide qué es ser normal. Desde joven, Foucault decidió llevar una vida alejada de lo convencional: en su familia todos habían sido médicos, pero aquel niño tan terco, con tan sólo once años, se enfrentó a su padre y a su abuelo y les comunicó que pasaba de la tradición familiar y que iba a buscar su propio camino. El chaval había salido contestatario y raro. La cosa no quedó ahí: al adentrarse en la adolescencia fue descubriendo que era homosexual. Esto hizo sufrir mucho a Foucault, porque el filósofo había nacido en una familia muy conservadora y con fuertes creencias religiosas. Su padre no sólo consideraba que la homosexualidad era una enfermedad, sino que además creía que era uno de los pecados más graves y una deshonra para la familia. Cuando Michel era muy pequeño, este

pedazo de padre quiso hacer de él un «hombre» como Dios manda y lo llevó a su hospital para que viera cómo le amputaban la pierna a un enfermo. No es de extrañar que Foucault temiera la reacción de su padre al enterarse de su homosexualidad. El joven filósofo no sabía por aquel entonces a quién acudir, con quién hablar ni qué hacer. Su sentimiento de no ser normal, de ser el raro, el diferente, el que no encaja, el extraño, el pecador, el enfermo, el malo, fue creciendo hasta tal punto que intentó suicidarse varias veces. La filosofía fue su salvación, especialmente la obra del alemán Friedrich Nietzsche (1844-1900). De hecho, una de las frases de éste se convertiría en el lema de su vida y en su grito de guerra: «Se trata de llegar a ser lo que uno verdaderamente es». Sus profesores de filosofía también llenaron de dignidad su existencia, ya que, en vez de corregir sus ideas nada convencionales, las valoraban y creían que estaban frente un futuro pensador tan brillante que iluminaría a toda una generación. No se equivocaron.

Para Foucault, la manera de ser hombre va cambiando continuamente a lo largo de la historia. Mientras que el resto de los animales tienen una manera de vivir siempre idéntica, los humanos vamos alterando nuestra forma de vida. Las serpientes mudan de piel, pero los humanos mutamos hasta nuestra propia humanidad. Los hombres y las mujeres de hoy poco o nada tienen que ver con los de épocas pasadas. No hay nada que permanezca inalterable en la manera en la que los seres humanos vivimos y nos relacionamos.

Los culpables de que continuemos creyendo en la actualidad que existe una esencia inmutable del ser humano son series de televisión como *El Ministerio del Tiempo*, *Vikingos* o *The Last Kingdom*. Estas ficciones, al estar interpretadas por hombres de hoy pero disfrazados con ropas de otra época, nos hacen creer que esas personas del pasado son iguales que nosotros y que, por tanto, hay ciertas características que definen al ser humano porque permanecen inalterables a pesar de los cambios históricos. Pero ellos no son ellos, sino nosotros disfrazados de ellos. Los vikingos no amaban como nosotros lo hacemos, ni entendían la amistad como nosotros la comprendemos, ni vivían sus relaciones familiares de la misma manera que nosotros.

Foucault nos relata un episodio que seguro que te va a hacer pensar. En 1757 se condenó en París a un tal Damiens a ser torturado públicamente hasta la muerte. El periódico de la época recoge con todo lujo de detalles el suplicio como la prensa deportiva de hoy nos relata los partidos de fútbol del domingo. Al pobre condenado le arrancaron la piel con unas tenazas, le echaron azufre, plomo derretido y aceite hirviendo sobre las heridas, le estiraron el cuerpo y lo desmembraron entre cuatro caballos. Según cuenta el periódico, el desmembramiento duró más de la cuenta porque los caballos que utilizaron no eran de tiro y tuvieron que enganchar a dos más. Al final se liaron a hachazos con lo que quedaba del pobre Damiens, porque no había manera de cortarle los nervios y tendones. Si quieres más detalles de cómo se llevó a cabo este suplicio, puedes leer el primer capítulo de *Vigilar y castigar*. Te aseguro que se te pondrá la piel de gallina.

La reflexión a la que quiere que llegues Foucault con esta macabra historia es que, si hubieses nacido en París en el siglo XVIII, te habría parecido de lo más «normal» semejante espectáculo. Si hubieses tenido oportunidad, habrías ido a verlo y animado al verdugo para que se ensañase con el pobre Damiens, igual que hoy lo haces con tu equipo de fútbol desde la grada o el bar. Es decir, que lo que hoy nos resulta intolerable hace muy poco era lo «normal».

Foucault investiga qué significan los conceptos de «normal» y «anormal» que empleamos para separar unas conductas humanas de otras. Tras un profundo estudio de cómo funcionan las cárceles, los psiquiátricos y las escuelas, el filósofo cree entender que es el poder el que establece qué conductas son las normales y cuáles no. En cada época, los que controlan el cotarro deciden lo que es delito, enfermedad o pecado. ¿Cómo lo hacen? A través de la educación y la cultura se nos adiestra para que consideremos «normales» ciertos comportamientos hasta que terminamos aceptándolos sin cuestionarlos, como si fueran algo natural. Todas las otras conductas que se escapan de lo que nos han enseñado como normal las veremos como desviadas.

Estamos educados para pensar que desde que el hombre es hombre siempre se ha comportado de una manera determinada (la que le interesa a los que tienen el poder) y que cualquier conducta que se aleje de este modelo nos convierte en menos hombres, enfermos, depravados o incluso monstruos.

La película *Alguien voló sobre el nido del cuco* (Miloš Forman, 1975), basada en la novela homónima de Ken Kesey, está llena de referencias a la filosofía de Foucault. La cinta nos narra la historia de Randle McMurphy (Jack Nicholson), un criminal reincidente y un espíritu libre que finge estar loco para cumplir la pena «cómodamente» en un hospital psiquiátrico y así eludir la prisión. Al llegar al hospital se encontrará con la estricta y autoritaria enfermera Ratched que tratará su espíritu libre como una enfermedad mental. McMurphy se rebela contra las normas y consigue que los demás internos lo vean como un ejemplo a seguir. Ratched se las arreglará para doblegar su personalidad díscola hasta el punto de practicarle una lobotomía. Foucault cree que, como en la película, la psicología y la psiquiatría han sido creadas para determinar como enfermas las conductas que cuestionan el orden establecido. El pensador francés creía que vivimos en una «sociedad disciplinaria» en la que se nos instruye sin que nos demos cuenta. El sistema disciplinario construye un modelo idealizado de conducta que se refuerza con premios para los que se acercan a ese ideal («los normales») y con castigos para los que se desvían («los anormales»). El sistema disciplinario genera un control social tan bueno que ha conseguido que lo interiorices y que seas tú mismo el que se castiga cuando no cumples con lo establecido. Tienes un policía en la cabeza que te vigila en todo momento y te advierte de que si se te ocurre ponerte el disfraz, incumplirás las normas sociales de vestimenta y serás sancionada por ello. Tus compañeros, que también son parte del sistema, ya han aprendido que deben castigarte llamándote «friki» y burlarse de ti, porque eso es lo normal. ¿Qué prefieres, atar o que te aten? ¿Ser friki o normal? ¿Libre o adaptado? ¿Insensato o sensato? ¿Loco o razonable?



<https://twitter.com/eledututor/status/1082961323846176768>

#FiloReto_10

¿Puedes
pedirle
a
alguien —→ **que
elija
por
ti?**

Kierkegaard. Sartre.
Platón. Spinoza

Si estás estudiando bachillerato, puede que una de las cosas que más te agobien en estos momentos sea decidir qué hacer cuando termines. Es posible que sientas la presión de tener que elegir sin disponer de suficiente información y, sobre todo, sin tener nada claro si acertarás o no. Si no es tu caso, puede que haya alguna otra decisión que debes tomar y que te está quitando el sueño; o a lo mejor conoces a alguien que se encuentra en esta situación y has pensado en ayudarle dándole consejo. Es muy normal agobiarse ante una decisión y pedir ayuda a los demás. Cuando no sabemos qué hacer, a veces nos acercamos a una persona que tenemos en alta estima y le preguntamos qué haría en nuestro lugar. ¿Eres de los que piden consejo cuando no sabe qué hacer? ¿Has aconsejado alguna vez a alguien? ¿Es bueno dar consejos? ¿Es bueno pedir que nos aconsejen? ¿Podemos elegir por otros? ¿Pueden los demás hacerlo por ti? ¿Nos convertimos en responsables de la vida de otras personas cuando siguen nuestros consejos? ¿Por qué cuesta tanto elegir? ¿Nos da miedo la libertad? ¿Podemos eludir la responsabilidad de elegir? ¿Por qué te agobias tanto cuanto tienes que hacerlo?

Te vas a angustiar

Hay un filósofo danés que tiene una teoría interesante sobre por qué nos da miedo elegir: Kierkegaard (1813-1855). Hablamos de él en el capítulo VII, cuando estuvimos dialogando sobre Dios, pero deja que te cuente algo más sobre su vida y pensamiento. Estamos ante uno de los filósofos menos viajeros de toda la historia: prácticamente no se movió de Copenhague durante sus cuarenta y dos años de vida. Dos acontecimientos determinaron el pensamiento de este filósofo: uno tiene que ver con su padre y el otro, con su novia. El primero ocurrió cuando tenía veintidós años y marcó fuertemente su personalidad de adulto. Kierkegaard se refiere a ese hecho como «un gran terremoto que sacudió a la familia». Parece ser que su padre confesó haber abusado de su madre cuando ésta trabajaba para él como sirvienta. Para echar más leña al fuego, el abuso se

produjo mientras el padre guardaba luto por la muerte de su primera esposa. Así se entiende que Kierkegaard se tome tan en serio el problema filosófico de la culpa.

El segundo de los acontecimientos es una decisión que te resultará difícil de entender: Kierkegaard dejó a Regine, su novia, justo antes de casarse, aunque estaba enamorado apasionadamente de ella. ¿Por qué hizo tal cosa? Porque el filósofo estaba convencido de que nunca la iba a hacer feliz. El joven enamorado sufrió mucho, hasta el punto de llegar a automutilarse. Regine le suplicó que volviese con él y Kierkegaard, para convencerla de que buscase a otro que la hiciese realmente feliz, le hizo creer que nunca la había querido y que era un «macho de cabra» y un «hijo de hetera». Pero todo era puro de teatro para alejar a la joven de una relación que la haría desdichada. Todo lo que Kierkegaard hizo fue por amor. La decisión de este filósofo quizá te recuerde al magnífico final de *Casablanca* (Michael Curtiz, 1942). No te lo cuento porque, si tienes la suerte de no haberla visto todavía, debes cerrar inmediatamente este libro y disfrutar de cada una de sus escenas. *Casablanca* no es una gran película: es la razón por la que Dios no ha exterminado a la humanidad.

Ahora que conoces estas dos historias te resultará más fácil entender por qué Kierkegaard reflexiona sobre la angustia que nos provoca tener que elegir. ¿Cómo explica el filósofo danés ese sentimiento de agobio que experimentas cuando la vida te obliga a optar entre dos o más posibilidades? Lo primero que debes hacer es asimilar que eres el único ser de este Universo que ha nacido sin esencia. Cada ser que puebla este mundo posee unas características o propiedades que son permanentes y que hacen de él lo que es. Si estos rasgos cambiasen, se convertiría en otra cosa. Así, por ejemplo, en la esencia de un triángulo se encuentra la propiedad de tener tres lados. Si cambiase esto, el triángulo dejaría de ser lo que es para convertirse en otra cosa. ¿Hay alguna característica en ti que no puedas cambiar? ¿Es verdad eso que algunos dicen de que «yo soy así y no puedo cambiar»? Kierkegaard te gritaría que esa afirmación no es cierta. Tu identidad no está determinada. Quién eres tú vas decidiéndolo con cada una

de tus elecciones, por insignificantes que éstas sean. Reflexiona sobre el hecho de cómo puedes ser tú estudiando un grado universitario, un ciclo de grado superior o abandonando los estudios para incorporarte al mercado laboral. Pero, en cualquiera de esas tres formas, sigues siendo tú. A diferencia de un triángulo, posees varias formas de ser; el problema es que no puedes vivirlas todas y debes elegir cuál de ellas es la que vas a realizar.

Por desgracia, elegir significa renunciar. Con cada elección que hacemos, por pequeña e insignificante que sea, dejamos de vivir otras vidas y de ser otras personas. Hay una curiosa película belga que desarrolla esta idea de Kierkegaard: *Las vidas posibles de Mr. Nobody* (Jaco Van Dormael, 2009). La cinta trata sobre un hombre que ha conseguido llegar hasta los 120 años y, ya en su lecho de muerte, recuerda las otras vidas que podría haber vivido si hubiera tomado otras elecciones. Elegir es renunciar y esto último es lo que te genera ese sentimiento de angustia que estás experimentando que, en realidad, es el vértigo que nos produce la libertad. Lo que nos angustia en el momento previo a la decisión es saber que tenemos que elegir. Después de haberla tomado experimentaremos otros sentimientos como el remordimiento, la culpa o la satisfacción, pero ya no la angustia. Esta última surge porque nos volvemos conscientes de que podemos escoger entre varias alternativas, de que no nos queda otra más que elegir, aunque no queramos, y de que tener la posibilidad de hacerlo implica que podemos elegir mal, es decir, que podemos desperdiciar la vida que se nos ha dado. Sentimos angustia porque somos conscientes de que podemos malgastar nuestra existencia. Puedes pedir consejo, pero no puedes esperar que otro escoja por ti. Puedes aconsejar a otro, pero no puedes elegir por él. La responsabilidad de nuestras vidas nos pertenece sólo a nosotros.

Estás condenado a ser libre...

El filósofo francés Jean-Paul Sartre (1905-1980) era de la misma opinión que Kierkegaard. Sartre te diría que tu esencia es la libertad, porque no eres libre para dejar de ser libre. Nadie puede, por lo tanto, elegir por ti. No puedes no elegir porque renunciar a hacerlo y dejarlo en manos de otro es ya una elección de la que sólo tú eres responsable. La libertad es una condena de la que sólo te libera la muerte. Siempre eres responsable de todo lo que haces o dejar de hacer y, a la vez, de la persona en la que te has convertido. Pongamos por ejemplo que eres un cobarde: en ese caso eres responsable de tu cobardía porque sólo tú te has construido así mediante cada uno de los actos que has elegido libremente; siempre tuviste la alternativa de hacer algo diferente. No sirve de nada buscar excusas: escogiste actuar de la manera en que lo hiciste.

Sartre llamaba «mala fe» a la tendencia que tienen algunas personas, especialmente muchos políticos, de presentar sus decisiones como algo inevitable: «no tenía elección», «yo quería hacer otra cosa pero no tuve más remedio que...», «era lo que tenía que hacer pero realmente no quería...».

¿Pedir consejo? ¿Qué es lo que buscas realmente? ¿Descargar tu responsabilidad en otra persona? No puedes hacer responsable a otra persona de tus elecciones por mucho que lo intentes. Aunque sigas el consejo de alguien, en última instancia eres tú el que decide ponerlo en práctica o no. Es inmoral culpar a otro de una responsabilidad que es sólo tuya.

Sartre estaba un día en su despacho cuando uno de sus alumnos lo interrumpió para pedirle consejo. El joven se encontraba ante un difícil dilema: tenía que elegir entre dos alternativas y no sabía qué debía hacer. Francia estaba en guerra con Alemania. Su hermano había muerto en la guerra y su padre había traicionado a su país colaborando con los nazis. Por un lado sentía que debía vengar la muerte de su hermano y lavar el honor de la familia alistándose en las fuerzas francesas de liberación, pero eso supondría abandonar a su madre, que estaba muy enferma y necesitaba de su cuidado. ¿Qué tenía que hacer? ¿Cuál era su deber? ¿Luchar por su país o cuidar de su madre? El consejo que le

dio Sartre fue una sola palabra: «Elija». Lo que éste quiso decirle con ese escueto mensaje a su alumno fue: no sólo has de decidir por ti mismo «qué hacer», sino ante todo «qué se debe hacer».

En ningún lado está escrito qué debemos hacer o cómo debemos ser. No hay una manera correcta o buena de ser una persona. No existen modelos que seguir. No hay principios universales que puedan guiar la conducta de todos. Sólo tú puedes y debes elegir esos principios; de hecho, vivir consiste precisamente en eso: construirte como persona.

Pongamos un ejemplo para entender mejor esta idea de Sartre sobre la libertad: imagina que estás en una clase de pintura, junto a tus compañeros, con el lienzo en blanco, los óleos en la paleta y los pinceles preparados; pero no hay profesor que dé ninguna instrucción, ni modelo que copiar, ni criterios de calificación. Lo que pintes no va a ser evaluado por nadie que no seas tú. Dispones de un tiempo marcado por un cronómetro para pintar... ¿el qué? Lo que quieras. Puedes mirar lo que están haciendo los demás compañeros, pero si lo piensas bien, copiar el trabajo de otro es bastante absurdo, puesto que no puedes engañarte a ti mismo. Sólo tú puedes elegir lo que vas a pintar en ese lienzo en blanco.

Cuando tengo que explicar a Sartre a mis alumnos, entro en clase, les reparto una hoja de papel en blanco y les pido que escriban en ella. Mientras reparto los folios, me llueven las preguntas: ¿Qué tenemos que escribir? ¿Cuenta para nota? ¿Para qué sirve este ejercicio? Yo siempre respondo lo mismo: esas preguntas no tienen respuesta. Ahora piensa que en realidad de lo que hemos estado hablando no es de pintar un cuadro o realizar un ejercicio de clase, sino de vivir. ¿Te produce cierta angustia? Tranquilízate; para Sartre, esa sensación es normal; es más, es el sentimiento más importante del hombre. Pero no debes confundir la angustia con el miedo. Este último aparece ante un peligro real y está relacionado con el daño que esa realidad nos puede producir. Si ante ti aparece un tigre enorme en posición de ataque, lo normal es que te embargue el miedo y hagas todo lo posible por ponerte a salvo. En todo miedo hay una realidad exterior a mí que me amenaza (el león o el profe de matemáticas), pero la angustia no se

da por ningún motivo concreto, sino que se trata del miedo de uno mismo, de nuestras decisiones y de las consecuencias de éstas. La angustia es el sentimiento que nos embarga cuando nos hacemos conscientes de nuestra libertad porque, al caer en la cuenta de que somos libres, descubrimos que lo que somos y lo que vamos a ser depende sólo de nosotros; no hay nada ni nadie al que pasarle semejante marrón.

... pero la libertad es una bendita condena

Deberías ser honrado y asumir que sólo tú eres responsable de tus fracasos; no les echas la culpa a los demás. La angustia, aunque no resulta agradable, no es mala, porque nos convierte en seres responsables. El niño no se siente angustiado, sólo el adulto responsable puede albergar este sentimiento. Además, la responsabilidad aumenta cuando nos percatamos de que no existen actos individuales, sino que todo lo que hacemos afecta a terceras personas. Así que deja de utilizar contra tus padres argumentos irresponsables como «es mi vida y puedo hacer con ella lo que quiera», «es asunto mío» o «¿a ti qué te importa?». Cuando eliges un proyecto vital, también estás escogiendo un modelo de humanidad frente a otros, y es de irresponsables no preguntarse qué ocurriría si todo el mundo optara por hacer lo mismo. No vale elegir una forma de vida y creer que ésta vale únicamente para nosotros. ¿Sólo a ti te estaría permitido circular por el arcén en un atasco, copiar en los exámenes o explotar a tus trabajadores? ¿Por qué? ¿Qué tienes tú de especial? ¿Por qué sólo tú puedes elegir hacer eso?

Para Sartre, cuando tomas una decisión te conviertes en legislador, porque la persona responsable decide siempre pensando que ésa sería la elección que debería tomar todo ser humano en esas mismas circunstancias. Por eso, el filósofo advierte que antes de actuar deberíamos pensar lo siguiente: dado que con mi acción supongo que todo hombre debe comportarse así, ¿tengo derecho a hacerlo? La angustia sólo pueden sentirla las personas

responsables; por ejemplo, el general que envía sus tropas al combate sabiendo que pueden morir. Si este hombre no sintiese angustia ante la decisión que debe tomar, significaría que es un absoluto irresponsable. La cosa empeoraría si el general intentase eludir su deber pidiéndole a otro que eligiese por él, jugándose la decisión a los dados o escogiendo la primera opción que se le pasase por la cabeza sin dedicar tiempo a la reflexión. Al final, lo quiera o no, el general deberá decidir en la soledad de su tienda de campaña y lo que ocurra en el campo de batalla será únicamente responsabilidad suya.

Alguien que entendió muy bien el existencialismo de Sartre fue el cantaor flamenco Camarón, que, con su voz gitana, brillante y lastimera, cantaba:

Estoy viendo en la ventana / un azul de mañana temprano, / un azul muy triste, limpio y dorao. [...] / Por la calle pequeña / brilla la luna. / En sus paredes blancas / ventana oscura, ventana oscura. / Y en esta vieja plazuela / del pueblo mío, del pueblo mío, / donde me daban consejos, / siempre iba a lo mío / y no sabía qué hacer, / tantos consejos me daban que a mi aire iba bien. / Después me nació un clavel / pa' alegrarme a mí los días y ahora que tengo los tres / que más le pío a la vida, / que en el jardín de mi casa nunca falte la alegría. / Vivir y soñar, vivir y soñar / solo voy buscando mi libertad.

Pero quizá Camarón se equivoque...

Pon un Sócrates en tu vida

Platón (427-347 a. C.) estaría en desacuerdo con Kierkegaard, con Sartre, con Camarón y con cualquier otro que defienda que, como el ser humano no tiene esencia, somos libres para decidir qué queremos ser. Para este discípulo de Sócrates, los seres humanos sí tenemos una esencia: otra cosa es que la mayoría de nosotros la

conozcamos o no. Sí está escrito cómo debemos ser las personas, sí hay un modelo al que deberíamos parecernos; el problema es que sólo los muy sabios lo conocen.

Los antiguos griegos consideraban la prudencia una sabiduría de carácter práctico. Su poseedor tenía la facultad de saber deliberar y tomar en todo momento decisiones acertadas para cada circunstancia y para cada persona. Pero ¿cómo puedes adquirir la prudencia? Para Platón, la única forma de alcanzarla es por medio del conocimiento. Cuando metes la pata, debes saber que la causa de tu error ha sido la ignorancia. ¿Conoces a alguien que busque equivocarse deliberadamente en una elección? El que causa el mal, a otro o a sí mismo, con sus acciones lo hace porque desconoce^{*} qué es lo correcto. Si deseas ser feliz y acertar en todas tus decisiones, debes dedicar tu vida a investigar para saber cuáles son los principios que deben guiar tus acciones. De la misma manera que los físicos intentan descubrir qué principios gobiernan el Universo, existe un conocimiento que versa sobre aquellos que deben regir la vida de los hombres para que lleguen a ser virtuosos y felices.

Ya sé lo que me vas a decir: que no tienes tiempo de estudiar esa ciencia, que con aprobar matemáticas tienes suficiente, que si no hay un vídeo de YouTube que lo explique en menos de cinco minutos... No te preocupes, que Platón tiene una solución fácil: pon un sabio en tu vida. De la misma manera que no todos tenemos por qué ser físicos, tampoco todos tenemos por qué ser prudentes. Ahora bien, si quieres llegar a hacer lo correcto, debes dejarte guiar por las personas que ya han adquirido la prudencia a través del estudio y la experiencia. No te agobies y deja la pesada carga de tu libertad en manos de los que sí saben qué hacer con ella. ¿Acaso no es lo más prudente consultar a un asesor financiero para que te guíe en tus decisiones económicas? De igual manera que es adecuado tener asesores fiscales, legales o entrenadores personales, etcétera, ¿por qué no tener un filósofo para orientar tu

vida? No consultarle sería como invertir tus ahorros en bolsa sin tener la menor idea de cómo funcionan los mercados; si haces eso, tienes todas las papeletas para meter la pata hasta el fondo.

Platón te recomendaría que le echases un vistazo a la película *El guerrero pacífico* (Victor Salva, 2006); primero, porque uno de sus protagonistas está inspirado en su querido maestro, Sócrates; segundo, porque la historia remarca la importancia de tener a alguien sabio junto a nosotros que nos ayude a encontrar los principios que guíen nuestras vidas cuando estamos más perdidos que un daltónico jugando al Twister. La película narra la historia de Dan, un joven que parece tenerlo todo: niño bien, notazas en una de las mejores universidades, éxito con las chicas y, además, está a pocos pasos de que lo seleccionen para competir en los Juegos Olímpicos en la modalidad de anillas. Su vida debería ser perfecta, pero no se siente feliz; algo falla y no sabe el qué. Un día, sufre un accidente de moto y se abre una crisis en su vida, que supera con éxito gracias a la ayuda de un filósofo callejero, al que bautiza como Sócrates. Este maestro de vida, interpretado por Nick Nolte, no tiene ningún título ni da clases en la universidad: trabaja en una gasolinera y, a través de sus irónicas preguntas, va ayudando a que el joven Dan entienda en qué consiste vivir y qué decisiones debe tomar para volver a controlar su destino.

Para Platón, muy tonto has de ser para vivir angustiado cuando puedes tener a un filósofo en la gasolinera más cercana (o en tu biblioteca más cercana: uno de mis queridos profesores decía que, cuando no sabía qué hacer, le consultaba a sus amigos muertos. Tomaba un viejo libro de su estantería y, como por arte de magia, unas manchas de tinta sobre un papel lo conectaban con la mente de un sabio que había vivido en el siglo IV a. C.). Una última cosa a tener en cuenta: la próxima vez que algún amigo te pida consejo ante una decisión que afectará a su vida, a no ser que ya seas un maestro en el arte de la prudencia, deberías reconocer tu ignorancia y recomendarle a tu colega que busque el asesoramiento de alguien realmente sabio.

No hay elección

Pocos hombres han peleado tanto por la libertad de pensamiento como lo hizo Baruch Spinoza (1632-1677), pero lo curioso es que este filósofo holandés la utilizó para defender que no somos libres y que todas nuestras elecciones están previamente determinadas. Con veinticuatro años fue excomulgado de la comunidad judía a la que pertenecía por sus ideas sobre Dios. Le aplicaron un *herem*, una maldición que implicaba el destierro y prohibía incluso acercarse físicamente a él. Algunos no quedaron contentos con la mera excomunión y una noche, cuando Spinoza regresaba a casa, lo apuñalaron. Se libró por los pelos: la gruesa capa que llevaba le salvó la vida. El filósofo guardó esa prenda como un soldado conserva la chaqueta con la que combatió, para rememorar a diario lo que había tenido que sacrificar para pensar libremente. El sello que usaba en sus cartas también nos lo recuerda a nosotros: una rosa con espinas, sus iniciales y la palabra *caute* («con cuidado»). Y es que la libertad de pensamiento nos atrae como la belleza de la rosa, pero hay que recordar en todo momento que ésta tiene espinas. Su pensamiento generó reacciones muy fuertes y se llegó a decir de él que «de todos los hombres que el diablo ha usado para destruir la obra de Dios, Spinoza era el peor de todos». Otras muchas personas lo han admirado y seguido en sus reflexiones. Una vez le preguntaron a Albert Einstein por su religión y contestó: «Creo en el Dios de Spinoza».* Tras su muerte, toda su filosofía fue condenada por ser considerada atea.

Antes de preguntarte qué debes elegir, deberías cuestionarte si puedes hacerlo. ¿No has tenido alguna vez la extraña sensación de que tu vida no te pertenece, de que hay una fuerza superior que la controla, de que no eres realmente tú quien decide tu futuro? ¿Existen leyes del comportamiento humano que determinan tu conducta? ¿Podríamos predecir ésta de la misma forma que las leyes de la física lo hacen con el movimiento de un proyectil?

Según Spinoza: «Los hombres se equivocan en cuanto piensan que son libres; y esta opinión sólo consiste en que son conscientes de sus acciones e ignorantes de las causas por las que son

determinados». Seguro que eres muy consciente de lo que quieres (algunas veces), pero ¿sabes por qué quieres lo que quieres? Por ejemplo, estoy convencido de que eres plenamente consciente de la chica (o chico) que te gusta, pero ¿sabes cuál es la razón que hace que te guste esa persona y no otra? ¿Eliges realmente a tu pareja? La libertad es una ilusión, porque cada una de nuestras elecciones está determinada por nuestra naturaleza.

Existe una memorable escena en la película *Matrix Reloaded* (Lana y Lilly Wachowski, 2003) que ilustra esta idea. Neo, el protagonista de la saga, tiene un encuentro con el Arquitecto, el diseñador de Matrix, un software que domina toda la realidad hasta su aspecto más minucioso, incluida la mente de los seres humanos. El parecido del Arquitecto con Sigmund Freud no es casual, ya que el padre del psicoanálisis también compartía la idea de Spinoza de que existen fuerzas inconscientes que determinan nuestra conducta. El diálogo prosigue de esta manera:

—Hola, Neo.

—¿Quién es usted?

—Yo soy el Arquitecto. Soy el creador de Matrix. Te estaba esperando. Tienes muchas preguntas y, aunque el proceso ha alterado tu conciencia, sigues siendo indefectiblemente humano, ergo, habrá respuestas que comprendas y habrá otras que no. De igual modo, aunque tu primera pregunta tal vez sea la más pertinente, es posible que seas consciente de que también es la más irrelevante.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunta Neo.

—Tu vida —responde el Arquitecto— sólo es la suma del resto de una ecuación no balanceada connatural a la programación de Matrix. Eres el producto eventual de una anomalía que, a pesar de mis denodados esfuerzos, no he sido capaz de suprimir de esta... armonía de precisión matemática. Aunque sigue siendo una incomodidad que evito con frecuencia, es previsible y no escapa a unas medidas de control que te han conducido inexorablemente... hasta aquí.

Para Spinoza, el error que nos conduce a pensar que somos libres proviene de una creencia falsa: que las personas somos sustancias independientes de este Universo que habitamos. Sólo existe una única sustancia, el Universo, de la que todos formamos parte construyendo un todo armónico. Todo en el Universo está sometido a leyes, desde el movimiento de un planeta hasta la conducta de un animal. Nosotros formamos parte de este todo y, por tanto, estamos tan sometidos a esas leyes como cualquier otro componente de este sistema. El ser humano no es diferente a cualquier otro bicho viviente, nuestro comportamiento no es nuestro, sino que en realidad es la Naturaleza la que actúa a través de nosotros.

La mayoría de los hombres son unos idiotas por creer que sus actos provienen de haber elegido libremente. Su falta de libertad reside en su ignorancia y su incapacidad para pensar y dominar sus pasiones. La única libertad posible es la del sabio, que al menos conoce cuáles son las causas que lo condicionan y aprende a dominarlas. Ergo, no vayas por ahí preguntando qué es lo que debes hacer y dedica tiempo y esfuerzo a conocer por qué actúas.

Si quieres angustiarte un poco más, sólo tienes que pensar que, en lo que has tardado en leer este capítulo, el reloj ha seguido corriendo y ahora dispones de menos tiempo para decidir qué vas a hacer. Y si lo que deseas es aprender a no agobiarte, te recomiendo que leas cuanto antes el capítulo siguiente.



<https://twitter.com/eledututor/status/1083052363248734208>

#FiloReto_11

¿HAS PENSADO
QUÉ VAS A HACER
SI NO ALCANZAS LA NOTA
SUFICIENTE PARA ENTRAR
EN LA CARRERA
QUE QUIERES?

Boecio. Schopenhauer.
Leibniz

Hace algunos años tuve una alumna cuyo sueño era estudiar medicina en la misma facultad en la que lo habían hecho su padre y su abuelo. Aunque la nota de corte para entrar era muy alta, ella hizo todo lo que estuvo en sus manos para lograrlo; se esforzó al máximo para conseguir realizar su sueño. El día antes de la prueba de acceso a la universidad descubrió que su pareja se la estaba pegando con su mejor amiga. Los exámenes no le salieron como esperaba y cometió algunos errores. Cuando conoció la nota final de las pruebas, creyó que el mundo se desplomaba bajo sus pies. Se había quedado a una centésima de poder entrar. Por primera vez en su vida, la suerte se había vuelto en su contra y parecía haberle dado un duro revés.

En ese mismo curso tuve otra alumna cuyo proyecto de vida era convertirse en bailarina. Pasó lo indecible para convencer a sus padres de que la dejaran dedicarse profesionalmente a la danza y, una vez que lo consiguió, estuvo dos años dedicada en cuerpo y alma a preparar las durísimas pruebas de acceso a uno de los conservatorios superiores de danza más prestigiosos de nuestro país. Superó las pruebas y estudió con pasión y disciplina, y se graduó como la mejor de su promoción. Pero justo cuando estaba comenzando a tener éxito le descubrieron una enfermedad congénita en los cartílagos de las rodillas que la obligó a abandonar la danza y a renunciar a su sueño.

¿Es cierto eso de que si te esfuerzas conseguirás lo que deseas? ¿Qué te libra a ti de tener la misma mala suerte que ellas? ¿Estás preparado para el fracaso y la frustración? ¿Se puede seguir siendo feliz después de un golpe de mala suerte? ¿Cómo hacerlo? ¿Depende la felicidad de la fortuna? Si no es así, ¿de qué depende entonces? ¿Cómo podríamos asegurarnos de tener una vida feliz? ¿Y cómo se puede serlo en medio de la desgracia?

Sólo la filosofía puede consolarte

Hay un filósofo que sabe lo que es un verdadero golpe de mala suerte y que podría enseñarte a continuar siendo feliz tras el desastre. Ese hombre vivió en Roma en el siglo V y se llamaba Anicio Manlio Torcuato Severino Boecio (480-524). Su familia fue una de las más antiguas, influyentes y poderosas del Imperio romano. Boecio tenía todo lo necesario para triunfar. Fue un estudiante destacado y siendo todavía joven sobresalió por poseer una cultura que no era propia de la gente de su edad. Tradujo al latín a los grandes sabios griegos y, gracias a él, los italianos conocieron a Platón, Aristóteles, Pitágoras, Ptolomeo, Arquímedes o Euclides. Dominaba la filosofía, las ciencias, la ingeniería y la música. Además era amable y tenía don de gentes. Era un auténtico *crack*, una de esas personas que han nacido con estrella, o al menos así lo creía él. La lectura de *La república* de Platón le pareció tan apasionante que sintió que debía consagrarse a la política: estaba de acuerdo con el pensador griego en que los ciudadanos de las naciones serían felices si los filósofos las gobernasen o, viceversa, si sus gobernantes se convirtiesen en filósofos. Su carrera fue meteórica y, con tan sólo treinta años, el emperador Teodorico lo nombró cónsul, el cargo político de más alto rango por debajo del de emperador. Tiempo después llegó el momento más feliz de su vida: pronunció un discurso durante la ceremonia en la que sus dos hijos fueron nombrados cónsules. Tenía una vida envidiable; la fortuna le sonreía; había conseguido todo lo que un hombre puede desear: una mujer a la que adoraba, éxito, dinero, la amistad de la persona más poderosa del mundo y dos hijos maravillosos que habían seguido su camino. La fortuna había estado siempre de su lado y no había razones para pensar que no fuera a continuar siendo así.

Cuando el emperador Teodorico sospechó que algunos senadores estaban conspirando contra él, irrumpió en el Senado con su guardia. Boecio subió a la tribuna para intentar hacer entrar en razón al anciano emperador y defender a sus compañeros, pero la cosa no salió como esperaba. Después de su intervención, el monarca no sólo no vio disipadas sus sospechas, sino que creyó que era Boecio quien lideraba el complot. El filósofo fue encarcelado

bajo cargos de traición y de sacrilegio por usar las matemáticas y la astronomía en contra de Dios. Ahora llega lo más triste de esta historia: el resto de los senadores lo dejaron más solo que la una y el filósofo se comió él solito el marrón. Nadie lo defendió durante el juicio y Boecio fue condenado a muerte. Pronunció un último discurso en el Senado en el que al menos se desquitó y puso a todos los políticos de vuelta y media.

El excónsul pasó nueve meses en el corredor de la muerte antes de ser brutalmente torturado y ejecutado. ¿Qué habrías hecho tú si supieses que tu vida se reduce a esperar una muerte lenta y dolorosa? ¿A qué habrías dedicado tus días? ¿Podrías haber sido feliz en mitad de la desgracia? ¿Se puede alcanzar una vida plena cuando uno no controla su destino? Boecio dedicó sus últimos días a escribir un libro de filosofía que se convirtió en el superventas de la Edad Media, aunque obviamente ya no pudo disfrutar de los derechos de autor: *La consolación de la filosofía*. La obra comienza describiéndonos a Boecio en su celda, abatido y amargado por todo lo que ha perdido: lo poseía todo y ahora no tiene nada. De repente, sus llantos, maldiciones y quejas se ven interrumpidos por la presencia de una extraña mujer en la celda. ¿Quién es esa desconocida? Boecio la observa detenidamente: es una mujer de rostro sabio y ojos penetrantes, y cree distinguir algo familiar en ella. Se parece a la niñera que lo cuidó y lo educó durante su juventud: la Filosofía. Pero ¿qué hace aquí? Ha venido a salvarlo. La Filosofía no puede cambiar su trágico destino, pero sí puede devolverle la felicidad.

La sabia dama le recuerda las enseñanzas que el filósofo olvidó cuando comenzaron sus días de éxito y la fortuna lo elevó a lo más alto. Boecio había dejado de lado una lección muy importante: nuestras vidas están dominadas por la suerte. Los antiguos transmitieron esta lección a través del «mito de la rueda de la diosa Fortuna», que representaba a la suerte como una mujer ciega responsable de repartir los bienes y los males entre los hombres, lo que la convertía en una de las deidades más temidas. Existen muchas representaciones de la rueda de la fortuna en el arte medieval. Mi favorita se encuentra en el *Hortus deliciarum*, un

manuscrito medieval ilustrado que se encontró en una abadía francesa. En esta ilustración, la diosa aparece sentada en un trono con una corona, a su lado la rueda y una manivela con la que la hace girar a su capricho. En lo alto de la rueda se encuentra el hombre que en esos momentos está siendo favorecido por la diosa y que normalmente suele ser un rey. Si seguimos la rueda como quien lee un cómic, vemos como el personaje va cayendo lentamente y va siendo despojado de todo lo que tenía. A veces estas ilustraciones tienen inscripciones que nos advierten del carácter impredecible y cambiante de la Fortuna. Nunca sabremos cuándo ni por qué la diosa hará girar de nuevo la rueda.

La Filosofía le recuerda a Boecio que los hombres son idiotas por poner su felicidad en manos de la Fortuna. Si nuestros proyectos vitales dependen de cosas que la suerte nos puede arrebatarnos, estamos condenados a ser infelices. Si lo que mueve tu vida es alcanzar algún tipo de éxito, de poder o de riqueza, fracasarás inevitablemente, porque la misma suerte que puede otorgártelo también puede arrebatártelo en cualquier momento. Tampoco deberías hacer depender tu felicidad de la salud o de la belleza, porque aunque ahora las estés disfrutando, en algún momento vas a perderlas. La práctica de la filosofía puede enseñarte a que no te afecten las cosas que no dependen de ti y a disfrutar de aquello que sí puedes llegar a controlar. Si te ejercitas en la filosofía podrás encontrar serenidad para afrontar aquello que no puedes cambiar, fuerza para cambiar aquello que sí depende de ti y sabiduría para entender la diferencia.

Alguien que supo mantener esta actitud filosófica ante la desgracia fue el cosmólogo Stephen Hawking. La manera en que este científico afrontó la vida está muy bien narrada en la película *La teoría del todo* (James Marsh, 2014). La rueda de la fortuna giró repentinamente para el científico inglés y le hizo ir perdiendo progresivamente el control sobre su cuerpo. Stephen Hawking supo afrontar el revés refugiándose en la investigación, el sentido del humor y la amistad, tres cosas que la suerte no le podía arrebatarnos. Boecio te animaría a reflexionar sobre el hecho de que si Stephen Hawking pudo tener una vida plena, a pesar de padecer una

enfermedad degenerativa que fue destruyendo progresivamente sus neuronas motoras, ¡cómo no vas a vivir intensamente tú aun cuando no logres entrar en la carrera que deseas! Sólo es cuestión de tomárselo con filosofía.

La vida es una mierda

Hay un filósofo alemán, de bastantes malas pulgas, que te diría que no le hagas ni caso a Boecio, porque la felicidad no existe: es sólo una quimera, una tonta ilusión de adolescente. Tienes que asumir que vivir es sufrir y, como mucho, lo único que puedes hacer en esta miserable vida es mitigar el dolor. Si sigues soñando con ser feliz, lo único que vas a conseguir es aumentar el tormento. Estás a punto de conocer al filósofo más pesimista de toda la historia, aquel que tiraría al fuego cualquiera de los productos de la línea de Mr. Wonderful: Arthur Schopenhauer (1788-1860).

Para Schopenhauer vivir es desear; y como desear es sufrir, la esencia de tu vida es el dolor. Cuando, por ejemplo, te duele una muela, no sientes la salud del resto de tu cuerpo, sino sólo el malestar en la boca, porque el dolor es la esencia de la vida. Estar vivo es sentir dolor y sólo dejaremos de sentirlo el día en que nos pongan una lápida encima en el cementerio. La vida del ser humano es la historia natural del dolor y se resume así: querer para sufrir, luchar para morir... y así sucesivamente por los siglos de los siglos, hasta que nuestro planeta vuele en pedazos.

En el fondo, este pensamiento es tranquilizador porque te libra de la culpa de la situación de infelicidad que experimentas; ningún hombre es feliz ni puede serlo. Todos nos pasamos la vida corriendo detrás de algo que creemos que nos hará felices; algunos alcanzan sus objetivos, pero cuando los logran, se sienten desilusionados. Puede que entres en la carrera que deseas o puede que no, pero si te sirve de consuelo, da igual lo que ocurra, porque en ambos casos serás un pobre desdichado. Si no entras, sufrirás porque te sentirás un fracasado. En cambio, si lo haces, tu padecimiento vendrá de la desilusión al descubrir que esto tampoco te llena. Nunca te sentirás

pleno en esta vida, siempre desearás lo que no tienes y echarás en falta algo. Esperar que las cosas puedan cambiar e ir a mejor sólo te conducirá a una continua e inevitable decepción.

En la película *Her* (Spike Jonze, 2013) se nos cuenta la historia de Theodore, un hombre al que le han roto el corazón. Su vida se derrumba cuando se termina una relación que lo ha sido todo para él. Entonces decide utilizar un sistema operativo llamado Samantha (una inteligencia artificial bastante más evolucionada que los asistentes de nuestros teléfonos móviles) para no sentirse tan solo y poder seguir adelante. Samantha es la persona más especial e increíble que ha conocido, y ambos terminan enamorándose. Puede que esta historia de amor te sorprenda pero, como ya nos avisa Schopenhauer, no tiene nada de especial; cambian los intérpretes, pero la historia es siempre la misma y terminará como concluyen todas: surgirán los celos, luego la indiferencia y, por último, la decepción.

Para Schopenhauer, la causa de nuestro sufrimiento es el deseo. Padecemos cuando no conseguimos algo que deseamos y, si lo logramos, sólo aplazamos el dolor por un tiempo, porque enseguida nacerá en nosotros un nuevo deseo. El sufrimiento siempre formará parte de tu vida; podrás mitigarlo, pero nunca eliminarlo. Sentirás siempre una sed insaciable. Recuerda tu infancia, cuando en la noche de Reyes te ibas a la cama deseando levantarte con el regalo que habías soñado. Si se trataba de otra cosa, especialmente un pijama, sufrías; si obtenías lo que querías, también sufrías, porque al cabo de un tiempo descubrías que tu juguete no te colmaba y rápidamente nacía un nuevo deseo. ¿Y si la carrera universitaria fuese como ese juguete que deseabas en tu niñez? Puede que hayas pensado que cuando termines el bachillerato y entres en la universidad serás feliz, pero te sentirás tan incompleto como ahora. Cuando estés en la universidad, creerás que alcanzarás la plenitud en el trabajo y allí soñarás con la jubilación y, cuando menos te lo esperes, te sorprenderá la muerte en mitad de todos estos estúpidos sueños. Así que ponte las pilas, renuncia a la felicidad y aprende a hacer más llevadera esta

miserable existencia. En *El arte de ser feliz*, Schopenhauer recogió estos sabios consejos para que la vida, al menos, se nos hiciese soportable:

- Para vivir feliz, sé lo menos infeliz posible.
- Incorpora uno de los principios básicos del budismo: deja de desear. El deseo conduce a la insatisfacción y ésta al sufrimiento. El dolor sólo desaparecerá si eliminas su causa. A medida que vayas suprimiendo el deseo, irás entrando en un estado de calma que es lo más parecido que encontrarás en esta vida a la felicidad. ¿De verdad necesitas el último teléfono móvil del mercado? ¿No serías más feliz si las agresivas campañas publicitarias no tuvieran ningún efecto sobre ti? ¿No estarías más tranquilo si te contentases con lo que tienes?
- El arte, la música y la naturaleza te ayudarán a soportar la triste tarea de vivir. Cuando vemos una buena película en el cine, al menos nos olvidamos durante un tiempo no sólo de nuestros agobios, sino hasta de nuestro propio cuerpo. Pero si tienes que elegir un arte, recuerda que la música es el mejor bálsamo que el hombre ha inventado, porque puede cambiar tu estado de ánimo e incluso hacerte bailar en mitad del infierno. También debes disfrutar de la naturaleza como una obra de arte con la que mezclarte y fundirte. ¿No has probado a hacer surf al atardecer? ¿No te has sentido parte de algo más grande cuando alcanzaste la cima de una montaña? Sigue buscando ese tipo de experiencias.
- Elimina la envidia de tu vida. ¿Qué sentido tiene ésta, si nadie es realmente feliz? Desear otra vida es sólo querer cambiar unos problemas por otros.
- No llames la atención e intenta pasar desapercibido. Habla poco con los demás y mucho contigo mismo.
- La única propiedad que verdaderamente debes esforzarte por conseguir son los amigos. Pero ten siempre presente que sólo se pueden poseer si uno se convierte a su vez en propiedad del otro.

- Organiza tu mente como los documentos que guardas en el ordenador. Cuando estés ocupado en un asunto, abre el documento y, después de terminar con él, guarda los cambios y abre otro. Pero no trabajes con dos documentos a la vez. Así, cuando estés disfrutando con un amigo, concéntrate en la conversación con él y no estés pensando en el examen que tienes esa semana.
- Nueve décimas partes de nuestra felicidad se basan exclusivamente en la salud: come sano y haz deporte.
- No pienses que las cosas podían haber ocurrido de otra manera. Aprende a aceptar lo inevitable. Si tu pareja te deja, no te tortures pensando en qué podías hacer hecho para que no te abandonara; da igual lo que hicieras porque te habría dejado de todos modos. Pensar así es liberador.
- No tengas esperanzas en que las cosas van a salir bien, porque así nunca te sentirás desilusionado. Piensa más bien en lo que puede salir mal y así podrás tomar precauciones. Si un día te da por casarte, hazlo pensando en que es probable que tu historia termine en divorcio y lleva a cabo una separación de bienes (la prudencia es una virtud muy necesaria para sobrevivir en este mundo).

Sé optimista a pesar de todo

Para el filósofo, diplomático, matemático y científico Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716), el mundo en que vivimos es el mejor de los mundos posibles. Este pensador alemán fue un hombre optimista como pocos, hasta el punto de que creyó que podía llegar a armonizar a todos los príncipes europeos y a las diferentes Iglesias que estaban enfrentadas entre sí; soñó con la unidad política y religiosa de Europa (de haber vivido en los tiempos del *brexit* le hubiese dado un soponcio); intentó crear una comunidad de científicos que conectasen todos los conocimientos e incluso pretendió crear un lenguaje universal. La idea fundamental de la filosofía de Leibniz es la armonía universal.

Nuestro Universo es racional, ordenado y está lleno de sentido. Todos los seres que lo integran se encuentran relacionados de manera armónica, desde lo infinitamente pequeño hasta lo más grande. Todos formamos parte de un gran sistema que funciona como un preciso reloj suizo. Tu vida y los acontecimientos que la conforman tienen un sentido dentro de este enorme todo. El mal es real, no lo niego, sería absurdo decir que el fracaso es un bien, pero lo que sí es cierto es que, analizado de manera no aislada, sino dentro del conjunto, descubrirás que el mal es sólo aparente. No haber entrado en la carrera que deseabas es lo mejor que te podía haber ocurrido, aunque ahora no lo entiendas. Seguro que no es la primera vez que te ha ocurrido algo que en el momento valoraste como una desgracia, pero al pasar el tiempo y contemplarlo con perspectiva, te has percatado de cómo afectó ese acontecimiento al conjunto de tu vida y al de los demás, y has descubierto que tu juicio estaba equivocado porque en el fondo fue algo bueno. Pues bien, hay una razón que explica todo esto, y no es el karma.

El mundo en el que vives es comprensible y racional: todo lo que ocurre tiene una razón para existir o suceder, y hay una explicación lógica para cada cosa. Leibniz, como buen matemático, aplicó la lógica a la vida y creyó descubrir que éste es uno de los muchos mundos posibles. Dios contempló en su mente un número infinito de mundos posibles antes de crear el mundo real. El Dios de Leibniz es una especie de arquitecto especialista en reformas de pisos; utiliza un programa informático de realidad virtual para calcular todas las posibilidades que permite el espacio y el presupuesto de sus clientes; así, tras generar todos los proyectos posibles, los evalúa y decide realizar uno de ellos. La pregunta es: ¿por qué Dios decidió dar realidad a este mundo en el que tú no entrabas en la carrera soñada? ¿Por qué no creó un mundo en el que triunfases? Porque Dios, que es perfecto y bueno, decidió crear el mejor de los mundos posibles, en este caso aquel que contiene la mayor cantidad de bien y la menor porción de mal posibles. El Dios de Leibniz es tan perfecto y majo que ha calculado el mínimo de males imprescindibles para que el mundo pueda funcionar de la mejor manera posible.

Quizá la respuesta de Leibniz te deje insatisfecho y puede que te preguntes si Dios no podía habérselo currado un poco más y haber creado un mundo sin mal en el que tú no fracasases. Leibniz argumenta que existen grandes bienes que están lógicamente unidos a ciertos males. Si queremos que en nuestro mundo existan determinadas cosas buenas, debemos aceptar los males que inevitablemente van asociados a ellas. Por ejemplo, a todos nos encanta disfrutar de una buena comida, pero para hacerlo al máximo es necesario que pasemos por el sufrimiento de sentir hambre. Sin esta sensación, no hay goce. Para Leibniz, el libre albedrío (la capacidad de elegir y determinar nuestra conducta) es un gran bien que conlleva, lógicamente, el inevitable mal de equivocarnos. Fracasar es el mal que está lógicamente asociado al bien de ser libre y poder determinar tu camino en la vida. Los fracasos son una oportunidad que tienes para aprender. Cuando observes tu vida con cierta perspectiva y la valores en su conjunto, las piezas del rompecabezas irán encajando y encontrarás el sentido de los acontecimientos que creías que eran injustos o absurdos. Entenderás que todo tenía un propósito y que en, el fondo, te hicieron un bien.* La película *Siete años en el Tíbet* (Jean-Jacques Annaud, 1997) narra la historia de Heinrich Harrer, un famoso alpinista austríaco que intentó ser el primero en llegar a la cima del peligroso Nanga Parbat, la novena montaña más alta del mundo. La ascensión fue un fracaso y su expedición tuvo que dar media vuelta. En pleno descenso, estalló la Segunda Guerra Mundial y todos sus miembros fueron capturados por los ingleses y acabaron en un campo de concentración en el norte de la India. Durante su cautiverio, Harrer recibió la notificación del divorcio de su mujer, junto con la noticia de que su hijo, al que nunca llegó a conocer, no quería tenerlo como padre. El aparente fracaso de Heinrich es tan sólo la pieza necesaria para hacerlo viajar hasta el Tíbet, donde se encontraba su verdadero destino. ¿Serán tus fracasos las herramientas que usa una fuerza superior a ti para ayudarte a encontrar tu verdadera meta?



<https://twitter.com/eledututor/status/1083615506182082560>

#FiloReto_12

¿POR QUÉ EN TUS LIBROS
DE TEXTO NO HAY

~~mujeres,~~
~~homosexuales,~~
~~inmigrantes....?~~

Lyotard. Vattimo.
Hegel. Fukuyama

Haz la prueba. Coge tus libros de texto, especialmente el de historia, y cuenta, por ejemplo, la cantidad de mujeres que hay en él. Excluye de la lista a las que aparecen simplemente como «esposas de» o «hijas de». También puedes hacer otro experimento: cierra un momento este libro, pasea por tu ciudad y cuenta el número de calles que tienen nombres de mujeres. Si no te apetece salir a la calle, siempre puedes consultar el callejero en internet. ¿Sorprendido? Pareciera que nuestra historia la hubieran hecho sólo varones blancos heterosexuales.

El escritor alemán Bertolt Brecht nos presenta en uno de sus poemas a un obrero al que le da por leer libros de historia y se hace muchas preguntas: por ejemplo, ¿quién construyó la ciudad de Tebas? En el libro sólo aparecen nombres de reyes, pero ¿acaso arrastraron éstos alguna piedra? En el mismo volumen también pone que Alejandro Magno conquistó la India. ¿Él solo? Y que Felipe II lloró cuando su flota de barcos se hundió. ¿No lo hizo nadie más?

El historiador francés Stéphane Michonneau, especialista en temas de memoria histórica, escribía que España parece estar «enferma de su pasado». Éste nos hace discutir en los bares y en las cenas de Navidad. Existe un debate constante sobre los símbolos que, en el espacio público, recuerdan la dictadura y la represión franquistas. En 2007, el Congreso de los Diputados aprobó una ley de la memoria histórica que ha generado polémica e incluso insubordinaciones. La expresión *recuperación de la memoria histórica* insinúa que nuestra historia ha de ser reescrita. Como el obrero de Bertolt Brecht, te invito a que nos preguntemos: ¿qué es la historia? ¿Quién la escribe? ¿Para quién se escribe? ¿Hay sólo una historia? ¿Existen otras diferentes? ¿Dónde podemos encontrarlas? ¿Cuál de todas es la verdadera?

Una violación y cuatro historias diferentes

Al filósofo francés Jean-François Lyotard (1924-1998) le interesaban mucho estas preguntas. Cuando era adolescente no tenía muy claro qué quería ser de mayor; se debatía entre fraile, escritor o historiador. La primera opción la descartó muy pronto porque, como confesó, «amaba demasiado a las mujeres» y «la pobreza me da igual pero la castidad, no». El oficio de escritor lo intentó con quince años y se dio cuenta de que no valía para ello. Escribió una novela de ficción que no tuvo ningún éxito. La última opción también la rechazó, porque estamos ante un hombre que siempre ha defendido que la Historia no existe. Su destino era convertirse en uno de los filósofos posmodernos más importantes.

Lyotard defendía la tesis de Nietzsche de que «No hay hechos, hay interpretaciones». Esta idea fue desarrollada en el cine por el director japonés Akira Kurosawa en su película *Rashōmon* (1954), basada en un cuento homónimo de Ryunosuke Akutagawa. En la película se nos relatan hasta cuatro versiones diferentes de una violación y un asesinato. Conocemos primero la de la mujer violada, luego la del criminal, posteriormente la del asesinado y, por último, la de un leñador testigo del suceso. La verdad se va difuminando conforme se van superponiendo las historias. Este cuento tuvo tal impacto que creó lo que se denomina *efecto Rashomon*, un principio que explica cómo la subjetividad afecta a la hora de contar una misma historia. Según este principio, aunque cada individuo implicado en la historia la cuenta de manera diferente, lo sorprendente es que todas las versiones son razonablemente posibles. Cada una de ellas es el punto de vista particular de la persona que la ha vivido; por tanto, ninguna es verdadera ni tampoco ninguna es falsa. En todo caso, la falsa sería aquella que quisiera presentarse como la única interpretación posible. Puedes observar el efecto Rashomon en otras películas como *Pulp Fiction* (Quentin Tarantino, 1994), *Memento* (Christopher Nolan, 2000) e incluso en uno de los capítulos de la serie de televisión *Los Simpson*, titulado «Trilogía del error».

Para Lyotard, tu libro de historia no te cuenta lo que aconteció, porque la función de ese texto es otra bien distinta. Este volumen está escrito para legitimar una determinada ideología e imponértela

como el único punto de vista posible. Por lo tanto, se te presenta como una objetividad que no puedes discutir y así elimina toda posibilidad de disidencia. Tu aparentemente inofensivo libro de texto legitima el patriarcado. La historia ha sido siempre un instrumento que han usado los que ostentan el poder para legitimarse. La Iglesia utilizó la historia para legitimar su poder en la sociedad europea; el marxismo la usó para justificar la revolución violenta y la construcción de un nuevo Estado, y el capitalismo emplea la historia para imponernos la economía de mercado como la única opción viable. Observa cómo los actuales nacionalismos usan también la historia para legitimarse, contando a sus adeptos la historia de una patria perdida y agraviada que hay que liberar del yugo opresor. Todos los grandes relatos poseen la misma estructura y una misma función: nos narran una historia en la que se nos promete un final feliz para justificar los sacrificios del presente.

Lyotard opina que en nuestra época asistimos a la muerte de estos grandes relatos. Nadie se los cree, porque el final al que condujeron en el pasado fue bien distinto del que se había prometido. El relato cristiano murió en la Inquisición; el marxista, en los campos de trabajo de la Unión Soviética, y el del progreso científico, con la bomba atómica. La muerte de estos grandes relatos tiene consecuencias muy positivas porque implica que existen otros más pequeños que hay que escuchar. La solución que te propone Lyotard es que te alistes en la defensa de «la diferencia», lo que implica defender a los sin voz de la historia, a los pequeños, a lo que se ha apartado y a lo que se ha pretendido silenciar. Tienes que ayudar a escribir los otros libros de historia. Debes contar las historias de las mujeres, de los homosexuales, de los no-blancos, etcétera. No puedes permitir que la verdad quede reducida al relato que se impone por la fuerza a los demás.

Lyotard te invitaría a escribir sobre las páginas de tus libros de texto las historias no contadas. Abre tu libro de lengua y literatura castellanas y busca el tema dedicado a la Generación del 27. Comprueba si aparecen en él María Teresa León, Ernestina de Champourcín, Concha Méndez, Maruja Mallo, María Zambrano, Rosa Chacel, Josefina de la Torre o Marga Gil Roësset. La

Generación del 27 fue un grupo compuesto por los artistas y escritores más influyentes de la cultura española contemporánea, pero ¿sólo había hombres? ¿Por qué sólo aparecen ellos en los libros de texto? ¿Por qué no están ellas? Haz este otro experimento: introduce «Generación del 27» en Google imágenes. Si observas detenidamente los resultados de tu búsqueda, comprobarás que en las fotos del grupo aparecen un número notable de mujeres. ¿Qué cuenta tu libro de texto sobre ellas? ¿Por qué ese silencio? ¿Qué sentido tiene esa ocultación? ¿Qué podrías hacer para que en las próximas ediciones de los libros de texto se recojan sus historias?

Si escuchas la palabra *verdad*, echa mano a la pistola

Gianni Vattimo (1936) es otro de los filósofos que comparten la idea nietzscheana de que «No hay hechos, hay interpretaciones». Quizá por eso este filósofo nacido en Turín es uno de los principales traductores de Nietzsche al italiano. Vattimo suele citar en sus conferencias a Joseph Goebbels, el ministro nazi de Propaganda, para explicar su pensamiento, advirtiéndolo previamente que no siente ninguna simpatía por este personaje. Se cuenta que éste solía decir: «Cuando oigo la palabra *cultura*, saco el revólver». Vattimo tunea la frase y afirma: «Cuando oigo la palabra *verdad*, echo mano a la pistola».

¿Por qué tiene Vattimo la misma aversión hacia la verdad que Goebbels hacia la cultura? Porque la experiencia del filósofo italiano ha sido que siempre que alguien ha usado la palabra *verdad* con él ha sido para obligarlo a hacer o a ser algo que él no quería. La «verdad objetiva» es una imposición. Tu libro de historia pretende imponerte una interpretación como la única posible. Deberías preguntarte: ¿es objetivo mi libro de historia? ¿Por qué su interpretación tiene que ser la verdadera? ¿Existen otras diferentes? ¿Por qué no aparecen en mi libro? ¿Qué es lo que me están queriendo contar realmente? ¿Qué modelo de ser humano me intentan vender?, etcétera. Al hacerte preguntas como éstas, estarás debilitando cualquier discurso que se te intente imponer sin

discusión. Debes hacer todo lo que esté en tus manos para que la historia deje de ser «la historia de los vencedores». Debemos dar voz a los vencidos de la historia: a las mujeres, a los homosexuales, a los no-blancos, a los inmigrantes, etcétera.

Sólo hay una historia, sólo hay un libro, pero nadie me entiende

El filósofo Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) estaría en «absoluto» desacuerdo con Vattimo y Lyotard. El pensamiento de este alemán es muy complejo: de hecho llegó a decir «sólo uno me ha entendido». Espero haber sido yo, aunque me temo que se refería a él mismo.

Hegel intentó explicarlo todo. Entendió que su pensamiento era la culminación de toda la historia de la filosofía, porque todas las obras anteriores no habían sido más que «precuelas» de la gran creación final, la suya. Vivió en su juventud la Revolución francesa con enorme entusiasmo porque creyó que el tiempo que estaba viviendo era la culminación de todo un largo proceso de lucha por la libertad. Hegel entendió que la historia de los seres humanos es el relato de la lucha de la humanidad por alcanzar la libertad y ese momento de plenitud estaba llegando con las revoluciones burguesas; por eso, junto con otros estudiantes de su universidad, plantó lo que llamaron «el árbol de la libertad» mientras cantaban juntos el *Himno de la alegría*, que por entonces era un canto muy, pero que muy revolucionario.

Hegel te diría que sólo existe una historia y que lo de «No hay hechos, hay interpretaciones» es una patraña que no deberías tragarte. No hay una historia de las mujeres o de los homosexuales, sino una sola: la historia de la humanidad. Los que tienen verdaderamente historia no son los individuos, sino los pueblos. Los individuos son lo que son, piensan como piensan y actúan como actúan porque pertenecen a la cultura y al tiempo al que pertenecen. Si hubieras nacido en la Grecia clásica, rezarías a otro dios, hablarías otro idioma, compartirías otras creencias, y hasta tu gastronomía y tu sexualidad serían diferentes.*

Para Hegel, cada cultura va aportando un capítulo a este único libro de historia de la humanidad. El pueblo griego escribió uno de los más importantes; los romanos, otro; también los hicieron los pueblos orientales, como el chino; y así, sucesivamente, el libro se ha ido componiendo. ¿Por qué no hay africanos en tu libro de historia? Porque los pueblos de África no han contribuido con ningún capítulo interesante; no hay mucho que contar, la verdad. ¿Por qué no hay más mujeres en los libros de historia? Porque, de momento, la historia ha utilizado personajes varones, pero no por ello deberíamos tergiversarla. Hegel no tiene nada en contra de las mujeres, pero si no hay hechos del pasado en los que fueron determinantes para el progreso de la historia, lo que no podemos hacer es inventarlos. No tuvieron la misma importancia histórica Napoleón que su amante, y ponerlos al mismo nivel es manipular y mentir.

Otra de las ideas importantes que Hegel tuvo sobre la historia fue la de progreso. El filósofo germano pensaba que, conforme vamos avanzando en la lectura de las páginas de ese libro que la humanidad va escribiendo, podemos ir entendiendo que todos los acontecimientos han ocurrido por algo, que la historia tiene una dirección y un sentido. Al avanzar en el tiempo, las piezas van encajando; el rompecabezas va tomando forma. Es la misma sensación que tenemos cuando estamos llegando al final de una serie de televisión bien hecha y todo comienza a encajar y cobrar sentido. Hoy podemos entender mejor a la humanidad que los hombres que nos precedieron porque en esa serie que trata de nosotros mismos hemos tenido la suerte de ver más capítulos. Siguiendo con la misma metáfora, recuerda que Lyotard y Vattimo te dirían que la serie que está viendo Hegel no es la única disponible, porque hay más canales de televisión. Igual que una película de Hollywood, la historia tiene una estructura interna y un sentido, y si uno sabe leerla, puede vislumbrar que el final va a ser un *happy end*. Nuestra historia es un progreso continuo y constante. Con cada etapa que superamos, la humanidad sale fortalecida. Nos encaminamos hacia la construcción de un modelo de sociedad donde todos los hombres serán plenamente libres y sus derechos,

respetados; éste es el final feliz de nuestra historia. Para Hegel, éste ya había llegado: el Estado. Pero no cualquier tipo de Estado, sino el modelo que surgió tras la Revolución francesa, porque armonizaba perfectamente ley y libertad.

El fin de la historia, el último hombre y una hamburguesa

En 1992, el politólogo estadounidense de origen japonés Francis Fukuyama recuperó en un libro que fue muy polémico (*El fin de la historia y el último hombre*) la idea de progreso formulada por Hegel. Este asesor del gobierno del presidente republicano George W. Bush defendía en su obra que Hegel acertó y se equivocó también en parte. Acertó al concebir la historia como un proceso de progreso continuo que conduciría al hombre hacia el mejor modelo de sociedad posible, pero se equivocó al pensar que ya había llegado a la meta y que no se podía progresar más. El Estado hegeliano no es el final de la historia: lo es el modelo norteamericano, el Estado neoliberal. La caída del muro de Berlín supuso el fracaso del comunismo y el triunfo definitivo del capitalismo. En política ya no se puede progresar más: la única opción viable es la democracia liberal estadounidense y, por tanto, el resto de los Estados deberían copiar este modelo. Las ideologías ya no son necesarias y hay que reemplazarlas por la economía.



<https://twitter.com/eledututor/status/1083689499597647875>

#FiloReto_13

¿CÓMO
SE SUPERA
UNA
ruptura
sentimental?

Marco Aurelio.
Nietzsche

¿Te han roto alguna vez el corazón? ¿Sabes qué hay que hacer para olvidar a quien has amado? ¿Alguien te ha enseñado qué hacer para dejar de sufrir? El filósofo suizo Alain de Botton tenía hace años un magnífico programa de televisión en la cadena británica BBC en el que enseñaba cómo la filosofía puede ayudarnos a vivir mejor: *Philosophy: A Guide to Happiness*.

El capítulo dedicado al filósofo francés Michel de Montaigne comienza mostrándonos a un grupo de jóvenes que se graduaban en la Universidad de Cambridge, donde también estudió Alain de Botton. Las imágenes muestran a unos alumnos con talento, inteligentes y preparados para enfrentarse al mundo adulto. Alain consigue convencer al rector de su antigua facultad para realizar el siguiente experimento: someter a los alumnos a un «examen de sabiduría». Son preguntas para las que la universidad no nos prepara, pero cuya respuesta necesitamos si queremos llevar una vida feliz. Entre ellas se encuentra ésta: «¿Cómo terminar una relación?». Los estudiantes de Cambridge habían adquirido una preparación que los cualificaba para componer un texto, recordar muchos datos y presentar argumentos coherentes, pero no habían alcanzado la sabiduría suficiente para responder a esa pregunta. ¿Crees que tus estudios desarrollarán en ti la inteligencia necesaria para saber qué debes hacer en un caso así? ¿Te gustaría saber cómo actuar?

Ama como un emperador

Si quieres superar el dolor que se siente cuando te rompen el corazón, deberías empezar a pensar como un emperador y, para ello, no hay nada mejor que leer *Las meditaciones* del filósofo y emperador romano Marco Aurelio (121-180), quien escribió esta obra durante sus últimos diez años de vida, cuando se encontraba dirigiendo las legiones romanas en las duras guerras contra los germanos y los partos. Marco Aurelio Antonino Augusto está considerado uno de los cinco mejores emperadores de Roma y pasó a la historia con el sobrenombre del *Filósofo*. Nunca quiso ser

militar, y mucho menos emperador: su verdadera pasión eran las letras, pero antepuso siempre las obligaciones a los deseos. Todos los días de su vida se puso sin queja la pesada armadura de emperador y aceptó que su destino era la difícil tarea de gobernar y defender el mayor imperio de todos los tiempos. El historiador Herodiano dice de él que fue el único de los emperadores que dio fe de su sabiduría, no con discursos teóricos, sino con su manera de vivir.

Marco Aurelio llevó una vida de película; de hecho, puedes verlo interpretado por el actor Richard Harris en las primeras escenas de la película *Gladiator* (Ridley Scott, 2000). Es fácil visualizar a Marco Aurelio en un campamento militar en la peligrosa frontera del Danubio, a miles de kilómetros de su Hispania natal y de su lujoso palacio de Roma, en la soledad de la tienda, arimado a un fuego que apenas lo protege del gélido invierno, escribiendo sus pensamientos sobre un papiro que hoy conocemos como *Las meditaciones*. El emperador nunca escribió para que otros lo leyeran, sino que tomaba notas en su diario personal para recordarse cómo debía actuar y cómo debía afrontar los sucesos que la vida le iba deparando. Afortunadamente, alguien conservó el diario para que tú puedas leerlo hoy.

Marco Aurelio comienza *Las meditaciones* escribiendo: «Aprendí de mi abuelo Vero el buen carácter y la serenidad». A partir de esa primera frase, el emperador construye una larga lista en la que va recordando, con profundo amor, a todas las personas que han influido en su vida y lo que ha aprendido de cada una de ellas, como si pretendiese con ello saldar una deuda de gratitud. Me gusta leer este texto a mis alumnos porque en estos tiempos de individualismo, donde algunos creen que sus éxitos personales son únicamente fruto de su esfuerzo y no le deben nada a nadie, sorprende ver a uno de los hombres más grandes de la Antigüedad reconocer que todo lo bueno que hay en él se lo debe a otros. Es interesante tener en cuenta que, en este listado de agradecimientos, sus profesores aparecen en un lugar muy relevante. Marco Aurelio sentía veneración por aquellos que le habían enseñado todo lo que sabía. En Japón existe una tradición que permite a los profesores

ser los únicos que no tienen la obligación de hacer una reverencia ante el emperador, porque todos saben que en una tierra donde no hay docentes no puede haber emperadores.

Aunque no lo creas, el diario personal de Marco Aurelio puede solucionar tu mal de amores, porque el emperador practicaba el estoicismo, una filosofía que perseguía eliminar el sufrimiento de nuestras vidas. Los estoicos, mediante la práctica de una serie de ejercicios mentales, buscaban que su estado de ánimo permaneciese siempre tranquilo a pesar de lo que pudiera ocurrirles, por muy nefasto que fuera. Un estoico no se preocupa, no conoce el miedo o la ansiedad, no se enfada, no se estresa y no se queja. Si quieres llegar a ser uno de ellos, debes seguir estos seis principios:

- Debes descubrir la existencia de una fuerza en la naturaleza que gobierna a toda cosa y bicho viviente, a ti incluido.
- Acepta que hay situaciones en tu vida que no controlas y que no puedes cambiar. No todo depende de ti ni está bajo tu control.
- Deja de quejarte por lo que te pasa. Esto sólo aumentará tu sufrimiento sin solucionar nada.
- Controla y elimina el deseo. No quieras aquello que no está a tu alcance o que no depende de ti. Si deseas no envejecer, lo único que conseguirás será frustrarte y hacer felices a las clínicas de estética.
- Elimina la preocupación de tu mente. Si lo que te preocupa tiene remedio, ¿por qué te preocupas? Si lo que te preocupa no tiene remedio, ¿por qué te preocupas?
- No seas esclavo de tus emociones. Aprende a dominar la ira, el odio, la tristeza, el miedo, etcétera.

Un buen ejemplo de cómo afrontar las cosas con estoicismo puedes encontrarlo en *Titanic* (James Cameron, 1997). La película contiene una escena memorable en la que un cuarteto de músicos decide afrontar la inevitable muerte tocando una bella melodía mientras el barco se hunde. Mientras el resto de los pasajeros se desesperan presa del pánico, los cuatro artistas deciden poner fin a sus vidas en total paz y tranquilidad.

¿Se puede vivir así? Sí, y la vida de Marco Aurelio es prueba de ello. ¿Te imaginas poder aceptar con serenidad que tu pareja ya no te quiere, despedirte amablemente de ella, darle las gracias por lo que habéis compartido y seguir adelante con tu vida sin conocer el odio y la tristeza? Si te tienta la idea, no es necesario que acampes en un bosque centroeuropeo y te dediques a matar a hordas de bárbaros alemanes; sólo debes practicar todos los días algunos de los siguientes ejercicios:

- Ejercicio 1: Anota frases de filósofos estoicos que te sirvan como guía en tiempos duros. Memorízalas y reflexiona sobre ellas. Algunas de las que puedes encontrar en *Las meditaciones* son éstas: «Ni hacer mal a nadie, ni decirlo»; «Todo es opinión»; «Todo lo que ocurre ocurre necesariamente»; «No te quejes de que te han hecho daño y no te habrán hecho daño »; «Tienes razón, ¿por qué no la utilizas?»; «No actúes creyendo que vas a vivir mil años»; «Abarca pocas actividades si quieres mantener el buen humor»; «Eres un alma pequeña que sustenta un cadáver»; «Todo es efímero: el recuerdo y el objeto recordado»; «Sé igual que una roca sobre la que se estrellan las olas. Ésta se mantiene firme»; «Deja de ser tu propio enemigo»; «Si no está bien, no lo hagas. Si no es verdad, no lo digas»; «Retírate al jardín de tu propio interior»; «Tu agobio depende sólo de ti».
- Ejercicio 2: Imagina tu propia muerte y la de tus seres queridos. Esta meditación puede parecerle macabra, pero no es ésa la intención. La idea es hacernos conscientes de que nuestras vidas no son eternas para así dar a las cosas la importancia que se merecen. Steve Jobs, el fundador de Apple, era consciente de la importancia de este ejercicio y le confesaba lo siguiente a un grupo de jóvenes que se estaban graduando en la universidad: «Cuando tenía diecisiete años, leí una cita que decía algo así como “Si vives cada día como si fuera el último, es muy probable que algún día hagas lo correcto”. Me impresionó y desde entonces, durante los últimos treinta y tres años, me miro al espejo todas las mañanas y me pregunto: “Si

hoy fuera el último día de mi vida, ¿querría hacer lo que estoy a punto de hacer hoy?”. Y cada vez que la respuesta ha sido “No” durante varios días seguidos, sé que necesito cambiar algo...». Éste es el objetivo. Si fueras a morir mañana, ¿querrías hacerlo odiando a tu pareja por haberte dejado?

- Ejercicio 3: Tendrías que haberlo hecho antes de que tu pareja rompiera contigo, pero te valdrá para tus próximas relaciones. Imagina cosas malas que te pueden pasar. El objetivo es que te prepares para cuando ocurran y medites sobre cómo te gustaría reaccionar ante ellas. Otro beneficio de esta meditación es que cuando estas cosas sucedan te afectarán en menor grado, porque en cierta manera ya las habías vivido. Si tienes pareja hay probabilidades de que te rompan el corazón. Por muy bien que te encuentres ahora mismo en tu relación, no es descabellado pensar que pueda acabar mal. Prueba a imaginarte que tu pareja te dice que tiene que hablar contigo y que, cuando la escuchas, te espeta que quiere dejarlo. Visualiza esa situación como algo inevitable. No hay nada que puedas decir o hacer para que vuelva a amarte. Reflexiona: ¿cómo te gustaría reaccionar? Imagina las posibles versiones de ti mismo: lloras y suplicas que no te abandone, te marchas furioso con un portazo, o aceptas serenamente que no puedes obligar a alguien a amarte y rehaces tu vida. ¿Cuál de ellas es la mejor versión de ti mismo?
- Ejercicio 4: Piensa que eres un dios y contemplas la vida de los hombres desde el Olimpo (o como un profesor desde la sala de profesores). Desde tu eternidad observas lo breves e insignificantes que son las vidas de los seres humanos. ¿No te parece una estupidez desperdiciar el poco tiempo que tienes odiando a quien ya no te ama?

El odio puede convertirte en un superhombre

El filósofo alemán Friedrich Nietzsche (1844-1900) se enamoró perdidamente de la poetisa rusa Lou Andreas-Salomé (1861-1937). Paul Rée, un amigo del filósofo, le escribió una carta diciéndole que tenía que presentarle a una mujer excepcional, bella, inteligente y apasionada por la filosofía. A Nietzsche le faltó tiempo para viajar hasta Roma a conocerla. Cuando contempló a Lou con sus propios ojos, le dijo: «¿De qué estrellas hemos caído para encontrarnos aquí?». El filósofo se había enamorado perdidamente. La hermana de Nietzsche llegó a decir que «está loco de atar por ella». En una excursión al Monte Sacro, en el lago de Orta (en el norte de Italia), la química fluye entre los dos y el filósofo se siente el hombre más feliz del mundo. Pero el idilio duró muy poco tiempo. Lou no estaba enamorada de él, sólo lo admiraba como filósofo. Cuando Nietzsche le pidió matrimonio, ella lo rechazó y se fugó con Paul Rée.

Nietzsche descubrió entonces que el amor y el odio nacen de la misma fuente y que, en un corazón roto, el dolor y el rencor van de la mano. De esos sentimientos surgió esta terrible carta que el filósofo mandó como venganza a la única mujer que había amado:

Lou:

Que yo sufra mucho carece de importancia comparado con el problema de que no seas capaz, mi querida Lou, de reencontrarte a ti misma.

Nunca he conocido a una persona más pobre que tú.

Ignorante, pero con mucho ingenio.

Capaz de aprovechar al máximo lo que conoce.

Sin gusto, pero ingenua respecto de esta carencia.

Sincera y justa en minucias, tozuda en general, en una escala mayor, en la actitud total hacia la vida:

Insincera.

Sin la menor sensibilidad para dar o recibir.

Carente de espíritu e incapaz de amar.

En afectos, siempre enferma y al borde de la locura.

Sin agradecimiento, sin vergüenza hacia sus benefactores...

En particular:

Nada fiable.

De mal comportamiento.

Grosera en cuestiones de honor...

Un cerebro con incipientes indicios de alma.

*El carácter de un gato: el depredador disfrazado de animal doméstico.
Nobleza como reminiscencia del trato con personas más nobles.
Fuerte voluntad pero no un gran objeto.
Sin diligencia ni pureza.
Sensualidad cruelmente desplazada.
Egoísmo infantil como resultado de atrofia y retraso sexual.
Sin amor por las personas pero enamorada de Dios.
Con necesidad de expansión.
Astuta, llena de autodomínio ante la sexualidad masculina.
Tuyo,*

Friedrich N.

Es difícil imaginar el dolor y la humillación que debió de sentir Nietzsche para escribir estas terribles palabras cargadas de odio. Pero Nietzsche, el filósofo que escribió «lo que no me mata me hace más fuerte», supo superar ese sufrimiento transformándolo en energía vital. Después de ver partir el tren en el que Lou se alejaba de su vida para siempre escribió un poema en el que repasó la historia de su fracaso amoroso. Para componerlo utilizó las mismas palabras que pronunció cuando vio por primera vez a su amada Lou:

*Fragmentos de estrellas:
de estos fragmentos construí un mundo.*

Llegados a este punto, te recomiendo la película *El día que Nietzsche lloró* (Pinchas Perry, 2007), que lleva al cine una novela de Irvin D. Yalom. El escritor crea una ficción de esas que, si no son verdad, están muy bien contadas a partir del desengaño amoroso de Nietzsche. Lou se cita con Josef Breuer, célebre médico vienés, con el objetivo de salvar la vida de Nietzsche, por entonces un filósofo casi desconocido pero de brillante futuro. Lou, tras romper el corazón del filósofo, recibe varias cartas de Nietzsche en las que éste manifiesta tendencias suicidas. Breuer, influido por las novedosas teorías de su amigo Sigmund Freud, acepta el reto que Salomé le propone: psicoanalizar al filósofo sin que éste se dé cuenta.

Nietzsche construyó un mundo nuevo a partir de los escombros de su amor. Esos versos son reveladores del camino que el filósofo escogió para superar su ruptura sentimental: escribir sobre su dolor y transformarlo en una de las obras de filosofía más importantes de toda la historia. De la escritura frenética de esos días nació *Así habló Zaratustra*, un canto a la vida donde Nietzsche expone de manera poética sus ideas más originales: el superhombre y el eterno retorno.

Nietzsche creó a Zaratustra,^{*} un personaje literario, para transmitir sus reflexiones sobre el sentido de la vida. Zaratustra es un profeta que decide compartir su sabiduría con los hombres, por lo que abandona la soledad de la montaña y baja al mercado a anunciar a todos la muerte de Dios y la venida del superhombre. Nuestra cultura ha usado la religión para imponer una moral, unos valores y un estilo de vida. Desde Sócrates, a través de la idea de Dios se nos ha enseñado una determinada concepción de lo bueno y lo malo. De niños, nada nos parecía malo porque aún no nos habían inoculado la idea de Dios. Pero con la religión aprendimos a sentir vergüenza y culpa, comenzamos a reprimir nuestra energía vital y nos convertimos en esclavos de Dios. Todos aprendimos, por ejemplo, que la razón debe reprimir y someter los instintos del cuerpo y las emociones. Pero vivimos tiempos en los que la idea de Dios, que antes era sagrada, se encuentra en crisis, y eso significa que estamos libres de la terrible carga del pecado. Sin Dios, ya no hay pecado y todo nos está permitido.

Con ello, Nietzsche no está queriendo decirnos que podemos dedicarnos a asesinar y a violar a quien nos venga en gana, sino que somos por fin libres para crear nuestros propios valores y nuestro estilo de vida. Nietzsche nos invita a dejar de copiar lo que otros nos dictan y a convertir nuestras vidas en una obra de arte. Por ejemplo, a través de la religión se nos inculcó que había una manera correcta de vivir la sexualidad, y que el resto era pecado. Sin Dios, ninguna de las diferentes sexualidades es la buena frente al resto, y eres sólo tú el que decide cómo vivirla.

El superhombre es aquel que ha aprendido a vivir sin Dios, a amar su vida y que no permite que ningún código moral lo reprima; gobierna su vida y no deja que otros lo controlen; rechaza la conducta gregaria; crea sus propios valores y actitudes; vive la finitud de la existencia y no huye de este mundo a través de la religión; acepta todo lo que la vida le ofrece; es valiente, no huye del dolor porque sabe convertirlo en algo positivo; ama la intensidad cada día, el entusiasmo, la salud, la alegría, la belleza, el cuerpo, la sexualidad. El superhombre es dueño de sí mismo y un espíritu libre. Nietzsche supo usar la fuerza contenida en el dolor que Lou le causó para dejar de ser un hombre y transformarse en un superhombre.

El filósofo germano confiesa que la idea del eterno retorno, a partir de la cual desarrollará *Así habló Zaratustra*, le sobrevino en un paseo junto al lago Silvaplana en agosto de 1881. Según el propio Nietzsche, se trata de su idea más profunda y es una tesis contraria al modo dominante en que los occidentales interpretamos el tiempo. El cristianismo introdujo en nosotros una visión lineal de la historia y del tiempo, que establece un sentido y una dirección en nuestras vidas que nos hace estar esperando la felicidad venidera. Sacrificamos nuestro presente por la promesa de una vida futura mejor. En cambio, el eterno retorno nos invita a ser felices ahora. La tesis que nos propone Nietzsche es que todo lo que vivamos va a repetirse un número infinito de veces. En otra de sus obras, *La gaya ciencia*, Nietzsche expone de la siguiente manera la idea del eterno retorno:

¿Qué sucedería si un demonio [...] te dijese?: esta vida, tal como tú la vives actualmente, tal como la has vivido, tendrás que revivirla [...] una serie infinita de veces; nada nuevo habrá en ella; al contrario, es preciso que cada dolor y cada alegría, cada pensamiento y cada suspiro [...] vuelvas a pasarlo en la misma secuencia y orden [...] y también este instante y yo mismo? [...] Si este pensamiento tomase fuerza en ti [...] te transformaría quizá, pero tal vez también te anonadaría [...] ¡Cuánto tendrías entonces que amar la vida y amarte a ti mismo para no desear otra cosa sino esta suprema y eterna confirmación!

Si esta posibilidad te parece terrible, es que estás viviendo la vida sin la intensidad necesaria. Deberías comenzar a convertir cada instante de tu existencia en algo maravilloso que tenga sentido en sí mismo y no como un simple medio para alcanzar una meta futura. Si llegas a transformarte en un superhombre, considerarás el eterno retorno como algo muy positivo, ya que habrás creado una vida tan intensa y genial que la posibilidad de que se repita infinitas veces te parecerá maravillosa. Si te dieran a elegir entre repetir la misma vida o tener otra diferente, y sólo puedes desear volver a vivir ésta, que consideras perfecta e inmejorable, entonces habrás alcanzado la sabiduría de Zaratustra.

El superhombre de Nietzsche acepta la irracionalidad de la existencia. Si tienes que odiar a tu expareja, hazlo. El odio no es ningún pecado ni tampoco ninguna inmoralidad. Ningún Dios te va a castigar por dar rienda suelta a un sentimiento tan natural e instintivo como el odio. No reprimas tu dolor, acéptalo, muérdelo como el pastor de Zaratustra hizo con la cabeza de una serpiente,^{*} pero no olvides transformarlo en una fuerza que te empuje a vivir con mayor intensidad.



<https://twitter.com/eledututor/status/1084376553889382401>

#FiloReto_14

**¿CÓMO
SE AFRONTA
LA MUERTE
DE
UN SER
QUERIDO?**

Epicteto.
Buda

Hace algunos inviernos me encontraba en la sala de profesores corrigiendo exámenes cuando me pasaron una llamada desde la secretaría del centro. Era el padre de José, un alumno de mi tutoría. Me pidió que dejara salir a su hijo porque su madre se estaba muriendo en el hospital de un cáncer linfático; también me rogó que hablase con José, le comunicase lo que estaba pasando y lo serenase como pudiera hasta que él llegara a recogerlo. Me tomé un tiempo y pensé qué podía decirle a mi alumno. Subí al departamento y cogí un viejo libro sin tapa lleno de anotaciones y subrayados. Bajé al aula donde José se encontraba haciendo un examen y le pedí que saliese. Dimos un paseo en silencio hasta una pequeña sala de visitas. Lo miré a los ojos y le dije: «Tu madre se está muriendo y tienes que ir a despedirte de ella». Nos dimos un abrazo y le entregué el viejo libro con la esperanza de que pudiera ayudarle de alguna forma a superar lo que se le venía encima. Años después, José volvió a visitarme convertido en un hombre y me devolvió el libro. No pude resistirme a preguntarle si aquel volumen le había ayudado. José me respondió: «No sólo me ayudó, sino que me convirtió en oncólogo».

Pocas películas han ahondado más en el sufrimiento que nos provoca la pérdida de un ser querido que *Monster's Ball* (Marc Forster, 2001). En ella dos personajes atormentados se encuentran e inician una relación. Leticia acaba de perder a su marido en la silla eléctrica. Sonny, el hijo de Hank, se suicidó delante de él después de que su padre le reprendiese por no haber sido capaz de cumplir con su deber: ambos trabajaban en el corredor de la muerte y Sonny vomitó unos momentos antes de una ejecución. Las vidas y el sufrimiento de Leticia y Hank están entremezclados, pero ellos aún no lo saben.

La filosofía del esclavo

Ese viejo texto era un tratado de filosofía estoica titulado *Enquiridión*. Nadie conoce el verdadero nombre de su autor; nos referimos a él como Epicteto, que significa «esclavo», porque siendo

niño fue llevado a Roma y vendido a un secretario de Nerón que lo trató como a una bestia. Epicteto (aproximadamente 50-138) conoció de mano de su amo el dolor físico, el hambre y la humillación, pero cuentan que desde joven aprendió a tener un gran autocontrol y capacidad para soportar el sufrimiento. Un día, su amo le golpeó brutalmente la pierna y el esclavo le advirtió, con suma tranquilidad, que si seguía haciéndolo con tanta fuerza se la rompería; la respuesta que recibió fue una patada aún más fuerte que lo dejó cojo de por vida. Epicteto, guardando una calma absoluta, sólo le dijo: «Ya te avisé de que ibas a romperla». En este episodio, el futuro filósofo ya estaba poniendo en práctica una de las ideas principales de su pensamiento: «Saber sufrir y saber renunciar a la queja».

Tras muchas penurias, Epicteto consiguió comprar su libertad. ¿Qué habrías hecho tú al quedar libre? ¿En qué hubieses empleado tu vida? Él decidió dedicarla a la filosofía. Comenzó a asistir a las lecciones de un filósofo estoico y años después siguió los pasos de su amado maestro y se vistió de filósofo. Pero ¿cómo se hace esto? Para los estoicos, la filosofía había que practicarla más con los actos que con las palabras; así, el aspirante a filósofo debía dar testimonio de lo que había aprendido por medio de su propia vida. No había mejor examen que observar la manera de vivir del discípulo, incluidos los aspectos más cotidianos, como la ropa que usaba (¿no te gustaría que los exámenes de filosofía consistiesen en evaluar cómo te vistes?). La mayoría de los filósofos de esta época tomaron como modelo el *look* Sócrates: pelo largo, barba y manto simplón (lo que hoy llamaríamos un estilo *casual*). Aunque todos seguían este modelo socrático, la indumentaria cambiaba ligeramente en función de la escuela a la que uno pertenecía; así, se podía reconocer en un golpe de vista de quién eras discípulo. Para el maestro de Epicteto, la ropa debía simplemente proteger el cuerpo y no adornarlo. Había que optar por prendas baratas, sencillas y que no llamasen la atención. Limpio y aseado, pero sin nada de lujos ni gastos superfluos. Si llevas ropa de marca, no vas por el buen camino para convertirte en un estoico pata negra.

Epicteto fundó una escuela en Roma que terminó clausurada por Domiciano, uno de los peores emperadores que tuvo el Imperio romano. Éste no tenía nada personal contra Epicteto, pero compartía la misma política educativa del exministro Wert y decidió expulsar a todos los filósofos de la ciudad de Roma. Cuando Domiciano estiró la pata, Epicteto pudo volver a la ciudad y reabrió su escuela. Tuvo mucho éxito, tanto que hasta el nuevo emperador asistió a sus clases, pero eso no varió en modo alguno su forma de vida: siguió viviendo en una casucha con el techo desvencijado que parecía que se fuera a venir abajo en cualquier momento. Tras la muerte del filósofo, se vendió la humilde lámpara de aceite que usaba en sus clases por la increíble suma de tres mil dracmas, unos 95.000 euros al cambio actual. En cierta ocasión conté esta misma anécdota en clase y un alumno me pidió que le regalase mi mechero para venderlo. Nunca supe si debía darle las gracias por compararme con uno de los grandes filósofos o preocuparme por mi estado de salud. Lo cierto es que desde ese día dejé de fumar.

Epicteto no dejó nada escrito, pero afortunadamente uno de sus discípulos tomó unos apuntes de sus clases que han llegado hasta nuestros días. Esas notas, que forman el *Enquiridión*, salvaron la vida del piloto estadounidense James Stockdale durante la guerra de Vietnam. El avión del comandante Stockdale fue derribado y sus enemigos lo trasladaron a un campo de prisioneros donde lo torturaron cruelmente durante más de siete años. Cuando fue liberado, reconoció en una entrevista que los compañeros que no lograron sobrevivir fueron los optimistas. Los soldados que fallecieron fueron aquellos que tenían la esperanza de salir y veían como los días iban pasando, pero nada cambiaba. El comandante afirmó que «murieron a causa del corazón roto». Stockdale se salvó porque decidió vivir su cautiverio como un estoico. Recordó la lectura de los consejos propuestos por Epicteto en el *Enquiridión* y entendió que, aunque no podía hacer nada para cambiar su situación, seguía conservando el poder para mantener la moral alta y la autoestima. No podía evitar el sufrimiento, pero sí decidir cómo vivir ese dolor. Sólo él era soberano de su mente; ningún hombre tenía jurisdicción sobre sus pensamientos. Stockdale decidió no

dedicar su pensamiento a soñar con una improbable liberación, sino a no dejar que sus enemigos lo doblegasen. A partir de aquel momento controló sus emociones, deseos y apetitos, en vez de permitir que lo dominaran a él. No dejó que ningún dolor le quebrase el alma. Como cantaba Camarón: «Soy más duro que el acero, antes roto que doblarme».

¿Qué consejos da Epicteto para sobrellevar el dolor que provoca la muerte de tus seres queridos? Lo primero que tendrías que hacer es entender que hay unas cosas que dependen de ti y otras que no. La muerte de un ser querido no depende de ti pero, en cambio, sí lo hacen tus deseos, ilusiones, pensamientos y, sobre todo, tus actos. El segundo consejo es no desear cosas que son imposibles. La muerte es un proceso natural e inexorable. No puedes evitar que la gente que amas muera; por tanto, no desees que esto no suceda. La tercera recomendación de Epicteto consiste en recordar siempre la naturaleza de las cosas que amas. Si estimases un vasija de barro, deberías tener presente que la cerámica, en algún momento, termina rompiéndose; así, cuando esto suceda, no te pillarás por sorpresa y no sufrirás más de lo debido. Si amas a un ser humano, debes recordar en todo momento que los hombres mueren igual que las vasijas se resquebrajan. El cuarto consejo consiste en admitir que la muerte no es algo terrible, puesto que siempre ha habido hombres sabios, como el mismo Sócrates, que la vivieron como un proceso natural, con paz y serenidad. El último de los consejos de Epicteto es reconocer que la vida te dio una madre, pero nunca fue tuya, sino que la disfrutaste por un tiempo. Si la vida ahora te la reclama, debes dejarla marchar. Este pensamiento es uno de los más difíciles de entender. Siempre que lo explico en clase suelo decir que quizá sea necesario haber sufrido para entender a Epicteto; creo que lo que el filósofo quiere decirnos es que deberíamos cambiar nuestro punto de vista sobre lo que nos ocurre. Podemos seguir sufriendo mientras pensamos que nuestra madre ya no está y que no volveremos a verla nunca más; o podemos pensar en cambio que, durante todos estos años, la vida

nos ha regalado su presencia en nuestras vidas. Podemos quejarnos o estar agradecidos, pero en último término debemos tener claro que la elección es nuestra.

El príncipe que no sabía lo que era el sufrimiento

El príncipe Siddhartha* nació en el reino de Kapilavastu, que algunos sitúan en el actual Nepal, en una fecha indeterminada hace más de 2.500 años. Su padre, el rey, quiso protegerlo de los males de esta vida y decidió resguardar a su hijo del mundo exterior, por lo que no le permitió nunca salir de palacio, donde lo rodeó de comodidades, placeres y riquezas. Siddhartha desconocía el dolor, el sufrimiento y la preocupación. Pero, un día, el joven príncipe quiso conocer el mundo que estaba más allá de los muros de su palacio; descubrió tres cosas que cambiaron su vida para siempre: la vejez, la enfermedad y la muerte. Al comprender que estas tres cosas son el destino inevitable de todos los hombres, Siddhartha halló también la compasión y se conmovió profundamente. Recogió el sufrimiento de los hombres y lo hizo suyo. El joven príncipe decidió renunciar a la vida de lujo y comodidad en palacio para encontrar la respuesta al problema del dolor y el sufrimiento humanos: ¿por qué todos los hombres tenemos que sufrir, envejecer y morir?

Siddhartha abandonó el palacio y probó el camino opuesto al que había tomado hasta entonces: se desprendió de sus ropas de príncipe y se unió a unos ascetas que vivían en el bosque y que buscaban la purificación a través de la renuncia a todas las comodidades de la vida. Vivió durante siete años en silencio, sin salir del bosque, bebiendo agua de lluvia y alimentándose con hierbas. Terminó por abandonar también este tipo de vida porque no conducía a la paz y a la autorrealización, sino que simplemente debilitaba el cuerpo y la mente. Siddhartha concluyó de su propia experiencia que el camino no se encuentra ni en el extremo de los placeres sensuales que vivió en palacio, ni en el del ascetismo y la mortificación que vivió en el bosque: optó entonces por el camino medio.

Cuando Siddhartha dio con la respuesta al problema del sufrimiento, fundó una comunidad en la que enseñó una filosofía que tenía como mensaje central la idea de que todos podemos liberarnos del dolor. Sus discípulos lo llamaron *el Buda*, que en sánscrito quiere decir «el iluminado».

Buda enseñó estas Cuatro Nobles Verdades sobre el sufrimiento que pueden ayudarte a superar la muerte de tu ser querido.

- La Noble Verdad del Sufrimiento. La vida contiene sufrimiento. Esta afirmación no niega que en la vida haya cosas buenas, gozosas y placenteras, pero indica con contundencia que vivir como ser humano lleva implícito el sufrimiento. «Ésta, oh, monjes, es la Noble Verdad del Sufrimiento. El nacimiento es sufrimiento, la vejez es sufrimiento, la enfermedad es sufrimiento, la muerte es sufrimiento, asociarse con lo indeseable es sufrimiento, separarse de lo deseable es sufrimiento, no obtener lo que se desea es sufrimiento.»
- La Noble Verdad del Origen del Sufrimiento. Este sufrimiento tiene una causa: el apego al deseo. Existen tres clases: el deseo del placer de los sentidos, el de llegar a ser «algo» y el de deshacerse de una cosa. El origen de tu sufrimiento es el apego a alguno de estos tres deseos. El deseo en sí no provoca el sufrimiento; su causa es el apego al deseo. El origen de tu dolor es el apego al deseo de que tu ser querido no hubiese muerto.
- La Noble Verdad del Cese del Sufrimiento. Sólo superando el apego a un deseo ilusorio puedes dejar de sufrir. Para que el dolor por la pérdida de un ser querido se mitigue debes contemplar ese deseo desde la distancia, dejar que cese y separarte de él.
- La Noble Verdad del Sendero para Superar el Sufrimiento. Debes buscar el camino medio. Apártate de los extremos, como son la autocomplacencia en el dolor, la culpa o el resentimiento. La vía para liberarte por fin del apego al deseo y del sufrimiento es un camino que tiene estos ocho pasos:

- a) La recta comprensión: debes comprender que todo en tu existencia es transitorio. La vida de ese ser querido lo era y también el dolor de la pérdida.
- b) El recto pensamiento: construye una mente limpia en la que renuncies a pensar en cosas perversas e insanas.
- c) La recta palabra: usa sólo palabras nobles y amables. Renuncia a la mentira, al insulto y a la queja.
- d) La recta acción: que tus acciones busquen siempre el bien.
- e) La recta forma de vida: debes elegir una forma de vida honesta.
- f) El recto esfuerzo: esfuérzate de manera consciente en expulsar de tu mente los estados mentales que te hacen daño.
- g) La recta atención mental: vigila de forma constante tu mente, tu palabra y tus actos. Medita para cultivar la atención mental.
- h) La recta concentración: aprende a dirigir tu mente y a concentrarla mediante la práctica de la meditación. Tu mente puede ser tu mejor aliado o tu peor enemigo. Depende sólo de ti.



<https://twitter.com/eledututor/status/1084778093259247617>

#FiloReto_15

¿POR QUÉ



MIEDO

Epicuro.
Heidegger

LA MUERTE?

NOS DA

La película *El séptimo sello* (Ingmar Bergman, 1957) comienza con un águila planeando en medio de un cielo cegador. La siguiente imagen nos muestra a un caballero que vuelve de las Cruzadas y llega por fin a una playa de su tierra natal. Una voz en *off* recita unos versículos del Apocalipsis: «Cuando el cordero abrió el séptimo sello, en el cielo se hizo un silencio como de media hora...». La cámara enfoca al caballero descansando, echado sobre una roca, con una mano sobre la espada y un tablero de ajedrez a su costado. Suenan las olas y el caballero se levanta, pensativo; se refresca la cara en el mar, se arrodilla y comienza a rezar; pero no es Dios quien aparece ante él, sino la muerte (interpretada, como nadie lo había hecho antes en la historia del cine, por el actor sueco Bengt Ekerot). La muerte tiene el rostro blanco como la leche; viste con una larga túnica y una capa de color negro. El caballero le pregunta quién es, aunque sabe perfectamente la respuesta. Un escalofrío nos recorre a todos el cuerpo cuando la aparición contesta con voz pausada: la muerte. El caballero pregunta a la muerte si ha venido a por él y la aparición le dice que hace ya tiempo que camina a su lado. La muerte le pregunta si está preparado, mientras abre su manto. El caballero le pide que espere un momento y le propone jugar una partida de ajedrez en la cual, si él vence, la muerte le permitirá continuar viviendo, pero si pierde, podrá llevárselo definitivamente. Comienza la partida y los jugadores dialogan sobre la vida y la muerte. Parece ser que Bergman sacó esta idea de una pintura que se encuentra en una iglesia a las afueras de Estocolmo donde puede verse a la muerte jugando con sus víctimas.

Si pudieras hablar con la muerte, ¿qué le preguntarías? ¿Cuál sería el tema de la conversación? El caballero reconoce ante la muerte que ha malgastado su vida, que su existencia ha sido un continuo absurdo y que nadie puede vivir mirando la muerte y sabiendo que camina hacia la nada. ¿Por qué nos aterra la posibilidad de la nada? ¿Ese temor es positivo o negativo? ¿Deberíamos erradicarlo de nuestro pensamiento o tenerlo siempre presente?

Temer a la muerte es absurdo

Epicuro (341-270 a. C.) considera que debes eliminar el temor a la muerte si quieres llegar a tener una vida plena. Este filósofo griego entendió la felicidad como la existencia tranquila y sosegada, y por eso invitaba a sus discípulos a extirpar el miedo de sus corazones. Algunos de nuestros miedos son particulares y otros los comparten todos los seres humanos. Por ejemplo, un temor mío particular que me quita a veces el sueño es que un día el inspector me pida la programación de aula. Pero existe uno en concreto que todos los hombres experimentamos: el miedo a la muerte. ¿A quién no le «acojona» pensar en su propia muerte? ¿Se puede no sentir miedo ante la posibilidad de dejar de ser? ¿Y cómo se consigue esto?

Aunque pueda parecerle contradictorio, sólo pensando en la muerte es posible eliminar el temor. Para Epicuro, el mejor ansiolítico que puedes tomar para combatir el miedo es una buena dosis de filosofía. Razona detenidamente qué es la muerte y el temor se diluirá como «lágrimas en la lluvia».* Reflexiona a partir de esta verdad: vivir es sentir. Para saborear una copa de vino o experimentar un dolor de espalda, el cuerpo debe estar vivo. Por tanto, la conclusión lógica es que la muerte del cuerpo significa la imposibilidad de sentir. Si tu cuerpo no funciona, no hay sensaciones ni dolor ni cansancio ni sufrimiento. Es imposible que puedas experimentar tu muerte. Tu miedo se basa en la falsa creencia de que algo de ti va a sobrevivir al proceso natural de la muerte y que sentirás lo que le ocurre a tu cuerpo. Crees erróneamente que una especie de fantasma saldrá de tu cuerpo y lo contemplará desde fuera mientras muere, pero éste es un concepto absurdo porque no puedes saber qué se siente cuando el cerebro deja de funcionar: para sentir algo necesitas que tu cerebro lo procese.

Epicuro escribió una carta a Meneceo, uno de sus mejores amigos, en la que, entre otros consejos para ser feliz, lo invitaba a que dejase de rayarse con la idea de la muerte porque «cuando tú eres, tu muerte todavía no es; y cuando tu muerte sea, tú ya no serás». Si no te ha convencido este famoso argumento de Epicuro

contra la muerte, piensa en que antes de nacer no existías y nunca has sentido miedo por ello; lo lógico sería que no temieses volver a dejar de existir.

Es posible que tu miedo sea a que la muerte destruya proyectos pendientes y a que tu vida quede a medio realizar. El filósofo alemán Edmund Husserl (1859-1938) escribió unos meses antes de morir: «No sabía que fuese tan difícil morir; justamente ahora, cuando he podido emprender mi propio camino, justamente ahora, tengo que interrumpir mi trabajo y dejar mi tarea inconclusa». ¿Tú también sientes ese mismo pánico a que la muerte te deje la vida a medio hacer? Tanto esfuerzo para nada. Epicuro te aconsejaría que, si quieres evitar ese sufrimiento, debes vivir con desapego, sabiendo que las cosas y las personas que te acompañan no te pertenecen. No hagas planes de futuro; si no te queda más remedio, no pongas tu corazón ni tus esperanzas en ellos. No crees relaciones de dependencia con las personas o con las cosas. No vivas soñando con un futuro incierto que no te pertenece. No hipoteques tu presente por la promesa de un sueño. Vive el instante presente, no pospongas la felicidad, deja de añorar el pasado. No te digas cosas como «seré feliz cuando por fin consiga ese empleo», «seré feliz cuando encuentre a alguien que me quiera», «seré feliz cuando cumpla todos mis objetivos y metas». Aprende a vivir como tu perro, sin aspiraciones y gozando del enorme placer de sentirse vivo. Apuesta por ser feliz ahora y, mientras te llega la muerte, disfruta de la vida. Como decía Epicuro: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos».

Quizá lo que te aterra de morir sea el proceso previo, el dolor de la agonía. Pues calma, porque Epicuro también tiene una solución para eso. Él sabía bien lo que es el sufrimiento porque tuvo una salud frágil que le hizo estar más de cuarenta años enfermo y, desde su experiencia, nos asegura que todo ser humano está capacitado para soportar cualquier dolor, por muy espantoso que nos parezca. Epicuro sabe de lo que habla cuando te garantiza que, si padecemos un dolor intenso, su duración será breve, mientras que si éste es prolongado, su intensidad será débil y podrás sobrellevarlo fácilmente. Si Epicuro probase la medicina y la

farmacología actuales, alucinaría en colores porque, a diferencia de lo que él conoció, hoy disponemos de fármacos y terapias que eliminan cualquier dolor. Si sufres es porque quieres; no hay tormento que un buen chute de morfina no pueda solucionar.

Epicuro fue coherente con su filosofía de la muerte. Cuando tenía setenta y dos años, enfermó por una infección de orina. Pasó sus últimos días con unos tremendos dolores que sobrellevó con una pasmosa tranquilidad. Sabía lo que se le venía encima, así que repartió sus bienes, dispuso sus últimas voluntades, escribió a sus amigos para despedirse, se preparó un baño de agua caliente, se tomó un buen vaso de vino y les dijo a sus alumnos lo muy feliz que había sido practicando la filosofía con ellos. Murió como vivió, con serenidad, gozando de los placeres buenos que nos regala la vida y rodeado de amigos.

En la película *Las invasiones bárbaras* (Denys Arcand, 2003) se nos relata una muerte muy parecida a la de Epicuro: en ella, un profesor de universidad agoniza en un frío hospital. Su hijo decide llenar de dignidad el final de la vida de su padre e invierte todo el dinero que tiene en reunir a sus viejos amigos y a sus antiguas amantes en una preciosa casa junto a un lago. Comen, beben y conversan. El profesor se despide siendo dueño de su destino porque decide cómo y cuándo culminar su vida.

Angustiar por la muerte es bueno

Un filósofo que tiene mucho que decir sobre la muerte es Martin Heidegger (1889-1976). Aunque como pensador ha sido uno de los mejores, como ser humano dejó mucho que desear. Heidegger fue discípulo del filósofo de origen judío Edmund Husserl (1859-1938). Su maestro dio la cara por él para que consiguiese un puesto como profesor en la universidad y, posteriormente, también intercedió para que lo sustituyese en la cátedra tras su jubilación. En 1931, Heidegger se afilió al partido nacionalsocialista, fascinado por la figura de Hitler, a quien apoyó públicamente en varios actos. El gobierno nazi supo premiar su fidelidad y lo nombró rector de la

Universidad de Friburgo. En 1933, Heidegger aplicó un decreto antisemita del gobierno nazi por el que se le quitó el título de profesor emérito a su maestro, a la vez que se le prohibía el uso de la biblioteca de la universidad. En 1941, Heidegger mandó quitar la dedicatoria a Husserl de la nueva edición de su famosa obra *Ser y tiempo*.

Aunque esta obra la escribiese un filósofo totalitario y antisemita, no deja de ser uno de los libros de filosofía más importantes e influyentes de todos los tiempos, y contiene una reflexión sobre la muerte que puede ayudarte en la vida. No debemos rechazar al filósofo por culpa del hombre. En filosofía nos gusta diferenciar los argumentos válidos de los que no lo son, y uno de los errores más garrafales es el que solemos identificar con el latinajo *argumentum ad hominem* («argumento contra el hombre»). Consiste en rechazar un argumento sin valorarlo, atacando no el razonamiento en sí, sino a la persona que lo presenta. Rechazar el pensamiento de Heidegger sobre la muerte por sus ideas políticas es una equivocación; la verdad no depende de la persona que habla, sino de los argumentos que utiliza. Así que dejemos a un lado al nazi y quedémonos con el filósofo.

¿Qué nos dice Heidegger en *Ser y tiempo*? Que el ser humano es especial porque no sólo existe, sino que además es el único que se pregunta por el sentido de su existencia. El geranio que tengo frente a mí existe sin más y no se pregunta qué es ser un geranio, y espero que siga siendo así, porque como a la planta le dé por hacer esas cosas, además de cambiar de fertilizante, tendré que buscarme a un buen psiquiatra. Otra de las características de mi geranio es que su existencia está determinada, porque sólo hay una forma de ser geranio. Mi planta no puede reflexionar sobre como le gustaría ser ni tampoco tomar una decisión al respecto. En cambio, tú sí. Por último, la manera en la que existe mi geranio es exactamente la misma que la del que tiene en su balcón una señora de Cádiz que acaba de levantarse, se ha preparado un café, ha llenado una regadera con agua del grifo y está regando su planta en este mismo instante.

Lo que diferencia la manera de existir del ser humano es que nuestra forma de ser no está dada de antemano. Así, con cada una de elecciones que hacemos, por insignificantes que parezcan, vamos determinando nuestra peculiar y única manera de ser humanos. La señora de Cádiz y yo hemos ido determinando dos maneras diferentes de existencia; tanto ella como yo somos un mero proyecto, porque en cada instante de nuestra vida se nos abre un abanico de posibilidades entre las que debemos elegir. Ahora mismo, yo puedo seguir tecleando ante el ordenador, salir a dar un paseo por la playa con mi perro o hacer la compra, entre otras cosas. Tengo ante mí tres posibilidades de ser que son equivalentes porque, elija lo que elija, seguiré siendo yo. Esto significa que todos los proyectos de vida son equivalentes.

Heidegger observa que hay posibilidades que puedes rehuir. Por ejemplo, puedes decidir no tener hijos o no ir a la universidad, pero existe una posibilidad que ningún ser humano puede evitar y que está presente en cada instante de nuestra vida. ¿Ya has adivinado a qué se refiere Heidegger? La muerte está presente en todos o cada uno de tus momentos. Este viernes que viene puedes salir con los amigos, quedarte en casa viendo una película o morir. ¿Lo entiendes ahora? La muerte te acompaña desde siempre como al caballero de *El séptimo sello*. Es una posibilidad permanente en tu vida que no puedes rehuir porque ningún ser humano puede no morir. Heidegger descubre que la muerte es la esencia de nuestras existencias porque «nadie puede asumir el morir de otro», «la muerte es siempre mi muerte». Ésta es el sentido auténtico de tu existencia. Heidegger define la muerte como la nulidad de cualquier proyecto y la posibilidad de la imposibilidad de las posibilidades. La muerte siempre está por venir, es un «todavía no». ¿Qué es el ser humano? Un ser para la muerte.

Si acabas de descubrir que eres «un ser para la muerte», lo normal sería que experimentaras un sentimiento de angustia. Si, a pesar de ser consciente de la finitud de tu existencia, no sientes angustia, lo más probable es que seas un geranio. Heidegger cree que el sentimiento no es algo negativo, porque la angustia nos hace conscientes de nuestros límites. Ésta nos baja de nuestro pedestal y

nos enseña que nada en este mundo es absoluto ni definitivo. Este poderoso sentimiento hace que las cosas pierdan valor y nos parezcan en cierto modo superfluas. ¿Qué valor debería darle un ser angustiado a un *smartphone* que cuesta 1.600 euros? ¿Cuánto nos importaría la bronca de alguien que tiene autoridad sobre nosotros? ¿Qué interés tendría para ti la última moda?

La mayoría de nosotros, cuando pensamos en la propia muerte, la vemos como una posibilidad muy lejana. Aunque sabemos que podemos morir en este mismo instante, vivimos de espaldas a esa realidad, como si la muerte no estuviese presente ahora, como si la cosa no fuera con nosotros. Para Heidegger, desde que nacemos ya somos tan viejos como para morir pero, en cambio, pensamos que la muerte es algo que nos acontecerá dentro de muchos, pero que muchos años. Esta manera de pensar provoca que llevemos vidas inauténticas, en las que las cosas dejan de ser un medio y se vuelven un fin en sí mismas. En la película *American Beauty* (Sam Mendes, 1999) hay una memorable escena que es un ejemplo de esta idea de existencia inauténtica a la que se refiere Heidegger. En ella, un marido que está pasando por la crisis de los cuarenta se encuentra tranquilamente en su casa tomándose una cerveza. Su mujer, obsesionada por el éxito profesional y por el dinero, entra por la puerta. Él la mira y le dice que le queda muy bien el corte de pelo. Su hija no está en casa y él se acerca lentamente a ella y le pregunta con dulzura: «Dios, Carolyn, ¿cuándo te volviste tan triste? [...] ¿Qué ha sido de esa chica que fingía tener ataques epilépticos en las fiestas cuando se aburría? ¿La que corría por el tejado de nuestro primer apartamento desnudándose ante los helicópteros de tráfico? ¿Te has olvidado totalmente de ella? Porque yo no». Sus labios se acercan, parece que la chispa del amor comienza a reavivarse en un matrimonio que parecía muerto. De repente, ella se da cuenta de que puede caer algo de cerveza en el carísimo sofá que compró y dice: «Lester, vas a manchar de cerveza el sofá...». Él le responde que es sólo un sofá y ella contesta: «Es un sofá de 4.000 dólares, la tapicería es de seda italiana, no es sólo un sofá». La ira se apodera del marido, que le grita: «¡Es sólo un sofá! Esto no

es vida, son sólo objetos y a ti te importan más que vivir. Esto, cielo, es una locura». Cuando somos conscientes de la finitud de nuestras vidas, los sofás son tan sólo sofás.

Heidegger señala que otro de los peligros que provoca vivir de espaldas a la muerte es que nos conduce a llevar vidas anónimas, es decir, existencias convencionales que realmente nunca hemos elegido. El filósofo alemán habla de un vivir en el «se dice» y en el «se hace», que consiste en decir lo que uno dice porque eso es lo que se dice y en hacer lo que uno hace porque eso es lo que se hace. ¿Qué hago ahora? Lo mismo que todo el mundo. ¿Qué opino sobre este tema? Lo mismo que todo el mundo. Heidegger te invita a ser valiente y a llevar una vida auténtica, donde las cosas sólo sean para ti medios para realizarte en esta existencia limitada y finita.

Heidegger al final murió, no le quedó otra, en 1976, en la misma aldea de la Selva Negra en la que nació, como si hubiera querido cumplir con esa máxima de Epicuro que dice que «todo el mundo se va de la vida como si acabara de nacer».



<https://twitter.com/eledututor/status/1084881512233922560?s=19>

#FiloReto_16



Thoreau.
Aristóteles

Hoy es Black Friday, o al menos eso dice Amazon. Un grupo de estudiantes de segundo de bachillerato han aprovechado su tiempo de recreo para ir corriendo a una de las calles comerciales de mi ciudad. Han aparecido luego en clase de filosofía cargados con bolsas de diferentes tiendas. Cuando entré en el aula, una alumna enseñaba al resto de sus compañeros la ropa que se había comprado y se jactaba de lo poco que había pagado por ella. Estaba feliz y pletórica con el nuevo conjunto que estrenaría en la fiesta de Fin de Año: un mono gris plata de lentejuelas. El resto de sus compañeros se enseñaban, los unos a los otros, lo que habían pillado por internet a través de las pantallas de los móviles: gorras, zapatillas, sudaderas, altavoces, auriculares inalámbricos, cámaras, objetivos, consolas, mandos, mochilas, etcétera. Entonces les propuse a mis estudiantes que contasen qué era lo que habían comprado y cuánto habían pagado, y lo fui anotando en la pizarra. Cuando la suma superaba los 1.500 euros, Miriam levantó la mano, hizo un aspaviento y me dijo: «Edu, yo debo de ser la tonta de la clase porque no he comprado nada». Le pregunté por qué no había aprovechado el Black Friday para conseguir algo a un buen precio y su respuesta fue que no necesitaba nada. Otro compañero la acusó de no ser sincera y comenzamos un apasionado debate sobre cuánto necesitaríamos comprar para sentirnos plenos. Algunos defendieron que cuantas más comodidades tenemos, más fácil y divertida resulta la vida. Uno de ellos nos recordó una de las irónicas sentencias del director de cine Woody Allen: «El dinero no da la felicidad, pero procura una sensación tan parecida que necesitas un especialista muy avanzado para verificar la diferencia». Otros defendieron que cuanto más sencilla fuese nuestra vida, menos preocupaciones tendríamos. Para conseguir alcanzar la plenitud, no debemos tratar de tener más cosas, sino de necesitar lo menos posible. Con tener la cantidad exacta de bienes para sentirnos seguros, es suficiente. No se necesitan grandes lujos para disfrutar de la vida.

La vida en los bosques

¿Serías feliz viviendo en una cabaña perdida en un bosque?, pregunté a cada uno de mis alumnos mientras discutían entre ellos. El filósofo estadounidense Henry David Thoreau (1817-1862) quiso probarlo y escribió sus reflexiones en una obra titulada *Walden: la vida en los bosques*. Thoreau quiso comprobar si uno puede ser feliz y tener una vida buena sin dinero ni necesidad de consumir. A diferencia de otros filósofos que sólo teorizan sobre modelos alternativos de vida, Thoreau llevó su pensamiento a la práctica. En 1845, el filósofo se mudó a vivir a un bosque situado en los alrededores del lago Walden, donde se construyó una cabaña con sus propias manos. ¿Por qué le dio por hacer semejante locura? ¿Qué se le pasó a Thoreau por la cabeza? ¿Cómo puede alguien renunciar a las comodidades de la vida moderna y marcharse a vivir a la naturaleza más salvaje? ¿No somos más felices cuantas más cosas tenemos? ¿Se puede vivir bien sin agua corriente, sin electricidad, sin internet, sin *smartphones*, sin la cafetera de cápsulas, sin el robot aspirador, sin frigorífico y sin coche?

Thoreau cree que la mayoría de nosotros malgastamos la vida. Elegimos vidas que no nos gustan para conseguir dinero con el que comprar cosas que nos alejan del verdadero sentido de la existencia. Mis alumnos se quedaron pensativos y aproveché la ocasión para leerles este fragmento del libro que Thoreau escribió en la pequeña cabaña a orillas del lago Walden:

Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente, enfrentándome solo a los hechos esenciales de la vida, y ver si podía aprender lo que la vida tenía que enseñar, y no descubrir cuando estuviera a punto de morir que no había vivido. No quería vivir nada que no fuera la vida, pues vivir es algo muy valioso, ni quería practicar la resignación, a menos que fuese necesario. Quería vivir intensamente y extraer el meollo de la vida, vivir de manera tan dura y espartana como para prescindir de todo lo que no era vida...

Diego, uno de mis alumnos más inquietos, levantó la mano y nos contó que él se sentía así cuando los fines de semana se marchaba a su aldea, perdida en uno de los montes del parque

natural de Redes (Asturias). La familia de Diego criaba vacas, y algunos fines de semana le tocaba subir al monte con ellas y quedarse a dormir en una cabaña. Nos confesó que él era feliz allí y que cuando se adentraba en el hayedo y escuchaba «hablar al bosque», se sentía más vivo que nunca.

Diego estaba de acuerdo con Thoreau en que las comodidades que nos ofrece la vida civilizada muchas veces no compensan porque en el fondo suponen una carga y una pérdida de libertad. Las cosas que compramos no las pagamos con dinero, sino que en realidad lo hacemos con nuestras propias vidas. Thoreau nos comenta que en su ciudad una casa normalita cuesta 800 dólares (de la época) y que conseguir esta cantidad de dinero representa unos quince años de vida trabajando para otro. Después de echar cuentas se pregunta: ¿por qué no construyo yo mi propia casa y lo hago a mi gusto? ¿Por qué tiene que sufrir otro para hacer mi casa? El filósofo, al alejarse de la ciudad, no sólo construyó una cabaña, sino que verdaderamente edificó su propia vida. Si te animas a leer *Walden*, descubrirás como Thoreau te va narrando sus experiencias y sus reflexiones durante los más de dos años que estuvo en total comunión con la naturaleza.

Mientras Thoreau disfruta construyendo su cabaña, piensa que la mayoría de los seres humanos tenemos trabajos que no nos gustan y que sólo nos dan preocupaciones y ¿para qué? ¿Para ganar un salario con el que comprar cosas que jamás llenarán nuestras vacías vidas? Thoreau no está dispuesto a cambiar su tiempo por un *smartphone* de más de mil euros. Para él, lo que hacemos la mayoría de nosotros es una locura: perdemos la vida trabajando para consumir cosas que en realidad no necesitamos. Nos desprendemos de objetos que funcionan sólo porque ha salido un modelo nuevo. ¡No se trata de atesorar, sino de disfrutar! A Thoreau le habría encantado una de las escenas más conocidas de la película *El club de la lucha* (David Fincher, 1999), en la que el personaje interpretado por Brad Pitt nos sermonea diciendo: «Veo mucho potencial, pero está desperdiciado. Toda una generación

trabajando en gasolineras, sirviendo mesas o siendo esclavos oficinistas. La publicidad nos hace desear coches y ropa. Tenemos empleos que odiamos para comprar mierda que no necesitamos».

Lo que aprendió Thoreau de su vida en los bosques fue que si disfrutas con poco, necesitarás trabajar mucho menos y dispondrás de mucho más tiempo para gozar de la vida. Preocúpate sólo por tener más tiempo, no más cosas. Cambia de rumbo. Renuncia a los falsos valores: tener mucho dinero, vivir en el lujo, ser famoso, alcanzar el éxito y la popularidad... Opta por una vida sencilla y sabia. Vive más despacio y simplifica. Que tu ropa sólo sirva para mantenerte caliente y estar cómodo. Usa prendas baratas, duraderas y prácticas. Cuando se te estropee algo, no lo tires, no compres uno nuevo: aprende a arreglarlo. Busca que tu casa te proteja del mal tiempo y nada más, no te hipoteques de por vida por tener unas paredes más grandes y unos techos más altos. Come para conservar la salud. Busca alimentos sencillos y económicos. Cocina tu propio pan y cultiva tus propias verduras. Huye de empleos estresantes, trabaja para poder mantenerte y nada más. Dedica mucho tiempo a pasear por la naturaleza. Haz deporte y mantén en forma tu cuerpo. No bebas alcohol ni tomes drogas. Apaga la tele y lee buenos libros. No sigas las noticias porque los medios de comunicación son en realidad medios de manipulación. ¡Vive libre y sin compromisos!

Thoreau inspiró a toda una generación de jóvenes que en los años sesenta del siglo xx crearon un movimiento contracultural y libertario conocido como *hippy*. El estilo de vida de este filósofo también inflamó el corazón de Christopher McCandless, un joven de una familia bien que, tras terminar sus estudios en la universidad, quemó su dinero y sus tarjetas de crédito, y se marchó a vivir en la naturaleza más salvaje de Alaska. Su increíble historia la llevó al cine Sean Penn en la película *Hacia rutas salvajes* (2007). Aunque si el filósofo griego Aristóteles (384-322 a. C.) hubiese visto esta película, diría que lo que hizo el chico es una estupidez propia de la edad y que lo de irse a vivir a una cabaña en medio de un bosque, como que no.

La vida en la corte

Aristóteles (384-322 a. C.) era de piernas delgadas y ojos pequeños, llevaba ropa muy cara, propia de un aristócrata, anillos y un corte de pelo elegante. Como era de familia bien, lo mandaron a estudiar fuera y tuvo la suerte de ingresar en la escuela privada más famosa de la Antigüedad, la Academia, fundada y dirigida por Platón en Atenas. Nunca llegó a encajar del todo en la sociedad ateniense porque siempre lo trataron como a un inmigrante de segunda categoría. Aristóteles fue el rarito de la clase y sus compañeros le impusieron, con bastante mala uva, el mote del *Lector*. La explicación del apodo es que, a diferencia del resto de alumnos, Aristóteles no quería que un esclavo le leyese los libros o tomase apuntes por él en clase. ¿Quién necesita iPads y pizarras digitales cuando puedes tener un esclavo a tu servicio?! Debió de ser un alumno bastante tocanarices porque siempre estaba cuestionando lo que afirmaba su maestro. Aristóteles no cerraba la boca ni debajo del agua: si Platón contaba algo que a él le parecía una tontería, levantaba la mano y lo decía, sin ningún pudor. Los miembros de la Academia le criticaron esta falta de lealtad hacia su maestro y consideraban que parecía más su enemigo que su amigo. Aristóteles sentenció lo siguiente: «Soy amigo de Platón, pero soy más amigo de la verdad». Algunos dicen que, a pesar de las críticas de su discípulo, Platón nunca se lo tuvo en cuenta y que siempre lo trató como a su alumno favorito y más querido. Lo excusaba diciendo: «Aristóteles da coces contra mí como los potros recién nacidos lo hacen contra su madre». Platón tenía tal admiración por su discípulo que no lo llamaba por su nombre, sino que usaba el apodo de *la Inteligencia*. El artista del Renacimiento Rafael Sanzio (1483-1520) pintó al maestro y al discípulo en el centro de uno de los frescos más conocidos de la historia del arte, *La escuela de Atenas*. En una de las paredes del Palacio Apostólico de la Ciudad del Vaticano, Platón y Aristóteles han seguido discutiendo durante siglos, sin conocer el cansancio. El maestro apunta con su dedo hacia lo alto, mientras que el discípulo señala el suelo.

Otras historias cuentan que no había tan buen rollito entre los dos. Platón se la tenía guardada a Aristóteles, hasta el punto de que le hizo creer que sería su sucesor en la dirección de su Academia y, para humillarlo, se la dejó a su sobrino, que era medio tonto en comparación con él. Aristóteles dimitió de su puesto como maestro en la Academia y terminó montando su propio centro, mientras llevaba a cabo su venganza: Alejandro Magno. El discípulo de Platón educó al futuro emperador desde los trece años, le enseñó a pensar como un griego y a luchar como un bárbaro. Según nos cuenta un poeta de la Edad Media, Aristóteles «le enseñó a escribir griego, hebreo, babilonio y latín, además de la naturaleza del mar y de los vientos; le explicó el recorrido de las estrellas, las revoluciones del firmamento y la duración del mundo. Le enseñó justicia y retórica, y le previno contra las mujeres libertinas». Aristóteles diseñó la máquina de guerra más poderosa de la Antigüedad y la envió contra Atenas. El discípulo del extranjero humillado en la Academia de Platón conquistó toda Grecia, desplegó sus ejércitos por el mundo y logró construir el Imperio más grande hasta entonces conocido.

Aristóteles fue conocido como el filósofo peripatético, pero no porque fuese tan penoso o ridículo como algunos concursantes de *Gran Hermano*, sino porque este término en griego significa «el que camina». El origen del apodo viene de que a Aristóteles le gustaba dar clases paseando con sus alumnos por un parque donde los atletas se untaban el cuerpo de aceite antes de practicar la lucha. Si eres listo, los días que haga buen tiempo puedes contarle esta historia a alguno de tus profesores, a ver si los convences para que os saque a dar un paseo.

Aunque te pueda parecer raro, Aristóteles montó su escuela de filosofía en un gimnasio, llamado *el Liceo* porque estaba dedicado a Apolo Licio. No te imagines a Aristóteles dando clases en mitad de una sala de bicicletas estáticas, con música electrónica a todo volumen y rodeado de figurines con ropa deportiva de diseño, porque los gimnasios de entonces no eran como los de ahora. En la antigua Atenas, estos lugares estaban dedicados al cultivo no sólo del cuerpo, sino también de la mente. ¿Te imaginas terminar tu

sesión de entrenamiento con un ejercicio de lógica y no con una serie de abdominales? Quizá nos iría mejor hoy a todos si, en lugar de preocuparnos sólo por tener un cuerpo fuerte, nos esforzásemos también por construir una mente poderosa. Los gimnasios griegos eran centros de vida social donde podías reunirte con los demás para dialogar, debatir e intercambiar ideas. La palabra proviene del griego *gymnos* y significa «desnudez», ya que era normal que los ejercicios físicos se practicaran en pelotas para poder disfrutar mejor de los cuerpos de los atletas. Aún no sabemos si fue ésta la razón por la que Aristóteles comenzó a recibir alumnos provenientes de la Academia.

Cuentan que Aristóteles controlaba sus horas de sueño mediante un ingenioso método. Dormía con una bola de bronce en la mano extendida sobre un cuenco de cobre, con la intención de que, cuando se le cayese la bola, ésta lo despertara con el ruido. Como se puede intuir por esta anécdota, fue un hombre metódico al que le gustaba aprovechar el tiempo para disfrutar al máximo de la vida. Uno de los temas que Aristóteles investigó a fondo fue cómo alcanzar la felicidad. Tenía muy claro que todos necesitamos convivir con los demás para desarrollar plenamente nuestras vidas. El ser humano es social por naturaleza. Si decides vivir como Thoreau, solo y en un entorno salvaje, llevarás una excelente existencia de animal, pero no humana. Otra razón que esgrimía para defender la necesidad de convivir con otros es que todos necesitamos de la amistad para ser felices. Ya me dirás tú cómo vas a cultivarla si estás más solo que la una, a menos que te apasione la conversación de un pino o de un escarabajo.

Aristóteles cree que si vives como Thoreau, de la manera más austera posible, nunca alcanzarás la felicidad. La pobreza es un mal y hay que ser muy ignorante o estar un poco loco para elegirla o desearla. Es cierto que la riqueza no te garantiza por sí sola la felicidad, pero eso no quiere decir que puedas llevar una vida plena en la pobreza.

El filósofo griego consideró que, de todas las formas de vida posibles, la del sabio es la mejor; es decir, que si tuvieras que elegir entre la vida de Paris Hilton, la de Messi, la de Steve Jobs, la de

Amancio Ortega o la de Einstein, deberías escoger la de este último. No hay riqueza comparable a la sabiduría. Ahora bien, Einstein habría sido infeliz si le hubiera tocado vivir entre penalidades, por muy sabio que fuese. La pobreza es un mal que debemos alejar de nuestras vidas y del conjunto de la sociedad; siempre es causa de crímenes y de revueltas en cualquier entorno. Para Aristóteles lo ideal sería que aspirásemos a formar parte de la clase media. Observa cómo las sociedades que tienen una amplia clase media son las más pacíficas y desarrolladas. Debes buscar una vida lo suficientemente acomodada para que te permita poder disfrutar de la tranquilidad y de los sanos placeres. La pobreza no reporta ninguno; en cambio, la riqueza sí. El problema no está tanto en los bienes como en la relación que establecemos con ellos. Los bienes materiales no deben convertirse para nosotros en un fin, sino que sólo han de ser un medio para poder desplegar al máximo nuestras capacidades.

Si dispones de una cuenta corriente holgada podrás cuidar mejor de tu salud, viajar, vivir experiencias enriquecedoras, poner en marcha proyectos que te ilusionan y te harán crecer como persona, estudiar cosas por el simple placer de aprender, etcétera. El dinero nos da tiempo y libertad para desarrollar las actividades que realmente importan, las cuales son, para Aristóteles, aquellas que hacemos porque en sí mismas nos dan placer y nos hacen crecer como personas. ¿Cómo vas a dedicarte a disfrutar de la fotografía o de la música si eres pobre?

No obstante, lo que sí sería de necios es usar el dinero para fardar, gastar sin freno o derrochar en lujos innecesarios. Recuerdo que cuando era estudiante vendíamos lotería para pagarnos el viaje de estudios. Le ofrecí unas participaciones a una señora que había recibido una gran herencia y vivía en un palacio. Le di las gracias por colaborar y ella me dijo: «Ojalá me toque». No pude resistirme y le pregunté que para qué quería el dinero, si ya era rica. La respuesta de la señora fue: «Sí, lo soy, pero hay gente aún más rica que yo».

Para Aristóteles, esta señora perdió el norte en algún momento de su vida y olvidó cuál es la función del dinero en la vida. El filósofo griego rechaza cualquier dependencia y falta de autocontrol, y su ideal es el de una persona equilibrada. Ni una tienda de campaña en mitad del bosque ni una mansión llena de sirvientes. En el término medio está la virtud.

Aristóteles tiene un último argumento contra las ideas de Thoreau: la felicidad se obtiene con el despliegue de todas nuestras virtudes, pero hay algunas que no pueden desarrollarse si vivimos en la pobreza. ¿Cómo vas a ser generoso si no tienes nada que ofrecer? Podrías contraargumentar que el pobre puede serlo si da lo poco que tiene. Pero ¿qué ocurre con otras virtudes, como la magnanimidad? ¿Cómo vas a ser espléndido si vives en medio del bosque? ¿Cómo puedes practicar la moderación? Aristóteles finalizaría su largo paseo recordándote que los jóvenes *hippies* que siguieron a Thoreau terminaron abriendo los ojos, madurando y aceptando que en esta vida no se puede ser tan naíf.



<https://twitter.com/eledututor/status/1085467139815981057>

#FiloReto_17

¿POR QUÉ HAY GENTE
QUE NO ES
FELIZ?
¿PODRÍAS LLEGAR
A SER UNO DE
ELLOS?

Escuela de Fráncfort.
Aristóteles. Kant

Según la Organización Mundial de la Salud, más de trescientos millones de personas viven hoy con depresión. Nuestro país se ha convertido en el líder indiscutible del consumo de antidepresivos y somníferos en Europa. Todo apunta a que una enorme masa de españoles se sienten deprimidos y a que los problemas a los que se enfrentan día a día les generan un estado de ansiedad que les impide dormir. Los españoles triplicamos nuestro consumo de antidepresivos y somníferos entre los años 2000 y 2013, según datos de la Agencia Española de Medicamentos y Productos Sanitarios. También se ha disparado en España el gasto en ansiolíticos y sedantes. Ocho de cada cien españoles tienen que drogarse para poder salir a la calle y enfrentarse a la vida. ¿Serás tú uno de ellos? ¿Por qué no habrías de serlo? ¿Crees que los que toman antidepresivos no estaban seguros a tu edad de que llegarían a ser felices? ¿Por qué ellos no alcanzaron la felicidad?

Los Vengadores de Fráncfort

En el siglo xx hubo un grupo de pensadores conocidos como la *Escuela de Fráncfort* que tienen un cierto parecido con los Vengadores, los héroes más poderosos de la Tierra, capaces de derrotar a cualquier supervillano. Lo que diferencia a los de Fráncfort de los héroes de Marvel es que no le declararon la guerra a un dios de la mitología nórdica, sino al capitalismo. El superequipo de los de Fráncfort estaba formado por los siguientes superfilósofos:

- Max Horkheimer (1895-1973), líder indiscutible del equipo, posee una hipervisión con la que descubrió que el fascismo no había muerto y que se escondía disfrazado bajo ciertas formas de capitalismo.
- Theodor Adorno (1903-1969) tiene el superpoder de detectar las manipulaciones ideológicas que hay detrás de cualquier producto cultural, desde una película hasta la canción del verano.

- Walter Benjamin (1892-1940), conocido con el sobrenombre del *Ángel de la Historia*, es capaz de leer los libros de historia y descubrir que sólo cuentan «la historia de los vencedores».
- Herbert Marcuse (1898-1979) es capaz de liberarte de la esclavitud a la que nos somete la técnica y el consumismo; si conversas con él, ya no necesitarás comprarte un móvil nuevo.
- Erich Fromm (1900-1980) tiene el poder de quitarte cualquier miedo, ayudarte a desobedecer y hacer que te sientas libre.
- Jürgen Habermas (1929), el último en incorporarse al superequipo: es el más joven, aunque sobrepasa los ochenta tacos en el momento en que escribo estas líneas, y posee el superpoder de detectar cuándo una norma es ilegítima.

El equipo de los de Fráncfort descubrió que existe un supervillano en nuestra sociedad que hace que la mayoría de los ciudadanos se sientan profundamente infelices sin saber por qué, dopándose para poder seguir viviendo. El malvado enemigo de los de Fráncfort es el sistema económico capitalista, que domina nuestras mentes a través de los medios de comunicación, la publicidad y la cultura en general. Este villano ha conseguido someternos de tal modo que ya sólo usamos la inteligencia para crear y desarrollar medios con objeto de alcanzar los fines que él nos dicta. Nos hace creer que somos libres cuando en realidad somos un engranaje al servicio de su sistema. El capitalismo permite que nos desarrollemos técnicamente como sociedad, pero no que pensemos qué forma de vida queremos llevar. Esta última la dicta el sistema: estudia, trabaja, consume y cría hijos que estudien, trabajen y consuman. Nos rompemos la cabeza y la espalda creando nuevos electrodomésticos, coches, aplicaciones de móviles, redes sociales o *gadgets*; pero no nos hemos parado a pensar para qué los queremos. Lo lógico sería que primero nos preguntásemos qué queremos alcanzar en la vida y luego nos pongamos a desarrollar los mejores medios para conseguir esos fines que hemos identificado. Pero no es así, porque es el capitalismo el que los dicta.

Los de Fráncfort crearon el término *razón instrumental* para referirse a la inteligencia que sólo sirve para desarrollar medios con los que alcanzar los fines que nos dicta el sistema. La razón instrumental nos impide pensar en cuáles deben ser los fines que guíen el desarrollo de nuestra sociedad. Este tipo de inteligencia es un instrumento con el que el capitalismo domina a los hombres y a la naturaleza. Ahora entenderás la razón de que nuestra sociedad, a pesar de ser la más desarrollada científica y tecnológicamente de la historia, pudiera crear formas de convivencia tan irracionales como el nazismo o el estalinismo. Un campo de exterminio es un medio para alcanzar un fin profundamente irracional pero, como medio, es de una racionalidad y una eficacia impecables. Nuestra sociedad ha sido la campeona en desarrollar la mayor cantidad de instrumentos, muchos de ellos altamente sofisticados, pero ¿nos hemos preguntado alguna vez para qué los queremos?

Una película que ilustra la idea central de los pensadores de la Escuela de Fráncfort es *Están vivos* (John Carpenter, 1988). Es la típica cinta de una invasión alienígena, pero su director la aprovecha para despacharse a gusto contra el sistema neoliberal. La historia narra la vida de John Nada, un sin techo que descubre, por casualidad, unas gafas de sol que tienen el poder de revelar la auténtica realidad que se esconde tras las apariencias. Al ponerse las gafas, John Nada comienza a ver el mundo en blanco y negro; cuando enfoca lo que antes era un cartel publicitario, ahora ve un fondo blanco en el que puede leerse OBEDECE en unas letras enormes; debajo de otro anuncio en el que aparece una mujer en bikini, ve ahora otro mensaje: CÁDATE Y REPRODÚCETE. Las gafas le muestran que los periódicos, las revistas, las radios y la televisión sólo transmiten un único mensaje: CONSUME. Cuando mira los billetes de dólar con los anteojos mágicos, los retratos de los presidentes desaparecen y lo que se lee realmente sobre ellos es: ÉSTE ES TU DIOS. Pero lo más terrible que muestran las gafas es que la mayoría de los habitantes son zombis vivientes, en un estado de ignorancia tan grande que no se enteran de su estado de esclavitud. Esta película fascinó tanto al artista y diseñador estadounidense Shepard Fairey que creó una pegatina que fue dejando por las calles de todo

el mundo. En el diseño aparece un dibujo de André el Gigante, una de las estrellas de la lucha libre más populares y carismáticas entre los años sesenta y noventa, junto con la palabra OBEY.*

La idea que defienden los de Fráncfort, John Carpenter y Shepard Fairey es la de que no puedes ser feliz en la ignorancia. Esconder la cabeza debajo de la tierra tan sólo te creará una falsa sensación de felicidad que te llevará finalmente a tomar Prozac cuando menos te lo esperes. En la ignorancia no somos realmente felices ni tampoco libres. El sistema capitalista ha conseguido programarnos para que caminemos acelerados hacia un destino que no hemos elegido. La única manera de combatir este mal es detenernos y pensar juntos hacia dónde queremos realmente ir.

No colecciones Pokémons, sino virtudes

Los filósofos de la Antigua Grecia y Roma debatieron mucho sobre qué es la felicidad y cómo podemos alcanzarla. El primero en escribir sobre ello fue Aristóteles, en un famoso libro titulado *Ética a Nicómaco*. La explicación tradicional del título de esta obra nos cuenta que Aristóteles escribió un tratado para su hijo Nicómaco, en el que el filósofo le indicaba qué tipo de educación y estilo de vida debía seguir para alcanzar la felicidad. El filósofo también tuvo una hija, pero a ella no le dedicó ni una sola línea, posiblemente porque pensaba que la felicidad, como la política o la filosofía, era una cosa de hombres. Como podrás comprobar, los sabios no están exentos de tener ideas estúpidas. Otra explicación afirma que el Nicómaco del título no era su hijo, sino el pobre tipo que se encargó de recopilar y organizar todos los escritos de Aristóteles sobre ética. Sea como fuere, lo cierto es que esta obra sigue siendo muy actual y puede ayudarte en tu camino hacia la felicidad.

Si quieres no terminar tomando antidepresivos, lo primero que tienes que hacer es quitarte de la cabeza la idea de que la felicidad es un estado de ánimo parecido a la alegría o a la euforia. Si esto fuese así, bastaría con crear un fármaco que nos mantuviese continuamente en ese estado. Para Aristóteles, la felicidad tiene

más que ver con llevar una vida digna de ser contada, conseguir la plenitud en la existencia, lograr los objetivos que realmente importan y desarrollar todas nuestras capacidades; en definitiva, ser feliz es la consecuencia de habernos convertido en la mejor versión de nosotros mismos. Imagina que, al final de tus días, se rodase una película que contase tu vida: ¿merecería la pena pagar la entrada de cine para ir a verla? ¿Disfrutarías con ella o te aburrirías? ¿El protagonista despertaría el amor del público o su rechazo?

Para Aristóteles, la felicidad es el resultado de un aprendizaje y un entrenamiento. Si consultas a los más sabios y te ejercitas podrás formar parte del selecto club de las personas felices. La razón de que mucha gente no lo sea es que confunde la felicidad con otras cosas que, aun siendo buenas, no constituyen la felicidad. Unos creen que necesitan éxito profesional para ser felices; otros, la fama; algunos, dinero; otros, más placeres y nuevas experiencias; pero ninguna de esas cosas buenas te garantiza la felicidad. ¿Qué necesitas realmente? La respuesta de Aristóteles es ésta: esfuérzate en ser un hombre virtuoso y obtendrás como premio la felicidad.

Si quieres entender a qué se refiere Aristóteles con el término *virtud*, piensa, por ejemplo, en las cualidades que debe tener un jugador de fútbol para triunfar. Si eres aficionado a este deporte, identificarás rápidamente algunas virtudes del buen futbolista, como la versatilidad, la fortaleza, la velocidad o saber jugar en equipo. Para reconocerlas lo primero que hemos hecho es pensar en cuáles son las acciones propias de un jugador de fútbol y, después, nos hemos preguntado qué cosas son las que hacen que esas acciones se ejecuten con éxito. Si lo propio de un jugador de fútbol es correr, la velocidad ha de ser una de sus virtudes.

Sigamos con el fútbol: ¿qué tendrías que hacer para conseguir las virtudes del buen futbolista? Ya sabes la respuesta: entrenar mucho. Ahora piensa en que, en lugar de desear convertirte en un jugador de fútbol excelente, quieres llegar a ser una persona excelente. Para conseguirlo debes identificar las virtudes que te garantizan ejecutar con éxito las acciones propias de los seres humanos. Si quieres ser feliz, deja de coleccionar Pokémons y

dedícate a partir de ahora a hacer acopio de virtudes. Para facilitarte la búsqueda, Aristóteles confeccionó la siguiente lista de las virtudes que te convertirán en un ser humano excelente y feliz:

- Valentía: el punto medio entre la cobardía y la temeridad. No pienses que el miedo es malo: es un mecanismo del que nos ha dotado la naturaleza para avisarnos de un peligro. El temerario no tiene miedo y por eso hace locuras y comete imprudencias. Es el mismo idiota que pone el coche en la autopista a 180 km/h y te dice: «Tranqui, que yo controlo». El cobarde, en cambio, ve peligros donde no los hay. El protagonista de la serie de televisión *The Big Bang Theory*, Sheldon Cooper, es un claro ejemplo de cobarde. Este personaje es incapaz de superar su fobias y sus miedos, que en la mayoría de los casos son irracionales, como su tripofobia o miedo causado por figuras geométricas muy juntas. La persona valiente, en cambio, sabe exactamente cuándo y por qué debe tener miedo, y en qué momento debe superarlo. Como puedes ver, la valentía está relacionada con la prudencia y la confianza en uno mismo. Lo propio de una persona valiente es mantener la calma en ocasiones de estrés. Quienes poseen esta virtud manifiestan su grandeza en las situaciones límite. Una historia que ilustra la virtud de la valentía es la que nos cuenta Clint Eastwood en *Sully* (2016): el 15 de enero de 2009, el capitán Chesley Sully Sullenberger aterrizó de emergencia un Airbus A320 en el río Hudson después de que una bandada de gansos chocase contra el avión y lo dejase sin motores. El personaje interpretado por Tom Hanks no se dejó llevar por el pánico, mantuvo en todo momento la calma, pensó con frialdad cuál era la mejor de las opciones que tenía y salvó la vida a las 155 personas que iban a bordo.
- Templanza: equilibrio en el disfrute de los placeres. Si dispones de esta virtud entenderás que cuando sales de fiesta no hay que beberse hasta el agua de los floreros, pero tampoco se trata de que te comportes como un monje cartujo. Aprende a comer, a beber y a dormir de manera equilibrada. La clave para

Aristóteles es controlar los apetitos y no permitir que sean ellos los que te dominen a ti. No seas como un niño, incapaz de controlar sus impulsos. Los cuatro amigos que montaron una de las despedidas de soltero más salvajes de toda la historia, en la película *Resacón en Las Vegas* (Todd Phillips, 2009), son un claro ejemplo de lo que no es tener templanza en la alegría y la fiesta. Si quieres ser feliz, también debes buscar este autocontrol y equilibrio en el resto de tus emociones (la envidia, la alegría, el amor, el odio, los celos, la compasión, etcétera). Por ejemplo, con respecto a la ira, serás virtuoso si te enfadas cuando debes, con quien debes y como debes. Cualquiera de los personajes interpretados por Clint Eastwood son un buen ejemplo de hombres templados, aunque si tuviera que escoger a uno como referente me quedaría con el Walt Kowalski de *Gran Torino* (2008), porque él sí que sabe cómo, con quién y cuándo cabrearse.

- Generosidad. No debes permitir que los demás se aprovechen de ti y te tomen por tonto. Pero tampoco puedes convertirte en una Hetty Green, considerada por el *Libro de los récords Guinness* como la mujer más avara y miserable del mundo. La señora fue una de las personas más ricas del siglo XIX, pero jamás ayudó a nadie, ni siquiera a sus familiares. Cuando uno de sus hijos se rompió una pierna lo llevó a un hospital de la beneficencia para ahorrarse el tratamiento.
- Magnanimidad: virtud de emprender grandes proyectos por muy difíciles que éstos sean y que conlleva la alabanza por parte de los demás. En nuestro país, esta idea es discutible, porque parece que a los españoles nos cuesta alegrarnos de los éxitos de nuestros compañeros o vecinos. Para alcanzar esta virtud es importante que no caigamos en la soberbia ni desarrollemos una baja autoestima. Los que Aristóteles llamaba *magnánimos* son los que hoy denominamos *emprendedores*. El director de cine John Huston fue un hombre que iba bastante sobrado de magnanimidad. Llegó a ser, además de uno de los mejores cineastas de todos los tiempos, boxeador, escritor, militar, cazador, criador de caballos y coleccionista de arte, entre otras

cosas. Muchas de sus películas nos narran historias de grandes hombres y sus aventuras. Si tuviera que escoger una de ellas, sería *El hombre que pudo reinar* (1975), porque representa la encarnación del espíritu intrépido, romántico y aventurero.

- Magnificencia: virtud de saber gastar. Se opone al despilfarro (gastar mucho en algo de poca importancia) y a la tacañería (gastar poco en algo realmente importante). Para Aristóteles es importante que aprendas cuándo se debe usar tu dinero a lo grande. Serás digno de alabanza cuando gastes mucho en favor de la comunidad, por ejemplo, o cuando dones una gran suma de dinero a una causa solidaria o a la construcción de un museo. También puedes gastar sin miedo en la construcción de tu vivienda, en agasajar a tus invitados o en un evento que sea único e irrepetible, como hizo Don Vito Corleone en la boda de su hija en *El padrino* (Francis Ford Coppola, 1972). Aunque este último ejemplo no es del todo bueno, porque Aristóteles nos advierte de que para ser magnífico hay que gastar el dinero obtenido honradamente y por méritos propios, y, bueno, los dólares que maneja Don Vito quizá no sean de los más limpios del mundo.
- Paciencia. Ésta es la virtud propia de la gente sabia. Si no eres capaz de gestionar tus emociones —especialmente la ira— ante los imprevistos, las desgracias o el dolor, es señal de que te queda un largo camino hacia la sabiduría. ¿Por qué el ignorante es impaciente? Porque su ingenuidad lo lleva a creer que las cosas van a salir siempre como las había pensado. El impaciente tiene expectativas nada realistas y considera que la vida debe ser justa y buena con él en todo momento. Si hay cola en la caja del supermercado, considera que éstas pueden existir para el resto de los mortales menos para él. Si tiene un resfriado, cree que los virus pueden atacar a los 46 millones de españoles, excepto a él. A diferencia de este bobalicón engreído, el sabio conoce la realidad y cómo debe actuar ante ella, distingue lo evitable de lo inevitable y no se deja atrapar por la ira. El que posee esta virtud es duro como una piedra y soporta el sufrimiento sin quejarse. Si quieres alcanzarla, debes

tener claro que la paciencia necesita de cierta sabiduría y madurez mental para entender cuáles son los problemas importantes de la vida y cómo afrontarlos. Un hombre paciente es el detective Philip Marlowe, creado por el escritor Raymond Chandler e interpretado en el cine por el gran Humphrey Bogart, Robert Montgomery o Robert Mitchum, entre otros. Philip Marlowe nos enseñó que no hay problema en esta vida que un whisky doble no pueda solucionar.

- Justicia. El hombre justo no es el que obedece ciegamente la legalidad vigente, sino el que persigue el bien común. Actuar con justicia requiere la sabiduría que permite corregir la ley en los casos en que su cumplimiento genera injusticia. Para entender a qué se refiere Aristóteles con esta virtud, te recomiendo que revises el clásico *Vencedores o vencidos* (Stanley Kramer, 1961). En esta película se nos relata un juicio muy especial, porque no se juzga a un criminal, sino a la ley y al sistema que la ejecuta. Durante el filme asistimos a uno de los juicios de Núremberg, en concreto el que sentó en el banquillo a los jueces de mayor rango del Estado nazi, creadores y mantenedores de un ordenamiento jurídico injusto. Ellos eran los responsables de velar por la justicia, pero por su acción y por su omisión permitieron una ley que violaba los derechos humanos fundamentales.
- Prudencia. Es la principal de las virtudes y sólo la posee el hombre que sabe qué es lo que realmente conviene. El imprudente no es capaz de calcular bien las consecuencias de las acciones y confunde un mal con un bien. El problema que tienes es que no existen reglas generales que te puedan ayudar a determinar en cada caso qué se debe hacer, porque lo que resulta conveniente para uno puede no serlo para otro. En educación, por ejemplo, hay diferentes métodos de enseñanza y el buen maestro es aquel que sabe cuál es el que más conviene para cada uno de sus alumnos. Pero ningún profesor dispone de una norma que lo oriente sobre cuál es el método que se debe usar: sólo la sabiduría y la experiencia de los que ya son buenos docentes pueden determinarlo. Si quieres llegar

a alcanzar esta virtud necesitas dedicar tiempo a la reflexión, no hay otra; tienes que «volver sobre ti mismo» y evaluar tus acciones y la de los demás. No es nada fácil adquirir la prudencia. Hay jóvenes que pueden saber muchas cosas, pero no por ello son prudentes, porque a esta virtud sólo se llega por la experiencia. Si el joven no ha tenido suficiente tiempo para adquirir esta última, ¿qué puede hacer entonces? Si quieres ser prudente escucha a tus abuelos. Nuestros mayores, y los expertos, poseen una sabiduría fruto de su larga experiencia que están dispuestos a compartir contigo. Sigue las opiniones y los juicios de los prudentes, ¡no de los *youtubers* e *influencers*! Para profundizar sobre el significado de esta virtud, te recomiendo que veas la película *Los archivos del Pentágono* (Steven Spielberg, 2017). En junio de 1971, *The New York Times* y *The Washington Post* tuvieron que tomar una trascendental decisión sobre si publicar o no unos documentos filtrados del Pentágono que probaban el encubrimiento masivo de secretos por parte del gobierno. Tuvieron que decidir qué era lo más importante para el pueblo norteamericano: el derecho a la información o la seguridad.

- Amistad. Comparemos esta virtud con la agricultura: de igual manera que el buen agricultor sabe cómo ha de cultivar su campo para que llegue a dar los mejores frutos, el buen amigo sabe cómo hacer lo mismo con una relación. Para Aristóteles, la amistad es la virtud más necesaria para ser feliz, porque los demás bienes sólo cobran valor y sentido cuando los disfrutamos con nuestros amigos. La amistad requiere tiempo y trato. Pero el hecho de que hayas tratado a alguien desde tu infancia no lo convierte inmediatamente en tu amigo, puesto que necesitas que esa persona sea buena y virtuosa. No podemos cultivar la amistad con alguien malo. Sucede igual a la inversa: hasta que te conviertas en una buena persona no serás digno de la amistad de otro. Aristóteles afirma que no es posible ser amigo de muchos porque la amistad requiere intimidad y, para conseguirla, hace falta dedicación y tiempo. Existen otro tipo de relaciones, como las que creamos para pasarlo bien o

por interés mutuo, pero no son amistad. Aristóteles, como en todo, te recomienda un término medio entre uno y muchos amigos.

Usa la amistad como lo haces con la sal en las comidas. En Gijón hay una famosa coctelería junto al mar en la que, aún hoy, dos señores octogenarios conservan una bella tradición para cultivar su amistad: quedan una vez a la semana en el local y piden dos rondas de *dry martini*; el que paga la ronda propone el tema de conversación; luego intercambian los papeles.

Todas las virtudes propuestas por Aristóteles tienen algo en común: son un término medio entre dos extremos. Por eso, ten muy presente que puedes llegar a destruir una de tus virtudes por exceso o por defecto. Como en el deporte, el exceso de ejercicio no es sano; apuntarse en enero al gimnasio para ir sólo los dos primeros días, tampoco.

¿Cómo puedes adquirir las virtudes que perfeccionan nuestra inteligencia? Éstas se adquieren con el estudio, no hay otra. Pero las virtudes que perfeccionan nuestro carácter se alcanzan de la misma manera que aprendiste a montar en bicicleta: mediante el ejercicio y la práctica. La virtud es un hábito, una costumbre, que adquieres a base de repetir una y otra vez acciones semejantes. De la misma manera que sólo conduciendo se puede aprender a conducir, únicamente podrás convertirte en una persona justa practicando la justicia. Para conducir no basta con haberte empollado el código de circulación; para ser bueno no basta con querer serlo o saber en qué consiste la bondad.

Aristóteles advierte que el placer y el dolor influyen mucho en nuestros hábitos y nos alejan de la obtención de las virtudes. Seguro que eres muy capaz de hacer algo malo porque es placentero y de dejar de hacer algo bueno porque te causa algún tipo de dolor o de sufrimiento o has de esforzarte. ¿Cuánto has estudiado hoy? Pues eso. La mayoría de las personas están echadas a perder porque su dejadez, desidia y falta de ejercicio las han convertido en unos seres mediocres e infelices.

Discute y sé feliz

Después de Aristóteles se montó una discusión bastante gorda sobre cuál es la virtud más importante que debemos conseguir para asegurarnos la felicidad. Los filósofos estoicos defendieron que la virtud principal es la sabiduría, que se alcanza ejercitando la razón y controlando las emociones y los deseos. Los epicúreos identificaron el placer con la virtud, pero no cualquier tipo de placeres, sino sólo aquellos naturales, moderados y sin excesos. Para los escépticos, la virtud es un estado en el que, literalmente, «todo te da igual» y que te permite permanecer en calma durante toda la vida. Los cristianos se sumaron a la fiesta y propusieron el amor como la principal de las virtudes. Y luego llegó Kant y zanjó la discusión: para el filósofo alemán, debatir sobre las virtudes y la felicidad es tan absurdo como hacerlo sobre cuál es la mejor comida del mundo. Según Kant, la felicidad es la satisfacción de todos los deseos e inclinaciones; y como cada uno de nosotros tiene un carácter y una constitución diferentes no es posible concretar un ideal común para todos los hombres. Lo que a ti te hace feliz a mí me puede provocar un profundo sentimiento opuesto. Una de las cosas que más me relajan y me llenan de felicidad es calcar ceros en los exámenes de mis alumnos: ese movimiento rápido y circular de muñeca me resulta altamente placentero, pero no puedo decir que provoque el mismo efecto en los estudiantes. ¿Depende la felicidad de aspectos subjetivos? ¿Es esta idea relativa a una determinada cultura o época? ¿O existen experiencias humanas universales que podrían ser fundamento de una idea de felicidad universal? Dicho de otra manera, ¿existe una receta de felicidad que sea válida para todos los seres humanos? Y si fuese así, ¿cuál sería el ingrediente fundamental? El debate sigue abierto y tú puedes aportar una nueva respuesta.



<https://twitter.com/eledututor/status/1085558746225491973>

#FiloReto_18

¿Deberías fiarte de la Wikipedia?

Descartes. Locke. Hume. Peirce.
William James. Pirrón. Arcesilao.
Russell. Carl Sagan

En cierta ocasión pedí a los alumnos que hicieran un trabajo de investigación sobre las actuales teorías cosmológicas. Lo que ellos no sabían era que, la tarde anterior, el canalla de su profesor de filosofía había trufado el artículo de la Wikipedia dedicado a ese tema de datos erróneos, como «la actual teoría cosmológica es la del diseño inteligente, que postula la existencia de un creador del Universo. Esta teoría se considera verificada y tiene el apoyo de toda la comunidad científica». Cayeron como moscas y se produjo un auténtico holocausto de ceros. Cometieron el error de hacer su trabajo a partir de la misma y única fuente, sin comprobar la veracidad de la información. Nunca imaginaron que su profesor de filosofía era, en realidad, un genio del mal que había usado toda su inteligencia para engañarlos y hacerles creer que lo falso era verdadero. Mi tutor de bachillerato fue de los pocos que se percató de ello hace muchos años; cuando lo descubrió, me intentó disuadir con estas palabras: «Si pusieras tu inteligencia al servicio del bien y no al del mal, el mundo sería un lugar mejor». ¿Quién te asegura que no sigo pasando mis tardes sentado ante el ordenador, bebiendo buen vino y llenando la Wikipedia de información falsa? ¿Deberías fiarte de lo que lees en la pantalla? ¿Cómo distinguir la información auténtica de la falsa? ¿Qué criterios deberías seguir para asegurarte de que una verdad es eso, es decir, verdad?

No te fíes del profesor de filosofía, confía sólo en tu razón

El filósofo francés René Descartes (1596-1650) no habría caído en mi trampa porque él rechazó el principio de autoridad^{*} y puso su propia razón como único juez para determinar cuándo una opinión debía ser considerada verdadera. La vida de este pensador no tiene desperdicio. Con diez añitos lo enviaron a estudiar a uno de los mejores centros educativos de Europa. Desde pequeñín se rodeó de los mejores libros y profesores. El chaval era listo y aprendía rápido; estudiar no le suponía ningún esfuerzo, aunque la educación física ya era otra cosa: lo de hacer ejercicio, doblar el lomo y sudar, como que no. El joven Descartes no gozaba de muy buena salud y, por

eso, el director le permitía quedarse en la cama hasta tarde mientras los pringados de sus compañeros tenían que estar en clase, pasando frío y aguantando las chapas de los profesores.

El hábito de quedarse en la cama hasta las once de la mañana, remoloneando y leyendo tranquilamente, lo conservó durante toda la vida (imagino que debe ser algo a lo que no es difícil acostumbrarse). Estudió Derecho por «recomendación» familiar, pero reconoció que no había aprendido nada de interés. En su libro más famoso, *El discurso del método*, confiesa que lleva estudiando desde pequeño y que, aunque se le da muy bien, cuanto más sabe, más dudas tiene y más errores descubre. A pesar de haber asistido en una de las escuelas más famosas de Europa, rodeado de los hombres más sabios; de haber leído y estudiado todos los libros de ciencia que había en la época, lo único que sacó de provecho fue descubrir que no sabía *na* de *na* y que podía dudar de que todo lo aprendido fuese realmente cierto. Sobre esta misma sensación escribió años después Bertrand Russell lo siguiente: «El problema de la humanidad es que los estúpidos están seguros de todo y los inteligentes están llenos de dudas».

Descartes, entonces, tomó una decisión: abandonó los estudios. Dejó de leer los libros de la biblioteca y abrió «el libro del mundo». Se matriculó en la «universidad de la vida». Quería viajar, conocer nuevos países y aprender todo lo que pudiesen enseñarle. Como por entonces no existía Interraíl, la única manera de conocer Europa era enrolándose en el ejército. Trabajó como ingeniero militar a las órdenes del príncipe de Orange y viajó todo lo que pudo y más. Un dato interesante es que cada vez que se producía un acontecimiento político importante, Descartes casualmente estaba en esa ciudad. Esto ha llevado a algunos biógrafos a sospechar que el filósofo realmente no trabajaba como ingeniero, sino que compartía oficio con James Bond. Parece ser que el joven Descartes tenía otras dos aficiones en común con el famoso espía del MI6: el juego y las mujeres. Estuvo hospedado en el palacio de un aristócrata y, según cuentan, complació a la señora de la casa, pero no precisamente con su gran mente de filósofo, sino con otros

atributos que también poseía. Cuando el anfitrión se enteró de las «clases particulares» que el filósofo le estaba dando a su señora parece ser que se enfadó un poco y lo echó a patadas de su casa.

El 10 de noviembre de 1616, Descartes pilló una gripe cuando estaba viajando por Alemania y se quedó a sudarla en una posada. Se encerró en una pequeña habitación caldeada por una estufa. Entre la fiebre, el calorcito de la estufa y la falta de ventilación comenzó a delirar y a soñar con un fantasma, una escuela, una sandía, un diccionario, un libro de poemas latinos y las palabras «sí» y «no». Descartes interpretó que Dios se estaba comunicando a través de estos sueños para revelarles cuál debía de ser su misión a partir de entonces: la filosofía. Empezó la tarea de construir, por primera vez en la historia, una ciencia segura en la que fuese imposible cometer errores. Abandonó el ejército y se dedicó casi en exclusiva a la filosofía, porque nunca llegó a renunciar del todo al juego y las mujeres. Descartes estaba de acuerdo con Aristóteles en que, de todas las vidas, la del filósofo es la mejor, pero eso no implica que no se pudiera alternar ésta con los placeres más refinados; como estos refinamientos sólo se encontraban por aquel entonces en las cortes, Descartes visitó prácticamente todos los palacios de Europa en calidad de gran «filósofo». Fue un viajero empedernido, cambió de domicilio casi treinta veces, y la única condición que ponía era estar cerca de una universidad y de una iglesia.

En uno de sus viajes, el filósofo perdió por segunda vez a su amada hija Francine. La primera pérdida ocurrió cuando la niña enfermó de escarlatina y murió a los cinco años. El *shock* debió de ser terrible. Cuando Descartes conoció la noticia, se quedó con la mirada perdida y durante meses no articuló palabra. No fue capaz de aceptar la muerte de su hija y, por ello, decidió traerla de nuevo a la vida. El filósofo dominaba la anatomía y la mecánica, y usó estas ciencias para construir un autómatas de la pequeña Francine. El artilugio mecánico le devolvió las ganas de seguir viviendo. Volvió a emprender sus viajes acompañado ahora por el autómatas, que guardaba en el interior de un cofre. En una travesía por el mar del

Norte, el capitán del barco abrió el baúl y, cuando contempló una niña de metal que se movía y hablaba, creyó estar ante un instrumento del diablo y la tiró por la borda.

Como era de esperar, Descartes terminó perdiendo la cabeza por una mujer, pero esta vez literalmente. La joven reina Cristina de Suecia tenía una personalidad arrolladora, era extremadamente culta, hablaba ocho idiomas, dominaba las matemáticas, la astronomía, la geografía, la historia y la filosofía, y además era muy guapa. Cristina convirtió la corte de Estocolmo en el centro intelectual y científico de Europa y, cuando invitó a Descartes a que le diese clases, éste no se lo pensó dos veces. La reina puso el horario de sus lecciones a primera hora de la mañana. Cristina no sólo era muy madrugadora, sino además poco sensible al frío, y mandaba que las habitaciones en las que ella estaba tuviesen las ventanas abiertas. El filósofo, que no había madrugado en su vida, cogió una neumonía y estiró la pata con cincuenta y cuatro años. Ésta es la versión oficial, porque una de las oficiosas cuenta que fue envenenado con arsénico y que no acudió a Estocolmo en calidad de filósofo, sino de agente doble.

Sea como fuere, lo cierto es que la increíble historia de Descartes no acaba aquí. Parece ser que, en el traslado del cuerpo a París, alguien se quedó con el cráneo del filósofo y mandó el resto del cuerpo para Francia. La cabeza de Descartes se vendió en el mercado negro y fue pasando de mano en mano hasta que se la ofrecieron al naturalista Georges Cuvier. Éste la devolvió al Estado francés, que decidió seguir manteniendo separada la cabeza de su cuerpo. Si quieres ver el cráneo deberás ir al Museo del Hombre de París, y si lo que deseas es presentar tus respetos al cuerpo decapitado del filósofo, tendrás que cruzar el Sena y acercarte a la iglesia de Saint-Germain-des-Prés.

Descartes vivió en una época en la que te levantabas cada día descubriendo que lo que se había tenido por verdadero durante siglos era un error como la copa de un pino. Los grandes sabios se habían equivocado y los libros de ciencia estaban llenos de errores. No había manera de saber qué verdades eran ciertas y cuáles no. ¿Te imaginas estar corrigiendo todos los días tus libros de texto

porque se descubren nuevos errores? ¿Qué harías si tu nuevo profesor de física te explicase el funcionamiento del Universo de una manera diferente, e incluso opuesta, a como te lo enseñaron el curso pasado? ¿A quién seguirías? ¿De quién te fiarías? Descartes decidió pasar de todo y no aceptar más autoridad que la de su propia razón. Le daba igual que algo estuviese escrito en un libro famoso o que lo hubiese dicho alguien importante que todo el mundo respetaba. A Descartes, que algo estuviese escrito en la Wikipedia se la repampinflaba. Si su razón no veía con total claridad que eso era cierto, no lo aceptaba como verdadero, así de simple. Si mis alumnos hubiesen confiado en su razón, como hacía Descartes, no habrían suspendido: habrían desconfiado del artículo de la Wikipedia por sus contradicciones, ya que el entendimiento nos advierte de que una cosa y la contraria no pueden ser a la vez verdaderas.

Descartes es el filósofo de la duda, porque entendió que éste es el camino para encontrar la verdad. Consideraba que «para examinar la verdad es preciso dudar en cuanto sea posible de todas las cosas, al menos una vez en la vida». Si Descartes hubiese tenido que tatuarse algún símbolo en el cuerpo habría sido una enorme interrogación.

El método que diseñó Descartes para encontrar verdades de las que fiarse te puede desconcertar bastante, pero debes confiar en él. La idea del filósofo consiste en someter a duda todo lo que en nuestra vida cotidiana damos por sentado hasta encontrar una verdad de la que no se pueda dudar. Descartes comienza analizando las sensaciones que aportan los sentidos. Seguro que, desde que te levantas, crees que las cosas son como las percibes. La leche que viertes en la taza es de color blanco y en la boca la notas caliente, pero... ¿estás seguro? Imagino que recuerdas cuando Swiked, una usuaria de Tumblr, colgó una foto de un vestido y preguntó a sus seguidores si era blanco y dorado o azul y negro, y el mundo se dividió en dos: los que veían con total claridad que el vestido era de color blanco y los que lo creían que era color azul. Este ejemplo pone de manifiesto que nuestros sentidos no son una fuente fiable: por eso Descartes prefiere no aceptar como hecho

irrefutable que la realidad es como la percibimos. ¡Vale! A lo mejor la leche no es blanca, pero al menos puedes estar seguro de que existe, así como la taza que la contiene, ¿no? Pues no estés tan seguro; ¿no has tenido alguna vez un sueño tan real que no te percataste de que lo era hasta que despertaste? ¿Has experimentando la sensación de despertar dentro de un sueño sin saber que lo era? En ese momento vivimos una realidad falsa como si fuera verdadera. ¿Quién te asegura que ahora mismo no estás soñando que lees un libro?

Te estás poniendo nervioso, lo sé; ésa es la intención. Si te gustan estas paranoias cartesianas te recomiendo la película *Origen* (Christopher Nolan, 2010), en la que se nos cuenta la historia de un tipo capaz de meterse en los sueños de los demás y hacerles creer que están viviendo en el mundo real. Cuando llegas al final de la peli, ya no sabes cómo distinguir el sueño de la realidad. El director de cine Sergio Leone también trabajó sobre esta idea cartesiana en *Érase una vez en América* (Sergio Leone, 1985). Si no has visto la película te recomiendo que pases directamente al siguiente párrafo, porque lo que viene ahora es un espóiler de primera. El sorprendente final de la película nos descubre que en realidad hemos asistido a una ficción dentro de otra. El personaje interpretado por Robert De Niro no soporta el sentimiento de culpa por haber participado en la muerte de su amigo de la infancia y se esconde en un fumadero de opio. La droga lo sumerge en un consolador sueño donde salva a su amigo en lugar de matarlo. Lo que nos ha hecho contemplar Leone es la ensoñación de Robert De Niro. O no.

Llegados a este punto, ni Descartes ni tú sabéis de qué ni de quién podéis fiaros. Antes de que tires todos los libros de texto al contenedor de reciclaje, recuerda que las matemáticas parecen seguir siendo ciertas: aunque nada de lo que percibas sea real, no es posible soñar con un triángulo que no tenga tres lados. Cuando Descartes descubrió la certeza de las matemáticas se secó el sudor de la frente, tomó aire y se acomodó en su sillón. Imagina al filósofo francés hojeando las páginas del libro de matemáticas. Descartes está repasando algunos teoremas cuando, de repente, un escalofrío

le recorre la espalda y la cara se le desencaja. Acaba de ocurrírsele una idea aterradora: ¿qué ocurriría si un ser malvado y superior a mí pudiera controlar mi mente? ¿Podría existir un ser tan perverso que no sólo trolease artículos de la Wikipedia, sino que incluso controlase mi propia mente? Si esta hipótesis fuese cierta, tendría al menos dos consecuencias. La primera, no podría estar seguro de nada, por muy cierto que me pareciese. La segunda, no habría manera de saber si este ser existe o no.

Esta hipótesis de Descartes, conocida como la *hipótesis del genio maligno*, fue reformulada por el filósofo de la ciencia estadounidense Hilary Putnam (1926-2016) como el famoso experimento mental «cerebros en una cubeta», que dice así: tú no sabes que eres un cerebro metido en una cubeta de formol y conectado al ordenador de un científico malo, malo, malo. Todas las imágenes que ves o los sonidos que escuchas los genera un programa informático creado por este ser perverso. Si fueses un cerebro, no tendrías manera de saberlo, ya que tus percepciones serían exactamente las mismas que las de una persona de carne y hueso. Nada podría mostrarte cuál de las dos situaciones es la real.

Este experimento mental gustó tanto a las directoras Lana y Lily Wachowski que hicieron la película que revolucionó el género de acción: *Matrix* (1999). Si aún no la has visto, ya estás tardando. Coge un marcapáginas, cierra este libro, disfruta de esa obra de arte y, cuando la termines, sigue leyendo donde lo dejaste.

Podrías llegar a la conclusión de que Descartes abandonó la filosofía, decepcionado por el hecho de que nuestro conocimiento falla más que «Yahoo Respuestas». Te equivocas; curiosamente, dudar de todo lo llevó a encontrar una verdad tan sólida que era imposible dudar de ella y que se ha convertido en una de las frases más famosas de la filosofía: *cogito, ergo sum* («pienso, luego existo»). Aunque no todo el mundo que la cita sabe qué está diciendo exactamente, pero, bueno, siempre queda bien soltarla en mitad de una conversación para hacerse el interesante (espero que tú no seas de éstos).

La idea que quiso transmitir Descartes con su *cogito, ergo sum* es la de que aunque existiese ese ser perverso (el genio maligno, no el profesor de filosofía) que lo engaña, hay algo que es innegable: «mi pensamiento existe». Si no fuera así, ¿cómo iba ese asqueroso tiparraco a manipularlo? Entonces, si los pensamientos son míos, puedo estar seguro de que yo existo.

Puede que esta verdad descubierta por Descartes te parezca una perogrullada, pero el filósofo francés no pretendía encontrar un conocimiento nuevo, sino algo de lo que estar absolutamente seguro con la idea de que, una vez descubierto, pudiera trabajar como hacen los matemáticos, deduciendo unas verdades a partir de otras. No se trata de que te montes una paranoia en tu cabeza y te creas que estás viviendo en una realidad virtual (puedes dejar eso para el filósofo George Berkeley o para los guionistas de *Black Mirror*). La clave de la duda cartesiana está en que seas consciente de que eres un ser racional y de que puedes encontrar la verdad por ti mismo. Si tu razón no ve claramente que algo es verdadero, no lo aceptes como tal, aunque te lo digan la Wikipedia, el libro de texto o el mensaje de WhatsApp que acabas de recibir de uno de tus amigos.

Si no lo veo, no lo creo

Para los filósofos John Locke (1632-1704) y David Hume (1711-1776), la razón no es una fuente de conocimiento. Ambos autores son considerados los padres del empirismo moderno, que es una corriente de filósofos que defiende que la experiencia, entendida como percepción, es el origen y límite de nuestro conocimiento. Sólo conocemos a partir de lo que percibimos y nada que no sea perceptible puede llegar a ser conocido por un ser humano. En la historia de la filosofía, si los racionalistas fueran el Real Madrid, los empiristas serían el F. C. Barcelona. Empiristas y racionalistas llevan disputando clásicos desde hace bastante más tiempo que estos dos clubes de fútbol rivales.

Locke tenía una mente científica. Estudió medicina en la Universidad de Oxford y entabló amistad con los científicos Boyle y Newton, pero terminó dedicándose a la filosofía cuando leyó apasionadamente la obra de Descartes. Para Locke, la razón no es la fuente directa con la que fabricamos nuestro conocimiento de las cosas. Todas las ideas con las que trabaja nuestra mente se construyen a partir de los datos que nos aportan los sentidos. Cuando nacemos, nuestra mente viene totalmente vacía: somos como un *smartphone* que llega de fábrica sin ninguna aplicación instalada. Las ideas son representaciones de las cosas en nuestra mente, así que nuestro conocimiento es de ideas, no de cosas. Siguiendo con el ejemplo del *smartphone*, es como si no fuésemos capaces de acceder directamente a los objetos pero, en cambio, sí pudiésemos hacerlo en la pantalla del móvil a partir de las capturas que hace la cámara. Si esto es así, tenemos un problema: ¿cómo podemos estar seguros de que nuestras ideas de las cosas son verdaderas? Para solucionar esta dificultad, Locke distinguió entre las cualidades primarias y las secundarias. De las primarias podemos estar absolutamente seguros porque son objetivas, es decir, que pertenecen realmente a la cosa que estamos percibiendo. Si en estos momentos estás captando un libro, puedes estar seguro de la extensión o la figura de ese objeto. Si dudas de que este volumen que tienes entre las manos es rectangular es hora de que vayas pidiendo cita a un buen psiquiatra (a no ser que lo estés leyendo en la *app* del móvil). Ahora bien, las cualidades secundarias, como el color o el sonido, no son reales, son tan sólo el efecto de los objetos sobre nuestros sentidos.

La famosa discusión sobre el color del vestido era absurda porque éste en realidad es incoloro. El color es tan sólo una sensación secundaria que se produce cuando un objeto entra en contacto con nuestro sistema de visión. Los colores en realidad no existen, son percepciones subjetivas. Hoy sabemos que ver las cosas de un color u otro depende de cómo sea nuestra retina y de todo lo que nuestro cerebro haya aprendido a lo largo de la vida. La retina es una especie de pantalla de cine sobre la que se proyectan las imágenes que llegan a través de la pupila y el cristalino, pero, en

último término, ver es una actividad cerebral. La imagen de los vestidos que cambian de color tiene truco: la fotografía está tan saturada de luz que se encuentra cerca de un umbral en el que el brillo de la tela azul puede ser interpretado por el cerebro de algunos como blanco. Nuestro cerebro colorea el mundo para ayudarnos a distinguir unas cosas de otras, algo que es una herramienta de supervivencia muy eficaz: imagina que nuestros antepasados no pudiesen distinguir por el color entre un arbusto y el depredador que se encuentra en él.

El filósofo escocés David Hume diseñó un criterio para distinguir cuándo una idea es objetiva y cuándo es producto del error, de la imaginación o de un prejuicio. Hume escribe la siguiente regla, que deberías aplicar a partir de ahora: «Examinemos si en la base de dicha idea se encuentra una impresión:^{*} si la hallamos, entonces la idea será legítima; si no, entonces será ilegítima». El criterio de verdad propuesto por Hume se resume en la sencilla regla de que sólo se puede conocer aquello que se puede percibir. Si mis alumnos hubieran aplicado esta regla al artículo de la Wikipedia, habrían descubierto rápidamente que no debían fiarse de él: ¿Qué datos empíricos demuestran la existencia de un supuesto «diseñador» inteligente del Universo? Hume es muy radical en la aplicación de este criterio: en cierta ocasión llegó a decir que si caía en nuestras manos un libro de teología, deberíamos arrojarlo a las llamas ya que no puede contener más que falacias e ilusiones, y así por lo menos te servirá para caldear la habitación. Hume no niega la existencia de Dios, pero sí que podamos llegar a conocer algo acerca de ella. Dios se escapa del campo de nuestra percepción; en consecuencia, no podemos decir nada de él.

Si funciona, debe ser verdad

El pragmatismo es una corriente filosófica muy popular en Estados Unidos, creada por dos profesores de la Universidad de Harvard: C. S. Peirce (1839-1914) y William James (1842-1910). A grandes rasgos, lo que defienden es que la verdad de una teoría depende de

las ventajas que ésta otorga a una persona o un grupo en su lucha con el medio. Si ver el vestido de color azul te ayuda a saber combinarlo con unos zapatos de tacón de color rosa palo y a convertirte en la diosa de la fiesta, el vestido es de color azul y punto pelota.

Para el filósofo y científico C. S. Peirce, una afirmación es verdadera si hay un experimento o un dato empírico que lo corrobore, aunque para su colega William James la verdad no se sustenta tanto en los hechos observables, sino que es sólo «aquello que funciona».* En su obra *Las variedades de la experiencia religiosa*, William James aplica el pragmatismo a la idea de Dios y concluye que, dado que la fe es útil para el ser humano, debemos aceptar la existencia de Dios como una verdad. Con *utilidad* William James se refiere a todo cuanto sirve para el desarrollo del hombre en la sociedad; en este sentido, el amor, la empatía o la religión logran efectos sociales eficaces: funcionan como aglutinadores sociales y nos hacen ser mejores personas. No existe una verdad absoluta, porque lo que tenemos por cierto es algo que el hombre va construyendo en función de sus necesidades.

Si aplicamos el pragmatismo al polémico artículo de la Wikipedia, Peirce te aconsejaría que, para comprobar su veracidad, busques en el apartado de fuentes cuáles son las investigaciones científicas que lo respaldan; en cambio, William James te diría que si el contenido del artículo tiene unas consecuencias sociales útiles, tu profesor y tú deberíais considerar seriamente aceptarlo como verdadero.

No te fíes de nadie

Ha habido un tipo en la historia de la filosofía que, según cuentan, no se fiaba ni de los sentidos ni de la razón, y por eso se lo tiene por el padre del escepticismo: Pirrón de Elis (360-270 a. C.). Necesitamos más pensadores como él: su filosofía debió de ayudar tanto a sus conciudadanos que decidieron que, desde entonces, los

filósofos no pagasen nunca más impuestos. ¡Ojalá el ministro de Hacienda lea estas líneas y aprenda de los honorables ciudadanos de Elis!

Pirrón fue un gran viajero; acompañó a Alejandro Magno en una de sus expediciones a la India, y conoció diferentes creencias, tradiciones y maneras de pensar. El pensamiento de este griego te puede interesar porque, si lo usas bien, podrás justificar que no tiene ningún sentido que tus profesores te obliguen a hacer exámenes y deberes. Si Pirrón hubiese hecho el ejercicio sobre cosmología que les puse a mis alumnos, en vez de consultar la Wikipedia habría entregado un papel en blanco y me habría argumentado que no cuento con un criterio objetivo para evaluar su trabajo. Pirrón defendía que no hay manera de saber lo que son realmente las cosas, que sólo conocemos cómo aparecen ante nosotros, y aquí está el problema, porque una misma cosa puede tener un aspecto distinto según diferentes personas, y nunca tendremos un criterio para determinar cuál de todas las opiniones es la acertada. Si analizamos el conocimiento humano, tenemos que concluir que no deberíamos decir «esto es así», sino tan sólo «esto me parece así» o «puede que sea así». Por tanto, en tus próximos exámenes lo único que tienes que escribir en la hoja que te den es «nadie sabe y nadie podrá saber nunca nada».

Uno de los seguidores de Pirrón, Arcesilao (315-240 a. C.), tenía una manera de enseñar que te habría dejado patidifuso. Si este liante te hubiera dado clases de cosmología, el primer día criticaría la afirmación «el Universo es infinito» con tan buenos argumentos que quedarías convencido de que no lo es, claro, qué tontería. Al siguiente día escribiría en la pizarra «el Universo tiene límites» y haría exactamente lo mismo. Se te pondrían los ojos como platos y, en ese justo momento, el profesor escéptico te habría invitado a que adoptases la actitud del sabio: la indiferencia ante todo. No tenemos forma de establecer qué es bueno, justo o verdadero, y por tanto deberíamos abstenernos de hacer juicios de valor y pasar de todo. En la próxima cena de Navidad, cuando tu

familia empiece a discutir y a levantar la voz, tú permanece impasible y aprovecha para llenarte el plato de jamón y la copa, de vino; pasa de todos y de todo.

El hombre de ciencia y el kit de detección de estupideces

Existe una postura intermedia entre el dogmatismo de Descartes y el escepticismo radical de Pirrón. El filósofo inglés Bertrand Russell (1872-1970) te diría que ni lo uno ni lo otro. No pienses que tu punto de vista es el acertado, pero tampoco que no hay manera de establecer cuál es el verdadero. El dogmático dice «estoy absolutamente seguro de que esto es así» y no escucha otros puntos de vista porque ya ha prejuzgado que son falsos. También cree que son los demás los que siempre se equivocan (algunos cuñados suelen caer con facilidad en el dogmatismo). En el otro extremo tenemos al escéptico radical, que es perezoso e intenta justificar su ignorancia presentándola como una virtud. Este tipo es el que suele decir cosas como «todo el mundo tiene su opinión y todas son igualmente respetables». Frente a estos dos especímenes, Russell te invita a que adoptes la actitud del hombre de ciencia, que es la de aquel que dice: «Creo que esto es así y así; pero no estoy seguro» o «No sé cómo es, pero espero llegar a saberlo».

Carl Sagan (1934-1996), uno de los mayores cosmólogos y divulgadores de la ciencia que han existido, defendió que todos, no sólo los hombres de ciencia, deberíamos adoptar el escepticismo moderado. Si mis alumnos hubiesen consultado a Sagan antes de entregarme su trabajo de cosmología les habría dado el siguiente «kit de detección de estupideces», con el que podrían haber descubierto por ellos mismos que el artículo de la Wikipedia era un amasijo de sandeces:

- Confirma los hechos a través de fuentes diferentes e independientes. Los periodistas serios, antes de publicar una información, deben confirmarla con tres fuentes.

- Escucha todos los puntos de vista y los debates entre los expertos.
- No confundas a un experto con una autoridad. En ciencia no existen autoridades, sólo hay expertos. La opinión de la autoridad no se puede discutir; la del experto, siempre puede ser objeto de debate. Recuerda que las autoridades han cometido errores en el pasado. Cuidado con la falsa autoridad: un científico que anuncia un pan de molde no es un experto, sino un hombre que gana dinero por hacer publicidad.
- Recuerda que siempre puede haber más de una explicación: no confíes ciegamente en la primera que se te ocurre o que te ofrecen. ¡La primera entrada de Google no tiene por qué ser la mejor! Piensa en todas las formas posibles en que se puede explicar un hecho y luego ve descartando cada una de las hipótesis hasta que te quedes con la más probable.
- ¡No seas cabezón! No te aferres a una explicación porque es la tuya. Las hipótesis son tan sólo una etapa en el camino hacia el conocimiento. Pregúntate por qué te atrae realmente esta explicación, no vaya a ser que el ego te esté desviando de la verdad. Compárala, siendo justo, con las demás. Piensa que es mejor que seas tú quien la rechace si hay motivos para ello, y no otros.
- Si puedes medir y cuantificar, mucho mejor, porque te será más fácil comprobarlo. Lo vago y cualitativo siempre está abierto a diferentes interpretaciones.
- En una argumentación, todos los eslabones de la cadena deben funcionar (incluida la premisa); no basta con que la mayoría de las ideas sean verdad.
- Ten en cuenta que la hipótesis más sencilla (la que sea más fácil de refutar) suele ser la más probable. Ésta es una regla diseñada por el filósofo inglés Guillermo de Ockham (1285-1347); los científicos la usan desde entonces y les va bastante bien.
- Si te ofrecen un argumento cuya validez no se puede demostrar ni refutar, debes saber que es una birria. Si no puedes comprobar lo que te están defendiendo o repetir el experimento

para llegar al mismo resultado, no sirve.

Para Carl Sagan, el escepticismo es una actitud que usas en la vida cotidiana, aunque no hayas caído en la cuenta de ello, y que te reporta muchos beneficios. Por ejemplo, si fueras a comprar un móvil en una tienda de segunda mano, podrías pensar: «El empleado de esta tienda tiene pinta de ser un hombre honrado; es imposible que alguien así me quiera timar. Compraré lo primero que me ofrezca». Pero también podrías sospechar: «En este tipo de tiendas pueden engañar al comprador para dar salida a la mercancía», y hacer algo al respecto como, por ejemplo, comprobar que el móvil funciona correctamente, hacer las preguntas adecuadas al vendedor, confrontar sus respuestas con la información que ofrece la página oficial del aparato, leer los análisis de los expertos, comparar precios en tiendas similares, consultar a un amigo que controla la tecnología, etcétera. Sabes que, en este caso, necesitas algo de escepticismo para que la cosa vaya bien y no te timen. Si te crees todo lo que te dicen los vendedores, tarde o temprano pagarás dos veces y te arrepentirás de no haber hecho uso del escepticismo.

Si te parece que el escepticismo es beneficioso en un caso como el de la compra del móvil de segunda mano, deberías emplearlo también con los artículos de la Wikipedia, los discursos de los políticos, la publicidad, la información que nos ofrecen los medios, los medicamentos homeopáticos, las terapias alternativas, las pseudociencias, los horóscopos, los que argumentan que la señal wifi de tu casa te puede matar y que las vacunas no inmunizan, las dietas milagrosas para adelgazar, quienes defienden que el Estado oculta datos sobre la violencia de género contra los hombres, los mensajes que te llegan a través de WhatsApp y que tienen pinta de ser *fake news*... o las propias páginas de este libro que ahora mismo estás leyendo, porque ¿estás seguro de que lo que te he contado sobre Carl Sagan es cierto?



<https://twitter.com/eledututor/status/1085611434606768128>

#FiloReto_19

¿VOTARÁS

en las

P R Ó X I M A S

ELECCIONES?

Simone Weil. Gramsci.

Platón. Russell

Día de reflexión antes de la jornada electoral. Has invitado a tus amigos a jugar a Fortnite y echaros unas risas. Bolsas de patatas y *pizzas* recalentadas cubren la mesa del salón. Termina la partida y uno de tus amigos os dice:

—¿A quién vais a votar mañana? Yo aún no lo tengo nada claro y llevo toda la semana dándole vueltas.

Otro de tus invitados, el que se está terminando el último trozo de *pizza*, comenta:

—Yo paso. Si votar sirviese de algo, estaría prohibido.

Ambos dejan los mandos de la Play en el suelo, se miran a los ojos y comienza una acalorada discusión. Tú te mantienes al margen y sólo intervienes para meter baza. En ese momento, tu abuelo entra en casa, deja las llaves y un paquete de medicamentos en la mesa de la entrada, se quita la gorra y la bufanda, camina hacia el salón donde os encontráis y os pregunta:

—¿Por qué estáis gritando?

—Son estos dos, que discuten sobre si merece la pena ir a votar mañana —responde uno de tus colegas.

—Cuando yo tenía vuestra edad —replica tu abuelo— no podía discutir como lo estáis haciendo vosotros ahora, porque no había democracia. Votar no era un derecho, pero mi generación luchó para que llegara a serlo. Recuerdo la ilusión con la que fuimos a votar en 1977. Tu abuela y yo madrugamos esa mañana y, cuando llegamos al colegio electoral, había una cola enorme. La gente sonreía y hablábamos los unos con los otros sobre cómo nos imaginábamos España dentro de unos años. Entiendo vuestro escepticismo. Yo también me encuentro desencantado con la política de nuestro país, pero creo que votar es una obligación moral que tenemos con todos aquellos que lucharon para que pudiéramos ejercer hoy nuestros derechos.

Has escuchado atentamente a tu abuelo, pero no lo tienes claro. ¿El hecho de que no quieras votar significa necesariamente que te da igual todo o que no eres un ciudadano responsable? ¿Qué compromiso debe tener tu generación con un Estado que cada día os da más la espalda y os pone el camino más difícil? ¿La abstención implica indiferencia ante la política de tu país o, por el

contrario, es un acto político? ¿Podrías abstenerte por compromiso moral? ¿Quedarte en casa no podría significar una crítica a nuestro modelo de democracia? ¿Por qué tienes que delegar tu autonomía en unos políticos profesionales? ¿La tecnología actual no podría permitirte expresar tu pensamiento directamente?...

No necesitas votar para comprometerte políticamente

Pocos filósofos han tenido un compromiso tan grande con sus ideas políticas como la pensadora francesa Simone Weil (1909-1943) y, sin embargo, si le pidieras consejo, ella te animaría a no votar. Desde muy pequeña tuvo una enorme sensibilidad ante el sufrimiento humano. Con tan sólo cinco años tomó la decisión de no volver a comer golosinas al descubrir que había niños como ella que no tenían dinero para comprarlas. Su intolerancia a la injusticia y su autoexigencia fueron creciendo con el paso del tiempo.

Simone fue una estudiante excepcional: con diecinueve años ingresó con la calificación más alta en la École Normale Supérieure (ENS), institución educativa fundada tras la Revolución francesa para formar a los estudiantes más destacados del país desde el espíritu de la Ilustración y el pensamiento crítico. La ENS tiene la finalidad de escoger y preparar a los mejores profesores, intelectuales y científicos. Te sorprenderá saber que el Estado equipara a los estudiantes de esta escuela con los funcionarios y que reciben un sueldo. Entre quienes han cursado en la ENS hay trece premios Nobel, lo que significa que es el centro educativo con la proporción más alta del mundo de estos galardones por alumno.

Los estudiantes de la ENS tienen dos itinerarios: letras y ciencias. Simone escogió el primero y fue sintiendo una pasión cada vez mayor por la filosofía, que llegó a su punto más alto cuando descubrió las ideas del filósofo alemán Karl Marx (1818-1883) sobre las causas de la injusticia y la desigualdad. Otra gran filósofa, Simone de Beauvoir (1908-1986), considerada la madre del feminismo, compartió pupitre con ella en la ENS y, al hablar sobre aquellos años de estudiante, confesó la admiración que sentía por

su compañera: «Me intrigaba por su gran reputación de mujer inteligente y audaz. Por entonces, una terrible hambruna había devastado China y me contaron que cuando ella escuchó la noticia lloró. Estas lágrimas motivaron mi respeto, mucho más que su talento como filósofa. Envidiaba a un corazón capaz de latir a través del universo entero».

Simone Weil fue una pensadora muy sensible a la situación de miseria e injusticia en la que vivían los obreros. Sintió que, si quería ser coherente con sus ideas políticas, debía tomar partido por sus hermanos más desfavorecidos, sin que importasen las consecuencias negativas que este compromiso podía ocasionarle. Por ejemplo, cuando ya ejercía como profesora, encabezó una manifestación de obreros que estaban en paro, lo que supuso que la cesasen con efecto inmediato y la trasladasen a otra ciudad. Consciente de que la educación es un arma contra la injusticia, decidió no sólo dar clase a la élite intelectual francesa, sino también a aquellos que no habían tenido oportunidades. Así, creó el Grupo de Educación Social, en el que los trabajadores recibían, además de formación en todas las materias, un conocimiento profundo de las ideas revolucionarias de Marx, para que así tomasen conciencia tanto de su situación de opresión como de su poder para cambiar las cosas.

Como continuó dando guerra, las autoridades educativas la siguieron trasladando, pero allá donde llegaba, la liaba. Nunca se afilió a un partido político o un sindicato. No confiaba en este tipo de organizaciones porque las consideraba estructuras de poder. Fue especialmente crítica con el partido comunista: de hecho, coincidió en París con Trotski, uno de los principales líderes del comunismo ruso, y lo puso a caer de un burro. La bronca que le echó la filósofa debe seguir resonando en las paredes del piso parisino en el que se conocieron. Trotski debió flipar en colores cuando una joven de veintiún añitos lo dejó en evidencia. Para Simone, esos políticos de pacotilla que hablan en nombre de los obreros no tienen ni idea de la situación real de los trabajadores.

Fiel a sus ideas, Simone Weil dimitió como profesora y comenzó a trabajar como operaria en la compañía eléctrica Alstom, en París, para luego hacerlo en una industria metalúrgica y posteriormente en Renault. En la fábrica Simone experimentó en su propio cuerpo y en el alma la terrible realidad de la esclavitud, que en realidad nunca había sido abolida, sino que simplemente se había transformado en trabajo asalariado. En la fábrica conoció de primera mano la humillación, la fatiga, el dolor, la opresión y la injusticia. Esta experiencia la tocó en lo más hondo de su ser, como ella misma reconoció en una carta a uno de sus grandes amigos:

Lo que allí sufrí me marcó de tal forma que, todavía hoy, cuando un ser humano [...] me habla sin brutalidad, no puedo evitar la impresión de que debe de haber un error. [...] Tenía el alma y el cuerpo en pedazos. Ese contacto con la desdicha había matado mi juventud. Hasta ese momento no tenía experiencia del dolor, aparte del mío propio, que, al ser mío, me parecía de poca importancia y que por otra parte no era más que un semi-mal, de carácter biológico y no social. Yo sabía bien que había mucho dolor en el mundo, estaba obsesionada por eso, pero no lo había comprobado nunca mediante un contacto prolongado [...] el dolor de los otros fue entrando en mi carne y en mi alma. Nada me separaba de ellos, pues había olvidado realmente mi pasado y no esperaba ningún porvenir, pudiendo difícilmente imaginar la posibilidad de sobrevivir a esas fatigas [...] He recibido ahí, para siempre, la marca de la esclavitud, como la marca de hierro al rojo que los romanos ponían en la frente de los esclavos más despreciados. Desde entonces me he mirado siempre como una esclava.

Cuando Simone fue al estreno de la película de Charles Chaplin *Tiempos modernos* (1936), después de la experiencia de trabajar en una fábrica, consideró que pocas obras de arte habían sido capaces de reflejar tan bien la miserable realidad en la que viven los obreros.

Simone Weil se comprometió con las condiciones de vida de los trabajadores, pero también con la defensa de la libertad y la lucha contra toda forma de totalitarismo. Viajó a Alemania para intentar comprender por qué los obreros alemanes habían votado a Hitler. Denunció con dureza los crímenes que estaba cometiendo Stalin en

Rusia. Su sentimiento de responsabilidad con sus ideales políticos la llevó a participar en la guerra civil española. Se alistó en una de las Brigadas Internacionales, pero su experiencia bélica fue tan amarga que abandonó el frente. Descubrió que no existen guerras justas porque ningún bando respeta los mínimos principios humanitarios. Todos buscan aniquilar, humillar, someter y destruir al otro.

Su último acto de solidaridad con los desfavorecidos lo realizó en 1943, el año en que murió. Había huido a Londres desde Francia para escapar de la invasión nazi y unirse a la Resistencia, pero ese mismo año cayó enferma de tuberculosis y tuvieron que ingresarla en un hospital. No soportaba la idea de estar postrada en la cama y no poder seguir luchando por la liberación de su país. Simone decidió comer la misma cantidad de alimento que recibían sus compatriotas capturados por los nazis en los campos de concentración. Esta huelga de hambre la llevó a la muerte en tan sólo cinco meses.

¿Cómo es posible que una mujer tan comprometida políticamente te pueda recomendar que no votes en las próximas elecciones? Invita a Simone Weil a tomar un café (en un bar de barrio; no se te ocurra quedar con ella en uno de los locales exclusivos de tu ciudad) y te responderá: el sistema de partidos políticos es uno de los mayores cánceres de nuestra sociedad. Que en la actualidad tengamos un sistema de partidos políticos para expresar nuestras opiniones no es motivo suficiente para seguir manteniéndolo. Lo que te propongo es que examinemos los pros y los contras de los partidos políticos, de manera que si el mal que generan supera al bien que producen, lo razonable sería que los sustituyamos por otra forma de gobierno. Antes de comenzar nuestro examen a los partidos, te dice Simone Weil, sería conveniente que definamos qué es el bien en política. ¿Qué te parece si decimos que es aquello que genera verdad, justicia y utilidad pública? Simone toma un sorbo de café, le da una calada al cigarrillo, te mira a los ojos y prosigue: ¿Te parece que la democracia es un bien simplemente porque lo dice tu libro de ética de cuarto de la ESO? La democracia, querido, no es el gobierno de

todos, es tan sólo la tiranía de la mayoría. ¿No habéis votado alguna vez en clase la fecha de un examen? Y dime: ¿fue el resultado del debate y la votación verdadero, justo y útil para todos? ¿Tuviste la sensación de que en realidad asististe a la imposición de los intereses personales de una mayoría sobre los del resto? ¿Los argumentos que usaron tus compañeros en el debate buscaban la verdad o tan sólo la persuasión para imponer a los demás su posición? Ten presente que únicamente lo que es justo es legítimo. El atropello, la imposición y la mentira no lo son en ningún caso.

Pero volvamos a los partidos políticos, te dice Simone Weil mientras pide otro café. Yo al menos veo tres grandes males en ellos:

- Un partido político es una máquina de fabricar «pasión colectiva» y esto hace imposible la justicia. La razón es la única capaz de determinar lo que es justo. Las pasiones la nublan y nos impiden pensar con claridad. Todas las personas razonamos de igual manera y podemos llegar a los mismos resultados. Para cualquier ser racional, un enunciado y su contrario no pueden ser a la vez verdaderos. En cambio, a ti te pueden dar miedo las arañas y a mí, no; o a mí me puede apasionar el fútbol y a ti, no. El problema es que muchos viven la política como si fuera el fútbol. Demuestran por un partido político la misma pasión ciega que sienten por un equipo de fútbol. Mucha gente no vota, ficha. ¿Cuántos leen el programa electoral del partido al que han votado? En los bares, la gente no debate sobre política: discute, grita y se enfada. En vez de pensar juntos sobre el bien común, la mayoría vive la política como una lucha en la que se busca derrotar a un adversario. Nos han inculcado que quien opina diferente a mí es mi enemigo. ¿Qué hacen los partidos? Alimentan nuestras más bajas pasiones: el miedo, el odio, la ira.
- Un partido político es una organización que ejerce una presión colectiva sobre el pensamiento de cada uno de sus miembros. En 1991, un famoso dirigente del PSOE, Alfonso Guerra, sintetizó esta idea de manera socarrona con la frase «el que se mueva no sale en la foto» (la frase no es suya, pero él la hizo

famosa). Guerra se estaba refiriendo a la «disciplina de partido», por la cual uno debe manifestar sumisión y obediencia a la voluntad del líder. En política debes quedarte calladito si lo que quieres es «recibir algo de hueso». Los afiliados y simpatizantes de los partidos reciben argumentos donde está detallado qué tienen que pensar y cómo deben defenderlo, y el que se mueva lo más mínimo de la línea marcada por su formación será acusado de traidor.

- La primera y única finalidad de todo partido político es su propio crecimiento, y esto sin ningún límite. La verdad, la justicia y la utilidad pública no son la prioridad; esto significa que se puede usar la mentira y la injusticia por el bien del partido. Si quieres reflexionar con más detenimiento sobre esta idea, te recomiendo que veas la película *El reino* (Rodrigo Sorogoyen, 2018), un apasionante *thriller* que saca a la luz una incómoda verdad: los partidos políticos son una maquinaria de corrupción que se parece en exceso a las sociedades del crimen organizado.

Simone Weil te insta a que abras los ojos para no ser un instrumento de la injusticia. Debes ser consciente de que todo partido político es totalitario. Lo normal es que estos días hayas estado pensando a quién votar y que al final te termines decantando por el partido que, según su propaganda, defiende cosas que tú consideras justas y buenas. Pero, aun suponiendo que ese partido fuese fiel a su programa, hay muchos asuntos de la vida pública sobre los que no se ha pronunciado. Al darles tu voto, aceptas posiciones que ignoras. Si ninguno de nosotros votase en las próximas elecciones, el Estado no tendría más remedio que hacérselo mirar y buscar un sistema alternativo al actual de partidos. Sé que la solución no es fácil, pero creo que es evidente que un sistema político que pretenda ser justo debe eliminar definitivamente los partidos.

Detrás de Simone Weil hay un caballero que se gira con intención de decirnos algo. Es un hombre de unos treinta y cinco años, achaparrado, de un metro y medio de altura, con pinta de intelectual, de mirada miope, con gafas ovaladas y el pelo alborotado. No te lo vas a creer, pero en la misma cafetería se encuentra el filósofo italiano Antonio Gramsci (1891-1937).

A diferencia de Simone Weil, Gramsci no se hizo pobre, sino que nació pobre. En su época de estudiante no contó con las comodidades de las que disfrutó Simone en la ENS. La beca que Antonio recibía no le daba ni para pagar la calefacción: tenía que estudiar de pie, con varias mantas encima, moviéndose por la habitación y pegando zapatazos para entrar en calor. Gramsci se metió en política muy joven y llegó a ser diputado en el Parlamento italiano. En 1926, Mussolini disolvió los partidos de la oposición, entre ellos el de Gramsci, y eliminó la libertad de prensa. Un grupo de policías irrumpió en su casa y lo detuvieron en contra de toda legalidad, saltándose su inmunidad parlamentaria. Se lo acusó de conspiración, apología del delito e incitación al odio de clase (y no lo acusaron de la muerte de Kennedy porque éste aún estaba vivo). Algunos cuentan que, durante el proceso, el fiscal dijo: «Tenemos que impedir que este cerebro funcione durante veinte años», y debió de convencer a los cinco jueces fascistas, porque a Gramsci le cayeron veinte años, cuatro meses y cinco días, los cuales aprovechó el filósofo para escribir su obra más famosa, *Cuadernos de la cárcel* (en esto de poner títulos, Gramsci no era nada original). El filósofo italiano no cumplió su condena porque enfermó gravemente durante el cautiverio. El médico de la cárcel le dijo en cierta ocasión que su misión como buen fascista no era mantenerlo con vida, y cumplió su misión con éxito, porque Antonio Gramsci murió con cuarenta y seis años.

Antonio Gramsci os pide permiso a Simone Weil y a ti para sentarse junto a vosotros y dice: «Espero no ser grosero, pero he estado escuchando vuestra conversación. La política es un asunto que me apasiona. Le he dedicado toda mi vida y he reflexionado mucho sobre ella. Creo que las ideas de la señorita, aunque bienintencionadas, son erróneas. Si mañana no vas a ejercer tu

derecho al voto, te estarás equivocando y tu error no sólo te afectará a ti, sino que las consecuencias la sufriremos también los demás. Por eso odio a los indiferentes, a esos que se enorgullecen de pasar de la política y que no tienen opinión sobre los temas importantes. Vivir significa tomar partido. Los indiferentes son unos parásitos: viven a costa de otros, disfrutan de los derechos que otros han conseguido con su lucha. La indiferencia es el peso muerto de la historia. Por culpa de esta masa de borregos, la sociedad no avanza, e incluso retrocede. El fascismo triunfó en Europa a causa de toda esa gente que pasó de ir a votar y que repetía como si fuese un mantra que todos los políticos son iguales. Cuando el fascismo tomó el poder y comenzó a eliminar derechos y libertades, sólo entonces esta panda de imbéciles se dieron cuenta de lo que sucedía, y ya era demasiado tarde. Las leyes injustas ya no se podían derogar votando. El único camino que nos quedaba era la revolución y, como siempre, fueron otros los que tuvieron que dar la cara y luchar por los derechos de todos. Los que se desentienden de la política viven a costa de los que fueron a las cárceles, sufrieron torturas y derramaron su sangre por la libertad. Cuando llegó el fascismo, algunos lloraron, otros blasfemaron, pero pocos se preguntaron: ¿habría triunfado si no me hubiese desentendido de la política? Si quieres conocer la época que me tocó vivir y los errores que cometimos, te recomiendo la película *Novecento* (Bernardo Bertolucci, 1976). La historia arranca en 1901; en una finca en el norte de Italia nacen dos niños al mismo tiempo: Olmo Dalò (Gerard Depardieu), de origen humilde, hijo de una familia de trabajadores de la finca, y Alfredo Berlinghieri (Robert De Niro), nieto del patrón. Ambos serán amigos inseparables, aunque su relación entrará en crisis por sus diferentes actitudes frente al fascismo.

»El fantasma del fascismo está despertando otra vez. Los mismos discursos que se oyeron en la primera mitad del siglo xx en Italia, Alemania y España vuelven a escucharse ahora. La xenofobia, el racismo, la homofobia, el machismo, el nacionalismo extremo y la crítica populista de la democracia y de sus instituciones vuelven a estar de moda. Las mismas mentiras e idénticos eslóganes que llevaron al fascismo a las instituciones se difunden

hoy en vuestras redes sociales como un cáncer. ¿Piensas hacer algo al respecto o serás de los que llorarán y blasfemarán dentro de unos años?».

La democracia genera injusticia

Un hombretón con una densa barba blanca pone una mano sobre el hombro de Gramsci y le dice: «Antonio, deja de utilizar el discurso del miedo con el chaval. La democracia no es precisamente la panacea. Tampoco es ningún valor, sólo es un sistema de gobierno, y no de los mejores. Anda que no se han cometido injusticias por culpa de la dichosa democracia». El que acaba de hablarte es nada más y nada menos que Platón (427-347 a. C.), el filósofo que escribió *La república*, la primera obra sobre política en la historia de la filosofía.

Platón es sólo un mote: su verdadero nombre es Arístocles de Atenas pero, como el señor tenía los dorsales de un culturista, en el mundo de la filosofía lo llamamos «el de anchas espaldas». Platón ha sido siempre una autoridad en el mundo del pensamiento. De hecho, se llegó a decir que toda la filosofía occidental es tan sólo una serie de notas a pie de página del pensamiento platónico, en referencia a que la mayoría de los temas de los que trata la filosofía los inventó él; y de todos ellos, la política siempre fue su principal preocupación.

El filósofo griego se sienta entre Simone Weil y Antonio Gramsci, pide una copa de buen vino al camarero y se une al debate. Toma la palabra y con voz profunda dice: «Yo no creo en la democracia, estos dos lo saben bien, pero déjame que te lo explique a ti. La democracia ateniense que yo sufrí condenó a muerte al hombre más bueno, más justo y más sabio: a mi querido maestro, Sócrates. Pocos sistemas políticos han cometido una injusticia tan grande; la razón de ello es que la democracia es una de las peores formas de gobierno. El mal de la democracia radica en dar el poder al pueblo sin entender que éste se comporta como un animal irracional y esclavo de sus pasiones. El pueblo pasa rápidamente

del amor al odio, sin la menor capacidad de reflexión. Los políticos profesionales saben qué deben hacer para manipularlo: son como los adiestradores de animales, conocen qué teclas deben tocar para moverlo hacia un lado o hacia otro. El pueblo, estúpido como es, cuando elige a sus gobernantes lo hace creyendo que porque saben hablar bien, saben gobernar bien. Pero ¿qué sabiduría tienen nuestros políticos más allá del conocimiento para construir discursos que adulan a la masa ignorante? Y ni tan siquiera eso, porque la mayoría pagan con tus impuestos a asesores que se los redactan. Imagina que te montas en un avión. ¿Quién crees que debería gobernarlo? ¿Debería pilotar la nave aquel que convenza a los demás con el mejor discurso? ¿El más rico? ¿El más fuerte? ¿Lo pilotamos entre todos? ¿Hacemos un sorteo? ¿Qué te parece que pilote el avión el que más sabe?

»Entonces, ¿cómo es posible que dejemos el gobierno del Estado a personas ineptas, corruptas y sin formación? Imagina que tenemos que debatir sobre la conveniencia o no de poner una central nuclear para alimentar de energía la ciudad. ¿Sería justo someterlo a votación y que decidiese el pueblo? Eso significaría que el voto de un físico eminente, experto en la materia y conocedor de los riesgos y ventajas reales de esta energía, valdría exactamente lo mismo que el de un idiota incapaz de escribir su nombre. Y en la población abundan más los ignorantes que los físicos eminentes. Tomar decisiones políticas es una tarea muy difícil, mucho más que pilotar un avión o dirigir una central nuclear, y el vulgo no está capacitado para ello. Dado que el pueblo no tiene capacidad política, se equivocará inevitablemente. ¿Qué ocurrió en Inglaterra cuando se permitió que fuera la gente quien decidiese sobre el *brexit*?

»Para evitar estos males, lo que propongo es un gobierno de sabios, y si no los tuviésemos en nuestra sociedad deberemos crear un sistema educativo que los seleccione y los forme. No todos tenemos las mismas capacidades. Si cada uno ocupase en la sociedad el lugar que le corresponde, en función de su talento, todos nos beneficiaríamos de ello. Los problemas vienen cuando el conductor de autobuses quiere ser médico, o cuando el médico

quiere ser político. Da igual a quién votes mañana, porque la fiesta de la democracia es una farsa y un grave error. Te levantarás ilusionado, irás al colegio electoral y depositarás tu voto pensando que estás haciendo algo que mejorará el país. Pero, en realidad, lo que va a ocurrir mañana es que una mayoría de ignorantes van a elegir sin reflexionar a grupo de ineptos para que, durante cuatro años, tomen las decisiones más trascendentales que nos afectan a todos. Mañana, en vez de votar, deberías echarte a llorar».

Platón es un nazi

Cuando el griego acaba su discurso aparece en escena el filósofo inglés Bertrand Russell (1872-1970), defensor convencido de la democracia. Éste enciende tranquilamente su pipa, se atusa el pelo, se endereza la corbata, te mira fijamente a los ojos y te dice: «Ten cuidado con el pensamiento de Platón. Muchos de los que han admirado las ideas que propone en su *República* no se han percatado de que lo que realmente está defendiendo es el totalitarismo. Hitler y Stalin creyeron que eran los únicos capaces de tomar las decisiones acertadas para salvar a sus respectivos países. Por suerte, la historia nos advierte del peligro de estas ideas elitistas. Que no te embauquen sus cantos de sirena. Además de ser injusta, la propuesta de Platón tiene un error lógico: según el ateniense, debemos formar a los futuros gobernantes en el arte de saber gobernar, pero para ello necesitaríamos previamente a un sabio que decida en qué consisten esos conocimientos. Según la propuesta platónica, para llegar a tener gobernantes sabios, necesitamos tener ya a uno, y esto es un círculo vicioso como la copa de un pino».

Russell concluye: «Dado que es preciso tener un gobierno, yo prefiero que sea democrático. El valor de la democracia está en que es el sistema político que evita los mayores males. Sus méritos son negativos: no te asegura un buen gobierno, pero previene de ciertos peligros. Una de las cualidades de este sistema es que si formas parte de una minoría, puedes estar seguro de que siempre se

respetarán tus derechos. La democracia es la única forma de gobierno que respeta a las minorías. Por eso deberías ir a votar mañana, porque significa defender la democracia, y esto, a su vez, implica defender tu derecho a existir como minoría».

El sol ha salido y ya es el día de las elecciones. Los filósofos que te han acompañado durante la jornada de reflexión se han marchado. Te encuentras a solas con tu conciencia, ¿qué vas a hacer?



<https://twitter.com/eledututor/status/1085868029915713537>

#FiloReto_20

**¿DEBERÍA
UN HOMBRE**

**SER
FEMINISTA?**

Simone de Beauvoir.
Ortega y Gasset

Imagina que es la tarde del 7 de marzo y que estás con tu grupo de amigos pasando un buen rato. Una de las chicas de la pandilla está tecleando en el móvil cuando salta la alarma de su calendario; después de mirarla, os dice a todos:

—¡Chicos! Mañana es 8 de marzo. ¿Quedamos para ir juntos a la manifestación?

—¿Qué manifestación? —pregunta uno de tus colegas mientras busca información sobre el tema en Google—. ¡No fastidies! ¿El Día Internacional de la Mujer? Conmigo no cuentes, yo paso de colaborar con esas «feminazis».

—Eso que acabas de decir es una chorrada —responde tu amiga con un bufido—. Ya te está saliendo la vena machista, como siempre.

—¡Yo no soy machista! Sólo defendiendo mis derechos.

El feminismo es machismo invertido

Tu amigo defiende su posición con los siguientes argumentos:

—El feminismo es machismo invertido, una discriminación al hombre por el mero hecho de serlo. El feminismo es una «ideología de género» que nos presenta a los hombres como el enemigo. ¿Os acordáis de la última charla que nos dieron en el instituto? La chica que vino del ayuntamiento decía que vivimos en un patriarcado y que los tíos tenemos que ser reeducados en nuestra masculinidad. A mí esta idea me da miedo, porque me recuerda a los gulags de la Unión Soviética: si no compartes la ideología del que ostenta el poder significa que estás enfermo y hay que reprogramarte el cerebro. ¿Y qué me dices de la ley de violencia de género? ¿Es que sólo hay hombres maltratadores? Esta ley es injusta porque tira por tierra la presunción de inocencia. Si eres mujer, tienes derecho a que se te trate como inocente hasta que se demuestre lo contrario, pero si eres hombre, no; ¿es esto justicia? Por eso a las mujeres os sale muy rentable hacer denuncias falsas.

»Tienes como ejemplo el caso del actor Morgan Freeman, al que acusaron con calumnias para destruirle la vida. Estas leyes de género no protegen a las mujeres: lo que hacen es discriminar a los hombres. La violencia es violencia y no tiene sexo. Estoy de acuerdo con que debemos combatir todo tipo de violencia, pero no comparto en absoluto que sólo uno de los dos sexos sea violento. ¿No hay violencia de las mujeres contra los hombres? Y ya puestos a catalogarla, ¿por qué no discriminar la violencia por países, por el color del pelo o por la edad? ¿Acaso hacemos leyes contra la violencia que sufren las personas rubias? El problema es que hay muchos hombres que lo han perdido todo por culpa de este tipo de leyes ideológicas. Lo siento, pero conmigo no cuentas para ir mañana a esa manifestación. ¿Cómo voy a apoyar una ideología que defiende que las mujeres son superiores a los hombres? No soy machista, pero tampoco feminista.

Las feminazis y el hombre de paja

Tu amiga, después de esperar pacientemente a que su interlocutor termine su exposición, argumenta:

—¡Eso que describes no es el feminismo! Lo que estás haciendo es tergiversarlo para que te sea más fácil atacarlo, y el mismo hecho de que uses el término *feminazi* te delata. Esa palabra la creó gente de mentalidad conservadora para desprestigiar al feminismo y presentarlo como un grupo de mujeres que no sólo se sienten superiores a los hombres, sino que profesan el mismo odio hacia ellos que el que los nazis demostraron hacia los judíos. Pero a mí no me la cuelas: como nos explicaron el otro día en clase, lo que estás haciendo es lo que se conoce como *la falacia del hombre de paja*, o sea, caricaturizas mi posición y cambias el significado de las palabras para que te resulte más fácil atacarlo. El feminismo no es lo contrario al machismo, sino un movimiento que busca la igualdad de derechos para los dos sexos, y por eso los hombres tenéis que ser feministas. ¿Acaso había que ser negro en el siglo XIX para luchar contra la esclavitud en Estados Unidos? ¿Los abolicionistas

querían esclavizar a los blancos o abolir la esclavitud? Tampoco acepto que uses *ideología de género* como sinónimo de *feminismo*. Lo que pretendes con ello es distorsionar el mensaje y presentar el feminismo como la ideología de un grupo de mujeres que pretenden vengarse de los hombres y el machismo como una postura que, presuntamente, quiere defender a los hombres. Hay que ser muy cínico para criticar la ley de violencia de género apoyándose en la defensa de la igualdad. Ya me conozco esta estrategia: vienes aquí diciendo que lo que tú defiendes es la igualdad o afirmando que ésta ya existe, porque en el fondo lo que quieres es seguir disfrutando de los privilegios que nuestra sociedad patriarcal te ofrece por el mero hecho de ser hombre. Una película que ilustra correctamente el feminismo es la comedia francesa *No soy un hombre fácil* (Éléonore Pourriat, 2018). Te recomiendo que la veas para que tú mismo te des cuenta del error de pensar que el machismo es un feminismo con falda.

»En cuanto al topicazo de las denuncias falsas, sólo me queda recordarte que la Fiscalía General del Estado ha desmentido esto en varias ocasiones. El dato es que únicamente el 0,02 % de las denuncias son falsas. ¿Qué pensáis vosotros? ¿Vais a seguir permitiendo que nuestra sociedad siga siendo machista? ¿No os dais cuenta de que una de las consecuencias del machismo es la terrible cifra de mujeres asesinadas por sus parejas?

No se nace mujer, se llega a serlo

Permíteme que te presente a la filósofa que consideramos la madre del feminismo: Simone de Beauvoir (1908-1986). Tanto si quieres condenar este movimiento como si prefieres apoyarlo es necesario que conozcas el pensamiento de esta filósofa. No puedes unírte al debate y decantarte por la posición de uno de tus amigos sin conocer previamente cuáles son los postulados del feminismo.

Simone nació en una de las casas más lujosas de París. En su familia sobraba el dinero, pero también las estrictas normas morales y religiosas. Su padre era un prestigioso abogado, de ideas muy

conservadoras, clasista y con aires de grandeza; su madre, hija de un rico banquero, era una mujer de misa diaria y fiel esposa. Los Beauvoir formaban el típico matrimonio burgués de la época: el hombre trabajaba fuera de casa en una profesión respetable; la mujer se encargaba del cuidado del hogar y del servicio doméstico, y los hijos eran educados en las virtudes cristianas en colegios de bien. Simone y su hermana recibieron una educación católica y puritana como Dios manda.

Imagina la cara que debieron de poner los Beauvoir cuando, con apenas diez años, Simone entró en el comedor de casa y con voz aguda de niña sabelotodo les confesó: «No creo en Dios. Soy atea. La religión esclaviza». A su madre casi le dio un patatús. El padre pensó que era sólo una tontería de críos y que se le pasaría, pero se equivocaba: la joven Simone empezaba muy pronto a pensar por sí misma y a cuestionarlo todo. Esa niña les iba a dar mucha guerra.

Simone fue una niña mala de una familia bien. Pero no sólo era mala: también era lista. Se apasionó por los estudios porque la vida cotidiana le parecía un aburrimiento. Le encantaba escribir y desde muy joven tuvo la afición de recoger sus reflexiones en diarios. Su inteligencia era asombrosa y se acostumbró a ser siempre la primera de la clase. Su padre la «piropeaba» diciéndole que tenía un cerebro de hombre. No sólo eso, sino que además se lamentaba continuamente, ante su mujer y sus dos hijas, de no tener un hijo varón. El señor Beauvoir soñaba con tener un vástago que estudiase en la mejor escuela del mundo, la Politécnica de París, y que fuese el orgullo de su apellido. Éste llegó a pensar que Dios lo había castigado dándole no sólo una hembra, sino dos.

Al cabo de unos años, el señor Beauvoir arruinó a la familia con sus desastrosos negocios. Simone tuvo que mudarse a un quinto piso sin ascensor, sin agua corriente y sin servicio doméstico. La vida en aquel humilde piso de la calle Rennes debió de ser un infierno y el perfecto matrimonio católico se fue rápidamente a pique. Simone se percató de que la relación de sus padres era una farsa. El señor Beauvoir ocultaba con dificultad sus hábitos de mujeriego, jugador y alcohólico. Sus padres apenas se hablaban y,

cuando lo hacían, era para reprocharse algo o directamente insultarse. La vida familiar en el hogar de los Beauvoir se fue destruyendo día a día, pero había que guardar las apariencias en una sociedad hipócrita que sólo juzgaba la fachada.

Simone se marchó de casa lo antes que pudo. Estudió Filosofía en la prestigiosa Universidad de la Sorbona, donde conoció al que sería su compañero y el verdadero amor de su vida: el filósofo Jean-Paul Sartre (1905-1980). Sartre se quedó pasmado ante la inteligencia y la belleza de la joven filósofa, y le pidió una cita en cuanto la conoció. Beauvoir aceptó, pero enseguida se arrepintió y convenció a su hermana para que fuera en su lugar a la cita con Sartre, con las siguientes instrucciones: «Lo reconocerás enseguida porque es un hombre feo y con gafas».

Lo que enamoró a Beauvoir de Sartre no fue su físico de gimnasio y su cara de galán de Hollywood (ésa sólo es una belleza pasajera que el tiempo va borrando de todos los cuerpos), sino su sentido del humor y su inteligencia. Sartre y Beauvoir eran los más brillantes de todos los brillantes jóvenes de la Sorbona. Cuando alguno de los dos hacía un examen oral, todos los estudiantes de la universidad acudían a escucharlos. La amistad entre ambos fue creciendo hasta que se convirtieron en amantes. Sartre la llamaba cariñosamente «castor» por el parecido del apellido *Beauvoir* y de la palabra *castor* en inglés (*beaver*) y porque Simone compartía con este animal la misma capacidad de trabajo. El respeto que se profesaban era tan grande que siempre se trataron de usted.

Una tarde, en uno de los bancos del museo del Louvre, Beauvoir no pudo contener las lágrimas: ambos habían terminado los estudios y los habían destinado como profesores a ciudades diferentes: Sartre a Le Havre, en el noreste de Francia, y Beauvoir a Marsella, en el sur. La separación le estaba rompiendo el corazón a Beauvoir, y Sartre, para consolarla, le propuso una solución: si se casaban, el ministerio los enviaría al mismo instituto. Ella cambió las lágrimas por una mueca de ira: sabía por el ejemplo de su madre que el matrimonio suponía la pérdida de la libertad para la mujer y su progresivo confinamiento a las tareas del hogar y a la crianza de los hijos. El matrimonio multiplicaría para ella, por el hecho de ser

mujer, sus obligaciones, y por eso había decidido no casarse nunca ni tener hijos. Como escribiría más adelante, «el matrimonio es una institución burguesa repugnante, similar a la prostitución, ya que la mujer depende económicamente de su marido y no tiene posibilidad de independizarse».

Pero si no querían casarse, ¿cuál era la solución para llevar una relación a distancia? Lo que vas a leer ahora quizá te sorprenda, ya que el amor de estos dos filósofos hizo saltar por los aires los férreos esquemas de la moral sexual de la época: Beauvoir y Sartre decidieron, libremente, tener una relación abierta. Firmaron un contrato, nada convencional, por el que los dos quedaban liberados para mantener relaciones esporádicas con otras personas, pero se comprometían a no engañarse nunca y a ser siempre sinceros el uno con el otro. La idea era vivir justo de manera opuesta a cómo habían vivido los padres de Beauvoir, que se habían prometido fidelidad, pero que se engañaban el uno al otro. Los jóvenes filósofos practicaron la poligamia, el amor libre y el sexo libre. Sartre decía que sólo el amor por Beauvoir era necesario, mientras que el resto eran simples amores contingentes. Su relación escandalizó a una gran parte de Francia, pero también fue un modelo de verdadero amor para el resto del país. La pasión que Sartre sintió siempre por su castor la demuestran estas palabras que el escritor envió a su amor desde la distancia:

Mi querida chiquilla, hace mucho tiempo que he querido escribirte por la tarde después de las salidas con amigos [...] Esta noche te amo de una manera que aún no conoces en mí [...] Estoy dominando mi amor por ti y llevándolo hacia mi interior como elemento constitutivo de mí mismo. Esto ocurre mucho más a menudo de lo que lo admito frente a ti, pero rara vez cuando te escribo. Trata de entenderme: te amo mientras prestas atención a cosas externas. En Toulouse, simplemente te amaba. Esta noche te amo en una tarde de primavera. Te amo con la ventana abierta. Eres mía y las cosas son mías, y mi amor altera las cosas a mi alrededor y las cosas a mi alrededor alteran mi amor [...] Te amo con todo mi corazón y toda mi alma.

Beauvoir profesaba por Sartre el mismo sentimiento, y luego estaban los otros y las otras, que fueron unos cuantos. Ambos se reencontraron en 1943 en Ruán y no sólo compartieron alumnos, sino también amantes. Beauvoir tuvo relaciones lésbicas con otra profesora y con varias alumnas, a la vez que compartía un *touch and go* con un joven alumno de Sartre. Francia no estaba todavía preparada para tanta libertad sexual, por lo que Beauvoir fue suspendida como profesora, acusada de incitación a la perversión de menores. Sartre, no.

Beauvoir y Sartre pronto se convirtieron en las grandes estrellas del mundo intelectual francés,^{*} aunque curiosamente a ella siempre la presentaban como la pareja de Sartre. El filósofo era él y Beauvoir, sólo su digna compañera, hasta que llegó una obra que lo revolucionó todo: *El segundo sexo*. En este ensayo, Beauvoir analiza la condición de sometimiento en la que se encuentran las mujeres en nuestra sociedad y, a la vez, plantea estrategias para liberarlas. Esta obra es fruto de una revelación, como la que tuvo Descartes junto a la estufa o la que le sobrevino a Kant después de leer a Hume. Beauvoir nos confiesa: «Empecé a darme cuenta de las dificultades, de las falsas recompensas, de las trampas, de los obstáculos que la mayoría de las mujeres encuentran en su camino. [...] Miré y tuve una revelación: este mundo es un mundo masculino, mi infancia se había alimentado de mitos forjados por los hombres». *El segundo sexo* se ha convertido en la «Biblia del feminismo»: por eso, ya sea para criticar este movimiento o para defenderlo, deberías dedicar algo de tiempo a leerlo.

La publicación de *El segundo sexo* fue todo un éxito: sólo en la primera semana en Francia se vendieron veintidós mil ejemplares y, en Estados Unidos, alcanzó la cifra total de un millón de copias. *El segundo sexo* es una minuciosa bomba de relojería contra el patriarcado, es decir, la organización social en la que la autoridad la ejerce el varón jefe de la familia (el patriarca) que, además, es dueño del patrimonio, de los hijos y de la esposa. Algunos hombres sintieron que la obra cuestionaba su autoridad y sus privilegios, por lo que las agresivas reacciones contra la filósofa no se hicieron

esperar. Beauvoir recibió toda clase de insultos, entre los que destacan los siguientes: insatisfecha, frígida, priápica, ninfómana, lesbiana, cien veces abortada y madre clandestina. Muchas librerías se negaron a vender la obra. El Vaticano la condenó con furia. El partido comunista desaconsejó su lectura porque «esto no interesa a las obreras». El premio Nobel de Literatura François Mauriac escribió un artículo en la revista que Beauvoir había fundado junto a Sartre en el que decía: «Ahora lo sé todo sobre la vagina de vuestra jefa».

¿Cuáles son las «barbaridades» que escribió Beauvoir en *El segundo sexo* y cómo pueden ayudarte a decidir si debes acudir o no a la manifestación? La idea de la que parte Beauvoir es que, aunque la mujer haya conseguido el derecho al voto y a la educación, no se encuentra aún en una situación de igualdad con respecto al hombre. La filósofa utiliza todas las ciencias sociales que están a su alcance (la psicología, la historia, la sociología, la antropología, etcétera) para llevar a cabo un análisis con el que sacar a la luz la condición de sometimiento de las mujeres. Si eres mujer, Simone de Beauvoir te explicaría cómo, sin que te hayas dado cuenta, la cultura te ha ido moldeando desde la infancia para que llegues a ser una copia perfecta de un «modelo de mujer» que algunos hombres han diseñado. Lo que eres como mujer, la feminidad que te distingue frente a la masculinidad, no se debe a las hormonas, sino que es la cultura la que te hace ser como eres. No es la naturaleza, sino la cultura, la que ha fabricado mujeres subordinadas a los hombres, dependientes y sin iniciativa propia. Desde pequeña te han educado en el sometimiento a un varón y en la idea de que la única forma de realizarte es como esposa y como madre. Si no abres los ojos, serás tú misma la que transmitas todo esto a tus hijas y a tus nietas.

La princesa, si está callada, es mucho más guapa

Para comprobar que estas ideas son ciertas, dedica un tiempo a analizar los cuentos que te contaron de niña y que Disney llevó a la pantalla: *Blancanieves*, *La Cenicienta* o *La bella durmiente*. Las mujeres de los cuentos infantiles deben obedecer a los personajes masculinos y, si no lo hacen, tendrán problemas. En todas estas historias hay mujeres buenas y malas. Las buenas son bellas y las malas, muy feas. Si quieres ser una mujer buena, debes ser bella. Éstas son humildes, no se enfadan nunca, tienen buen carácter, son buenas hijas, obedientes y deben casarse para ser felices. Las mujeres malas, por el contrario, no están casadas, y pretenden vivir sin someterse a un hombre y disfrutando de sus libertades. Una de las características fundamentales de las mujeres buenas es la pasividad: deben esperar pacientemente a que su hombre venga a rescatarlas, porque ellas solas no pueden liberarse. La chica buena debe dejar que sea su príncipe azul el que la salve; si lo hace, obtendrá como premio casarse con él. A la chica mala le espera un destino fatal: una muerte cruel. La violencia machista se ejerce sobre las mujeres que no se someten a los mecanismos de control y condena del opresor. No es un problema doméstico, sino un mal estructural. Lo que provoca esta clase de violencia no es una enfermedad, locura o maldad del agresor, sino una cultura que define determinados tipos de identidades y relaciones entre hombres y mujeres.

Sigamos analizando nuestra cultura: ahora reflexiona sobre las películas y las series de televisión que has visto hasta el día de hoy. Te propongo que les pases una prueba conocida como el *test de Bechdel*. Comprueba cuántas de ellas cumplen estos tres requisitos:

- En la película tienen que salir al menos dos mujeres.
- Esas mujeres tienen que hablar entre ellas.
- El tema de conversación no debe de ser un personaje masculino.

Lo que pone de manifiesto este test es que nuestra cultura es patriarcal y refleja una sociedad que relega a la mujer a la categoría de «otra». Ésta se define en contraposición al varón y, así, se

convierte en el segundo sexo, rebajada a un rol de inferioridad. A través de la religión, las tradiciones y la cultura en general, las mujeres van aceptando la visión que los hombres tienen de ellas.

No se nace princesa, se llega a serlo

La idea principal de *El segundo sexo* es que «No se nace mujer, se llega a serlo», lo que quiere decir que el género es una construcción cultural sobre el sexo; por lo tanto, no existe una «esencia femenina». Las características que consideramos exclusivas de las mujeres las has ido aprendiendo desde tu nacimiento, y te relegan a una situación de esclavitud y de sometimiento. En cada juguete que recibiste, en los textos bíblicos que te leyeron, en los cuentos, en el propio lenguaje, te adiestraron para que fueses «la otra». Si quieres llegar a ser una buena mujer, tendrás que ser aquello que los hombres esperan que seas. Los «valores femeninos» son un producto social, no biológico, que buscan encarcelarte en el hogar y excluirte de los procesos de producción, de la toma de decisiones, de la política y de cualquier otro ámbito de poder.

La consecuencia de esta cultura machista es que las mujeres quedan encerradas en el hogar, pierden las vinculaciones sociales y les resulta imposible ser libres. Para Simone de Beauvoir, la esencia del ser humano es la libertad, es decir, la capacidad de determinar qué quiere ser. Pero lo que las mujeres han de ser está determinado por los hombres; por eso ellas, aunque tengan derechos políticos, continúan estando sometidas. Es urgente un proceso de liberación que permita a las mujeres decidir por sí mismas qué quieren llegar a ser y, para conseguirlo, son necesarias dos cosas: la primera, que las mujeres tengan trabajo e independencia económica; la segunda, que la lucha sea colectiva.

Simone de Beauvoir te invitaría a ti y a tus amigos a luchar por la emancipación de las mujeres para construir, entre todos, una sociedad igualitaria. La lucha por la igualdad de género no es un asunto de mujeres, sino de derechos humanos. No hace falta ser

mujer para combatir la alienación, la esclavitud y el sometimiento. Luchar por su liberación es hacerlo por una sociedad más justa para todos.

Un trasatlántico, un joven filósofo español y unas norteamericanas

El filósofo español José Ortega y Gasset (1883-1955) volvía a España desde Buenos Aires en un trasatlántico. Según nos cuenta él mismo, durante el viaje se acercó a un grupo de norteamericanas, jóvenes y de gran belleza, y les habló como un hombre habla a una mujer que se encuentra en la plenitud de sus atributos femeninos. Una de ella se sintió ofendida y le respondió al filósofo:

—Le reclamo que me hable como un ser humano.

—Señora, yo no conozco a ese personaje que usted llama «ser humano» —le respondió Ortega, convencido de que la norteamericana se equivocaba al pensar que había algo superior a «ser mujer»—. El ser humano es tan sólo una abstracción. Nuestra especie está compuesta por seres concretos que se diferencian por su género. La mujer es en esencia diferente del hombre, pero no por ello inferior.

El propio Ortega contó esta anécdota en una conferencia radiofónica titulada *Breve excursión hacia ella*. En ella, el filósofo español ofrecía una respuesta al feminismo de Simone de Beauvoir. La idea principal de Ortega es que los sexos se complementan. Su dualidad tiene como consecuencia que los hombres y las mujeres nos constituimos por la referencia de los unos con respecto a los otros. Pero Simone de Beauvoir y el feminismo en general confunden las cosas y creen que la mujer es más persona cuando construye su existencia al margen del hombre.

El ejemplo del arte puede ayudarnos a entender lo que está ocurriendo con la mujer y el feminismo. Cada movimiento artístico ha tomado la tradición como punto de referencia desde el que buscar una inspiración. Pero en el arte actual el principio inspirador es simplemente hacer lo contrario de lo que se había hecho siempre. Es decir, se propone como arte algo que es «noarte». El

feminismo hace exactamente lo mismo: invita a la mujer a que determine su identidad, dejando de ser lo que hasta ahora ha sido. El feminismo obliga a la mujer a ser «no-mujer» y, encima, lo hace en nombre de la libertad. No es cierto que el varón haya determinado hasta ahora lo que ha sido la mujer en el pasado. La feminidad es el resultado de lo que los hombres y las mujeres han ido decidiendo libremente. El feminismo no sólo es un error intelectual, sino que además pretende enfrentarnos a hombres y mujeres. Los sexos no deben luchar entre sí, sino complementarse. El feminismo nos impone la tiranía del mito de la igualdad haciéndonos creer que las cosas son mejores cuando son iguales. A Simone de Beauvoir, y a las feministas en general, les parece una forma de sometimiento que se considere a la mujer en referencia a un varón, pero no entiendo por qué ha de haber una incompatibilidad entre ser libre y estar referido a otro ser humano.

No te aconsejaría ir a una manifestación que fomenta la tiranía de la igualdad en nuestra sociedad. Recuerda los monstruos que crearon las ideologías de la igualdad en países como la antigua Unión Soviética. Hay un modo diferente de ser humano profundamente distinto del masculino y que llamamos *feminidad*. No debemos igualarnos, sino completarnos y complementarnos.

Ya es 8 de marzo. Simone de Beauvoir y Ortega y Gasset han dicho todo lo que tenían que decir sobre el feminismo y te toca decidir: ¿en qué tipo de sociedad quieres vivir? ¿Apoyas o no la manifestación?



<https://twitter.com/eledututor/status/1085931553023246336>

#FiloReto_21

¿CÓMO PUEDES
SABER
SI LO QUE
SIENTES
ES
AMOR?

Platón. Diótima. Schopenhauer.
Abelardo y Eloísa

¿Tienes en estos momentos algún tipo de relación sentimental? ¿Te has preguntado si lo que sientes por tu pareja es eso que muchos han llamado *amor*? Imagina que un día cualquiera tu pareja te prepara la cena, cocina la comida que te gusta, decora la mesa con unas velas y pone una música suave para crear ambiente. Cuando estáis tomando el postre, te mira fijamente a los ojos, te toma la mano y te lanza la siguiente pregunta: «¿Me amas?». Si deseas ser sincero con él o ella, y contigo, antes de responder deberías preguntarte: ¿cómo puedo saber si lo que siento es amor? ¿Qué es el amor? ¿Cuáles son los síntomas? ¿Tiene efectos beneficiosos o perjudiciales? ¿El amor nos hace mejores o peores personas? ¿Existen diferentes formas de amor? ¿Hay algunas superiores a otras? ¿Sólo los seres humanos podemos llegar a amar? Y éstas son sólo unas pocas de todas las preguntas posibles.

Las medias naranjas de Platón

Platón puede ayudarte a encontrar respuestas a estas preguntas ya que dedicó una de sus obras más conocidas al asunto del amor. En el diálogo titulado *El banquete* se nos cuenta que en el año 380 a. C. se celebró una de las cenas más famosas de toda la historia. El banquete lo organizó el poeta Agatón para celebrar el éxito que había conseguido con el estreno de su última tragedia. Cinco fueron sus invitados: dos jóvenes amantes, un médico, un comediante y, por supuesto, Sócrates, el gran filósofo, que llegó tarde por quedarse absorto pensando en sus cosas mientras iba de camino hacia la casa del anfitrión. Siguiendo los consejos del médico, los comensales deciden beber moderadamente porque algunos tienen una resaca tremenda de la fiesta del día anterior. Varios de ellos confiesan ser «de los que ayer se empaparon» y ruegan al resto no seguir el protocolo que obliga, durante un banquete griego, a beber hasta emborracharse. También deciden despedir a los músicos, lo que significa que la fiesta no terminará en orgía, ya que en los banquetes griegos los músicos al final asumían otras funciones y no sólo deleitaban los oídos de los invitados, sino también otras partes

del cuerpo. Ante la presencia de Sócrates deciden sustituir la orgía por el diálogo filosófico (quizá ellos no, pero la historia de la filosofía salió ganando con esta decisión).

¿De qué van a hablar durante el banquete? El médico propone discutir sobre el amor y todos se manifiestan conformes con la propuesta. Acuerdan que cada invitado se prepare y ejecute un discurso, y que Sócrates sea el último en hablar. En la intervención de Aristófanes, el comediante, se nos relata el famoso mito del andrógino para explicarnos qué es el amor. En el origen de los tiempos, los hombres éramos como una especie de pelota enorme con cuatro piernas, cuatro brazos, dos órganos sexuales y una cabeza con dos rostros que miraban en direcciones opuestas. Podíamos caminar en ambas direcciones y cuando nos poníamos a correr a gran velocidad dábamos volteretas como los saltimbanquis. Teníamos una gran fuerza y también mucha soberbia: tanta que se dice que intentamos ascender al Olimpo y los dioses decidieron castigarnos. Zeus nos cortó por la mitad y ordenó a Apolo que le diese la vuelta a nuestro rostro y nos cosiese las heridas, dejándonos el ombligo y algunas arrugas como recuerdo del pecado. Así, cada ser humano quedó partido en dos y cada mitad echaba de menos a su otra parte. Zeus se compadeció y ordenó que, a partir de entonces, concibiésemos uniendo nuestras dos mitades a través de los órganos sexuales. Este mito también sirve para explicar que todas las tendencias sexuales son naturales: hay varones cuya mitad es una mujer y otros cuya otra parte es un varón, y hay mujeres cuya mitad es una mujer. Ahora entenderás de dónde viene la expresión *mi media naranja* que todos hemos utilizado alguna vez. Si vuelves a usarla, recuerda que su origen está en el mito que Aristófanes relata en *El banquete*. ¿Quién sabe? Lo mismo esta historia te sirve para llevar a cabo la conquista amorosa que tienes en mente. Si triunfas, luego no digas que la filosofía no sirve para nada.

¿Qué nos explica este mito? Que el amor es algo innato y consiste en un deseo (que se convierte casi en una necesidad) de recuperar nuestra antigua naturaleza. Somos seres incompletos y únicamente el amor puede devolvernos la plenitud. Sólo el amor da

sentido a nuestras existencias rotas. Vivir no es otra cosa que buscar constantemente la otra parte de nuestro ser, arrebatada cruelmente por los dioses... Woody Allen llevó al cine este mito en *Midnight in Paris* (2011), una película en la que los dioses no sólo han separado a los amantes en el espacio sino también en el tiempo. Curiosamente, el director Yorgos Lanthimos emplea el mito de la media naranja para crear una aterradora distopía en *Langosta* (2015), que nos describe una sociedad futura en la que los solteros no tienen cabida. Si no tienes pareja, eres arrestado y conducido a un hotel donde dispones de cuarenta y cinco días para conocer a alguien y enamorarte de por vida; si no lo consigues, te transforman en un animal, aunque, eso sí, te dejan escoger la especie.

Sea la pareja una bendición o una condena, ¿realmente nos completa? ¿Es necesaria para sentirnos plenos en la vida? ¿Sólo existe un único ser humano que te complementa? ¿O puedes ir manteniendo a lo largo de la vida diferentes relaciones que, en su conjunto, te llenen de plenitud? ¿Hay algo de verdad en este mito o sólo es eso, un mito?

El amor platónico

¿Qué aporta Sócrates al diálogo? El filósofo reconoce que todo lo que sabe sobre el amor se lo enseñó una mujer, la filósofa Diotima, sabia en éste y otros muchos temas. Ella te diría que lo que nos causa atracción no es el reconocimiento de nuestra otra mitad, sino el bien. Cuando amas a alguien te sientes atraído por la bondad y la belleza que hay en ese ser. El amor es el camino hacia el bien y, cuando lo alcanzamos, nuestra vida se vuelve feliz y plena porque ya no necesitamos nada más.

El amor debería guiar todas tus acciones, esto lo entiende cualquiera, pero Diotima dice que lo que viene ahora no está al alcance de todos (tranquilízate, no cierres el libro: como discípulo de Sócrates que ya eres, estás capacitado para entender «los misterios del amor»). Diotima nos recuerda que hemos dejado claro que el amor es el deseo de belleza. Pero las cosas bellas no son «la

belleza», sino que ésta es algo inmaterial. Las cosas que son bellas son tan sólo la promesa de una belleza mayor, perfecta y eterna. No hay vida más plena y feliz que la contemplación de esta gran belleza. Para llegar a ella, debemos ir educando nuestra sensibilidad porque de lo contrario nunca aprenderemos a captarla. Es decir, tenemos que ir haciendo que nuestro amor sea más puro y elevado. Imagino que en esto del amor empezaste amando cuerpos bellos, pero que pronto te diste cuenta de que hay algo más valioso que un buen trozo de carne. Si lo que te atrae de una persona es su alma y no su culo, tu amor ya empieza a ser de una categoría superior. Y si has alcanzado esta sensibilidad, podrás, poco a poco, sentir la belleza que se esconde en la justicia y en la verdad. Progresivamente, te irá atrayendo una belleza que es cada vez más inmaterial, hasta alcanzar el grado más elevado de amor, el «amor platónico»: la estima a una idea «pura, limpia, sin mezcla y no infectada de carnes humanas, ni de colores, ni de cualquier otra cosa mortal». Ahora entenderás por qué la gente suele referirse a los amores imposibles o ideales como «amores platónicos» (Platón, en esto del amor, nos pone el listón demasiado alto).

Si te preguntas cómo termina el banquete, te cuento que Alcibíades, uno de los alumnos de Sócrates, aparece borracho como una cuba y comienza a aporrear la puerta de la casa. Lo dejan pasar y lo sientan al lado del anfitrión. Alcibíades empieza a hacerle la pelota a su maestro y termina tirándole los tejos. Sócrates lo manda a que se dé una duchita de agua fría. La escena se ve interrumpida por la llegada a la casa de un grupo de borrachos que vienen de juerga; los invitados al banquete olvidan la promesa de beber con moderación y todos van cayendo, uno a uno, en los dulces brazos de Morfeo para dormir la mona; todos menos Sócrates, que, como hombre equilibrado, se despide y abandona la casa. Fin.

... Nooo, no es amor, lo que tú sientes se llama obsesión

El filósofo alemán Arthur Schopenhauer (1788-1860) te avisaría de que todo lo que acabas de leer en *El banquete* sobre el amor no es más que una sarta de estupideces. Te lo diría tal cual porque el carácter de este filósofo ha sido de los más duros y agrios de la historia de la filosofía. Schopenhauer expresaba la mayoría de las veces su opinión de manera grosera, egoísta y maleducada. Empezó a estudiar medicina, pero al segundo año lo dejó por la filosofía, ya que consideró que la vida es el peor de los problemas y que debía dedicar todos sus esfuerzos a reflexionar sobre él. Su soberbia y mal humor eran descomunales. Después de asistir a una clase de Fichte, uno de los grandes filósofos de la época, comentó que el profesor había dicho cosas que le despertaron el deseo de ponerle una pistola en el pecho y decirle «tienes que morir sin compasión». Cierta día, cuando se encontraba comiendo con su profesor de armonía, éste le hizo una bromita sobre la filosofía de Kant, a quien Schopenhauer consideraba el mejor de todos los filósofos. Schopenhauer lo miró con cara de furia y de desprecio, y le gritó: «¡No entiende para nada la importancia de la filosofía de Kant! No vuelva a hablarme; soy demasiado culto para usted».

Soportar a Schopenhauer no debía de ser nada fácil, ni siquiera para su propia madre. Cuando terminó los estudios universitarios, el filósofo le escribió para informarle de que estaba pensando en regresar a su casa y vivir con ella, a lo que la mujer le respondió: «Eres fastidioso e insufrible, y considero penoso en extremo vivir contigo».

Schopenhauer era un gran amante de la música, especialmente de la compuesta por el italiano Rossini. En cierta ocasión tuvo la oportunidad de conversar con su ídolo, ya que se hospedaba en el mismo hotel al que Schopenhauer solía ir a comer. Pero no quiso conocerlo porque, como le dijo al hostelero, «es imposible que ese de ahí sea Rossini; es sólo un francés gordo». Profesaba un gran odio hacia el género humano. Le encantaba caminar y subir montañas porque uno puede contemplar la humanidad desde la altura propia del genio y entonces ve a una multitud estúpida. Despreciaba a los animales humanos y sólo sentía aprecio por *Atma*, su perro, hasta el punto de llegar a afirmar que, si no

existieran estos animales, preferiría no estar vivo. Su amor por *Atma* fue inmenso: llegó a sentir algo parecido al amor por un ser humano y, de hecho, cuando este perro de lanas se portaba mal, Schopenhauer le gritaba: «¡Pedazo de humano!». Tras su muerte, el filósofo le legó a su fiel amigo de cuatro patas todo lo que poseía.

¿Qué es para Schopenhauer el amor? Pues ya te lo imaginarás: sólo sexo, instinto de reproducción de la especie, pura biología, hambre de lujuria, carne y nada más. El amor es la expresión en el ser humano del impulso que experimentan todos los seres vivos por seguir con vida y reproducirse. El romanticismo no es más que una gran mentira que el hombre inventa para sentirse especial y superior al resto de los animales. No hay nada extraordinario, bello o bueno en el amor. Sólo es un simple impulso biológico y la manifestación de que la naturaleza es más poderosa que nosotros. Cuando «nos enamoramos», nos convertimos en unos autómatas que siguen al pie de la letra los mandatos de la biología: ¡copulad y multiplicaos! Para Schopenhauer, el amor es ciego porque actúa en nosotros sin que nos demos cuenta; se trata de una fuerza inconsciente que nos manipula. ¿Y qué nos ordena en concreto? Que procreemos y que nuestra progenie a su vez se reproduzca. Cuanto más fuertes, inteligentes y atractivos sean nuestros vástagos, más probabilidades tendrán de esparcir su semillita y de multiplicarse. La naturaleza juega con nosotros y nos hace «enamorarnos» de las personas que contrarrestan nuestras deficiencias, tanto físicas como de carácter. Por eso, las chicas buenas se sienten atraídas por los malos del instituto. La naturaleza nos engaña para que nos unamos a la persona que podría engendrar los mejores hijos; pero, una vez cumplido su mandato y copulado todo lo que había que copular, los amantes suelen mirarse el uno al otro y preguntarse: «pero ¿qué vería yo en éste?». El amor es sólo una ilusión, una quimera, una ficción que creamos para soportar esta vida miserable. Una película que ilustra la visión que tiene Schopenhauer sobre el amor es *La ciudad de las estrellas: La La Land* (Damien Chazelle, 2016) porque en ella se nos obliga a distinguir la ficción de la realidad. Los dos protagonistas

terminan siendo las víctimas de un bonito sueño. Inevitablemente, al final, la realidad impone su terrible dictadura. Cuando la pasión desaparece, el amor se convierte en imposible.

Amor entre filósofos: historia de una calamidad

Cuando en filosofía hablamos de amor siempre terminamos recordando la historia que unió a Pedro de Abelardo y a Eloísa, los Romeo y Julieta de la filosofía. Universidad de París, siglo XI; un profesor joven y guapo* va camino de convertirse en uno de los filósofos más influyentes. Los estudiantes acudían de toda Europa para asistir a las clases de Pedro de Abelardo. En unos tiempos en los que los grandes maestros debatían públicamente en los paraninfos de las nacientes universidades, Pedro ganó todos los combates e incluso llegó a derrotar a sus propios maestros. Abelardo era el Muhammad Ali de los debates escolásticos.* Pedro era, además de buen filósofo, poeta y músico.

El otro personaje de esta historia es Eloísa, una de las mujeres más sabias y bellas de su época. Como era costumbre entre las jóvenes aristócratas, se educó en el monasterio de Argenteuil y con tan sólo diecisiete años dominaba el griego, el latín, el hebreo, la literatura, la filosofía y la teología; era capaz de debatir con los más sabios y argumentar con elocuencia. Su fama la precedía: antes de que abandonase el monasterio para continuar sus estudios en París, en la ciudad sólo se hablaba de ella y todos querían conocerla. Pedro de Abelardo no era ninguna excepción.

Fulbert, el tío de Eloísa y el malo de esta historia, la sacó del convento y se la llevó a su mansión de París para que pudiese continuar sus estudios, pero sobre todo para concertarle un matrimonio con alguien digno de su estatus social, es decir, con título nobiliario y mucha pasta, justo las dos cosas que Abelardo no tenía. Fulbert convenció a Pedro de Abelardo de que le diese clases de filosofía a su sobrina con objeto de completar su formación. Para su comodidad, propuso a Pedro que se quedase a vivir con ellos en su casa y éste aceptó al momento. Lo que no se imaginaba Fulbert

fue lo que iba a ocurrir en esas clases de filosofía. El propio Abelardo nos confiesa que la pasión más desenfrenada surgió en aquellas «clases particulares»: «Los libros permanecían abiertos, pero el amor, más que la lectura, era el tema de nuestros diálogos e intercambiábamos más besos que ideas sabias. Mis manos se dirigían con más frecuencia a sus senos que a los libros». La filosofía es lo que tiene, que a veces apasiona en exceso.

Abelardo y Eloísa se consumieron en el disfrute de un amor prohibido. Lo censurable de su relación no era que él tuviese treinta y pico años y ella tan sólo diecisiete, ni que él fuese profesor y ella su alumna, sino la diferencia de clase social y el hecho de que, en aquella época, los profesores de las universidades debían permanecer célibes. Después de dos años de esta innovadora metodología educativa, Eloísa quedó embarazada y los dos tortolitos huyeron de París. La joven filósofa se escondió en su antiguo convento para tener a su hijo y los amantes se casaron en secreto para que Abelardo pudiese continuar su carrera académica. El filósofo la visitaba continuamente y no podía resistir la tentación de darle alguna que otra clase particular. Abelardo, en una carta a Eloísa, le recuerda: «Poco después de nuestro matrimonio, cuando vivías retirada en el convento de monjas en Argenteuil, fui a visitarte en secreto un cierto día y allí mi lujuria sin moderación se satisfizo contigo en un rincón del refectorio, a falta de otro lugar....».* Otra de las locuras que perpetraron estos dos filósofos fue ponerle por nombre al pobre niño Astrolabio.

Abelardo y Eloísa continuaron con su vida de casados en secreto, pero Fulbert no pudo soportar la humillación para el buen nombre de su familia. El tío de Eloísa, como si fuese el propio Marlon Brandon en *El Padrino*, mandó a unos sicarios para que castraran al pobre Pedro y encerrasen a Eloísa de por vida en un monasterio, del cual terminó siendo abadesa. Los profesores de filosofía aprendimos la lección y desde entonces nuestras manos sólo sujetan libros pesados y viejos.

Fulbert pudo castrar la pasión entre Abelardo y Eloísa, pero no matar su amor. Los dos filósofos se escribieron durante el resto de sus vidas, recordando en cada una de las casi mil cartas el amor que se profesaban. Cuando Abelardo murió a los cuarenta y nueve años, Eloísa reclamó su cadáver para enterrarlo en el convento y ordenó que, cuando ella muriese, dejaran por fin a su cuerpo descansar eternamente junto al del hombre al que amó. Pero ¿se amaron Abelardo o Eloísa, o lo que realmente sintieron fue la lujuria de la que nos hablaba Schopenhauer?



<https://twitter.com/eledututor/status/108596016154035814>

#FiloReto_22

¿ROBAR ESTÁ MAL?

Proudhon. Marx.
Locke

¿Has sentido alguna vez la tentación de mangar algo en un centro comercial? Imagina que estás con tu grupo de amigos en una tienda y ves cómo uno de ellos se mete algo disimuladamente en el bolsillo de su abrigo. Salís del local, entráis en una cafetería y tu amigo te enseña lo que acaba de choricar jactándose de su hazaña. ¿Qué le dirías?

Analicemos otro caso: en 2013, una joven madre de Requena (Valencia) fue condenada a un año y nueve meses de prisión por usar una tarjeta de crédito que se encontró en la calle para comprar pañales y alimentos para sus hijos. ¿Consideras justa esta sentencia? Un último caso: en octubre de 2018, el Tribunal Supremo sentenció que eran los bancos, y no los clientes, los que debían pagar el impuesto que debe satisfacerse por inscribir ante notario las hipotecas. Parece ser que, debido a las fuertes presiones de las entidades, el mismo tribunal dio marcha atrás y unos días después modificó su sentencia. «¿Qué es robar un banco, comparado con fundarlo?», se preguntaba el escritor alemán Bertolt Brecht. Algunos consideraron esta sentencia un robo de la banca a los clientes. ¿Estás de acuerdo con ellos?

Estos tres casos nos llevan a preguntarnos: ¿puede haber robo sin propiedad? ¿Puede la propiedad ser un robo? ¿Es la propiedad un derecho? ¿Qué otorga ese derecho? ¿Por qué debes respetar la propiedad de los demás? ¿Puede existir una sociedad sin propiedad privada? ¿Sería deseable?

La propiedad es un robo

El filósofo francés Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865) ha sido uno de los que más han reflexionado sobre la propiedad y el robo. Proudhon no pudo terminar los estudios de bachillerato porque provenía de una familia muy humilde, de artesanos y campesinos, que no podían costearlos. Pero no creas que las dificultades económicas le impidieron tener una buena formación. Proudhon adquirió una extensa cultura de manera autodidacta y se convirtió en un escritor de un estilo brillante. Así que si te han tocado en

gracia unos pésimos profesores, recuerda que siempre te quedarán los libros. Proudhon escribió una obra en la que se preguntaba qué es la propiedad; su polémica respuesta fue ésta: «La propiedad es un robo».

La idea que defiende Proudhon es que el derecho de propiedad es un instrumento para robarle el fruto de su trabajo al obrero. Es éste quien construye palacios, pero duerme en una cuadra; fabrica finas telas, pero viste con harapos. Un trabajador de una de esas empresas que se encargan de llevarnos a casa la comida que encargamos desde una aplicación en nuestro *smartphone* confesaba que trabajaba diez horas al día durante seis días a la semana por un sueldo que no llegaba a los mil euros. No tenía salario fijo ni contrato. Era autónomo, pero dependía de la *app* para encontrar trabajo. Había de pagarse él la seguridad social y, por supuesto, no tenía derecho a paro ni vacaciones. La empresa tiene un sistema de puntuación de sus repartidores. Según la valoración que tengas puedes elegir las horas en las que quieres trabajar. ¿Y cómo se consigue una buena puntuación? No rechazando ningún pedido. En la práctica esto significa que no puedes decidir ni cuándo ni cómo trabajar.

Proudhon no atacó toda forma de propiedad, sino aquella por medio de la cual unos hombres explotan a otros. No te pongas nervioso, porque su pensamiento no dice que los demás tengan derecho a quitarte la moto, el móvil o la cartera.

Un Parlamento que roba leña

Esta idea la compartía el filósofo alemán Karl Marx (1818-1883). Cuando era un joven periodista, le tocó cubrir las soporíferas sesiones del Parlamento regional. Entre los aburridísimos debates hubo un suceso que despertó su furia e indignación: se aprobó un cambio en la ley que regulaba el derecho de propiedad de la leña de los bosques. Hasta entonces, cualquier persona podía recogerla, aunque éstos fuesen privados. Lo único que estaba prohibido era talar los árboles. Pero se cambió la ley y a partir de ese momento se

consideró un robo recoger la leña del suelo. Marx no estaba de acuerdo con esta decisión porque consideraba que lo que se ha separado naturalmente del árbol también lo ha hecho de la propiedad y, por tanto, ya no es propiedad del dueño del bosque. La leña suelta no es un producto cultivado por el propietario y pertenece al que se esfuerce en recogerla. Aquel joven periodista entendió que el verdadero robo es la privatización. Lo que antes era de todos ahora pertenecía a uno; por tanto, es ese uno el que nos está robando a todos.

El derecho de propiedad es un mecanismo que sirve para que unos pocos puedan privatizar los bienes naturales. Marx te miraría a los ojos y te preguntaría: ¿la naturaleza puede ser propiedad privada? El delito no lo cometen los pobres aldeanos cuando recogen la leña del suelo, sino que lo comete el Parlamento cuando roba a los campesinos los medios para sobrevivir. El delito es aprobar una ley que diga que es sólo suyo lo que antes era de todos. Marx te diría que el verdadero robo lo cometen hoy en día los que privatizan lo público: la educación, la sanidad, la comunicación, etcétera. Si Marx hubiese tenido noticia del asunto de las hipotecas, te hubiese hecho ver que los bancos han utilizado la ley y los tribunales para robar a sus clientes. Eso sí que es un delito y no mangar en un centro comercial.

Estas ideas influyeron en el director de cine italiano Elio Petri. En 1973 dirigió la película *La proprietà non è più un furto* [La propiedad ya no es un robo], que se estrenó en España como *El amargo deseo de la propiedad*. La cinta es una crítica ácida y aguda al capitalismo. Petri usa técnicas narrativas del cine de terror para mostrar operaciones bancarias y el movimiento del dinero. La película narra la vida de Total, un joven empleado de banco que, después de años de duro trabajo, no posee nada. Para hacerle comprender a su padre la situación de injusticia en la que viven, Total le pide que conjugue el verbo *tener*. La triste verdad es que todos tienen, pero que él no tiene nada. De nada sirve ser un trabajador honesto en un sistema corrupto. A partir de ese momento, Total se convertirá en un militante marxista en lucha contra el sistema. La película tiene una escena de una gran ironía

que nos viene como anillo al dedo para seguir reflexionando sobre la moralidad del robo. Elio Petri construye un «homenaje al ladrón». Los compañeros de profesión se reúnen para rendir honores a Paco *el Argentino*, un caco que murió en acto de servicio. Uno de ellos toma la palabra y, emocionado, nos dice que ha muerto un hombre lleno de virtudes: la fantasía, la vitalidad, la habilidad y el coraje. Podía haber sido bueno en cualquier otra profesión, pero eligió convertirse en ladrón. Podía haber sido uno de esos hombres que aparentan ser honestos, pero rechazó la hipocresía. A diferencia de los corredores de bolsa, él iba de frente y decía sin tapujos: «Soy ladrón». Pero ¿qué sería del mundo sin los ladrones? Piénsalo. ¿Cuántos de todos esos idiotas que van de honestos se quedarían sin trabajo? ¿Qué harían los cerrajeros sin los ladrones? ¿Y las empresas de seguridad? ¿Y los empleados de los bancos? ¿Y los policías? ¿Y los abogados? ¿Y los jueces? ¿Y los funcionarios de las cárceles? ¿Y las compañías de seguros? El ladrón que roba al descubierto cubre y justifica a aquellos que operan amparados en la legalidad.

La propiedad es un derecho

El filósofo inglés John Locke (1632-1704) manifestaría su completo desacuerdo con las ideas de Proudhon y Marx. Locke estudió filosofía en la Universidad de Oxford, experiencia que no le gustó en absoluto. Sus profesores le hicieron perder el tiempo obligándolo a estudiar palabras raras de significados muy confusos. En Oxford le enseñaron a practicar un tipo de filosofía que él consideraba un mero pasatiempo que en la práctica no servía para nada (desgraciadamente, en algunos centros educativos aún se sigue enseñando así la filosofía). A Locke, la pasión por el ejercicio del pensamiento le vino por la lectura de la obra de Descartes, aunque no precisamente porque estuviese de acuerdo con él. Locke se interesó por la física, la química, la medicina, la economía, la política y la economía. Trabajó como médico, profesor y diplomático, entre

otras cosas. Su pensamiento político se encuentra recogido en la Constitución de Estados Unidos y lo vemos en acción cada vez que hay un conflicto entre el presidente y el Congreso.

A Locke se lo considera el padre del liberalismo, una de las corrientes de pensamiento político más importantes. ¿Te gustaría saber si eres liberal? Si quieres descubrirlo, te propongo que hagas el siguiente test:

- Me gusta la frase *Laissez-faire et laissez-passar, le monde va de lui même* («dejen hacer, dejen pasar, el mundo va solo»), con la que se defiende que el Estado debería entrometerse lo menos posible en la vida de los ciudadanos.
Sí (1 punto); no (0 puntos).
- No me gusta que me digan qué debo creer o pensar. Sobre cuestiones de moral y de religión creo que tiene que haber absoluta tolerancia. El Estado no debe legislar sobre estos asuntos ni imponer a los ciudadanos una determinada religión o moral.
Sí (1 punto); no (0 puntos).
- Tengo unos derechos y unas libertades que se deben respetar siempre y en cualquier circunstancia. Ninguna autoridad puede extralimitarse en sus funciones hasta el punto de violar alguno de mis derechos, aunque esto fuese para garantizar la seguridad de todos. Mis vecinos deben respetar igualmente mis derechos, de la misma manera que yo los suyos. La verdadera función que debe tener el Estado es la de garantizar que se cumplan mis derechos.
Sí (1 punto); no (0 puntos).
- Mis propiedades son sagradas y nadie, ni siquiera el Estado, debe usarlas sin mi consentimiento.
Sí (1 punto); no (0 puntos).
- Con mi vida y mis propiedades puedo hacer lo que me dé la gana, siempre y cuando respete las leyes y los derechos de los demás.
Sí (1 punto); no (0 puntos).

- No existen principios morales universales. Lo que una persona cree que es inmoral no tiene por qué parecérmele a mí. Por tanto, no se debe legislar sobre cuestiones morales.
Sí (1 punto); no (0 puntos).
- Sólo yo puedo decidir lo que es valioso o bueno para mí. No necesito a nadie que lo haga en mi lugar.
Sí (1 punto); no (0 puntos).
- Considero que los contratos libres y voluntarios benefician a ambas partes; por tanto, no debe haber leyes que los regulen.
Sí (1 punto); no (0 puntos).
- Los impuestos y el gasto del Estado deben ser bajos. Prefiero tener menos servicios a pagar más impuestos.
Sí (1 punto); no (0 puntos).
- El capitalismo es el mejor sistema para generar riqueza porque premia el esfuerzo y el trabajo.
Sí (1 punto); no (0 puntos).

Si has sacado 10 puntos, rezumas liberalismo por los cuatro costados* y te va a gustar la teoría de Locke sobre el derecho de propiedad. La idea central de esta concepción es que el derecho a la propiedad privada de un bien nace del trabajo. En un principio, los bienes de la naturaleza eran comunes, nada era de nadie y todo era de todos. Pero las cosas sólo se pueden usar cuando trabajamos sobre ellas. Por ejemplo, para poder beber el agua de una fuente necesitarías recogerla con un jarro y para poder comer unas manzanas tendrías que cogerlas del árbol. Tu trabajo ha hecho que lo que antes era de todos ahora te pertenezca sólo a ti. Cuando mezclas tu trabajo con una cosa, la sacas de su estado de «propiedad de todos» para convertirla en tu «propiedad privada». Al recoger una manzana del árbol le añades un valor a la fruta que antes no tenía: tu trabajo. La propiedad de la tierra se adquirió de la misma manera. Cuando el hombre tala los árboles de un bosque, trabaja la tierra y la siembra, ésta y lo que ella produzca le pertenecen. Ninguna tierra da trigo si no se cultiva. Por tanto, de robar, nada de nada. Cuando mangas, lo que realmente estás robando es el trabajo y el esfuerzo de otra persona. Si eres de los

que bajas música y películas de manera ilegal, no quiero contarte lo que te diría Locke al respecto. De hecho, este pensador considera que tenemos un derecho natural a defender nuestras propiedades y castigar las transgresiones.

Existen dos graves problemas con la defensa de la propiedad privada: el primero es que existe el peligro de que algunos se pasen de la raya defendiéndola y castigando. Quizá recuerdes la noticia del yerno de unos joyeros que mató al ladrón que estaba asaltando su casa. El segundo de los problemas es que no todos tenemos la fuerza necesaria para defendernos, especialmente los profesores de filosofía. Por eso las personas decidimos construir el Estado, para que sean sus instituciones las que regulen y garanticen nuestros derechos. La policía y los jueces deben cuidar nuestras propiedades y, si robas, ya sabes a lo que te expones. La madre que usó de manera fraudulenta la tarjeta de crédito que encontró sabía perfectamente lo que estaba haciendo y a lo que se exponía. La policía y los jueces sólo hicieron su trabajo.

Pero cuidado: la teoría de Locke no justifica que nadie tenga derecho a amasar propiedades sin límite. Sólo debemos apropiarnos de aquello que podemos llegar a utilizar. Así, sólo será nuestra la tierra que podamos labrar, sembrar y usar en nuestro propio provecho. Todo lo que exceda de esto pertenece a los demás. La misma naturaleza que nos da la propiedad también nos la limita. Un solo hombre no puede tener derecho de propiedad sobre 34.000 hectáreas, porque ni tiene capacidad de trabajarlas ni podría consumir en una vida todo el fruto que éstas producen; 34.000 hectáreas, 170 veces el Principado de Mónaco, es lo que se calcula que posee el jefe de la Casa de Alba. ¿Es esto un robo?



<https://twitter.com/eledututor/status/1086168191490056192>

#FiloReto_23

¿DECIR
«**YO TAMBIÉN**»
ES LO MISMO
QUE DECIR
«**TE QUIERO**»?

Locke. Frege.
Russell. Wittgenstein

Imagina la siguiente situación: estás muy enamorado de alguien y, por fin, reúnes el valor suficiente para decírselo. Una noche de fiesta aprovechas la ocasión para quedarte a solas con esa persona, mirarla a los ojos y decirle: «Te quiero». Ya has pasado el mal trago, ahora sólo toca esperar su reacción. ¡Estás de suerte! Te coge de la mano y te dice: «Yo también». Os besáis, suena una música romántica, la cámara se mueve con un ligero contrapicado y la pantalla hace un fundido a negro... Todo parece perfecto, pero hay una duda que te asalta: ¿qué habrá querido decir con «yo también»? ¿«Te quiero» y «yo también» significan lo mismo? Calma, no te pongas de los nervios y no tomes ninguna decisión precipitada de la que te puedas arrepentir. Sobre todo, ni se te ocurra hacerle estas preguntas a tu nueva pareja, al menos si quieres conservarla.

¿Se pueden usar diferentes palabras para expresar un mismo significado? ¿Cómo se forma el sentido de las palabras que usamos? ¿Significan las palabras exactamente lo mismo para el oyente y para el hablante? El filósofo inglés John Locke (1632-1704) defendía que las palabras son signos de las ideas que tenemos en la mente; con el lenguaje comunicamos al oyente nuestros pensamientos. Por ejemplo, en un diálogo con tu pareja, tu mente codifica los pensamientos en sonidos y la de tu pareja descodifica estos últimos en forma de pensamientos. Locke creía que las ideas que tenemos en nuestra mente se forman a partir de la experiencia, tanto externa (nuestras percepciones del mundo) como interna (la percepción de nuestra propia mente). Si es así, tienes un problema: ¿cómo puedes saber que cuando tu pareja y tú usáis la palabra *amor* os estáis refiriendo a la misma experiencia? ¿Que utilicéis la misma palabra te garantiza que los dos compartís idéntico significado? ¿Cómo podrías saber que la decodificación que ella ha hecho de tus palabras en su mente es correcta? ¿Su emoción y la tuya son idénticas? Responder a estas preguntas puede ahorrarte largas e insufribles discusiones con tu pareja.

Al filósofo y matemático Gottlob Frege (1848-1925) lo sacaba de sus casillas la ambigüedad del lenguaje. El lenguaje matemático, en cambio, le parecía perfecto, porque cada significado viene representado por un único símbolo, con lo que se hace imposible la confusión. Pero en el lenguaje ordinario no ocurre lo mismo y, por eso, pasa lo que pasa.

Cuando mi amigo Gonzalo era pequeño, su madre lo mandó a la carnicería a comprar y volvió asustado porque había leído en la tienda un cartel que decía: SE VENDE CHORIZO DE LEÓN. La madre tuvo que tranquilizarlo y aclararle que no habían matado al rey de la selva para fabricar embutido. Para explicar por qué se producen confusiones como ésta, Frege creó los términos *sentido* y *referencia*. La referencia es el objeto que designamos con el signo y el sentido son los diferentes modos con los que representamos ese objeto. Por ejemplo, la *estrella matutina* y la *estrella vespertina* son dos modos de presentación del mismo referente: el planeta Venus. Por tanto, puedes continuar besando a tu pareja con total confianza, porque «te quiero» y «yo también» son dos sentidos con el que os estáis refiriendo al mismo objeto: una emoción intensa que sentís el uno hacia el otro, y que causa náuseas y repelús a los que están a vuestro lado.

Frege usó su distinción entre sentido y referencia para analizar los nombres que no tienen referente, como *Pegaso*, *sirena*, *unicornio* o *sueldo justo*. Si el significado de los nombres consistiera sólo en sus referentes, no entenderías a tu hermana pequeña cuando te dice: «Para mi cumpleaños quiero una libreta de unicornios», o a tu futuro jefe cuando afirme ante ti: «En esta empresa tendrás un sueldo justo». Estos nombres tienen significado, aunque no tengan un referente. Por eso, para Frege, el significado de una palabra contiene tanto su referente como sus posibles sentidos. Espera, deja de meterle mano a tu pareja porque la Real Academia de la Lengua Española distingue hasta catorce sentidos diferentes de la palabra *amor*. ¿Estás seguro de que no te va a pasar con el amor lo mismo que le ocurrió a mi amigo Gonzalo con el león? Si quieres despejar todas las dudas, te aconsejo que consultes a dos expertos en los problemas relacionados con la

esencia del lenguaje y el significado de las palabras: Bertrand Russell (1872-1970) y su alumno predilecto, Ludwig Wittgenstein (1889-1951). Ambos tuvieron vidas y personalidades nada convencionales que nos dejaron historias increíbles.

Dos vidas para las que no hay palabras

Russell fue, además de filósofo, matemático, profesor de la Universidad de Cambridge, aristócrata, activista político, pacifista, viajero, emprendedor, escritor, premio Nobel de Literatura y actor (sí, actor; este polifacético filósofo inglés tiene un cameo en un filme de Bollywood de 1967 titulado *Aman*).

Al inicio de sus memorias nos confiesa: «Tres pasiones simples pero abrumadoramente intensas han gobernado mi vida: el ansia de amor, la búsqueda de conocimiento y una insoportable piedad por los sufrimientos de la humanidad». Si tuviésemos que describirlo con pocas palabras podríamos decir que fue un hombre que se apasionó por comprender el mundo en el que vivió y por transformarlo en un lugar mejor. Pero hay una cosa que la prodigiosa mente de Russell nunca llegó a entender: la guerra. En una ocasión escribió: «Había creído que a las personas les gustaba el dinero por encima de todo, pero descubrí que la destrucción les gustaba todavía más».

Russell luchó toda la vida contra las guerras que le tocó vivir y en dos ocasiones tuvo que ir a la cárcel por ello. La primera vez lo encerraron durante seis meses, le retiraron el pasaporte y lo despidieron del Trinity College por defender la objeción de conciencia ante el alistamiento forzoso de jóvenes en la Primera Guerra Mundial. Russell decía que no entendía cómo mucha gente prefería morir antes que pensar. El filósofo aprovechó la temporadita a la sombra para escribir una de sus obras de lógica. No sería la última vez que visitó la cárcel. A los ochenta y nueve años volvieron a meterlo entre rejas por encabezar protestas a favor del desarme nuclear.

Medió en la «crisis de los misiles» entre los gobiernos de Cuba, Estados Unidos y la Unión Soviética. Reunió a un comité de científicos, entre los que se encontraba su amigo Einstein, para detener la fabricación de armas nucleares. Algunos cuentan, y si no fuera del todo cierto hay que decir que la historia es muy buena, que cuando el famoso boxeador Muhammad Ali fue encarcelado por negarse a tomar parte en la guerra de Vietnam, recibió una llamada del profesor Bertrand Russell desde el otro lado del Atlántico que le dijo: «Le felicito, usted me hace sentir orgulloso de la condición humana». La cosa no quedó en una simple llamada: el filósofo se solidarizó con el boxeador y activista político, y le envió una carta con estas palabras, que fueron inspiradoras para el púgil:

En los meses venideros, los gobernantes de Washington van a tratar de perjudicarlo a usted por todos los medios a su alcance, pero usted sabe, estoy seguro de ello, que ha hablado en nombre de su pueblo y en el de todos los oprimidos del mundo que desafían al poder norteamericano. Tratarán de hundirlo porque usted es el símbolo de una fuerza que no pueden aniquilar, es decir: la conciencia, ya despierta, de un pueblo entero resuelto a no seguir siendo diezmado por el miedo y la opresión. Puede usted contar con todo mi apoyo.

Durante la guerra de Vietnam, Russell presidió el tribunal internacional que juzgó los crímenes de guerra perpetrados por el ejército de Estados Unidos. Luchó intensamente por la paz mundial y fue un referente para toda una generación de jóvenes que lo siguieron. No fue un pacifista ingenuo: supo defender la intervención de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial, porque entendió que el fascismo era la mayor amenaza contra la libertad y la democracia. Murió a los noventa y ocho años declarando que su vida le había parecido digna de ser vivida y que volvería a vivirla si se le ofreciera la oportunidad de ello.

Si visitas el Trinity College de Cambridge, podrás ver en sus muros una placa en su honor que dice así:

El tercer conde Russell, O. M., profesor de este colegio, fue particularmente famoso como escritor intérprete de la lógica matemática. Abruado por la amargura humana, en edad avanzada, pero con el entusiasmo de un joven, se dedicó enteramente a la preservación de la paz entre las naciones, hasta que finalmente, distinguido con numerosos honores y con el respeto de todo el mundo, encontró descanso a sus esfuerzos en 1970, a los 98 años de edad.

Una de las características de la personalidad de Russell que más apreciaron sus alumnos y sus compañeros fue su irónico sentido del humor, que nos ha dejado algunas anécdotas maravillosas. Una de ellas cuenta que, durante un debate sobre principios de lógica, Russell afirmó que las afirmaciones condicionales del tipo «si sacas un cinco en el examen estás aprobado» sólo son falsas cuando la condición previa es verdadera y la consecuencia falsa. De esto se deduce que cuando la condición previa es falsa, podemos estar seguros de que la afirmación es verdadera. Su interlocutor le cuestionó con la siguiente pregunta:

—¿Quiere decir usted que si $2 + 2 = 5$, entonces usted es el papa?

Russell improvisó una inteligente, ácida y divertida respuesta que lo convirtió en el papa de Roma:

—Si suponemos que $2 + 2 = 5$, entonces estará de acuerdo conmigo en que si restamos 2 de cada lado obtenemos $2 = 3$. Invertiendo la igualdad y restando 1 de cada lado, da $2 = 1$. Como el papa y yo somos dos personas y $2 = 1$, entonces el papa y yo somos uno, luego yo soy el papa.

Para presentarte a Wittgenstein me gustaría contarte cómo fue su primer encuentro con Russell. Al final de su período inicial de estudio en Cambridge, se acercó al profesor Russell y le dijo:

—¿Sería usted tan amable de decirme si soy un completo idiota o no?

—Mi querido compañero, no lo sé —le replicó Russell—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque si soy un completo idiota, me haré ingeniero aeronáutico; pero, si no lo soy, me dedicaré a la filosofía.

El profesor Russell le pidió que escribiera algo durante las vacaciones sobre algún tema filosófico y que entonces le diría si era un completo idiota o no. Al comienzo del siguiente período lectivo le trajo el trabajo. Después de leer la primera frase, Russell le dijo: «No. Usted no debe hacerse ingeniero aeronáutico».

Wittgenstein también llevó una existencia extraordinaria. Nació en una de las familias más ricas de Europa, pero renunció a su herencia, convencido de que el dinero envilece a las personas, y eligió vivir modestamente. Tras terminar los estudios universitarios decidió alejarse del mundo por un tiempo y se construyó una cabaña en un fiordo noruego. Sus primeros pensamientos filosóficos los escribió mientras disparaba bombas: combatió en la artillería austríaca durante la Primera Guerra Mundial. En el macuto llevaba una libreta en la que iba anotando sus ideas. Los italianos lo capturaron, quizá porque estaba más pendiente de la filosofía que de las bombas, y Wittgenstein aprovechó el cautiverio para ordenar sus papeles y enviárselos a Russell. Ese cuaderno de guerra era el *Tractatus logico-philosophicus*, una de las obras de filosofía más importantes y en la que el joven soldado afirmaba haber resuelto todos los problemas filosóficos (la modestia no era una de sus virtudes). Trabajó como jardinero en un convento, se sacó el título de maestro y dio clases a niños en una escuela rural. También hizo de arquitecto para su hermana: el edificio que construyó sigue siendo hoy día un modelo que arquitectura racionalista. Ante la insistencia de sus amigos, volvió a Cambridge para dar clase a un grupo muy reducido y selecto de alumnos, entre los que se encontraba su maestro Russell. En 1947 renunció a su cátedra en la universidad y se marchó a vivir a la costa irlandesa para trabajar tranquilamente en su segunda gran obra, *Las investigaciones filosóficas*, y allí lo pilló un cáncer que terminó acabando con su vida. Cuentan que las últimas palabras que pronunció, dirigidas a su médico, fueron: «Dígales que he tenido una vida maravillosa».

El único que entiende el significado de «te quiero» cuando sale de tu boca eres tú

Hechas las debidas presentaciones, comencemos preguntándole a Russell qué ha querido decir en realidad tu ser amado con su «yo también». El filósofo inglés estudió la estructura lógica de nuestro lenguaje y comprobó que es idéntica a la estructura del mundo. El lenguaje es como un espejo con el que los seres humanos podemos reflejar el mundo. Cada nombre que usas tiene como referente un objeto particular y cada predicado, una propiedad. A diferencia de Frege, Russell entiende que el significado de los nombres es sólo su referente. Cuando hablas, describes los hechos que ocurren en el mundo. Si tu descripción tiene como referente un hecho, es verdadera; si no, falsa. Pongamos un ejemplo, la oración «El actual rey de Francia es calvo» sería falsa, porque no hay ningún objeto de la realidad que se corresponda con la descripción que acabamos de hacer. Podrás comprobar por tu experiencia que es igual de falsa la expresión «el elevado sueldo de los profesores de filosofía».

Para Russell existen dos tipos de conocimiento: uno directo o por familiaridad y otro, por descripción. El primero consiste en un contacto directo con el objeto conocido, es decir, en conocer cosas. Por ejemplo, si digo que «mi amiga María conoce a Messi», lo que estoy afirmando es que ella conoce personalmente al jugador de fútbol. Como podrás deducir, este tipo de saber requiere datos aportados por los sentidos. En cambio, el conocimiento por descripción se produce a través de una fuente, o bien por deducción. No es relativo a cosas, sino a verdades. Si digo que «Mi amigo Juan sabe que Messi es argentino», no me estoy refiriendo a que él tenga el placer de conocer en persona a este jugador, sino a que Juan sabe que esa parte de la afirmación es verdadera. Sé que no es el momento de ponernos a hablar de fútbol pero, confía en mí, porque estamos a un paso de descubrir el significado de las palabras de tu pareja.

En el lenguaje ordinario, el significado de una palabra es el conocimiento directo del objeto al que se hace referencia, es decir, los datos sensibles pasados y las vivencias que has tenido de ese objeto y que conservas en la memoria. Por ejemplo, cuando dices «lentejas», el significado que das a esa palabra es el de todos los recuerdos de las veces que has comido este plato que, si querías lo

comías, y si no, también. Sigamos hablando de lentejas, que pronto entenderás por qué. Por todos es sabido que en cada casa las lentejas saben diferentes. Si alguna vez has comido en casa de un amigo y te han servido lentejas, habrás comprobado que no se cocinan exactamente igual que en tu hogar. Incluso puede darse el caso de que dos comensales estén comiendo el mismo plato y uno tenga la sensación de que está soso mientras que el otro percibe que se encuentra en su punto. Imagina, por ejemplo, que tengo un trauma infantil con este plato porque de pequeño me obligaban a tomármelo en el comedor del colegio; si esto fuese así, en mi caso el significado de la palabra *lenteja* incluiría el trauma.

La conclusión que sacamos de todo esto es que el término *lentejas* no significa lo mismo para todas las personas. Las palabras representan las percepciones del hablante, que pueden ser diferentes a las del oyente. Nuestro lenguaje ordinario es ambiguo; puede entenderse de varios modos o admitir distintas interpretaciones y dar, por consiguiente, lugar a dudas, incertidumbre o confusión. Para que podamos comunicarnos, necesitamos jugar con esta ambigüedad. Así, el hablante y el oyente usan las mismas palabras para hacer referencia a sus experiencias, que no tienen por qué ser idénticas. Pero si construyésemos un lenguaje que buscara la perfección sería privado del hablante, porque el significado de las palabras sólo haría referencia a sus percepciones y vivencias.

El único que entiende de verdad el significado de la expresión «te quiero» cuando sale de tu boca eres tú. Tu lenguaje describe las experiencias internas que sólo tú puedes interpretar. Así que vete preparando, porque lo normal en una relación de pareja es que, aunque haya mucho amor, no lo entendáis los dos de la misma manera y os enzarzáis en discusiones que serán auténticos diálogos de besugos. Cuando lleguen las broncas, recuerda que, aunque uséis las mismas palabras, posiblemente os estéis refiriendo a realidades bien distintas. Cuando tu pareja te dice «te quiero» hace referencia a un sentimiento que tiene hacia ti, pero también a las experiencias anteriores y a lo que ha podido vivir en casa. En conciencia, no deberíamos decir «yo también», como si diéramos

por hecho que nuestras vivencias son las mismas. Por otro lado, si la cosa se pone fea y él o ella te echa en cara que te amó y que tú no le correspondiste, siempre puedes tirar de la teoría del significado de Russell para escurrir el bulto. Pero ten cuidado, cerciórate antes de que no haya leído al filósofo austríaco Ludwig Wittgenstein (1889-1951), porque este discípulo de Russell no comparte la teoría del «lenguaje privado» de su maestro.

Para Wittgenstein, el lenguaje no está constituido por palabras que se refieran a lo que sólo puede ser conocido por el hablante, a sus sensaciones inmediatas y privadas, de tal manera que ninguna otra persona podría realmente entender ese supuesto lenguaje. Que existan vivencias privadas no implica que exista un lenguaje privado. Si los nombres de las emociones adquiriesen el significado de esta manera, no podríamos entendernos cuando hablamos entre nosotros, y no parece que sea así.

Hablar es pintar con palabras

Para explicar cómo funciona el lenguaje, Wittgenstein elaboró lo que se conoce como la *teoría pictórica del significado*. Nuestras palabras son representaciones de las cosas del mundo, como una fotografía representa a una persona, un mapa a un territorio o una partitura a una melodía. Una representación es una realidad que sustituye y refleja otra. El pintor René Magritte ilustró muy bien esta idea con un cuadro de una serie titulada «La traición de las imágenes» en el que aparece pintada una pipa de fumar junto a la siguiente inscripción en francés: ESTO NO ES UNA PIPA, y es cierto, eso no es una pipa, sino la representación de una pipa. Hablar es pintar con palabras una realidad que funciona como modelo. Esta idea se le ocurrió al filósofo austríaco cuando leyó que en los tribunales de justicia de París se usaban coches de juguete para representar cómo había ocurrido un accidente de tráfico. Se preguntó: ¿cómo es posible que los seres humanos podamos representar lo que ocurre en el mundo con palabras? La idea que tuvo fue que la estructura lógica del lenguaje y la del mundo son idénticas. Por eso, una figura que no

tiene forma lógica no representa nada: por ejemplo, una pintura abstracta como las de Pollock. ¿Qué haces cuando dices «te quiero» a tu ser amado? Pintas con palabras tu amor hacia él. ¿Qué hace él cuando te responde «yo también»? Esculpe con los sonidos que emiten sus cuerdas vocales una escultura que representa el amor que está teniendo lugar en su interior.

Juega con las palabras, no con mis sentimientos

¿Te ha gustado la teoría pictórica del significado? Porque si no es así, no te preocupes, que Wittgenstein tiene otra alternativa. Tras un largo período de reflexión y después de su experiencia dando clases a niños en una escuela de primaria, Wittgenstein desechó la teoría del significado y propuso otra (¡será por teorías!). El filósofo austríaco comprobó que las palabras no sólo sirven para representar el mundo, sino que con ellas también contamos chistes, hacemos ironías, rezamos, mentimos, contamos cuentos, etcétera. Wittgenstein entendió que las palabras son como las herramientas de un taller: sabemos su significado cuando conocemos su uso.

La esencia del lenguaje no es la estructura lógica, sino la función. La nueva imagen que usó Wittgenstein para explicarlo fue la del juego. A éste lo definen las reglas y los usos. Compara tus palabras con las piezas del ajedrez: el peón, por ejemplo, no se define por el material del que está hecho, su tamaño o su color, sino por las reglas de uso y los posibles movimientos. Pues con las palabras sucede exactamente lo mismo. Sin embargo, Wittgenstein nos advierte que con los peones podemos jugar a otros juegos o inventarnos uno nuevo. De la misma manera, el significado de una palabra son los diferentes usos que podemos darle. Entender el significado de una expresión lingüística implica comprender a qué juego estamos jugando. Si acaban de decirte «Yo también» justo después de declarar tu amor y antes de lanzarte a besar, deberías valorar si estáis jugando a la ironía, al sarcasmo, a la mentira, a la compasión... No vaya a ser que te hagan una «cobra» de las que dejan la autoestima por los suelos.



<https://twitter.com/eledututor/status/1086218108166172672>

#FiloReto_24

**SI TE
QUEDASES
EMBARAZADA,
¿ABORTARÍAS?**

Adela Cortina. Julián Marías.
Judith Jarvis Thomson

Imaginemos que vas al médico porque llevas unos días con vómitos y tienes un retraso en la regla. Los resultados de los análisis muestran que estás embarazada. No entiendes cómo ha sido posible, porque tomaste todas las debidas precauciones, pero algo debió fallar. El mundo se te viene encima; eres demasiado joven para ser madre. Tienes miedo y no sabes qué hacer. Piensas que el aborto podría ser una solución, pero tienes serias dudas: ¿tienes derecho a ello? ¿Cómo justificarías ese derecho? ¿En qué condiciones te sería éticamente aceptable abortar? ¿Es una elección que debes hacer tú sola? ¿Te compete sólo a ti o debería poder intervenir también el posible padre?

Las reglas del debate

El aborto es uno de los problemas filosóficos más serios y uno de los temas más delicados en nuestra sociedad. Si quieres abrir un diálogo con tus amigos, es conveniente que fijéis unas normas para que el debate llegue a ser racional y fructífero. Quizá os pueda ayudar esta lista de reglas basada en las recomendaciones que da la filósofa española Adela Cortina:

- Las personas que tienen una opinión diferente a la tuya en este asunto no son perversas.
- No insultes. No taches a tu compañero en el diálogo de «defender la cultura de la muerte» o de «estar en contra de las mujeres». Puede que haya excepciones, pero ni los que apoyan el aborto defienden la cultura de la muerte ni quienes quieren ilegalizarlo están en contra de las mujeres.
- No pongas etiquetas. En este tema no hay ni conservadores retrógrados ni progres irresponsables. Se suelen usar este tipo de etiquetas para no escuchar los argumentos de tu interlocutor.
- No expulses del diálogo a un varón. El embarazo es una cosa de dos y sería machista dejar sólo en manos de las mujeres tanto la decisión como la responsabilidad.

- Haz el esfuerzo de pensar que el otro puede estar expresando un punto de vista razonable, aunque no lo compartas.
- Puede haber desacuerdos; no tenéis por qué renunciar a todas vuestras convicciones.
- Tenéis que intentar llegar a puntos de encuentro: unos mínimos éticos que podrían regular la vida de todos.

Propuestas las normas para el diálogo, me gustaría presentarte a dos filósofos que han desarrollado argumentos interesantes que pueden ayudarte a tomar una decisión. El primero de ellos es el pensador español Julián Marías (1914-2005); la segunda es la norteamericana Judith Jarvis Thomson (1929).

En tu cuerpo se aloja una persona, no un tumor

A Julián Marías le hicieron la vida imposible hasta tal punto por criticar el franquismo que, para poder dar clases de filosofía y publicar sus ideas, tuvo que marcharse de España. Podía haberse callado y obtener con su silencio una cátedra en la Universidad de Madrid, pero en su infancia hizo un pacto con su hermano mayor, por el que se comprometieron a luchar por la verdad. El filósofo confesó no haber mentado nunca desde ese día y tener una gran antipatía por la mentira. El reconocimiento por haber sido un gran defensor de la libertad y de la democracia le vino cuando, en 1977, lo nombraron senador de las Cortes Constituyentes durante la Transición. Fue un gran apasionado del cine y, de hecho, lo usó para enseñar filosofía porque, como le mostró su maestro Ortega y Gasset, «ver es pensar con los ojos». Su pasión siempre fue la actriz Greta Garbo, hasta tal punto que, cuando vivía en Estados Unidos, pasaba largos ratos en Central Park porque le dijeron que ella solía pasear por allí, pero no hubo suerte. A Julián Marías lo describieron como un señor bueno y amable con risa de sabio y unas enormes cejas sobre unos ojos muy azules.

Si el sabio Julián Marías pudiera acompañarte en esta encrucijada en la que te encuentras, no sería complaciente contigo, pero sí sincero. Para Julián Marías, si queremos llegar a un punto de encuentro en este asunto del aborto lo primero que tenemos que hacer es dejar a un lado las creencias religiosas y las ideologías, porque no estaría bien que yo te quisiese imponer mi «moral particular»; no tendría ningún derecho a ello. Podríamos intentar resolver el problema desde la ciencia, pero este tipo de conocimientos no son accesibles a todos y muchos quedarían excluidos del debate. Además, a veces la ciencia es para algunos una religión y no admiten determinadas posiciones por «fe en la ciencia»: si algo es científico, entonces es bueno y no es necesario examinarlo previamente.

Entonces, ¿qué? Lo que te propone Julián Marías es que nos acerquemos a la realidad del aborto identificando lo que observamos, lo que vivimos y lo que experimentamos. Intentemos describir lo evidente, abriendo los ojos y no dando la espalda a la realidad; refiramos sólo lo que nos encontramos, tal y como lo hallamos. Dejemos a un lado nuestros prejuicios religiosos, ideológicos o científicos. Para ello podemos analizar el uso que hacemos de la lengua: cualquiera de nosotros distingue en qué casos debemos hablar de «cosa» y en cuáles de «persona». Es más, si alguien se confundiese en el uso de estas palabras, nos chirriarían los oídos. Imagina que desde fuera de una habitación llaman con los nudillos a la puerta y un estudiante de intercambio, con una cara de guiri que no puede con ella, responde «¿qué es?». Si somos buenas personas y queremos ayudar al guiri a usar correctamente español, le corregiremos y le enseñaremos que tenía que haber preguntado «¿quién es?».

Lo que tienes en tu cuerpo no es un «que», sino un «quien»; no es una cosa, sino una persona. A ese «quien» debemos llamarlo tú, porque llegará algún día a decir «yo». El feto no es una parte de tu cuerpo, sino que está «alojado» e «implantado» en ti. Reflexiona sobre el hecho de que tú no dices «mi cuerpo está embarazado», sino que sueles decir «estoy embarazada». Estar embarazada es algo absolutamente distinto a tener un tumor y esta radical

diferencia la marca la propia lengua: no se dice «me va a nacer un tumor» o «estoy embarazada de un tumor». El tumor es tu cuerpo y te pertenece porque forma parte de ti. No se trata de ninguna realidad independiente de ti, pero el feto que tienes alojado en tu vientre sí es una realidad, aún no viviente, pero que llegará a serlo si no lo paramos; en cambio, el tumor jamás se convertirá en esto, por mucho que le permitamos que se desarrolle. Algunos podrían llegar a insinuarte que este feto no es una persona porque no puede comunicarse, razonar, conocer o tomar decisiones. Como el feto no es capaz de hacer nada de esto ni tiene una vida de persona, entonces no es una persona. Pero podríamos decir lo mismo del niño recién nacido y, entonces, no habría nada malo en interrumpir la vida de un infante durante sus primeros meses, la de un hombre adulto que está en coma, la de un enfermo que se encuentra anestesiado durante una operación o la de alguien que pierde el conocimiento, etcétera. Si piensas de esta manera, deberías mantener la misma idea en todos los casos. No es coherente defender que sólo está bien matar a un niño cuando está oculto en tu vientre y no lo ves.

Este niño que aún no ha nacido es una realidad que está viniendo y que llegará a ser, si no la matas por el camino. No es lógico justificar la muerte del feto con el argumento de que aún no es una persona, de que todavía está en proceso, porque ¿quién de nosotros está acabado? ¿Quién ha concluido su proyecto? ¿No es vivir precisamente ir construyéndose como persona?

Hagas lo que hagas, llama a las cosas por su nombre y no uses expresiones hipócritas como *interrupción del embarazo* para referirte a un aborto. Los que defienden la pena de muerte no tienen tantos problemas para llamar al «pan, pan y al vino, vino». Cuando se ahorca a alguien, a nadie se le ocurre decir que estamos «interrumpiendo su respiración», como si al cabo de un rato pudiese recuperarla. Cuando se ahorca, no se interrumpe la respiración del condenado, se lo mata. Si abortas, no vas a interrumpir el embarazo, vas a matar a alguien.

¿Has consultado con el padre? Porque la decisión no debería ser exclusivamente tuya. No sería justo que, si decides abortar, el padre no pueda decir nada sobre la muerte de su hijo. El niño que tienes en tu seno no es una cosa que te pertenece, no es un objeto ni un tumor que se puede extirpar. El niño no es tu cuerpo, sino alguien con un cuerpo implantado en el tuyo. No existe el derecho a disponer de tu propio cuerpo como te venga en gana. Si aparecieses con un bote de gasolina en mitad de una plaza, habiendo decidido quemarte a lo bonzo, todos los que allí se encuentran harían lo posible para evitarlo y la policía te detendría por la fuerza. Imagina qué debería hacer la autoridad si no pretendieses quemar tu propio cuerpo, sino el de otra persona.

El error del aborto consiste en despersonalizar al ser humano. Los que defendían la esclavitud lo hacían porque quitaban a otros seres humanos la categoría de personas y los trataban como objetos. Pero si, en vez de tratar al niño como una cosa o como un tumor, usas el «tú» y el «yo», toda justificación ideológica se caerá y lo que quedará ante ti es una monstruosa realidad. La aceptación social del aborto no es un avance, sino una regresión en nuestra historia de progreso como humanidad; sería algo parecido a volver a tolerar la tortura o la esclavitud.

El experimento del cantante de OT

Escucha ahora lo que tiene que decirte Judith Jarvis Thomson. Esta profesora de filosofía moral del Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT, por sus siglas en inglés) tomó partido en los debates sobre las leyes del aborto en Estados Unidos con un famoso artículo titulado «Una defensa del aborto», que dio mucho que hablar y que pensar. Si la profesora Thomson tomase la palabra, te diría que incluso aceptando que el feto que llevas en tu vientre es una persona, y que tiene derecho a la vida, no por ello estás obligada a tenerlo. Puedes abortar si ése es tu deseo, siempre que cumplas una serie de condiciones.

La profesora Thomson comenzaría analizando las premisas que componen el argumento que usó Julián Marías para disuadirte de abortar. Podemos resumirlo de la siguiente manera:

- El feto es una persona desde el momento de la concepción.
- Toda persona tiene derecho a la vida. De modo que todo feto tiene derecho a la vida.
- Tienes derecho a decidir sobre lo que ocurre en tu cuerpo.
- El derecho a la vida es más importante que el derecho a decidir sobre lo que ocurre en tu cuerpo.
- Por tanto, no se pueden matar fetos.

La profesora Thomson te diría que, aunque este argumento parece convincente, si lo analizamos con detenimiento descubriremos que realmente no es válido. Para desmontarlo, diseñó un famoso experimento mental. Estos últimos son recursos que usan algunos filósofos y científicos para comprender y explicar un fenómeno. Se diseña una situación hipotética en la que probar las consecuencias lógicas de nuestras afirmaciones. Afortunadamente, como entenderás enseguida, no hay necesidad de ejecutarlos, sólo son un mero instrumento para justificar o rechazar una determinada teoría. Dicho lo cual, te presento el «experimento del cantante de *Operación Triunfo*»:^{*}

Despiertas una agradable mañana y te encuentras compartiendo habitación de hospital con el ganador de la última edición de *Operación Triunfo*. A esta estrella de la voz se le ha descubierto una grave enfermedad renal que lo matará en unos meses. El club de fans del cantante ha consultado los archivos médicos y ha descubierto que tú eres la única persona compatible para ayudarlo. Por esa razón te han secuestrado y han conectado el sistema circulatorio del cantante al tuyo, de modo que tus riñones puedan limpiar la sangre del cantante, además de la tuya propia. Una vez que descubres el pastel, el director del hospital te dice: «Sentimos mucho que el club de fans le haya hecho esto. Si lo hubiésemos sabido antes, no lo hubiésemos permitido. Pero ya está hecho y el cantante está conectado ahora a usted. Si lo

desenchufamos ahora, él morirá. Pero no se preocupe, esta incómoda situación sólo durará nueve meses. Después de ese período de tiempo ya será seguro hacer la desconexión sin ningún peligro para él».

La pregunta que quiero que respondas es: ¿estás obligada moralmente a aceptar esa situación? No hay duda de que serías una persona generosa si lo hicieras. Pero ¿estás obligada a hacerlo? ¿Qué sucedería si el director del hospital te dijera: «Has tenido mala suerte, todo esto es muy lamentable y te compadezco de verdad, pero ahora tienes que quedarte en la cama, conectada al cantante, durante nueve meses, porque recuerda que:

- El cantante es una persona.
- Toda persona tiene derecho a la vida. De modo que el cantante tiene derecho a la vida.
- Tienes derecho a decidir sobre lo que ocurre en tu cuerpo.
- El derecho a la vida es más importante que el derecho a decidir sobre lo que ocurre en tu cuerpo.
- Por tanto, no se te puede desconectar del cantante».

Obligarte a ello es una monstruosidad y esto prueba que existe algún fallo en el razonamiento que esgrimen los que quieren convencerte de que no tienes derecho a abortar. Si hay algo en el mundo que creo que es cierto es que si extendieses la mano y te desconectases del cantante no cometerías ningún asesinato. Del hecho de que el cantante necesite para seguir viviendo el uso continuo de tus riñones durante nueve meses no se sigue que tenga derecho a hacerlo. Nadie tiene derecho a usar tu cuerpo a no ser que tú se lo concedas. Si cedieses el uso de tus riñones para salvar la vida del cantante, llevarías a cabo un gesto de una gran generosidad, pero no es algo que nadie pueda reclamar como un derecho.

Tener derecho a la vida no garantiza que alguien pueda usar tu cuerpo aunque lo necesite para seguir viviendo. El feto y tú no sois como dos inquilinos compartiendo una casa diminuta que por un

error lamentable os han alquilado a ambos: tú eres la dueña de la vivienda. Por tanto, el derecho a la vida no sirve para argumentar que no tienes derecho a abortar.

Examinemos más detenidamente el asunto: ¿qué significa tener derecho a la vida? Muchos lo definen como el derecho a recibir lo mínimo que se necesita para continuar con la vida. ¿Y si el mínimo que alguien necesita para que su vida continúe es algo que no tiene derecho a recibir? Analicemos otro experimento mental que podríamos denominar *la fría mano de Mario Casas*:*

Imaginemos que estoy enferma de muerte y que lo único que podría salvarme la vida es el roce de la fría mano de Mario Casas sobre mi frente. Sería un gesto de bondad que él decidiese cruzar el Atlántico para salvarme. No sería tan maravilloso que mis amigos secuestraran al pobre Mario Casas. Que yo la necesite para salvar mi vida no me da ningún derecho sobre la mano de Mario Casas (en todos los sentidos). No quiero decir que la gente no tenga derecho a la vida, sólo afirmo que esto no da el derecho a usar el cuerpo de otra persona.

Seguro que a estas alturas han intentado convencerte de que no tienes derecho a abortar diciéndote cosas como éstas: «Tenías que haberlo pensado antes»; «Si eres lo bastante mayor para el sexo, también lo eres para ser madre»; «Deberías haber previsto que tras el coito hay posibilidades de quedarse embarazada y, por tanto, eres responsable de la presencia del feto en tu cuerpo. Ahora apechuga con las consecuencias». Para ellos tengo el siguiente argumento por analogía* que denomino *el argumento del ladrón*:

Imaginemos que abro las ventanas de mi habitación para airearla y un ladrón se cuela por ellas. Sería absurdo afirmar que soy responsable de que haya entrado porque al abrir la ventana tenía que haber previsto que existía la posibilidad de que un ladrón se metiese por ella. Es una estupidez afirmar que al abrir la ventana le he dado al ladrón el derecho de usar mi casa y que ya no puedo echarlo de ella. Mucho más absurdo sería si alguien defendiese esto mismo, aunque yo tuviese instalado un sistema de seguridad en la casa que no funcionó por un defecto de fábrica.

Judith Jarvis Thomson concluiría diciéndote que el aborto es permisible, aunque no en todos los casos. Por ejemplo, sería despreciable que lo llevaras a cabo en el séptimo mes de embarazo porque te ha salido la oportunidad de hacer el viaje de tus sueños y no quieres posponerlo. Pero no es tu caso; por eso, nadie puede exigirte que sacrifiques tu salud, tu proyecto de vida y tus compromisos durante nueve meses para mantener con vida a otra persona.



<https://twitter.com/eledututor/status/1086690847314374656>

#FiloReto_25

¿LAS GALAS DE
OPERACIÓN
TRIUNFO
SON ARTE?

Aristóteles. Gorgias.
Theodor Adorno

¡Por fin la gran gala final de *OT*! Llevas todo un año esperando este momento. Conectas el televisor al equipo de sonido y te cercioras de que todo funciona correctamente. Comienzan a llegar tus amigos a casa; compartís comentarios, pronósticos y nervios. La sintonía de cabecera suena; los presentadores salen al escenario y mandas callar a todos con gestos. Los artistas que admiras van interpretando tus canciones favoritas y tú les haces los coros desde el salón de casa. Su música es tu voz. Cada nota y cada letra ponen banda sonora a tu vida. Todo comienza a cobrar sentido. Te involucras emocionalmente: tu alma se eleva y tu cuerpo baila como si no hubiera un mañana.

Todos te acompañan en esta locura que te hace feliz... menos el novio de una amiga. Ese idiota con gafas de sabelotodo, que estudia en el conservatorio, lleva toda la noche quejándose: que si la versión original de la canción es mucho mejor, que si ese arreglo no le pega, que si esa voz no tiene el timbre adecuado, etcétera. Te arrepientes de haber invitado al imbécil del novio de tu amiga, pero mantienes la compostura porque no quieres que te arruine la noche que llevas esperando durante todo un año. Pero los caballos de la ira se desbocan cuando suelta en mitad del salón de «tu» casa: «Esto de *OT* no está mal, pero es mucho mejor una ópera. Eso sí que es arte». Tu novio, que te conoce bien, te aparta de los objetos arrojadizos. Aplastas el vaso de plástico que tienes entre las manos porque hacerlo con la garganta del «gafapasta» es ilegal y le preguntas qué ha querido decir. Él, después de informarte de sus años de estudio de música, aunque nadie se lo haya preguntado, te responde: «Bueno, ya sabes, esto de *OT* está bien, puede gustar más o menos, es divertido, pero el arte es otra cosa».

¿Tiene razón el hípster? ¿No toda la música es arte? ¿Qué hace que una canción se convierta en arte? ¿Qué es el arte? ¿Cuál es su función? ¿Por qué hay gente que llama *arte* a cosas que no divierten o no emocionan? ¿Que me guste una canción la convierte en arte? ¿Puede tener valor artístico algo que no me gusta? ¿Tiene que haber belleza en una canción? ¿El valor artístico de una canción es objetivo o subjetivo?

OT y el arte de imitar

Si Aristóteles hubiese estado en el salón de tu casa, habría disfrutado con la música de OT y le enseñaría un par de cosas sobre arte al novio de tu amiga. Este filósofo griego definió la obra de arte como una mimesis, es decir, como una reproducción o una imitación que termina o perfecciona el original. Así, las artes se diferencian entre sí por los medios que usan para llevar a cabo la imitación: el poeta imita con palabras y el pintor con imágenes. Se trata de algo connatural al ser humano que nos diferencia de los animales y que practicamos desde la infancia. Observa, por ejemplo, cómo a través de la imitación adquirimos nuestros conocimientos. Admiramos la imitación porque, aunque nos desagrade la reproducción de una imagen, si está ejecutada con la mayor fidelidad posible, puede llegar a gustarnos.

Aristóteles señala que uno de los aspectos para considerar como buena a una obra de arte es su fidelidad con respecto al original. Esta idea aristotélica del arte es la que lleva a que algunos admiren las plantas artificiales de IKEA por parecer «de verdad». La maestría del artista se pone de manifiesto cuando nos hace creer que la ficción es realidad; para ello se necesita un dominio de las técnicas propias del arte que se está ejecutando, del que los cantantes de OT van más que sobrados.

El historiador romano Plinio el Viejo (23-79) nos narra un relato que es una muy buena ilustración de esta idea del arte como mimesis: el famoso combate entre Zeuxis de Heraclea y Parrasio de Éfeso, los dos pintores más célebres de la Antigua Grecia. Cuentan que su rivalidad era tan grande que pactaron que cada uno pintaría su mejor obra y un juez imparcial decidiría quién de los dos era el mejor. Ambos pintores se presentaron el día de la competición con sus pinturas cubiertas por un velo. El juez pidió a Zeuxis que fuese el primero en quitar la tela y enseñar su obra, y éste mostró su pintura, convencido de que sería el ganador. Todos los presentes quedaron asombrados al contemplar un racimo de uvas tan perfecto y apetecible que las aves del cielo creyeron que era de verdad y se pusieron a picotearlo. La gente aplaudió y aclamó a Zeuxis,

convencidos de que había ganado la competición, pues ninguna pintura podría superar el realismo de su obra. El juez ordenó a Parrasio que descubriese lo que había pintado, pero éste hizo oídos sordos a sus palabras. Zeuxis, impaciente por ser proclamado ganador, se acercó al cuadro, fue a tirar de la tela y descubrió que ésta era la propia pintura. No esperó a la decisión del juez y proclamó: «He perdido esta competición porque yo he engañado a los pájaros, pero Parrasio lo ha hecho conmigo». Las técnicas pictóricas de Zeuxis habían embaucado a unos animales, pero las de Parrasio habían engañado al segundo mejor pintor de Grecia.

OT, el arte de entretener y el arte de engañar

Los antiguos griegos también entendieron que la función de la obra de arte debe ser entretenernos. Para el filósofo Gorgias (490-381 a. C.), el arte debe darnos placer y entusiasmanos. Si llevases a este filósofo a ver una película de autor considerada una obra maestra por la crítica pero que le aburriese, te diría que eso no es cine y te obligaría a devolverle el dinero de la entrada. Para Gorgias, el arte no puede exigirnos un esfuerzo intelectual tan grande que sólo unos pocos puedan llegar a entenderlo. Uno va al cine a gozar y divertirse, no a que le den clase y lo hagan sufrir. Cualquiera debería poder disfrutar de una obra de arte, y no tiene sentido que para eso necesite previamente leer «un libro de instrucciones» si quiere entender lo que ha querido transmitir el autor. La auténtica obra de arte es la que tiene la capacidad de producir emociones en cualquier tipo de público y agitar sus sentimientos. Gorgias admiraría la música de *OT* por la capacidad que tiene de emocionar a un público numeroso y heterogéneo.

Para este filósofo griego, la otra característica que debe tener una auténtica obra para ser considerada arte es la capacidad de engañar al público. Como consecuencia, el mejor artista será el que nos engañe con más habilidad. Así que atención: si te pillan en una infidelidad, siempre puedes argumentar que lo haces «por amor al arte». Para comprobar la tesis de Gorgias analiza, por ejemplo, lo

que nos ocurre con el cine: uno de los defectos que provoca que una película te parezca mala es que no puedas creerte la ficción que te están contando. Lo mismo sucede con los actores: decimos que una interpretación es pésima cuando no nos la creemos. En cambio, en una buena película, aunque también somos conscientes de la ilusión, la ficción está tan bien construida y nos parece tan real que nos dejamos embaucar por el artista. Cuando un cantante de *OT* interpreta una canción de amor no nos importa si realmente está enamorado porque lo que admiramos es su capacidad para hacernos sentir que ese sentimiento es tan real como la bella voz que oímos en ese momento. El poeta portugués Fernando Pessoa supo explicar esta idea del arte con estos versos:

*El poeta es un fingidor.
Finge tan completamente
que hasta finge que es dolor
el dolor que en verdad siente.
Y, en el dolor que han leído,
a leer sus lectores vienen,
no los dos que él ha tenido,
sino sólo el que no tienen.
Y así en la vida se mete,
distrayendo a la razón,
y gira, el tren de juguete
que se llama corazón.*

Son muchas las películas que han reflexionado sobre qué es y qué no es arte, pero te recomiendo especialmente que veas *F de falso* (1974), una de las últimas obras de Orson Welles. La cinta trata sobre tres farsantes: el autor de una falsa autobiografía, un pintor especialista en falsificaciones y el propio Orson Welles, que nos regala un documental en el que es casi imposible distinguir lo verdadero de lo falso. En esta película, Welles lleva a cabo una crítica durísima hacia los supuestos «expertos» que deciden por nosotros qué es y qué no es arte. Para el director, cualquier persona tiene la capacidad de formarse una opinión sobre una obra; el problema viene cuando alguien quiere que su opinión sea la

correcta frente a la de los demás. Los supuestos «expertos» pretenden imponernos a los mortales cómo debemos percibir el arte. Si, por ejemplo, un «experto» considera que la música de *OT* es mala y tú discrepas de él, te tratará como a un necio que no tiene ni idea de arte; lo mismo sucedería a la inversa: si el «gafapasta» considera que las óperas de Wagner son lo más grandioso en la historia de la música y tú opinas que son una agotadora tortura por aburrimiento, te acusarán de no saber nada de música. El valor de una obra de arte depende de la opinión que tengamos sobre ella y, a su vez, esta última lo hace de lo que digan los expertos. Orson Welles reaccionó contra este elitismo. Su película nos muestra cómo los supuestos expertos son engañados por los falsificadores y nos lanza esta pregunta: ¿quién es ahora el experto y quién el ignorante?

OT es un producto comercial, no es arte

Pero no todo el mundo estaría de acuerdo en que la música de *OT* es arte. Uno de los pensadores que coincidirían con el novio de tu amiga es el alemán Theodor Adorno (1903-1969), un filósofo que sentía una auténtica pasión por la música porque también fue compositor. De hecho, la música vivía en su casa mucho antes de que él naciese; su madre fue cantante de ópera y su tía materna, concertista de piano. En uno de sus ensayos, *A cuatro manos*, el filósofo rememora un recuerdo de su infancia en el que estas dos mujeres se sentaban juntas a tocar el piano. Esta imagen es para Adorno un símbolo de cómo deberíamos convivir los seres humanos: dos personas creando algo juntas, sin tener que sacrificar su particular manera de ser.* La cantante y la pianista se encargaron de que su formación musical fuese tan exquisita que, con tan sólo diecinueve añitos, Adorno comenzó a publicar sus primeras críticas musicales a nivel profesional. El filósofo alemán se apasionó por la música vanguardista que se estaba creando en los años veinte y la defendió con uñas y dientes a pesar de las duras críticas que esta nueva forma de componer estaba recibiendo. La música que le

gustaba a Adorno era dodecafónica y atonal, un estilo que sólo pueden apreciar las personas que poseen una amplia formación musical. Si no quieres sufrir una muerte social, te aconsejo que no pinches una pieza de este estilo en la próxima fiesta a la que te inviten.

La otra pasión de Adorno fue la filosofía, que nunca desligó de la música: llegó a escribir obras como *Filosofía de la nueva música* o *El cine y la música*. Formó parte del grupo de filósofos de la Escuela de Fráncfort. Recuerda que este conjunto de pensadores usó las ciencias sociales para analizar nuestra sociedad capitalista. Los pensadores de la Escuela de Fráncfort intentaron responder a preguntas como éstas: ¿por qué nuestra sociedad ha destruido la capacidad de generar ciudadanos libres? ¿Por qué hemos permitido que triunfe un sistema tan opresor como el capitalismo? ¿Por qué la gente normal y corriente, como tú y como yo, nos identificamos con el poder que nos domina* e incluso lo justificamos? ¿Por qué la gente como tú y como yo no somos conscientes de que estamos siendo dominados? ¿Cómo usan el poder la cultura en general y los medios de comunicación en particular para manipularnos y someternos? ¿Por qué la tecnología, en lugar de liberarnos, se ha convertido en un instrumento de control y de dominio? ¿Por qué la ciencia se ha convertido en un instrumento ideológico que sirve para justificar el poder?

Las reflexiones de Adorno se centraron en la estética, es decir, la parte de la filosofía que tiene como objeto el arte, la belleza y la ética. De los miles de páginas que escribió sobre estos temas, hay una frase que ha hecho historia y que se cita a menudo: «Escribir poesía después de Auschwitz es un acto de barbarie». Con esta sentencia, Adorno no quería decir que los artistas tuviesen que abandonar su oficio y guardar silencio de por vida. No estaba sugiriendo que se dejasen de escribir libros o de componer canciones. Pero debemos reflexionar sobre el hecho de que Auschwitz es un producto de la cultura occidental. Adorno estaba profundamente preocupado porque el horror de los campos de exterminio no se volviese a repetir jamás. Por eso creía que la

cultura que se hiciese después del Holocausto debía ser radicalmente distinta. Después del exterminio de millones de personas, seguir cantando al amor, a la belleza o al bien es una farsa insoportable. El nuevo arte no puede conformarse con ser un mero entretenimiento para el público, sino que debe recoger el sufrimiento de la humanidad y denunciar las situaciones de injusticia y opresión. La otra idea que está detrás de esta aplastante sentencia es la de que el arte no debe volver a ser un instrumento al servicio del poder. Durante el nazismo, la cultura estuvo al servicio de un Estado fascista y totalitario. Los nazis usaron el cine, la literatura o la música como instrumentos de propaganda. El arte no puede volver a prostituirse de esta manera, sino que debe ser siempre una herramienta dedicada a cuestionar y criticar la sociedad. Hay mucho más arte en una sola canción de rap que en toda la discografía de OT. Adorno quería invitar a los artistas a crear un nuevo arte que nos hiciese reflexionar y que impidiese la repetición de aquellos actos de barbarie.

Para Adorno, la música de OT no es arte, sino un producto de consumo creado por la industria cultural. En nuestra sociedad capitalista, la actividad principal del hombre es el consumo. El sistema nos ha convertido en un *Homo consumus*: vivimos para trabajar y trabajamos para consumir, y con estas dos acciones mantenemos el sistema. Consumimos ropa, tecnología, comida, cultura y, en este caso concreto, música. Existe una industria cultural que fabrica productos estandarizados y diseñados para ser vendidos al mayor número de gente posible. La industria de la tecnología, cuando quiere vender un nuevo producto, hace uso de los medios de comunicación de masas (la televisión, el cine, la radio, internet...) para influenciarnos y adoctrinarnos. Si lo que se desea vender, por ejemplo, es un nuevo modelo de *smartphone*, se utiliza la publicidad para generar en nosotros el deseo de tenerlo e inducirnos al consumo. Los productos de la industria de la cultura no son obras de arte con una finalidad estética que luego se transforman en mercancía que la gente compra; son, desde el principio, productos creados para venderse.

Las obras de arte sufren una manipulación y transformación constante por parte de la industria de la cultura para eliminar su capacidad de hacernos pensar. Las galas de *OT* no son más que una gran campaña de publicidad, diseñada para que consumas la música que la industria produce a gran escala. El sistema está muy bien montado porque, además, al hacer uso de la televisión pública, la campaña publicitaria la estás financiando tú con tus propios impuestos. Las canciones de *OT* son a la música lo que las hamburguesas de McDonald's son a la gastronomía. Pero esto no es lo peor de este tipo de «música»: Adorno luchó durante toda su vida por construir una sociedad sin violencia y libre de cualquier forma de dominio, pero la música de *OT* es un producto al servicio del poder para manipularnos y hacernos a todos iguales. Analiza cómo las letras de las canciones de *OT* son puro entretenimiento, creado expresamente para impedir que desarrolles un pensamiento crítico. ¿Te has preguntado por qué no hay ni una sola canción de *OT* que cuestione nuestro sistema o nuestra forma de vida? ¿Sería posible que un concursante del programa interpretase una canción contracultural, que cuestionase el sistema del que se benefician los patrocinadores del programa y que hiciese pensar al público? ¿Por qué crees que la mayoría de las canciones tienen como tema algo tan poco subversivo como el amor?

Las canciones de *OT*, como cualquier otro producto de la industria cultural, están diseñadas para que todos pensemos y vivamos de la misma manera. Todos los productos de la industria cultural transmiten los valores y las formas de vida que le interesan al sistema. Observa cómo las películas de la industria de Hollywood nos educan sobre el estilo de vida que debemos llevar, los valores en los que debemos creer e incluso el lenguaje con el que tenemos que expresarnos. Todas estas películas están cortadas por el mismo patrón, y la razón de que sean iguales es hacer que todos seamos iguales. El sistema utiliza los medios de comunicación para manipular nuestras conciencias e imponer una determinada manera de pensar. Adorno se exilió en Estados Unidos cuando el nazismo llegó al poder y aprovechó su estancia en este país para estudiar el uso que el capitalismo hace de la televisión, la radio y los demás

medios de comunicación de masas. En todos sus escritos nos advierte de que tengamos mucho cuidado con lo que vemos en la tele o con la música que escuchamos si no queremos que nos laven el cerebro y acabar siendo una pieza más dentro de esta gran maquinaria de opresión.

Es cierto que la industria cultural ha democratizado la cultura. Antes, la música se componía sólo para la corte. Hoy, la tecnología permite que todos podamos escuchar cualquier canción o ver cualquier película desde el teléfono móvil. Pero no todo es fantástico y maravilloso: para Adorno este progreso tiene un precio del que tenemos que ser conscientes: cuanto más se populariza la cultura, más capacidad crítica pierde. Para que un artista pueda llegar a más gente, tiene que vender más y, para hacerlo, debe cuestionar lo menos posible al sistema, ser «políticamente correcto» y dejarse domesticar por el mercado. En *Operación Triunfo*, un grupo de jóvenes con talento son adiestrados sobre qué han de cantar y cómo lo deben hacer. Con el «fenómeno OT», el sistema se asegura dos cosas: la primera es que compremos y escuchemos la música que el propio sistema determina; la segunda, anular toda la capacidad de reflexión y de transformación que tiene el arte. Nuestra libertad individual está siendo destruida por la concentración del capital en unas pocas manos y por esta cultura de masas. Frente a productos como OT, creados para que no pensemos, necesitamos un «arte auténtico» que promueva en nosotros el pensamiento crítico.

Si le dejás el mando de la televisión a Theodor Adorno, cambiará inmediatamente de canal. La televisión que posiblemente le habría gustado al filósofo es *La bola de cristal*, un espacio infantil que se emitía en la cadena pública en los años ochenta. El programa trataba a los niños como adultos inteligentes; no pretendía entretenerlos, sino que les enseñaba a pensar y a cuestionar el mundo en el que vivían; era contracultural y contestatario con el sistema (el grito de guerra de la mala del programa, la bruja Avería, era: «¡Viva el mal, viva el capital!»); tenía su propio informativo irónico y corrosivo; se entrevistaba a políticos, escritores y periodistas; se representaban obras clásicas de teatro; todas las

secciones invitaban a la reflexión y tenían eslóganes que se hicieron populares: «Solo no puedes; con amigos, sí»; «¿Por qué no lo intentas?»; «Si no quieres ser como ellos, lee»; «Tienes quince segundos para imaginar... si no se te ha ocurrido nada, a lo mejor deberías ver menos la tele». Adorno haría caso a los consejos de *La bola de cristal*, apagaría la tele y te diría que, si no quieres formar parte del rebaño, deberías dejar de consumir este tipo de «arte de masas» y aprender a disfrutar de un «arte auténtico», que te ayude a pensar por ti mismo.



<https://twitter.com/eledututor/status/1086688133083742208>

#FiloReto_26

¿Es
JUSTO
que tu compañero
CON SÍNDROME DE
ASPERGER
disponga de más tiempo que tú
PARA REALIZAR UN
EXAMEN?

Platón. Aristóteles.

Locke. Ayn Rand.

John Rawls

Nuestra ley de educación recoge una serie de medidas para atender a los estudiantes con necesidades educativas especiales. Las diferentes adaptaciones que los profesores están obligados a realizar persiguen la inclusión y la normalización de estos alumnos, además de asegurar que éstos no sean discriminados y que exista una «igualdad efectiva» en el acceso a la educación. Ésa es la razón por la que tu compañero con síndrome de Asperger puede disponer, entre otras cosas, de más tiempo que tú para realizar su examen de filosofía. Este síndrome es un trastorno que afecta al desarrollo neuronal, y las personas que lo padecen tienen una inteligencia normal, pero poseen un estilo cognitivo particular (su manera de percibir, de aprender o de razonar puede ser diferente). Además, pueden tener una discapacidad para entender el mundo de lo social, lo que da origen a comportamientos extraños e incluso inadecuados para los demás.

Algunos estudiantes, aunque empatizan con la discapacidad de sus compañeros, consideran que este tipo de medidas son discriminatorias e injustas para el resto de los alumnos. Al finalizar el bachillerato, los estudiantes deben enfrentarse a una prueba de selección para acceder a la universidad en la que el 60 % de la nota viene dada por la media obtenida durante la etapa educativa. El sistema hace que, para acceder a ciertos grados que tienen pocas plazas y mucha demanda, la competición entre los estudiantes sea dura. Los alumnos críticos con este tipo de adaptaciones argumentan que no compiten en igualdad de oportunidades y piden que las pruebas sigan los mismos principios que rigen en las competiciones deportivas: idénticas reglas para todos. En el baloncesto, por ejemplo, no se le daría más tiempo de posesión del balón a un deportista con síndrome de Asperger. En el deporte se premian la excelencia y el respeto. La excelencia es la autoexigencia que nos hace dar lo mejor de nosotros mismos en el campo de juego y en el terreno profesional. El respeto hace referencia a uno mismo, a su cuerpo, a los demás y a las normas; implica el juego limpio y la lucha contra el dopaje. Algunos consideran que las medidas de atención a los alumnos con necesidades en etapas no obligatorias como el bachillerato son una

especie de dopaje. ¿Se equivocan? ¿Ayudan las medidas de discriminación positiva a construir una sociedad más justa? Te presentaré dos puntos de vista enfrentados, dos maneras diferentes de entender la justicia, para que posteriormente decidas cuál de las dos es la correcta.

La meritocracia: porque yo lo valgo

Los antiguos griegos no habrían aprobado el uso de medidas que aseguran «una igualdad efectiva» porque, para ellos, la igualdad es injusta. Filósofos como Platón o Aristóteles defendieron que las sociedades deben regirse por el principio del mérito personal: en función de tus capacidades, autoexigencia y esfuerzo accedes a un estatus social, unos cargos o unos beneficios. Esta manera de entender la justicia se conoce usualmente como *meritocracia* y presupone que existe un tipo de desigualdad que es legítima. Este término lo creó el sociólogo Michael Young en su obra *The Rise of the Meritocracy* (1958); en ella presenta un modelo de sociedad futura en el que el Estado sólo valora la aptitud y la capacidad de los jóvenes y selecciona a los miembros de la futura élite. En esta sociedad, el mérito es igual a la inteligencia más el esfuerzo. Los individuos más meritorios son identificados a una edad temprana y seleccionados para una apropiada educación intensiva. Las personas con talento tienen la oportunidad de alcanzar el nivel acorde a sus capacidades y, por lo tanto, las clases bajas están formadas por aquellos que tienen peores habilidades o que deciden no esforzarse.

Pericles (495-429 a. C.), considerado el inventor de la democracia, explicó cómo funcionaba el modelo de sociedad meritocrática que regía la vida de los atenienses: «En cuanto al nombre, puesto que la administración se ejerce en favor de la mayoría, y no de unos pocos, a este régimen se lo ha llamado *democracia*; respecto a las leyes, todos gozan de iguales derechos en la defensa de sus intereses particulares; en lo relativo a los honores, cualquiera que se distinga en algún aspecto puede

acceder a los cargos públicos, pues se lo elige más por sus méritos que por su categoría social». * Para Platón, no sería justo premiar a alguien por la familia de la que proviene o por el dinero que posee, pero sí por sus méritos y esfuerzo. El filósofo consideraba que una sociedad justa es aquella en la que cada uno ocupa el lugar que merece en función de su capacidad y esfuerzo. El sistema educativo debe contribuir a la justicia seleccionando y segregando a los mejores para que en el futuro ocupen los puestos de responsabilidad. El discípulo de Platón, Aristóteles, entendía la justicia como dar a cada uno según su mérito y creía que la educación no debía fomentar la igualdad, sino la excelencia.

El trabajo nos diferencia

John Locke (1632-1704), padre del liberalismo, fue uno de los primeros en defender que la inteligencia y el esfuerzo deben ser la base para justificar las desigualdades sociales. Nada hay más meritocrático que el trabajo, porque nos diferencia de los animales y provoca que unas cosas valgan más que otras. La meritocracia consiste en valorar el esfuerzo realizado en el trabajo, que tiene como premio la satisfacción personal, pero también el progreso de la sociedad. Si recompensásemos a los que se esfuerzan y trabajan duro, nos beneficiaríamos todos porque tendríamos los mejores médicos, profesores, policías o ingenieros. Locke, como la mayoría de los liberales, se opondría a cualquier medida de discriminación positiva y a cualquier intervención que modificase la libre competición. Tanto en la educación como en cualquier otro ámbito social debe regir el principio de igualdad de oportunidades. Los liberales no entienden este principio de la misma forma que nuestra ley educativa porque, para ellos, sólo significa que las normas deben ser las mismas para todos.

Ser egoísta te hace bueno

Una de las pensadoras que ha defendido con más fuerza los principios del liberalismo y que respondería con furia ante cualquier medida de atención a la diversidad o de discriminación positiva fue Ayn Rand (1905-1982). Su pensamiento es una crítica a cualquier forma de socialismo que promueva la igualdad a costa de la libertad.

Esta filósofa antisocialista escapó de la Unión Soviética para refugiarse en Estados Unidos; se nacionalizó estadounidense y defendió en sus escritos el modelo de sociedad norteamericano y el sistema capitalista. Para Ayn Rand, Estados Unidos es un país formado por hombres libres en el que la libertad de cada ciudadano es el límite sagrado que no puede traspasar el gobierno por muy buenas intenciones que supuestamente tenga este último. El modelo de Estado norteamericano es una especie de policía que garantiza que se respetan los derechos de todos los ciudadanos y que media cuando el ejercicio del derecho de uno implica la violación del derecho de otro, por lo que interviene lo menos posible en las relaciones entre los ciudadanos libres. En cambio, en la Unión Soviética, los hombres estaban al servicio del Estado, porque el «nosotros» era más importante que el «yo». El Estado soviético intervenía en todas las relaciones entre los hombres, eliminando su libertad y sus derechos, y creando una igualdad artificial que acababa con la meritocracia y la cultura del esfuerzo.

Ayn Rand llamó a su filosofía «objetivismo» y desarrolló una teoría ética que sigue siendo, en la actualidad, muy polémica. Éstos son sus principios:

- Debes ser racional. La racionalidad es nuestra auténtica naturaleza, que nos distingue de cualquier otro animal. Tu razón debe ser el único instrumento para descubrir qué es lo correcto y lo incorrecto. Debes ponerla siempre por encima de las emociones y sentimientos.
- Lucha por la supervivencia. La primera norma ética que nos dicta la razón es que cuidemos de nuestra propia supervivencia por encima de la de cualquier otro ser.

- El egoísmo es bueno. Para poder sobrevivir tenemos que practicar el egoísmo. Éste se ha presentado siempre como sinónimo de maldad porque el egoísta piensa primero en él y luego en los demás, pero si lo analizas racionalmente, comprobarás que esta idea es un error. Preocuparse por uno mismo es una virtud, no un defecto. Si eres racional y dejas los sentimentalismos a un lado, descubrirás que debes ser egoísta, es decir, trabajar por tu propio interés en la vida y luchar por tu felicidad personal. Nuestra verdadera responsabilidad es cuidar y disfrutar de la vida por nosotros mismos, hacernos responsables de nuestros errores y enorgullecernos de nuestros aciertos. No tenemos por qué responsabilizarnos de los errores o la mala suerte de los demás.
- Cualquier forma de altruismo es perversa. La moral tradicional nos ha convencido de que lo políticamente correcto es sacrificarse por los demás y cuidar de los desfavorecidos; que toda acción que se realiza en beneficio de los otros es buena y la que se lleva a cabo en nuestro propio beneficio, mala. Pero lo que realmente nos pide el altruismo es una atrocidad: «dedica todos los esfuerzos de tu vida no a alcanzar tu felicidad, sino la de otra persona», «sé el esclavo de otro». Nadie debe ser un medio para los fines de los demás ni ha de sacrificarse por el propósito de otro u obligar a los demás a sacrificarse por él. Cada uno de nosotros tenemos que vivir y preocuparnos por nuestro propio propósito en la vida.
- Nadie puede obligarme a ayudar a otro. Podemos ayudar a los demás, pero no forzados, sino porque es nuestro deseo y lo hemos elegido libremente.

Si aplicas estos principios éticos a la medida educativa que estamos debatiendo, comprobarás que es inmoral, porque nos obliga a ser altruistas. Otra de las razones por las que Ayn Rand no estaría de acuerdo con este tipo de discriminación positiva es que destruye la meritocracia y el valor del esfuerzo. Rand defendía una sociedad piramidal estructurada en función de nuestras habilidades y nuestro esfuerzo personal, ya que esto sería beneficioso para

todos. El hombre en la cúspide de la pirámide intelectual contribuye al máximo al bienestar de todos los que están debajo de él, por eso debe estar también en lo alto de la pirámide social. Todos nos beneficiamos de la inteligencia de los ingenieros que diseñaron internet o de la iniciativa de los empresarios que generan riqueza y puestos de trabajo. Si abandonásemos a su suerte a quien está en la base de la pirámide de habilidades, moriría de hambre. Este hombre inepto no aporta nada a quienes están por encima de él, pero recibe todos los beneficios de los que tienen más cerebro que él. Fomentar la «competición» entre el fuerte y el débil de intelecto es provechoso para todos.

Para Ayn Rand no deberían existir los derechos positivos como el supuesto «derecho a la educación», porque este tipo de derechos sociales son contradictorios al suponer una obligación para otros. Para que se cumpla la «igualdad efectiva» en el acceso al derecho a la educación de tu compañero, se obliga a los profesores, al resto de los compañeros de la clase y a los contribuyentes que tienen que sufragar con sus impuestos el «derecho» a la educación de ese chaval. Para Ayn Rand, los únicos derechos que existen son negativos: los relativos a no sufrir interferencias en la propia vida, mientras uno no lo haga en la de los demás.

Para ser justo debes ser ignorante

El norteamericano John Rawls (1921-2002) es uno de los filósofos que más ha criticado la idea de meritocracia por considerarla injusta. Antes de dedicarse a esto de la filosofía, Rawls sirvió en el ejército de Estados Unidos en misiones de inteligencia, pero las dos bombas atómicas lanzadas sobre la población civil de Hiroshima y Nagasaki le hicieron abandonar la carrera militar. El resto de su vida lo dedicó a dar clases de filosofía en la Universidad de Harvard. En 1971 publicó un libro que revolucionó el mundo del pensamiento político: *Teoría de la justicia*.

Para Rawls, por muy elegante que sea una teoría, si no es cierta, debemos rechazarla; de igual manera, deberíamos hacer lo mismo con una norma cuando ésta no produzca justicia. Pero ¿cómo podemos saber cuándo una norma es justa? Rawls propone un experimento mental para descubrirlo, conocido como *el velo de la ignorancia*. Consiste en que cuando tengamos que deliberar sobre asuntos políticos o sociales, como el caso de las medidas educativas de atención a la diversidad, lo hagamos desde una situación hipotética en la que ninguno de nosotros conocería cuál es nuestra condición de partida. Bajo el velo de la ignorancia, ninguno de nosotros sabría cuál es su género, su condición económica, su raza, su capacidad intelectual, sus enfermedades, etcétera. Rawls cree que, cuando discutimos de política, casi nadie busca realmente encontrar la justicia: la mayoría defendemos como «justo» lo que en el fondo sólo son nuestros intereses personales o de clase. Si nazco en una familia rica, lo normal es que considere que es injusto tener que pagar más impuestos que los demás, pero si mis orígenes son humildes, defenderé que lo justo es que paguen más quienes más tienen. Si cambiase mi condición económica, también lo haría mi idea de justicia, y esto no puede ser. Para evitar semejante arbitrariedad en el concepto de justicia deberíamos debatir sobre la cuestión de los impuestos, por ejemplo, sin saber previamente si nuestra familia es rica o pobre.

Apliquemos el velo de la ignorancia a las medidas educativas de atención a la diversidad a ver qué pasa. No tienes ni idea de cuál es tu condición de partida. Cuando se levante el velo puede que en la lotería te toque a ti ser el que tiene el síndrome de Asperger. Seguro que ahora consideras que lo más racional sería proponer la existencia de este tipo de medidas que garantizan el derecho de todos a la educación, no vaya a ser que te toque a ti ser el que las necesita. Sólo el velo de la ignorancia garantiza que lleguemos a acuerdos libres, imparciales y justos.

Rawls cree firmemente que si buscásemos, desde este velo, cuáles son los principios más justos para organizar nuestra sociedad, todos acordaríamos los siguientes:

- Cada persona tiene derecho a disfrutar del más amplio sistema de libertades, que no debe ser incompatible con el de los demás.
- Se deben permitir desigualdades económicas y sociales cuando:
 - a) Generen un mayor beneficio para los menos aventajados. Por ejemplo, sería beneficioso que los médicos cobraran un buen salario porque se conseguiría que la gente con talento para la medicina se esforzase y trabajase duro, y se garantizase así una salud de calidad para todos.* Pero debe quedar claro que la diferencia salarial de un médico no se justifica porque su trabajo sea difícil o tenga un talento especial, sino porque genera un beneficio social.
 - b) Se respete una justa igualdad de oportunidades: todos deben poder acceder a cualquier cargo o puesto. En este sentido sería injusta la ley que hasta hace poco impedía ingresar a los homosexuales en el ejército de Estados Unidos.

Rawls criticó la meritocracia porque la igualdad de oportunidades es una condición necesaria para crear una sociedad justa, pero no suficiente. Una sociedad en la que hubiese una lotería que regalase al 10 % de los recién nacidos recursos más que suficientes para llevar una vida plena y otorgase al resto lo necesario para la estricta supervivencia sería una sociedad con igualdad de oportunidades, pero terriblemente injusta. La causa de la mayoría de las desigualdades que encontramos en la sociedad no tiene nada que ver con el esfuerzo personal. No es del todo cierto que quien consigue éxito profesional se lo merece porque ha trabajado duro para ello. Existen otros factores que influyen en los logros personales, como pueden ser la familia o el país en el que nacemos. Por ejemplo, no todo el éxito profesional de Amancio Ortega se debe al ingenio y al trabajo: si hubiese nacido en Siria y le hubiese tocado vivir en un campo de refugiados jamás habría podido crear Inditex. Cada sociedad valora unos talentos frente a otros: si eres un genio jugando el críquet y naces en la India tienes muchas posibilidades de ser famoso y ganar mucho dinero, pero si

te toca nacer en España vas a tener que buscarte la vida trabajando en otra cosa para la que posees menos talento. Gran parte de lo que conseguimos depende de una auténtica lotería; por eso son necesarias una serie de medidas que contrarresten estas desigualdades. Para saber si una sociedad es justa, lo que deberíamos hacer es comprobar la situación en la que se encuentran sus ciudadanos más desfavorecidos. Si nuestro sistema educativo consigue que alumnos con el síndrome de Asperger alcancen los mismos objetivos que el resto de sus compañeros y desplieguen sus habilidades personales, habremos conseguido construir un sistema educativo justo.



<https://twitter.com/eledututor/status/1086897543676604416>

#FiloReto_27



Pitágoras. Peter Singer.
Peter Carruthers. Tom Regan.
Descartes. Kant

Imagina que estás en la cola del comedor. El compañero que se encuentra justo delante de ti aproxima la bandeja metálica al mostrador donde están sirviendo estofado de ternera. Cuando le toca su turno informa de que es vegetariano y pide una comida alternativa que no contenga carne animal. Te sientas junto a él y, mientras saboreas tu comida, no puedes resistirte y le preguntas por qué no come carne. Tu compañero responde informándote de las condiciones en las que ha sido criado el animal que te estás comiendo: «En las granjas industriales, las crías de vaca son tratadas como mercancía. Las hacen engordar lo más rápido posible para obtener un mayor beneficio. Después de un par de meses de “libertad” en los que se les permite pastar al aire libre, las confinan en unos cebaderos de engorde, donde los animales, hacinados en un entorno insalubre, tienen que convivir con sus propios excrementos. A partir de ese momento comienzan a comer piensos de origen animal. Como las vacas no son carnívoras, la nueva dieta les causa serios problemas digestivos. Se las atiborra con hormonas de crecimiento y antibióticos. Cuando los terneros cumplen los catorce meses y se ha conseguido artificialmente que pesen más de quinientos kilos (son niños en cuerpos de adultos) los transportan en camiones hacia los mataderos. En el viaje se los priva de agua y de alimento. Al llegar a su destino final se conduce a cada ternero a un “cajón de aturdimiento”. Los operarios colocan una pistola sobre la frente del animal y les introducen una bala en su cerebro. El ternero sufre espasmos y se desploma. Se le coloca un gancho en las patas traseras y lo cuelgan boca abajo. Se le hace un corte en el cuello para que se desangre (durante este proceso, algunos animales recuperan la conciencia). Se abre al animal en canal y se lo descuartiza. Se envasa la carne en bandejas asépticas en las que no se percibe una sola gota de sangre. Se cocina y se sirve en tu plato, como si esa carne saliese directamente de las estanterías de los supermercados. Soy vegetariano porque comiendo animales estoy siendo partícipe de una forma de opresión sistemática de mi especie sobre otra».

Te quedas mirando el estofado de ternera. ¿Qué haces? ¿Será el último pedazo de carne que comas? ¿Tienen derechos los animales?

La matemática vegetariana

La opción vegetariana, aunque parece estar de moda, no es nueva. En el siglo V a. C. ya la practicaban los seguidores de Pitágoras. Este filósofo griego fundó una comunidad en Crotona (sur de Italia) que en cierto modo parecía un monasterio budista del Tíbet. Sus discípulos buscaban la purificación espiritual y corporal, llevaban una forma de vida muy diferente a la de sus contemporáneos y seguían una serie de normas entre las que se encontraba no comer animales. Una de las acepciones que tenía el término *pitagórico* en las versiones antiguas del diccionario de la Real Academia Española era «el que se abstiene de comer carne». El pitagórico era vegetariano por compasión y por perfeccionamiento espiritual. Un hombre misericordioso y de espíritu elevado no puede generar sufrimiento a otro ser vivo si dispone de otras opciones para alimentarse. El poeta romano Ovidio recoge en sus *Metamorfosis* un discurso de Pitágoras contra el sacrificio de animales y el consumo de carne en el que puedes leer estas palabras: «Cesad, mortales, de mancillar vuestros cuerpos con festines sacrílegos. Hay cereales, hay frutas que bajan las ramas por su peso [...] La tierra os ofrece alimentos tiernos y manjares sin matanza ni sangre». Algunos atribuyen también al maestro de Crotona estas otras palabras: «Mientras los hombres sigan masacrando a sus hermanos animales reinarán sobre la Tierra la guerra y el sufrimiento, y se matarán los unos a los otros, pues aquel que siembre el dolor y la muerte no podrá cosechar el gozo ni la paz» y «Nunca mojes tu pan en la sangre de los animales ni en las lágrimas de tus semejantes».

Carnívoro no, ¡especista!

La obra de Peter Singer *Liberación animal* (1975) ha sido una de las reflexiones que más influencia ha tenido en el debate sobre los derechos de los animales. Para este filósofo australiano, la lucha contra la discriminación aún no ha acabado. Este combate comenzó con los movimientos de liberación negra, a los que siguieron la liberación gay y la de la mujer. Hemos conseguido sensibilizarnos y combatir el racismo, la homofobia y el machismo, pero no hemos llegado al final del camino porque aún queda por eliminar una última forma de discriminación: el especismo. Lo que toca ahora es que afrontemos la última de las liberaciones: la animal.

¿Qué es el especismo? El filósofo británico Peter Carruthers (1952), en *La cuestión de los animales: Teoría de la moral aplicada*, ideó un experimento mental que se suele utilizar para ilustrar qué es el especismo: «Se sabe que alrededor del 10 % de las parejas humanas son estériles. Supongamos que se descubriera que ello obedece a que en realidad existen dos especies diferentes de humanos que sólo pueden distinguirse por su incompatibilidad reproductiva. En esas circunstancias sería claramente condenable que la especie mayoritaria privara de derechos morales a la minoritaria, únicamente porque pertenece a una especie diferente. Sería un caso evidente de discriminación entre especies».

Para combatir el especismo, Peter Singer toma como punto de partida un principio ético fundamental: deberíamos evitar el sufrimiento. Dicho lo cual, hay que aceptar que «un dolor es un dolor, cualquiera que sea la especie que lo experimenta». Los animales humanos y los no humanos compartimos la misma capacidad de sufrimiento. Si ignoraras este último simplemente porque no forman parte de tu especie, estarías pensando y actuando con la misma lógica que los miembros del Ku Klux Klan (KKK), que se dedicaron a torturar, linchar, mutilar, quemar y ahorcar a seres humanos de raza negra. El racista o el machista piensa que quien no pertenece a su raza o a su género no posee el mismo estatuto moral y los mismos derechos que él. El bestia del KKK «piensa» que lo que es inmoral hacerle a un blanco no lo es si se lo haces a un negro.

Algunos justifican la discriminación de los animales por el hecho de que no son capaces de razonar como nosotros. Pero hay humanos que tampoco poseen esta facultad y no por ello los hacemos sufrir. A nadie con un mínimo de conciencia moral se le ocurriría engordar a un bebé en una jaula, sacrificarlo y comérselo con la justificación de que no es capaz de realizar actividades intelectuales superiores. Tampoco toleraríamos el uso de discapacitados psíquicos para probar si un cosmético es tóxico antes de sacarlo al mercado (a no ser que trabajemos para el Tercer Reich). El hecho de que lo hagamos con animales no humanos pone de manifiesto que aún conservamos un prejuicio porque resulta conveniente para el grupo dominante. No hay ningún argumento sólido que sirva para defender la idea de dar preferencia a ciertos seres bajo el supuesto de que son miembros de la especie *Homo sapiens*. En una sociedad humana moralmente desarrollada, los animales deben tener derechos. Puedes seguir comiendo carne, pero no hay manera de justificarlo moralmente. El cantante Joaquín Sabina, gran aficionado a los toros, consciente de este argumento, dijo en cierta ocasión que él nunca discutía con antitaurinos porque tenían razón.

El abogado de los animales

Al igual que Peter Singer, el filósofo norteamericano Tom Regan (1938-2017) también defendió que no deberíamos comer carne. Pero, aunque este último ha sido una de las personas que más ha luchado en las cortes de justicia por conseguir unos derechos fundamentales para los animales, hubo un tiempo en que no sólo comía su carne, sino que también la vendía. Como él mismo confesó en una entrevista: «Durante al menos la mitad de mi vida no he tenido “conciencia animal”, como yo la denomino. Excepto hacia los animales con los que he compartido mi vida, los demás bien podrían haber sido bloques de madera. Quiero decir, en una época

anterior de mi vida incluso trabajé como carnicero. Y también como carpintero. Por lo tanto, como digo, los otros animales eran para mí como los bloques de madera con los que trabajé como carpintero».

Para Regan, la clave para reconocer una dignidad a los animales no está en el hecho de que poseen la capacidad de sufrir, sino en que tienen una «vida psíquica». Los animales son conscientes de que se encuentran en el mundo porque experimentan placer ante unas cosas y dolor ante otras. Son capaces de expresar sus deseos, sus alegrías y sus penas. Pueden asustarse y también recibir consuelo. Todo esto implica que no podemos tratarlos como cosas, porque no lo son. Ésta es la misma razón por la que reconoces como un sujeto con derechos a un bebé o a un discapacitado psíquico: porque, aunque tampoco tengan desarrolladas las capacidades intelectuales superiores, son poseedores de una vida psíquica. Reconocer un derecho a la vida a un bebé humano y no a un bebé de vaca es especismo en estado puro.

La ley debe recoger unos derechos de los animales no humanos de la misma manera que lo hace con los animales humanos. El argumento que suelen usar los que se oponen a esta idea es que los animales no pueden tener derechos porque tampoco tienen obligaciones. Regan piensa que esta objeción no es válida porque nuestras leyes protegen los derechos de seres humanos que tampoco tienen responsabilidades, por ejemplo, los niños. Para gozar de un derecho fundamental como la vida, no es necesario tener obligaciones. Tener derechos implica simplemente que es legítimo esperar no ser tratado de cualquier manera, porque se posee una dignidad. Son un límite a la libertad de los demás. Nadie, en el ejercicio de su libertad, tiene derecho a torturarme, aunque una enfermedad como el alzhéimer me haya incapacitado para asumir responsabilidades.

Derechos también para las aspiradoras

Si René Descartes hubiera leído las argumentaciones de Singer y de Regan, creería que ambos autores están profundamente equivocados. Para el pensador francés, contemplar la posibilidad de crear leyes que garanticen los derechos a los animales sería tan absurdo como conceder lo mismo a los robots aspiradoras que nos limpian el polvo de la casa mientras estamos trabajando. Los animales, como la aspiradora inteligente, son simples máquinas, movidas por impulsos mecánicos y con manuales de instrucciones dictadas por la naturaleza. Para Descartes, sólo los seres humanos tenemos esa «vida psíquica» de la que hablaba Regan. Considerar que un perro es consciente, siente dolor o placer, es un error. Un niño pequeño, al contemplar un robot diseñado por un ingeniero genial, puede llegar a creer que tiene sentimientos porque su maquinaria hace que se mueva de manera parecida a la del cuerpo de un ser humano cuando reacciona a las emociones que se producen en su mente. Aunque el ingeniero haya conseguido programar el robot para que llore cuando le pegamos, la máquina no conoce lo que es el sufrimiento. El dolor de los animales es tan sólo el «chirrido» de la maquinaria, el piloto que se enciende en el coche cuando hay algún problema en el motor, los pitidos que emite nuestro móvil cuando se está quedando sin batería.

La serie de televisión *Westworld* (Jonathan Nolan y Lisa Joy, 2016) es un buen ejemplo de las ideas cartesianas sobre los animales. *Westworld* es un parque temático poblado por andróides que parecen humanos de verdad y que han sido programados para actuar como si tuvieran conciencia y para satisfacer todos los deseos de los visitantes, incluidos la violación y el asesinato. Estas máquinas actúan como si fuesen personas (de hecho, a veces la serie nos confunde para que no podamos distinguir a los visitantes de los «anfitriones»), pero no son seres conscientes: no tienen emociones ni sentimientos ni deseos ni voluntad ni creencias ni, sobre todo, capacidad de sufrir. Los anfitriones son tan sólo un amasijo de metal con engranajes y cables, recubiertos con una piel que parece humana. No son personas, sino sólo cosas. Por eso, la ley nos permite interactuar con ellos como queramos. Si decidiese ponerme a dar patadas a mi coche, ningún policía podría detenerme

alegando que no tengo derecho a hacer tal cosa. El automóvil es mi propiedad y puedo usarla como me venga en gana siempre que no afecte a terceras personas. No debería tratar a mal a mi coche por una cuestión práctica —cuanto mejor lo cuide, más me servirá—, pero no porque estos vehículos tengan una dignidad y unos derechos asociados. Si me dedico a romper mis máquinas, puede que esté demostrando que soy un poco idiota y un mucho bruto, pero, por amor de Dios, que nadie diga que éstas sufren.

Los animales no tienen conciencia, luego no saben qué es el sufrimiento. Descartes argumenta en su *Discurso del método* que no hay hombre, por estúpido que parezca, que no sea capaz de unir varias palabras y construir un discurso que exprese sus pensamientos; por el contrario, no hay animal, por perfecto que sea, capaz de hacer lo mismo. Esto no sucede porque a los animales les falten órganos para hablar, pues, por ejemplo, los loros pueden pronunciar algunas palabras, pero no son capaces de expresar ningún pensamiento. En cambio, los hombres que nacen sordomudos se inventan signos con los que comunicar lo que tienen en la mente. Esto no sólo prueba que los animales tienen menos conciencia que los hombres, sino que no poseen ninguna.

Aunque muchos animales muestran que poseen mayor habilidad que nosotros en algunas cosas, en cambio, son completamente incompetentes para otras (de la misma manera que mi aspiradora inteligente limpia la casa mucho mejor que yo, pero es incapaz de corregir exámenes o de poner a parir a mi vecina). De este dato podemos inferir que los animales carecen de mente y de inteligencia. La naturaleza es la que guía sus actos según la disposición de sus órganos, igual que un reloj, compuesto solamente de ruedas y resortes, mide el tiempo y cuenta las horas mucho mejor que nosotros.

Los derechos humanos son para humanos

Immanuel Kant ha sido uno de los filósofos que más influencia ha tenido en la ética contemporánea, hasta tal punto que se lo considera el precursor de la idea de los derechos humanos. El pensador alemán consideraba que los seres humanos tenemos una dignidad especial que impide que podamos tratarnos como simples cosas, es decir, que poseemos unos derechos. Cuando un objeto tiene para nosotros un valor especial, no lo tratamos de igual manera que al resto. Por ejemplo, para un patriota, su bandera no es un simple trozo de tela y, en consecuencia, nunca la usaría para limpiarse los mocos después de haber estornudado. Imagina entonces cómo deberíamos tratar a un ser que es muy superior en dignidad a cualquier objeto del mundo. ¿Por qué los seres humanos somos especiales? Porque tenemos una capacidad racional que nos permite actuar de manera autónoma. Nosotros somos conscientes de nuestras acciones y podemos determinar nuestra conducta. Tenemos la capacidad de pensar y decidir si hacer una cosa u otra, o incluso no hacer nada.

Los animales no son seres racionales; en consecuencia, no tienen autonomía ni dignidad y no pueden llegar a tener derechos. Los animales son «cosas» y, por tanto, podemos utilizarlos como medios para nuestros fines: alimentarnos, vestirnos o probar medicamentos. En cambio, los seres humanos son fines en sí mismos y nunca pueden ser usados como medios (sería una atrocidad moral fabricar botas con la piel de los jugadores del Barcelona, por muy madridista que seas). Ahora bien, aunque los animales no tengan derechos, eso no significa que podamos tratarlos como nos plazca. Para Kant, no tenemos deberes directos hacia los animales, pero sí una serie de deberes indirectos, como el de no maltratarlos. La crueldad hacia los animales nos convierte en seres crueles. También tenemos el deber indirecto de respetar a un animal cuando es propiedad de otra persona. Debemos respetarlo, de la misma manera que lo hacemos con su casa.

Para Kant, la supuesta dignidad de un animal no es comparable a la que posee un ser humano. Analiza la siguiente situación imaginaria para comprobarlo: se declara un terrible incendio en un bloque de viviendas. Eres un bombero y estás trabajando junto con

tus compañeros para rescatar a la gente que ha quedado atrapada en el edificio. Haces una última incursión entre las llamas para comprobar que no queda nadie. El incendio está tan vivo y descontrolado que te resultará imposible volver a entrar sin poner en peligro tu vida. Abres la puerta de una habitación y te encuentras a un bebé en una cuna y, junto a él, un gato. No puedes salvar a los dos. Sólo tienes una segunda bombona de oxígeno. Debes decidir cuál de la dos vidas salvar. El sentido común y la razón nos dicen que sería inmoral preferir la vida del animal a la del humano. Debate zanjado (para Kant).



<https://twitter.com/eledututor/status/1086911364092882945>

#FiloReto_28

¿IMPLANTARÍAS
UN CONTROL
PARENTAL
EN EL CEREBRO
DE TU HIJO?

Auguste Comte. Hans Jonas.
Herbert Marcuse

Internet ha revolucionado nuestra manera de vivir hasta tal punto que ha generado una nueva sociedad: la digital. Una de las primeras consecuencias de la revolución de internet ha sido la democratización de los contenidos. Cualquiera puede publicar y, con una sencilla búsqueda desde tu teléfono, puedes acceder a cualquier contenido. El acceso de los menores a los contenidos de internet, principalmente a través de *smartphones* y *tablets*, es masivo; por eso, cada vez hay más herramientas de control parental y filtros para protegerlos de un uso inadecuado de la red. La mayoría de nuestros dispositivos electrónicos cuentan de fábrica con una opción para que los padres puedan proteger a sus hijos de contenidos que podrían serles perjudiciales.

En «Arkangel», el segundo episodio de la cuarta temporada de *Black Mirror* (Jodie Foster, 2017) nos lanza la siguiente pregunta: ¿qué ocurriría si trasladáramos el control parental de nuestros dispositivos a la vida real? Arkangel es el nombre de una empresa de tecnología que implanta un chip en el cerebro de los niños. Gracias a una *app*, los padres pueden monitorizar a sus hijos en todo momento desde cualquier dispositivo, rastrearlos si se pierden, controlar sus constantes vitales, e incluso pixelar las imágenes que les causarían angustia o sufrimiento. La sensación de seguridad, tanto de los padres como de los niños, es asombrosa. Con Arkangel, los padres por fin pueden descansar en paz.

Aunque *Black Mirror* es una serie que reflexiona sobre los posibles avances de la ciencia y la tecnología, desde que se creó en 2011 se han hecho realidad algunas de sus predicciones. Así que imagina que esta tecnología fuera ya una realidad: ¿la usarías con tus hijos? La pregunta que tienes que resolver no es si podemos hacerlo, sino si debemos. ¿El avance de la ciencia y de la técnica debe tener límites? ¿Para qué y a quién deberían servir éstas? ¿Cuáles son las responsabilidades morales de los científicos y cuáles, las de los ciudadanos?

Limita a la ciencia y limitarás el progreso

El filósofo francés Auguste Comte (1798-1857) lo tendría muy claro: si puede hacerse, debe hacerse. La ciencia es el motor del progreso y limitarla supondría retrasar nuestra evolución como sociedad. Comte vivió los turbulentos años posteriores a la Revolución francesa y la idea que siempre defendió fue la de reformar la sociedad para que la gobernase una élite de científicos.

Comte fue un joven de ideas rebeldes en una familia muy tradicional. A un matrimonio ultraconservador les salió un niño que apoyaba la revolución y que afirmaba que no creía ni en Dios ni en el rey (una pena que la ciencia farmacéutica de la época no hubiese desarrollado aún los ansiolíticos y antidepresivos para ayudar a esos pobres padres). El joven Auguste estudió ciencias exactas e ingeniería en la prestigiosa Escuela Politécnica de París. Dos cosas apasionaron desde entonces a este filósofo: la ciencia y la política. Al principio trabajó como secretario del conde de Saint-Simon, un filósofo político, pero tras siete años a su servicio lo mandó a freír espárragos porque no estaba nada de acuerdo con sus ideas políticas: demasiado socialistas y utópicas. Comte decidió independizarse del conde, trabajó como profesor de matemáticas para ganarse el pan y dedicó el resto de su tiempo a desarrollar su pensamiento, que bautizó con el término *positivismo*. Sobre su vida no hay mucho más que destacar, salvo que es de los pocos pensadores que estuvo casado. Miguel de Unamuno advirtió que la mayoría de los filósofos eludieron el matrimonio: Descartes, Pascal, Spinoza, Kant, etcétera. Comte no fue uno de esos solterones, aunque todo hay que decirlo, encontró el amor fuera del matrimonio en la joven Clotilde. La cosa no salió muy bien porque la chica murió de manera repentina y este acontecimiento trastornó de tal manera a Comte que el filósofo terminaría creando una religión en la que sustituyó a Dios por la humanidad y a los santos por grandes hombres como Newton, Galileo y, por supuesto, su amada Clotilde.

El pensamiento político de Comte influyó a muchos, especialmente a los fundadores de la República de Brasil. Una vez proclamada la República, una de las primeras decisiones que tomaron los nuevos dirigentes fue la de cambiar la antigua bandera imperial, cargada de simbolismo monárquico, por una que fuera un

símbolo de la nueva sociedad que se estaba construyendo. Para ello decidieron colocar en su bandera uno de los grandes lemas de Comte: «Orden y progreso».

Auguste Comte considera que sólo la ciencia puede hacer progresar a la sociedad. La historia parecía corroborar su tesis, ya que el siglo XIX fue una época de un increíble desarrollo científico. Se descubrieron los rayos X, la electricidad, el electromagnetismo, la parte inconsciente de nuestra mente, las leyes de la herencia, el proceso de evolución de la vida, la nueva medicina curó enfermedades hasta entonces mortales como la tuberculosis o el cólera, en cirugía comenzó a usarse la anestesia (¿te imaginas cómo debían de ser antes las intervenciones quirúrgicas?), se inventaron el teléfono, el alfabeto morse, la radio, etcétera. El desarrollo de la ciencia y la técnica se convirtió en el motor de la economía y el progreso.

A Comte le apasionaban tanto las ciencias que terminó creando una: la sociología. El filósofo francés quería modernizar y reformar la sociedad. Para ello era imprescindible conocer las leyes de evolución de las sociedades humanas con el fin de aplicarlas luego a la política: la principal es la llamada *ley de los tres estadios*. Según Comte, toda sociedad humana atraviesa tres grandes fases en su proceso de maduración. Las sociedades vienen a ser como los individuos, porque ambos tienen un desarrollo intelectual que va desde la infancia hasta la adolescencia, pasando por la madurez. La idea de Comte es que el desarrollo intelectual de una sociedad afecta a su progreso en el resto de ámbitos. Así, el nivel más bajo de madurez intelectual es la etapa religiosa, en la que busca la causa de los fenómenos naturales en seres sobrenaturales creados por su imaginación. En este tipo de sociedades, la autoridad tiene un poder absoluto y el mantenimiento del orden se consigue a costa de impedir el progreso. Un ejemplo de ellas sería la actual República Islámica de Irán.

La segunda etapa en el desarrollo intelectual de una sociedad es la filosófica. En ella, los hombres usan la razón en lugar de la imaginación y sustituyen a los dioses por conceptos abstractos

como *naturaleza* o *materia*. Como la adolescencia, ésta es una etapa de transición hacia la plena madurez, que sólo puede llegar de manos de la ciencia.

Una de las ideas principales de Comte es que la religión impide el desarrollo científico y, por tanto, el progreso de la humanidad. El episodio 1 de la octava temporada de *Padre de familia* (Greg Colton, 2009) es un buen ejemplo de esta idea: Stewie y Brian viajan a través de universos alternativos de manera aleatoria hasta que llegan a una sociedad futurista con un desarrollo científico y tecnológico asombroso.

—¿Dónde estamos? —pregunta Brian.

—En nuestra ciudad —responde Stewie—, en el mismo año y la misma época. Pero en este universo el cristianismo no existió, por lo que no sufrió la represión científica que fue la Edad Media, así que la humanidad es mil años más avanzada.

La contrapartida de este universo sin religión es que, dado que no había cristianismo para inspirar a Miguel Ángel, nunca se realizó la Capilla Sixtina y, en su lugar, hay unos cuantos pósters de famosos pegados en el techo.

Tanto para el creador de la serie *Padre de familia* como para Auguste Comte, la religión y la moral son un lastre que impide el desarrollo de la humanidad. El progreso sólo puede venir de manos de la ciencia. Por eso, Comte apuesta por la creación de una sociedad gobernada por una élite de científicos que serían los únicos que podrían tomar las decisiones más sabias para el conjunto de la sociedad. La única función de los políticos sería ejecutar las directrices de esta élite científica. Así, por ejemplo, en la sociedad diseñada por Comte, el mejor de nuestros físicos sería el encargado de determinar si se construye o no una central nuclear en tu ciudad. Este tipo de decisiones no podrían ser tomadas por el pueblo porque, como decía Hegel: «El pueblo es esa parte del Estado que no sabe lo que quiere». Someter a referéndum una decisión que requiere conocimientos científicos, como la de construir una central nuclear o desarrollar alimentos transgénicos, es una

estupidez. ¡Qué sabrá el ciudadano medio de física nuclear o de ingeniería genética! ¿Cómo va a tomar una decisión correcta sobre estos temas la persona que conduce el bus o la que vende el pan?

El progreso tecnocientífico no debe ser limitado por principios morales o religiosos. La sociología sería la única encargada de ofrecer los criterios al resto de las ciencias para seleccionar unas investigaciones frente a otras en función de su utilidad social. Resumiendo: no deberías ser tú el que decidiese si desarrollar o no la tecnología de Arkangel, salvo que seas uno de los miembros más destacados del CSIC.

Mucho ojo, eres responsable de lo que pase

El filósofo alemán Hans Jonas (1903-1993) cree que el progreso tecnocientífico debe estar limitado por la ética. Es lógico que Jonas tenga una opinión contraria a la de Comte, porque vivió en un momento histórico radicalmente distinto. La época del filósofo francés se caracterizó por un optimismo que ponía todas sus esperanzas en el fulgurante desarrollo de las ciencias. La de Jonas fue la de las dos guerras mundiales y la bomba atómica.

Cuando el nazismo triunfó en Alemania, este filósofo de origen judío decidió marchar a Israel para formar parte de una brigada judaica de autodefensa como oficial de artillería. Durante la Segunda Guerra Mundial se alistó voluntariamente en el ejército británico para luchar contra el avance del fascismo en Europa. Sobre esa época, Jonas nos cuenta que pasó

[...] cinco años como soldado del ejército británico en la guerra contra Hitler, alejado de los libros y de todo lo que forma parte de la investigación. Estaba comprometido con algo más esencial. El estado apocalíptico de las cosas, la caída amenazadora del mundo, la proximidad de la muerte, todo esto fue un terreno suficiente para propiciar una nueva reflexión sobre los fundamentos de nuestro ser [...] Así, volviendo a mis orígenes, fui lanzado de nuevo a la misión básica del filósofo y a su acción nata, que es pensar.

Hans Jonas quedó tocado ante el poder de destrucción del ser humano. Las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki evidenciaban que el poder que habíamos alcanzado representaba un peligro para nosotros mismos. El proyecto Manhattan fue el nombre en clave para designar la investigación científica que desarrolló la primera bomba atómica. Estuvo dirigido por el físico nuclear Robert Oppenheimer, que lideró a un numeroso grupo de eminencias científicas. La primera bomba nuclear fue detonada el 16 de julio de 1945 en la que se conoció como Prueba Trinity. Cuando Oppenheimer vio con sus propios ojos el resultado de sus investigaciones, pronunció estas palabras del *Bhagavad-gītā*: «Ahora me he convertido en la muerte, el destructor de mundos».

Hans Jonas nos propone una ética de la responsabilidad sobre las consecuencias del progreso tecnocientífico y su utilización inadecuada. Inspirándose en el imperativo categórico de Kant, diseña un principio para guiar y limitar el desarrollo de la tecnociencia: «Actúa de tal modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida auténtica. No pongas en peligro la continuidad indefinida de la humanidad en la tierra». Jonas no se refiere a la destrucción física de la humanidad, tal como nos la plantean películas del estilo de *Resident Evil* (Paul W. S. Anderson, 2002), donde a una corporación que desarrolla armas químicas se le va de las manos una investigación y termina generando un apocalipsis zombi. La destrucción que Jonas tiene en la cabeza es la de la esencia del ser humano y del planeta que habitamos. Debemos preservar la vida auténticamente humana. Naturalmente que hay vida humana en un campo de refugiados, pero ¿es auténticamente humana?

Somos responsables de las consecuencias de nuestro desarrollo tecnocientífico. No basta con decir que no lo habíamos previsto para exculparnos de las consecuencias de nuestras investigaciones o del uso que los ciudadanos normales hacemos del desarrollo tecnológico. «Se nos fue de las manos» o «no era nuestra intención» no nos descarga de responsabilidad por lo que hemos

hecho, construido o destruido. Por eso, lo más sensato es no desarrollar una investigación si desconocemos cuáles son las consecuencias últimas de ésta.

En el caso de Arkangel, Jonas lo tendría muy claro: primero se deben presentar las pruebas de que esa tecnología no alterará la dignidad del ser humano, de que respetará nuestro entorno y de que podremos controlar en todo momento sus consecuencias. Una vez cumplidos estos requisitos, y sólo entonces, puede ponerse en marcha la investigación. Pero ¿realmente Arkangel es inocuo?

Arkangel te quiere controlar

«¡Nooo!», te diría el filósofo alemán Herbert Marcuse (1898-1979). Arkangel, como muchas otras tecnologías, sólo es un instrumento de control y de dominio. El sistema nos vende cacharros que supuestamente harán nuestra vida más cómoda y confortable, pero que en realidad están diseñados para espiarnos y someternos. La tecnología nos da una falsa apariencia de libertad, cuando en realidad sólo somos piezas al servicio del sistema. Marcuse sabía bastante de espionaje, ya que había trabajado para el servicio secreto del Departamento de Estado norteamericano.

Nacido en una familia judía de Berlín de las que andaban bastante bien de dinero, no por ello Herbert salió un liberal conservador, sino que, todo lo contrario, se sumó a las posiciones de izquierda, aunque un suceso le hizo alejarse de la política: la brutal ejecución de la filósofa y activista Rosa Luxemburgo. Del 5 al 12 de enero de 1919, Berlín fue el escenario de una huelga general que Rosa apoyó como fundadora del que sería más tarde el Partido Comunista alemán. La reacción del presidente del gobierno ante la huelga fue enviar a una banda de matones que la torturaron, le rompieron el cráneo con la culata de un rifle y tiraron el cuerpo de la que sería conocida como *la Rosa Roja* a un canal.

Marcuse estudió filosofía e ingresó en la Escuela de Fráncfort, pero ese mismo año los nazis tomaron el poder y cerraron el chiringuito. Los de Fráncfort reaccionaron trasladando la Escuela a

Estados Unidos. Marcuse terminó nacionalizándose norteamericano y trabajó en las universidades de Harvard, Boston y Berkeley, donde se convirtió en referente de los movimientos estudiantiles que cuestionaban el orden establecido y la cultura tradicional. ¡Un profesor alentando a los alumnos a la revolución! ¿Dónde se ha visto eso? Una de las revueltas estudiantiles inspiradas en el movimiento de este filósofo fue la que se conoce como *Mayo francés* o *Mayo del 68*, que comenzó con una serie de protestas de grupos de estudiantes contrarios a la sociedad de consumo, a los que posteriormente se sumaron los trabajadores. La revuelta de estudiantes terminó convirtiéndose en la mayor huelga general de la historia de Francia, ya que fue secundada por más de nueve millones de personas.

Marcuse denuncia que, bajo la aparente libertad de nuestras democracias, se esconden unas determinadas formas de represión y control social, cuya función es impedir a toda costa la revolución. Aunque nos creamos libres, nuestra época es la de mayor sometimiento de la historia. En la Antigüedad, el esclavo era consciente de su esclavitud, y en la Edad Media el siervo sabía que estaba sometido al señor feudal, pero hoy no sólo estamos igual de sometidos que en el pasado, sino que, además, no somos conscientes de ello. Puede que estés pensando que tú no percibes que te controlen y te sometan y que, por lo tanto, Marcuse se equivoca. El problema es que, antes, el control era muy evidente porque se ejercía mediante el terror, pero ahora se consigue subrepticamente mediante la técnica. ¿Te has parado a leer todas las condiciones que aceptas cuando bajas una aplicación a tu móvil? ¿Has reflexionado sobre el hecho de que tu teléfono es un instrumento desde el que te están espiando y que encima tú has pagado con la idea de que con él haces tu vida más cómoda? La liga española de fútbol sacó una aplicación cuya verdadera función no era ofrecerte toda la información sobre lo que ocurre en el terreno de juego, sino que fueses su chivato en los bares y controlar así los establecimientos que ponen los partidos sin su correspondiente licencia. ¿Cómo era esto posible? Muy fácil, esta aplicación usa el micrófono de tu teléfono y tu ubicación para

descubrir si el bar en el que estás viendo el partido con tus amigos lo retransmite con o sin licencia. Ahora pregúntate por qué son gratis las cosas por las que no pagas nada, como las redes sociales, o para qué sirven realmente las tarjetas de fidelización, los asistentes virtuales o tecnología como la de Arkangel. Tú piensas que estás comprando confort cuando lo que haces es aumentar tus cadenas. Hemos creado una sociedad de siervos voluntarios que han vendido su libertad a cambio de seguridad y comodidad.

Para Marcuse, tanto el comunismo como el capitalismo son un totalitarismo. En ambos sistemas se elimina la libertad, se planifica la vida y se controla el pensamiento del individuo. En el capitalismo, el hombre moderno ha quedado reducido a un mero consumidor, por eso Marcuse lo llama «hombre unidimensional». El capitalismo usa la técnica para crear no sólo productos, sino también a sus consumidores. Así, la técnica nos va modelando para que seamos todos iguales y confundamos la libertad con el consumo. Las mercancías se convierten en nuestros fetiches y nos adoctrinan generando falsas necesidades. Cuando compramos un iPhone no estamos comprando un móvil, sino estatus social, modernidad, juventud, belleza, libertad, etcétera. Mientras que algunas religiones poseen figuras a las que adoran porque les atribuyen poderes sobrenaturales, nosotros hacemos esto con los productos de consumo.

El capitalismo genera un exceso de producción al que se debe dar salida. Por eso, el sistema hace uso de la técnica para generar en nosotros unas pautas de consumo y convertirnos en una pieza más del engranaje. La técnica, en vez de ser usada para liberarnos del trabajo, se utiliza para someternos. En un mundo tan avanzado tecnológicamente como el nuestro, ¿no deberíamos trabajar menos horas? ¿No deberíamos estar dedicando la mayor parte de nuestro tiempo a tareas que nos hacen crecer como personas: aprender cosas nuevas, desarrollar una habilidad, criar a nuestros hijos, escribir un libro, dialogar con nuestros conciudadanos, etcétera? En cambio, ¿a qué nos ha reducido la técnica? «A tener empleos que odiamos para producir mierda que no necesitamos.»



<https://twitter.com/eledututor/status/1112261130112696321>

#FiloReto_29

EL ARTE
DE TENER
RAZÓN

¿Alguna vez alguien con autoridad sobre ti ha argumentado una decisión con la que no estás conforme con un «porque lo digo yo»? ¿Has querido rebatirle pero no sabías qué decirle? ¿Alguna vez has discutido con otra persona que ha cambiado tus palabras y, sin darte cuenta, te ha empezado a hervir la sangre y has comenzado a gritar como un loco?

¿Te imaginas como sería tener el poder de lanzar «zascas» a cualquier persona que intente manipularte? En este capítulo aprenderás a exponer tus ideas de manera ordenada y a detectar insultantes falacias que te tratan como si fueses idiota. En un mundo de *fake news* y de publicidad agresiva, el ejercicio del pensamiento crítico puede ayudarte a escapar de la estupidez y del sometimiento. La lectura de este capítulo te dará el poder de ganar cualquier discusión.* Pero recuerda las palabras del tío Ben al joven Peter Parker en *Spider-Man* (Sam Raimi, 2002): «Un gran poder conlleva una gran responsabilidad».

Qué es y qué no es argumentar

El poeta inglés Samuel Johnson (1709-1784) utiliza una bella imagen para ilustrar la fuerza de los buenos argumentos: «El testimonio es como una flecha lanzada con un gran arco: su fuerza depende de la mano que lo sujeta. El argumento es como una flecha lanzada desde una ballesta: tiene la misma fuerza aunque la lance un niño».

La palabra *argumento* procede del latín *arguare*, que significa «sacar a la luz», «dejar claro». Cuando argumentamos, defendemos una idea que es discutible (tesis o conclusión) con otras ideas que no deberían serlo (premisas o razones). Una de las condiciones que debe cumplir un buen argumento es apoyarse sólo en razones y evidencias. Por eso, cuando discutas con alguien, debes exigirle que en todo momento se ciña a darte razones para que cambies de opinión y que deje a un lado sus emociones, sentimientos, creencias o prejuicios. Pongamos un ejemplo hipotético: imagina que estás

discutiendo con tu madre y ella usa contra ti un chantaje emocional como éste: «¡Cómo me puedes hablar así! ¡Con lo que yo sufrí para darte a luz!».

Tu madre, que es experta en el noble arte de la discusión, era conocedora de que no disponía de buenas razones ni evidencias con las que defender su posición, y por eso te tendió una trampa y te engañó para que abandonases el terreno de juego de la confrontación de ideas llevándote al de las emociones. Si no vuelves rápidamente al debate racional, te ganará por goleada.

Otra de las condiciones que debe cumplir un argumento válido es la de que exista una relación lógica entre la tesis y las premisas. En un buen argumento, si estas últimas son verdaderas, la conclusión necesariamente ha de serlo también. Existen argumentos que están mal contruidos y que muchos aceptan como válidos (no seas uno de éstos). El truco está en que, aunque el argumento contiene premisas que son verdaderas, si analizas su estructura lógica te percatarás de que la verdad de las premisas no asegura la certeza de la conclusión. En este tipo de pseudoargumentos, aunque las razones o las evidencias que se aportan sean verdaderas, la tesis que se defiende puede llegar a ser falsa y, si no te das cuenta, te lo comes con patatas. Observa el siguiente ejemplo: «Estudí mucho para este examen. No es justo que haya suspendido».

Analicemos su estructura lógica:

- Premisa: he estudiado mucho.
- Tesis: no debería haber recibido un suspenso.

Aunque te hayas consumido estudiando durante semanas bajo la tenue luz del flexo, si examinamos con lupa tu argumento salta a la vista que la verdad de la premisa no garantiza la de la tesis: puede que te equivocases en el examen, que estudiases mucho pero no lo suficiente, que tengas problemas de aprendizaje, etcétera. Observa ahora este ejemplo de argumento bien contruido:

- Premisa 1: en los criterios de calificación recogidos en la programación de aula de la asignatura puede leerse que «para la nota de la evaluación se realizará un redondeo si la décima es igual o superior a 5».
- Premisa 2: mi nota media de la evaluación es de 4,65.
- Tesis: no debería haber suspendido.

Si las premisas de este argumento son ciertas, tu tesis es irrefutable y el profesor no podrá negarte que «tienes razón». Si no es una persona honrada y te amenaza de alguna manera, recuérdale estas sabias palabras de Isaac Asimov: «La fuerza es el último recurso del incompetente».

Busca los ases escondidos bajo la manga: los presupuestos

A veces, cuando argumentamos, no enunciamos todas las premisas de manera explícita. Hay información que se omite y que es imprescindible para que podamos aceptar el argumento como válido. Los presupuestos no suelen ser evidentes y eso hace que a veces nos los «tragamos» sin examinarlos con detenimiento. Cuando alguien defienda algo con lo que no estás de acuerdo, antes de lanzarte a cuestionar su tesis, pregúntate: «¿Qué es lo que está dando por supuesto?». Cuando hayas descubierto los presupuestos, es el momento de sacarlos a la luz e interrogarle acerca de las pruebas de las que dispone para que sean aceptados como válidos.

Imagina que, en un debate sobre el aborto, tu oponente afirma: «Debemos decir claramente qué es el aborto: es el asesinato directo de un ser humano inocente. Una medida de una sociedad verdaderamente civilizada es cómo se trata a los más vulnerables e indefensos. Y el feto en el útero se encuentra entre los más vulnerables e indefensos de todos». Antes de lanzarte a rebatirle, anota su argumento en un papel y pregúntate qué es lo que está dando por supuesto. Si lo haces, caerás en la cuenta de que se apoya en dos premisas cuya verdad no demostrará tu interlocutor, a no ser que se lo exijas:

- Presupuesto 1: un feto es un ser humano.
- Presupuesto 2: matar a un ser humano es siempre un asesinato.

Acto seguido, toma la palabra y exígele que aporte evidencias que prueben estos dos supuestos; si no las tiene, recuérdale que no estás obligado a aceptar ese argumento como válido. Un truco es reformular sus presupuestos como preguntas. Si interrogas a tu oponente, te ahorrarás la engorrosa tarea de tener que probar que tu tesis es cierta, porque la piedra estará ahora sobre su tejado y será él quien estará obligado a aportar datos; si no los tiene, quedará inmediatamente fuera del *ring*. Aquí tienes un ejemplo de preguntas que podrías realizar para refutar el argumento que estamos analizando:

- Tu argumentación se basa en el supuesto de que un feto es un ser humano, pero ¿podrías precisarme en qué momento exacto comienza la vida humana y en qué te basas para saberlo?
- Tu argumento también presupone que siempre que se mata a una persona se está cometiendo un asesinato. ¿Podrías justificar esa afirmación? ¿Matar en defensa propia es asesinar? ¿Un soldado que mata en el contexto de una guerra es un asesino?

Lo más prudente en un debate es escuchar más que hablar, ser paciente, analizar atentamente los argumentos de nuestro oponente y formular buenas preguntas. Recuerda que puedes hacer más daño con una buena pregunta que con una afirmación. En un conocido programa de radio, la periodista supo desmontar el discurso de una diputada a la que estaba entrevistando con una simple pregunta:

—Me parece tan horrible decir que no hay violencia machista [...] como decir que todos los hombres son maltratadores —afirmó la política.

—¿Quién lo dice? ¿Quién dice que todos los hombres son maltratadores? —preguntó la periodista.

—Bueno, hay diferentes discursos en los que parece que... —¿De quiénes en concreto?

La política no acertó a precisar quién y su argumentación quedó en evidencia.

Las trampas en la argumentación

Una falacia (del latín *fallacia*, «engaño») es un argumento que parece válido pero no lo es; contiene fallos, aunque están ocultos. Las falacias simulan ser una forma correcta de argumentación, pero en realidad contienen errores. Así, un buen argumento es aquel que no contiene falacias.

A veces se cometen por ignorancia, porque la persona que argumenta no sabe cómo hacerlo; pero, en el caso de la publicidad o de algunos discursos políticos, se hacen con toda la intención, para persuadirte o manipularte, y dando por sentado que eres imbécil. Sea porque estás ante un inepto o porque te encuentras ante alguien que se cree demasiado listo, en ninguno de los dos casos deberías permitir que usen trampas para convencerte de algo. A lo largo de este capítulo te presentaré alguna de las más conocidas para que puedas detectarlas y librarte de ellas con facilidad.

Pensar bien es una condición necesaria para que podamos ejercer y disfrutar la democracia. Para ejemplificar las falacias te pondré citas sacadas de los discursos de algunos de nuestros políticos, pero no te equivoques: no hay ideologías falaces, porque las falacias no las cometen las ideologías, sino las personas que las defienden. Haz la prueba y comprobarás que puedes encontrar falacias en todo nuestro arco político.

Pensar bien implica desarrollar un pensamiento crítico, pero eso no significa que tengas que llevarle la contraria a todo el mundo, sino que seas exigente con tu forma de argumentar y con la de los demás. Por eso tampoco debes cometer el error de pensar que

todos los discursos políticos son, ya de entrada, falaces. Antes de juzgar, dedica algo de tu tiempo a examinarlos cuidadosamente, como los joyeros hacen con los diamantes.

Por último, pensar bien supone de igual manera que seas humilde y analices tu propio pensamiento, abrirte a la posibilidad de que puedes ser tú el que esté equivocado. El 21 de julio de 2004, el científico británico Stephen Hawking admitió frente a una audiencia de 800 físicos de 50 países que se había equivocado en una de las afirmaciones de su teoría sobre los agujeros negros. Sólo una mente brillante puede amar más la verdad que a su ego.

La falacia del falso dilema

Este tipo de argumentaciones te presentan dos alternativas y te obligan a elegir una de ellas. Imagina que unos padres, después de descubrir que a su amado hijo le han quedado seis asignaturas, le dicen: «Si no terminas el bachillerato, vas a acabar pidiendo limosna en la puerta de una supermercado». El dilema al que someten al pobre chaval es más falso que un billete de doce euros, porque no le presentan todas las alternativas posibles. Otras opciones pueden ser: cambiar de modalidad de bachillerato, cambiar de centro educativo, tomarte un año sabático, estudiar un grado de formación profesional, comenzar a trabajar, etcétera. En un falso dilema se presenta la opción que nos quieren obligar a elegir junto a otra que sería indeseable. Su estructura es: yo o el apocalipsis. Los falsos dilemas se utilizan a menudo en política para justificar una medida impopular. Algunos gobernantes intentan eludir la responsabilidad de sus decisiones con discursos que se resumen en lo siguiente: «o hacíamos esto, o el caos». Para destruir esta falacia lo que debes hacer es ir enumerando las otras opciones que se han omitido y preguntar a tu oponente por qué no las ha tenido en cuenta.

Existe otro tipo de falso dilema que consiste en obligarte a elegir entre dos opciones que no son excluyentes. ¿Recuerdas cuando algún descerebrado te preguntó que a quién querías más, si a tu padre o a tu madre? Pues me refiero a estos dilemas. Este tipo

de falacia se usó con frecuencia para justificar las políticas antiterroristas: «o apoyas al gobierno o eres un colaborador de ETA». Esta afirmación es un falso dilema, porque criticar al gobierno no te obliga a apoyar a la banda terrorista; puedes rechazar las dos opciones.

Argumento *ad hominem*

La periodista Mercedes Milá debatió una vez en televisión con el científico José Miguel Mulet sobre la pseudodieta propuesta en el libro *La enzima prodigiosa*. El señor Mulet argumentó que lo que se afirma en esa obra no sólo carece de base científica, sino que directamente es falso. La respuesta de la periodista fue: «Lo primero que te digo es que te leas el libro y adelgaces porque estás gordo. Lo digo porque tu cintura es peligrosa para el corazón». No te confundas, la respuesta de la periodista no es ningún «zasca», sino una falacia conocida como *ataque personal* o *ad hominem*, que consiste en atacar a la persona que habla en vez de a sus argumentos. Este tipo de descalificaciones son en realidad una estratagema para no tener que responder a los argumentos o las evidencias que se presentan. En un debate, lo que importa son las razones y los datos, y es irrelevante quién o cómo es la persona que está hablando. La respuesta de Mulet fue sensacional: «Es muy curioso que me digas esto, porque de toda la argumentación que he dicho lo único criticable que has encontrado es el tamaño de mi cintura».

Para zafarse de esta falacia, lo más importante es no perder la calma y no caer en la tentación de contestar a un *ad hominem* con otro ataque personal (esto es lo que se conoce como un *tu quoque*, que en latín significa «tú también»). En muchas ocasiones, el *ad hominem* es una trampa para que te pongas nervioso y abandones el debate racional, en el que tu oponente tiene las de perder. Como la periodista no tenía argumentos científicos, intentó llevar el debate al barro de las descalificaciones y los insultos. Si te ocurre algo parecido, recuerda el sabio consejo del escritor Mark Twain: «Nunca

discutas con un ignorante: te hará descender a su nivel y ahí te vencerá por experiencia». Si el científico hubiese respondido a Mercedes Milá con un «y tú eres una estúpida», habría perdido el debate porque, en el arte del insulto, ella tiene mucha más experiencia.

Existe una versión del *tu gouque* que se utiliza mucho en política y que podemos llamar *la falacia del «y tú más»*. Para detectarla con facilidad, imagina un debate parlamentario en el que un diputado de la oposición cuestiona al gobierno por la injustificada subida del precio de la electricidad y que entonces la respuesta del ministro fuera: «No tiene derecho a cuestionar al gobierno, porque cuando ustedes estuvieron en el poder hicieron lo mismo». No hace falta que imagines mucho, porque esto sucedió realmente en nuestro Parlamento. Esta falacia se usa para no tener que dar explicaciones sobre una acción de la que se es responsable. La falta de coherencia del diputado no justifica que el ministro no deba dar las debidas aclaraciones sobre la medida que ha adoptado.

A veces el *ad hominem* es más sutil, porque no cae siempre en el insulto: utiliza simplemente la condescendencia. Imagina que estás discutiendo con un adulto y te dice que todavía eres demasiado joven para entender la dificultad del problema en cuestión. Si eso ocurriese, puedes responderle con un «imagina que no lo digo yo, sino otra persona (aquí pon el nombre de una autoridad reconocida por tu oponente que tenga una opinión similar a la tuya): ¿qué motivos tendrías para rechazarlo?».

La ley de Godwin

Mike Godwin formuló una ley que lleva su nombre para identificar un fenómeno que es muy común en las discusiones que se producen en las redes sociales. Dicha ley suele expresarse así: «A medida que una discusión en línea se alarga, la probabilidad de que aparezca una comparación en la que se mencione a Hitler o a los nazis tiende a uno. Y en ese momento la discusión se acaba». En cierta ocasión, el por entonces ministro de Educación no pudo dar

una charla porque un grupo de estudiantes se la reventaron gritándole: «¡Fascista!». El ministro utilizó el mismo calificativo para referirse a los estudiantes que estaban protestando contra su polémica ley de educación. La ley de Godwin se cumplió y el debate quedó zanjado antes de empezar. Si durante una discusión alguien te tacha de fascista, o algo parecido, recuérdale en qué consiste esta ley y pregúntale por qué intenta abandonar el debate mediante el uso de la descalificación.

Reductio ad Hitlerum

Esta falacia fue identificada por el filósofo Leo Strauss y consiste en intentar refutar un punto de vista alegando que Hitler lo compartía. Imagina que alguien quisiera argumentar en contra del vegetarianismo aduciendo que Hitler era vegetariano. Si analizas este argumento detenidamente comprobarás que no existe conexión lógica entre el tofu y las cámaras de gas. En un partido de la Bundesliga entre el Mainz 05 y el Schalke 04, los aficionados del equipo local insultaron a los del Schalke llamándolos nazis. La razón del impropio estaba en que Adolf Hitler, además de genocida, fue también hinchado de fútbol y sus colores siempre estuvieron claros: los blanquiazules del Schalke 04 de Gelsenkirchen. Si razonásemos siguiendo la pésima lógica de la hinchada del Mainz, deberíamos concluir que todas las personas que tienen mascotas son nazis, puesto que Hitler compartía con ellos esta misma afición.

En nuestro país tenemos una versión autóctona de esta falacia que podríamos llamar *reductio ad Francum*, por la cual algunos intentan concluir que si tienes en común un punto de vista con Franco, entonces los compartes todos; si Franco apoyaba una cosa, entonces ésta es mala; y si Franco era enemigo de otra cosa, entonces, inmediatamente, ésta es buena. Los partidos de la derecha española convocaron una manifestación en Madrid bajo el lema #UnidosPorEspaña. En esos días se hizo viral un tuit con una foto de un periódico antiguo en el que podía verse al dictador Francisco Franco junto al titular «Por encima de todo, la unidad de

España». Sin embargo, el hecho de que los convocantes coincidan con Franco en un eslogan no implica que compartan su ideología fascista y totalitaria.

Falacia de la apelación a la autoridad (*ad verecundiam*)

Según nos cuenta el filósofo romano Cicerón, los seguidores de Pitágoras utilizaban la fórmula *ipse dixit* («él lo dijo») para aceptar como verdadera cualquier tesis que hubiese proclamado su venerable maestro. Si Pitágoras lo había dicho, te podías ahorrar la engorrosa tarea de tener que probar que esa tesis era cierta. ¿Por qué es un error razonar así? Porque la verdad de una afirmación no depende de quien la realiza, sino de las pruebas o los argumentos que se presentan. Es completamente irrelevante si la persona que intenta convencerte de algo lo leyó en la Wikipedia, se lo dijo su profesor o lo vio en un documental; porque si no es capaz de reproducir los argumentos o no dispone de los datos para probar lo que afirma, no tienes que aceptarlo como válido. En una oportunidad, un expresidente del gobierno de España sentenció que no creía en el cambio climático porque un primo suyo, que era catedrático de Física en la Universidad de Sevilla, le había asegurado que no era posible predecir «ni el tiempo que va a hacer mañana». A su favor hay que decir que, algún tiempo después, este buen señor se disculpó y reconoció que «cuando uno se equivoca lo mejor es rectificar y yo he rectificado muchas veces porque me equivoco a menudo». El expresidente se equivocó en esta ocasión porque aludir a la sabiduría de su primo sin aportar ningún dato no es argumentar. Si alguien te ataca con una falacia de este tipo, dispones de tres estrategias para destruirla:

- Pedir a tu interlocutor que justifique por qué la persona que cita es una autoridad en la materia.
- Exigir los argumentos en los que se basa esa supuesta autoridad para hacer esa afirmación.

- Recordar que ninguna autoridad puede zanjar la discusión, ya que todo ser humano puede equivocarse y, para ello, puedes citar ejemplos de científicos o instituciones que lo hicieron.

Otra variante de este tipo de falacias se produce cuando se confunde la autoridad del que manda con la del experto. Si un policía te multa, no es conveniente cuestionar su decisión; lo mismo ocurre con el entrenador de nuestro equipo o con nuestro jefe cuando nos da una orden. Pero la autoridad del experto es diferente: su conocimiento sí que admite crítica; podemos y debemos examinar si lo que afirma es cierto.

Falacia de la falsa autoridad

Hace unos años se emitía por televisión un spot en el que el divulgador científico Eduard Punset aparecía como experto objetivo y científico para convencernos de que la gente debería comer con pan, y si era el de la marca Bimbo, mejor, porque este producto era «100 % natural, nada artificial». Este anuncio, como la mayoría de los que acuden a una cara famosa para vender un producto, es un ejemplo de la falacia de la falsa autoridad. Ésta consiste en apelar a una autoridad que carece de valor porque, o no es imparcial, o no es competente en el campo del que se está hablando. Aunque, como informa la marca de pan, los honorarios de Eduard Punset se destinaron íntegramente a su fundación, al haber dinero de por medio la imparcialidad del experto queda viciada. La opinión de Rafa Nadal sobre cómo se debe ejecutar un revés debe tenerse en cuenta porque es una autoridad en la materia, pero lo que piensa sobre qué modelo de coche deberíamos comprar tiene tanto valor como lo que cree tu vecino. Si alguien te ataca con una falacia de este tipo, delimita el campo del experto y/o saca a la luz su falta de imparcialidad.

Falacia *ad populum* o apelación a la mayoría

La falacia populista hace uso del apoyo que una idea recibe de la mayoría de la gente para justificar que ésta sea verdadera o justa. En los años noventa, la empresa de chicles Trident creó una campaña de publicidad basada en esta falacia. En el anuncio, mientras una boca perfecta sonreía, una voz en *off* decía: «Hay millones de razones para que te guste Trident, pero ahora sólo queremos recordarte treinta y dos [primer plano de los dientes]. Trident, millones de bocas no pueden estar equivocadas. Y es de Adams. Te gustará». Pero ¿es cierto que millones de personas no pueden equivocarse? ¿Dónde está el error de este argumento? La falacia consiste en pensar que la verdad de una afirmación depende del número de personas que la defiendan: cuanta más gente piense lo mismo, más verdadero es. Pero debes saber que el mero hecho de que una creencia esté muy extendida no la hace necesariamente correcta o verdadera. Si esta lógica fuese correcta, tendríamos que concluir que Belén Esteban es mejor escritora que Vargas Llosa porque vende más libros. Si una opinión individual puede ser errónea, también puede llegar a serlo una opinión colectiva. La verdad o falsedad de una afirmación es independiente del número de personas que creen en ella.

Esta falacia suele usarse para intentar cerrarnos la boca e impedir el debate: «La mayoría de la gente lo votó, así que te callas». Debes tener muy claro que del hecho de que la mayoría de la gente haya aprobado una medida, o elegido a un candidato, no se justifica que hayan acertado, y mucho menos que tú no puedas hacer una crítica. En las elecciones alemanas de 1932 los nazis fueron el partido más votado con un tercio de todos los sufragios y Adolf Hitler fue nombrado canciller. ¿Te imaginas que alguien argumentase que no puedes criticar las medidas adoptadas por el Führer porque fue lo que quisieron la mayoría relativa de los alemanes? Pues eso.

A veces, la argumentación es doblemente tramposa porque afirma que la mayoría de la gente está de acuerdo con algo, sin disponer de ninguna estadística o encuesta que lo pruebe. La

próxima vez que alguien empiece su intervención con un «como todos sabemos, la mayoría de la gente...», respóndele con un «¿cómo sabes que la mayoría de la gente opina eso?».

En resumen, si alguien te ataca con una falacia *ad populum*, puedes defenderte con alguna de las siguientes estrategias:

- Exígele que cite sus fuentes. Pregúntale: ¿cómo sabes lo que opina todo el mundo?
- Recuérdale que si una opinión individual puede estar equivocada, una colectiva también. Cita un ejemplo como el de Copérnico: él fue el único que opinó que la Tierra no era el centro de nuestro sistema, mientras que toda la sociedad de su época opinaba lo contrario. La verdad se encontraba en la opinión de un solo hombre.
- Exígele que argumente correctamente y que aporte pruebas de que su opinión no está equivocada, porque la verdad de una afirmación es independiente del número de personas que la defiende.

Falacia de la inversión de la carga de la prueba

Cuidado con esta falacia, porque si no estás atento te pueden hacer trabajar más de la cuenta durante una discusión. La *carga de la prueba* es una expresión con la que nombramos un principio básico del debate racional que determina quién es el que está obligado a probar su opinión:

- *El que afirma*. Un viejo aforismo del derecho romano expresa que «a quien afirma incumbe la prueba». No vale que alguien afirme algo y que, encima, te exija a ti que demuestres que no es cierto. En la campaña que llevó a Bolsonaro a ganar las elecciones en Brasil se usó este tipo de estrategia. Se mandaron mensajes de WhatsApp a los votantes, cargados con mentiras sobre su oponente. En algunos de ellos podía leerse: «El candidato del PT (Partido de los Trabajadores) escribe un libro en el que defiende las relaciones sexuales entre padres e

hijos»; «Antes del PT había hijos de pobres que llegaban a ser médicos. Después del PT, hay ingenieros conduciendo un Uber». Por desgracia, cuando uno de estos mensajes llegaba a los móviles de los votantes brasileños, éstos no exigían ningún tipo de prueba de que sus afirmaciones fuesen ciertas y los reenviaban sin detenerse a pensar. Los asesores de la campaña de Bolsonaro consiguieron invertir la carga de la prueba y lograron que fuese el otro candidato el que tuviera que probar que las acusaciones eran falsas. Recuerda que si una persona te acusa de algo, es ella la que debe presentar las pruebas.

- *El que hace una afirmación que se opone a lo que la comunidad científica establece como verdadero.* Otro aforismo del derecho romano dice que «lo normal se entiende que está probado, lo anormal se prueba». Si alguien afirma algo que va en contra del sentido común o de las leyes científicas, será a él a quien le toque probar lo que dice. En un programa de televisión, el humorista Javier Cansado dijo lo siguiente:

Homeopatía, ¿qué pasa? Tomo homeopatía, ¿qué pasa? «Es que la homeopatía no funciona.» Pues no la tomes. Si no te funciona, amigo, no tomes homeopatía. Es muy sencillo, tienes la posibilidad de no tomarla, no la tomes. Pero, amigo, si ves que te funciona, tómala... ¡A mí me funciona!

La frase «a mí me funciona» no es una prueba, sino una anécdota. En Haití, el vudú también le funciona a mucha gente. La homeopatía, como el vudú, se basa en una serie de principios que contradicen las leyes de la química.* Javier Cansado hace un intento de inversión de la carga de la prueba para no tener que demostrar que esta supuesta terapia sirve realmente para algo. No son los científicos quienes tienen la obligación de demostrar que el remedio que me acabo de inventar no funciona.

Argumento basado en la ignorancia o falacia *ad ignorantiam*

Te vas a encontrar con gente que intentará demostrar que algo es verdad aludiendo al hecho de que hasta ahora nadie ha podido probar que sea falso. Cuando esto ocurra, debes tener presente que esta forma de argumentar es una falacia, puesto que no se te han dado razones ni evidencias de que lo que se está afirmando sea cierto. Recuerda que le corresponde la carga de la prueba al que afirma. Si alguien te dice «esto es verdad», es a esa persona a quien le corresponde presentar las pruebas, y no vale que se vaya de rositas alegando que nadie ha demostrado que lo que dice sea falso. En un programa matinal de TVE, la presentadora Mariló Montero argumentó en contra del trasplante de órganos de esta manera: «No está científicamente comprobado que el alma no sea trasplantada con los órganos». La señora Montero estaba huyendo de la responsabilidad de probar lo que dice e intentaba pasar esa responsabilidad a la comunidad científica, a la que, según ella, le tocaría probar la inexistencia del alma y su transplantabilidad. Si el oponente no es lo suficientemente listo, caerá en su trampa; pero si es astuto, le preguntará a la periodista: ¿qué pruebas tienes de que el alma se trasplanta? Es más, ¿qué prueba tiene de que existe eso que ella llama *alma*?

Este tipo de falacia se suele usar para intentar defender desde las típicas teorías de la conspiración («no hay pruebas de que el hombre haya llegado realmente a la Luna») hasta la mal llamada *medicina alternativa* («nadie ha demostrado hasta ahora que el reiki no funcione»). Por eso debes estar muy atento para que no te persuadan con este tipo de retóricas.

Falacia de la pregunta compleja o *plurium interrogationum*

Este tipo de preguntas son falaces porque llevan implícitas afirmaciones que no han sido probadas. Se usan para descalificar impunemente al adversario con la excusa de que se está formulando una pregunta. De hecho, la justificación que emplean luego los que usan este tipo de falacia es: «Yo sólo estaba

preguntando». Ten mucho cuidado, porque esta falacia es una trampa mortal; si respondes a la pregunta, estarás aceptando la suposición.

No es lo mismo que tu novia te pregunte «¿estás mirando a esa tía?» que «¿vas a dejar ya de mirar a esa tía?». La segunda pregunta presupone que la estabas mirando sin aportar ninguna prueba de ello; por eso te recomiendo que no la respondas si no es en presencia de tu abogado. Esta falacia trata «sutilmente» de colar un prejuicio en la conversación y obligarnos a asumir premisas que de otra manera no aceptaríamos. No todas las preguntas que contienen suposiciones son falaces, sólo aquellas que contienen suposiciones no demostradas. Si preguntamos «¿cuándo dejará España de obtener pésimos resultados en Eurovisión?», esta pregunta presupone la tesis de que «España obtiene malos resultados en Eurovisión», que, en este caso, desgraciadamente es cierta. Para encontrar más ejemplos de esta falacia vayamos al Congreso de los Diputados (una enorme mina para el que busca argumentos falaces). Un diputado de ERC le lanzó una pregunta compleja al líder del PSOE, que por entonces estaba en la oposición: «¿Cuánto más va a renunciar a la gobernabilidad de su país por no dar voz al nuestro?».

La mejor manera de combatir este tipo de falacias es no responder, ya que tu interlocutor no te está preguntando nada, sino sólo haciendo una afirmación formulada como pregunta. Otra opción es responderle con otra pregunta que destape la falacia. Por ejemplo, el líder del PSOE podría haber contestado de esta manera: «¿Por qué cree usted que yo quiero renunciar a la gobernabilidad de mi país?». La próxima vez, prueba a preguntarle a tu novia: ¿por qué crees que miro a otras chicas?

Petición de principio (*petitio principii*)

Esta falacia es tan vieja que Aristóteles fue uno de los primeros en identificarla. Consiste en usar en nuestro argumento una tesis que no ha sido demostrada. Dentro de un discurso elaborado, la tesis

puede sonar coherente, pero no está acompañada de ninguna prueba. Imagina que en clase le preguntas al profesor por algo que está explicando y él te responde: «Lo que tienes que hacer es prestar más atención o replantearte si esto es lo tuyo. Lo que estoy explicando es muy fácil y deberías entenderlo». Esta argumentación puede parecer coherente, pero esconde una petición de principio: él da por supuesto, sin tener ninguna prueba de ello, que ha explicado el contenido correctamente y que todos sus alumnos, menos el que ha formulado la pregunta, lo han entendido.

Círculo vicioso

Te resultará fácil identificar esta falacia porque es muy parecida a la petición de principio. El truco está en incluir en un mismo argumento dos premisas y en demostrar la primera con la segunda y la segunda con la primera. Imagina que, después de confesarle a tu pareja una infidelidad y pedirle que te perdone porque valoras la relación que tenéis, él o ella te responde: «Si me amases de verdad no me habrías puesto los cuernos, porque amar a alguien es ser fiel». Parece un argumento convincente, pero en realidad es una pescadilla que se muerde la cola:

- Premisa 1: el que es fiel ama.
- Premisa 2: amar es ser fiel.

Con este círculo vicioso, tu pareja acaba de eludir la responsabilidad de demostrar por qué toda forma de amor implica fidelidad, idea con la que, por ejemplo, no estaría de acuerdo Diego el Cigala, que cantaba en ese bolero clásico que es posible querer a dos personas a la vez y no estar loco.

También es una falacia explicar una causa por su efecto y ese mismo efecto por la causa, de tal manera que ambos se provocan mutuamente, pero no se aporta ninguna prueba de ello. Esta manera de argumentar posee el mismo esquema que el clásico problema del huevo y la gallina. Imagina que nuestro presidente

pide a los diputados que aprueben los presupuestos de su gobierno porque son los que sacarán a nuestro país de la crisis económica; entonces, un parlamentario de la oposición le pregunta cómo sacará a España de la crisis y la respuesta del presidente es «con el presupuesto que hemos diseñado». Pues no imagines mucho, porque este círculo vicioso también es otra de las falacias que se han usado en los debates parlamentarios de nuestro país.

Un truco para combatir un círculo vicioso es éste: toma un papel y escribe en él la conclusión del argumento de tu adversario. Muéstraselo y pregúntale «¿por qué crees que esto es verdad?». Seguidamente, anota su respuesta en otro papel y vuelve a preguntarle: «¿y por qué crees que esto otro es verdad?». Si contesta con la conclusión, vuelve a enseñarle el primer papel y dile: «Esto era precisamente lo que debías demostrar. Acabas de entrar en un círculo vicioso».

Argumento *ad baculum*

Este tipo de argumentación se caracteriza por recurrir a la fuerza, el miedo o a la amenaza para obligarnos a aceptar una idea. Si alguna vez has escuchado un «porque lo digo yo, que soy tu padre y calla la boca si no quieres irte calentito a la cama», debes saber que eso no era un argumento, sino una falacia como la copa de un pino. Este tipo de falacias se denominan *ad baculum*, que significa «al bastón» y se refiere al que se utilizaba en la Antigüedad para marcar el poder que un amo tenía sobre su esclavo y que, además, se usaba para golpear al siervo cuando se creía necesario darle un escarmiento. Veamos un ejemplo: el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, intentó convencer al Congreso para que aprobase los fondos necesarios con objeto de construir un muro en la frontera con México argumentando que existe un gravísimo problema de seguridad nacional. Su estrategia fue la de infundir miedo a la población, repasando una serie de crímenes supuestamente cometidos en suelo estadounidense por inmigrantes ilegales, para terminar preguntando: «¿Cuánta más sangre de estadounidenses

hay que derramar para que los congresistas hagan su trabajo?». Si te fijas bien, esta falacia es, en el fondo, una variación de la que apela a las emociones, en este caso al miedo. La única manera de desmontar este tipo de falacias es recordar a tu adversario que del miedo o de la amenaza no se deduce lógicamente la verdad de una afirmación. Veamos otro ejemplo de este tipo de error argumentativo: algunos intentaron justificar la venta de armas españolas a Arabia Saudí (país en guerra con Yemen que no respeta los derechos humanos) usando el argumento de que la ruptura del contrato podría suponer la destrucción de seis mil puestos de trabajos en Cádiz. En este caso estamos ante una nueva falacia, porque el temor a la pérdida de trabajos no convierte en justa la decisión de vender armas a una tiranía.

La falsa causa

Muchas argumentaciones se basan en relaciones de causalidad entre dos fenómenos, pero se convierten en falaces cuando equivocan la causa. La gran mayoría de las campañas publicitarias hacen uso de este tipo de argumentaciones para engañarte y hacerte creer que el producto que venden tiene unas propiedades que lo convierten en deseable. Por ejemplo, en la mayoría de los anuncios de Coca-Cola se afirma que este refresco causa felicidad; presentan a gente feliz tomando Coca-Cola y la conclusión que te invitan a sacar es que provoca la felicidad en quien la bebe. No te dejes engañar, tú eres mucho más listo que cualquier empresa de refrescos: que haya una correlación de dos fenómenos no significa que uno sea la causa de otro. Si el día 22 de diciembre ves a tu vecino en estado de euforia mientras bebe Coca-Cola, la causa de su felicidad no la ha provocado el refresco burbujeante, sino el décimo premiado de la lotería que tiene en la mano.

Las campañas agresivas de marketing abusan de este tipo de falacias. Una de las variaciones más usadas tiende a confundirnos y hacernos pensar que existe una única causa para que se produzca un determinado efecto, cuando en realidad éste es la combinación

de varias causas; incluso puede no ser necesaria la causa propuesta para desencadenar dicho efecto. Un buen amigo mío fue asaltado en la calle por un agente de una empresa de captación de socios para una ONGD. Mi amigo, muy amablemente, declinó la invitación de recibir información sobre el proceso para hacerse socio de la ONGD, a lo que el agente le respondió con: «¿Es que no te importa la desnutrición infantil?». Si mi amigo no hubiese identificado la falacia que se escondía detrás de esta insinuación se habría ido a casa con un tremendo cargo de conciencia; pero él sabía que hacerse socio de esa ONGD no es la única manera de combatir la desnutrición infantil, y la única causa de que no quisiera pararse a charlar con el agente de ventas tampoco es la falta de empatía con los grandes problemas de la humanidad.

Falacia del hombre de paja

Un «hombre de paja» era una especie de muñeco que utilizaban los caballeros medievales para entrenarse con las armas, es decir, algo fácil de derribar que servía para practicar antes de la batalla. Esta imagen se utiliza para nombrar un tipo de falacia que consiste en tergiversar los argumentos de alguien, exagerando o cambiando el significado de sus palabras para facilitar el posterior ataque. Debes estar muy atento en el debate, porque tu oponente puede llegar a usar alguna de estas tres estrategias para deformar tu posición original:

- Donde tú afirmas algo como «probable», tu oponente lo entiende como «seguro».
- Donde tú dices «algunos», tu oponente lo tergiversa por «todos», y si hablas de «a veces», él dice «siempre».
- Tu adversario también puede sacar una de tus afirmaciones fuera de contexto para manipular su significado. Que te sirva de ejemplo esta historia: el arzobispo de Canterbury viajó a Nueva York en 1905 y sus secretarios le avisaron de que tuviese cuidado con la prensa norteamericana. Al llegar a Estados

Unidos se celebró una conferencia de prensa en el mismo puerto. Uno de los periodistas le preguntó: «¿Qué piensa vuestra eminencia de los prostíbulos de los barrios del este de Manhattan?». El arzobispo quedó perplejo un momento y preguntó: «¿Hay prostíbulos en los barrios del este de Manhattan?». Al día siguiente, la prensa de Nueva York titulaba en primera página: «Primera pregunta del arzobispo de Canterbury al llegar a Nueva York: “¿Hay prostíbulos en los barrios del este de Manhattan?”».

Para salir ileso de esta trampa debes esforzarte en no perder la calma e ir comparando tus palabras con la manera en que él las cita. Una vez hecho esto, pregúntale por qué está tergiversando lo que dices y si desea continuar la discusión sin hacer trampas.

Generalizaciones excesivas

Existe una manera correcta de argumentar que consiste en extraer consecuencias generales a partir del análisis de casos concretos, pero para que estas generalizaciones sean válidas tienen que cumplir los siguientes requisitos:

- La muestra debe ser representativa. En una de las campañas publicitarias de la marca de dentífrico Oral-B Sensodyne se utilizaba como eslogan «9 de cada 10 odontólogos usan y recomiendan Sensodyne». Esta generalización es problemática porque desconocemos el número total de odontólogos sobre el que se ha hecho la muestra. Si el estudio se hubiese hecho sobre 100 dentistas de los casi 35.000 colegiados en España, no deberíamos aceptar esa generalización como un argumento válido.
- No debe contener términos imprecisos como *la mayoría*, *muchos*, *una gran parte*, etcétera. Pídele siempre a tu interlocutor que te dé los números y los porcentajes exactos sobre los que realiza dicha generalización. Si alguien, por

ejemplo, afirmase que la mayoría de los casos de violencia de género se producen entre población inmigrante, debemos exigirle que sea preciso y que nos indique el número de casos sobre el total. Cuando alguien te haga una generalización de este tipo, lo mejor que puedes hacer es sacar la calculadora.

- No deben existir contraejemplos que refuten la generalización. El filósofo Karl Popper descubrió que no se puede afirmar algo de manera universal a partir de los casos particulares que conocemos, por muchos que sean. Aunque hubiésemos visto millones de cuervos negros, no podemos afirmar que «todos los cuervos son negros», ya que no hemos agotado todos los casos con nuestra observación. En cambio, basta con encontrar un solo cuervo que no sea negro para afirmar con rotundidad que «no todos los cuervos son negros». Este análisis de Popper nos obliga a suavizar la manera en que formulamos las afirmaciones; por ejemplo, no sería conveniente que dijese que «todos los profesores son unos ca*****s»; deberías modificar tu tesis y decir «hasta ahora, los profesores que he tenido han sido unos ca*****s» (eso está mucho mejor, dónde vamos a parar).

Así sí: argumentos válidos

1) Argumento deductivo

En este tipo de argumentos, la conclusión se sigue necesariamente de las premisas. La matemática es un saber que se basa en este tipo de razonamientos. Pongamos el siguiente ejemplo de argumento deductivo:

- Premisa 1: si la suma de los ángulos interiores de un triángulo siempre es 180° .
- Premisa 2: y en un determinado triángulo, el ángulo A mide 90° y el B 30° .
- Conclusión: el ángulo C mide 60° .

Observa que, al estar el argumento bien construido, sería absurdo suponer simultáneamente la verdad de las premisas y la falsedad de la conclusión. Por eso, cuando intentes refutar un argumento de este tipo deberás demostrar que está mal construido* (que la conclusión no se sigue necesariamente de las premisas) o que alguna de las premisas es falsa.

Una mente especialmente dotada para hacer deducciones es la de Sherlock Holmes. La película *El secreto de la pirámide* (Barry Levinson, 1985) nos narra el primer encuentro entre Holmes y Watson: Sherlock se encuentra en los dormitorios de una escuela tocando el violín sobre su cama cuando aparece el novato John. La escena sigue así:

—Tú eres el nuevo.

—Sí, me han trasladado de otra escuela. Me llamo...

—¡Espera! Déjame... [atento porque ahora viene la conclusión del razonamiento de Sherlock]. Tu nombre es James Watson, eres del norte de Inglaterra, tu padre es médico, pasas buena parte del tiempo libre escribiendo y tienes una afición particular por las natillas. ¿Me equivoco?

—Has acertado... en todas las cosas [menos en el nombre]. ¿Cómo lo has hecho? ¿Es algún truco de magia o qué? [Watson le está exigiendo al que será su fiel amigo que muestre las premisas de su deducción].

—No, no hay magia, Watson, es pura y simple deducción: en la etiqueta de tu cama se lee J. WATSON. Elegí el nombre más común de los nombres que empiezan por J: James o John, ésa habría sido mi otra opción. Esa clase de zapatos no se hacen en la ciudad, sólo los había visto una vez durante una breve visita al norte de Inglaterra. [...]

—¿Y lo de las natillas?

—Sencillo, hay una clara mancha amarilla en tu solapa. Ese color es el de las natillas y tu aspecto me convenció de que has comido muchas.

—No hace falta que me ofendas.

2) Argumento inductivo

El razonamiento inductivo es el proceso de observar datos, reconocer patrones y hacer generalizaciones basándonos en estos últimos. Pongamos un ejemplo de este tipo de razonamientos: imagina que dos amigos salen de fiesta y a la mañana siguiente uno de ellos se levanta con malestar de cuerpo generalizado, toma su teléfono y le escribe a su colega: «Tío, estoy fatal. Para mí que fue el kebab que nos tomamos al final de la noche». El otro le responde: «Imposible. Yo también me zampé un kebab y estoy fresco como una rosa. Debe de haber sido la cerveza, porque mientras que yo me tomé dos en toda la noche, tu debiste de beber unas quince».

También son inducciones las generalizaciones que hacemos a partir del análisis de casos concretos. Aunque esta forma de argumentar es válida, debes tener en cuenta que las conclusiones a las que llegamos nunca son ciertas, tan sólo probables: las predicciones meteorológicas se basan en inducciones y ya sabes que nunca estamos completamente seguros de que lo que ha dicho el hombre del tiempo vaya a cumplirse. Bertrand Russell nos advierte del peligro de las inducciones por simple enumeración mediante una parábola: había una vez un empleado del censo que tenía que registrar los nombres de todos los cabezas de familia de cierta aldea de Gales. El primero al que preguntó se llamaba William Williams; lo mismo el segundo, el tercero, el cuarto... Por último, se dijo para sí: «Esto es una pesadez; evidentemente todos se llaman William Williams. Los apuntaré todos así y me tomaré un día de vacaciones». Pero estaba equivocado; había uno cuyo nombre era John Jones. Bertrand Russell no quiere decirnos con esta parábola que la inducción no sea válida, sino que un exceso de confianza en el método puede conducirnos a un error.

Una manera habitual de defender una idea es apoyarla con una serie de ejemplos, pero para que tu inducción llegue a ser un argumento fuerte se deben cumplir los siguientes requisitos:

- Cantidad: si hablamos sobre un pequeño número de casos, el mejor argumento es examinarlos todos. Si lo hacemos sobre un conjunto grande, necesitaremos seleccionar una muestra que sea representativa.

- Representatividad: debemos evitar muestras sesgadas o poco representativas.
- Fuentes fiables: debemos comprobar la fiabilidad de los datos que manejamos; para ello puedes usar la norma que siguen muchos periodistas de consultar al menos tres fuentes diferentes.
- Que no existan contraejemplos. Una buena manera de refutar este tipo de argumentaciones es aportar un contraejemplo.

3) *Argumento por analogía*

Este tipo de argumentos tiene la siguiente estructura: si dos cosas son semejantes en varios aspectos, entonces deben serlo también en otros. Ahora bien, para que una analogía funcione, las similitudes deben ser importantes. Cuanto más aspectos tengan en común y más relevantes sean, más fuerte será nuestra analogía. Puedes refutarla si encuentras una diferencia significativa entre las cosas que se comparan. Un ejemplo de este tipo de razonamientos es el argumento del violinista creado por Judith Jarvis Thomson y que te presenté en el capítulo sobre el aborto.

4) *Argumento sobre las causas*

Las argumentaciones causales establecen que una determinada cosa es causa de otra. La soprano mexicana Susana Zabaleta argumentaba de esta manera sobre el reguetón: «Nuestros valores se están destruyendo gracias a estas canciones misóginas. Ayer se me acercó una niña con el teléfono de su papá escuchando una canción donde decía que se la iba a llevar a un motel y bajarle los pantalones, y la niña estaba bien feliz escuchando eso. ¿Qué va a hacer esa niña a los trece años? La van a llevar a un motel y le van a bajar los pantalones. ¿Tú qué crees que va a hacer esa niña? Pues lo que le están enseñando sus papás. Y a ustedes esto les

parece gracioso. ¿Cómo permitimos que una niña escuche algo tan denigrante y luego todavía nos reímos? Ja, ja, ja, que se vuelva bien puta mi hija. ¿Eso es lo que queremos?».

Para que un argumento de este tipo sea válido no basta con identificar un suceso como causa de otro, sino que es necesario que demuestres y expliques cómo uno desencadena el otro.

5) Reducción al absurdo

La reducción al absurdo es una muy buena manera de refutar el argumento de tu oponente. Lo que debes hacer es tomar la idea que defiende, o alguna de las premisas en las que se apoya, y demostrar que conducen hacia un absurdo, una contradicción, una ilegalidad, una inmoralidad o algo que choca con lo que la ciencia ha establecido como verdadero.

El asno de Buridán es un famoso argumento por reducción al absurdo. Se usa para demostrar que es falsa la idea de que elegimos siempre la mejor opción. En la versión del asno tendríamos a un animal equidistante entre dos montones de heno exactamente iguales. En la versión de Aristóteles nos encontraríamos con un hombre con tanta sed como hambre, situado entre dos mesas, una con comida y otra con agua. Si la idea de que elegimos siempre la mejor opción fuese cierta, tanto el asno como el hombre morirían de sed y de inanición porque no tendrían ninguna razón para decidir.

Cómo exponer tu pensamiento: la disertación

En filosofía existe un procedimiento para exponer de manera ordenada y razonada nuestro pensamiento sobre un determinado problema: la disertación. En Francia, ésta es una de las pruebas más importantes para acceder a la universidad, pero en realidad es mucho más que eso; se puede decir que es una cuestión de interés nacional. Es una tradición que los medios de nuestro país vecino

lleven a sus titulares el problema filosófico al que se tuvieron que enfrentar los estudiantes de bachillerato: ¿La cultura nos hace más humanos?; ¿Toda verdad es definitiva? o ¿Todo lo que tengo derecho a hacer es justo?

Éstos son los pasos que debes seguir si quieres realizar una buena disertación:

1) Delimitar el problema

Lo primero que debes hacer es restringir y explicar el problema del que vas a hablar; para ello puedes elaborar una serie de preguntas que te permitan organizarlo y detallarlo. Por ejemplo, imagina que abordas el clásico problema de la libertad; las preguntas que podrías formular podrían ser éstas: ¿es libre el ser humano? Es decir, ¿posee realmente esa «capacidad de actuar según su propia voluntad a lo largo de su vida»? ¿Son nuestras elecciones un ejercicio libre o nuestra voluntad ha sido previamente «programada» para escoger de una determinada manera? Si fuese así, ¿qué o quién programa nuestras elecciones? También te ayudará definir los conceptos que se encuentran en la pregunta (recuerda que la mayoría de las palabras tienen varios significados, por tanto, debes delimitar su sentido). Siguiendo con el ejemplo anterior, deberías definir *libertad*, *voluntad*, *elección*, etcétera.

2) Tesis

En esta parte debes ir exponiendo y explicando los argumentos a favor de una de las posturas. Para pasar de un argumento a otro puedes formular una pregunta, de manera que la argumentación sea su respuesta.

Puedes acompañar tus argumentos con ejemplos y pruebas. Estas últimas respaldan tus argumentos: un dato estadístico, una noticia, la opinión de alguna autoridad en la materia, un hecho histórico, una investigación científica, etcétera. Usamos las pruebas para que nuestro interlocutor tenga que aceptar nuestro argumento, es decir, para que termine diciendo «pues es verdad». Un ejemplo

es una ilustración, una comparación o una referencia a un caso similar que le sea más familiar a la persona con la que estás debatiendo. Los ejemplos hacen que tu argumento quede más claro en la mente de los demás. Aunque éstos suelen ayudar, recuerda que puedes hacer una perfecta argumentación sin recurrir a ellos y que exponer simplemente un catálogo de ejemplos no es argumentar.

3) Antítesis

Ahora toca exponer y explicar los argumentos de la opción contraria.

4) Síntesis

Éste es el momento en el que debes tomar partido por una de las dos opciones para, posteriormente, dar las razones de tu elección. No olvides refutar los argumentos de la otra parte; para ello puedes usar pruebas y contraejemplos. Puede darse el caso de que tu conclusión opte por una postura conciliadora entre la tesis y la antítesis, haciendo ver que ambas no son contradictorias, sino que en realidad se complementan.

5) Conclusión

En este último paso debes exponer los resultados obtenidos en el curso de tu ejercicio: haz un breve y claro resumen del recorrido general del trabajo y de las certezas a las que has llegado. Recuerda solucionar el problema y responder claramente a la pregunta planteada.

6) Escribir la entrada o introducción

Sólo cuando hayas escrito todos los pasos anteriores podrás preparar una buena introducción. No puedes hacerlo antes porque sería cómo hacer un tráiler de una película sin haber escrito ni tan siquiera el guion. En la introducción debes: explicar el problema del

que vas a hablar, enunciar brevemente las posturas y captar la atención con algún recurso retórico. Para que tu ejercicio quede redondo, intenta conectar el principio con el final; por ejemplo, si comenzaste contando una historia, vuelve a hacer referencia a ella o termínala en la conclusión.

EPÍLOGO

LA VIDA FUERA DE LA CAVERNA

Si has llegado hasta aquí es muy probable que el ejercicio del pensamiento libre te haya liberado de las cadenas y que te encuentres fuera de la caverna. En la alegoría de Platón se nos cuenta que el hombre que fue liberado, cuando recordó a sus compañeros de cautiverio, se compadeció de ellos y sintió la necesidad de regresar para compartir lo que había descubierto. Pero sus compañeros se resistieron a cuestionar el mundo en el que vivían, lo tomaron por loco y se burlaron de él. Atento, porque, como al hombre que fue liberado, puede que otros te pregunten: ¿por qué tanta insistencia en hacer preguntas? ¿Por qué poner en duda lo obvio? ¿Qué necesidad hay de pensar de manera diferente? ¿Quién necesita salir de la caverna con lo calentito y acompañado que está uno dentro? Y, en definitiva, ¿de qué sirve la filosofía?

Si alguien te pregunta que para qué sirve la filosofía, responde con total sinceridad que para nada; porque la filosofía no es útil, sino valiosa. Un sacacorchos es útil; en cambio, disfrutar de una copa de vino conversando con alguien a quien amas mientras cae la tarde y el tiempo se detiene, es valioso. En el campo del conocimiento también podemos separar los saberes útiles de los valiosos. Todo saber que te enseñe a ser un productor competente de una mercancía es útil (aunque deberías preguntarte: ¿útil para quién?). En cambio, todo saber que te ayude a entender el mundo en el que vives, te facilite disfrutar de la vida y te acerque de algún modo al bien, a la belleza o a la verdad es, indudablemente, valioso.

Hay gente que entiende la educación como una herramienta para crear trabajadores; creo que esta idea es falsa y peligrosa. Como afirma el filósofo Noam Chomsky, la pregunta que deberíamos hacernos es: ¿queremos tener una sociedad de

individuos libres, creativos e independientes, capaces de apreciar y aprender de los logros culturales del pasado y contribuir a ellos? ¿O lo que queremos es gente que aumente el PIB? Porque lo uno y lo otro no son necesariamente lo mismo.

El filósofo francés Gilles Deleuze decía que cuando alguien pregunta que para qué sirve la filosofía, la respuesta que debemos dar ha de ser agresiva, ya que la pregunta es irónica y tiene un poco de mala leche. La filosofía no es sirvienta de nadie. No sirve ni al Estado ni a la Iglesia. La filosofía no sirve a ningún poder establecido ni acepta más autoridad que la de la propia razón. Afirmaba este pensador que «la filosofía sirve para entristecer». ¿A qué se refería Deleuze? ¿A quién puede entristecer que practiques la filosofía? A todos aquellos que no desean que pienses por ti mismo, a todos los que te quieren sometido, obediente y estúpido. La filosofía sirve para detestar la estupidez; hace de la estupidez una cosa vergonzosa.

¿Cuál es el valor de la filosofía? Ésta te enseñará a formular preguntas que quizá no te garanticen la felicidad, pero seguro que darán profundidad a tu vida. La filosofía, en un primer momento, te enseñará a cuestionarlo todo, incluso lo más sagrado. Te incitará a rebelarte contra lo que hasta ahora has dado por supuesto, por sabido, por verdadero, por bueno o por bello. Por eso algunos han intentado eliminarla de nuestro sistema educativo, porque los que tienen el poder creen que es peligrosa, y tienen razón: pensar ha sido siempre peligroso. Hannah Arendt afirmaba que no hay pensamientos peligrosos; pensar, de por sí, es peligroso. Pero si no te asusta el peligro, si los que habitan la caverna no han conseguido infundirte miedo y si lo que deseas es ser un filósofo, una vez que lo hayas puesto todo patas arriba debes esforzarte con todo tu ser en gozar esta vida, consciente de la fugacidad del tiempo.

Porque la filosofía, aunque comienza siendo un arte de preguntar, termina convirtiéndose en un arte de vivir. Como vimos en uno de los capítulos de este libro, para Heidegger la mayoría de las personas viven existencias anónimas, viven en un «se dice» y en un «se hace», es decir, dicen lo que dicen porque es lo que la gente dice, y hacen lo que hacen porque es lo que la gente hace.

Pero tú no eres de éstos. Tú deseas tener una existencia auténtica y pensar por ti mismo. Tú ya formas parte de la resistencia, de ese grupo formado por todos aquellos que se han arriesgado a vivir fuera de la caverna.



PROPUESTA PARA UN CINECLUB

Afirmaba Ortega y Gasset que «ver es pensar con los ojos» y su discípulo más querido, Julián Marías, debió hacerle caso, puesto que además de filósofo fue uno de los mejores críticos de cine de nuestro país. Filosofía y cine se conectan, se imbrican y a veces hasta se confunden. En este listado recojo además de las películas y series que han ido apareciendo en cada uno de los capítulos, otras que ayudan a ilustrar y profundizar los temas trabajados. El catálogo es igualmente una propuesta para llevar a cabo un cineclub filosófico.

1

¿DEBERÍAS CONTÁRSELO TODO A TU PAREJA?

Malditos bastardos (Quentin Tarantino, 2009)

Good Bye, Lenin! (Wolfgang Becker, 2003)

La caja de música (Costa-Gavras, 1989)

La vida es bella (Roberto Benigni, 1997)

2

¿DEBES OBEDECER SIEMPRE A LA AUTORIDAD?

La purga (James DeMonaco, 2013)

Mad Max (George Miller, 1979)

Senderos de gloria (Stanley Kubrick, 1957)

Experimenter: La historia de Stanley Milgram
(Michael Almereyda, 2015)

La ola (Dennis Gansel, 2008)
El gabinete del doctor Caligari (Robert Wiene, 1920)

3

**¿TIENE IMPORTANCIA QUE TU PAREJA FISGUE EN TU
MÓVIL?**

Easy Rider. Buscando mi destino (Dennis Hopper, 1969)
Te doy mis ojos (Icíar Bollaín, 2003)
Sólo mía (Javier Balaguer, 2001)
Skins (Jamie Brittain y Bryan Elsley, 2007)

4

¿POR QUÉ EXISTE EL *BULLYING*?

Hannah Arendt (Margarethe von Trotta, 2012)
Scarface (Brian De Palma, 1983)
Juego de tronos (David Benioff y D. B. Weiss, 2011)
El tercer hombre (Carol Reed, 1949)
Los dioses deben de estar locos (Jamie Uys, 1980)

5

**¿ERES TONTO SI PUEDES COPIAR EN UN EXAMEN Y NO LO
HACES?**

Gracias por fumar (Jason Reitman, 2005)
En el nombre del padre (Jim Sheridan, 1993)
Matar a un ruiseñor (Robert Mulligan, 1962)
El golpe (George Roy Hill, 1973)

6

**¿PODRÍA SER EL SUICIDIO LA SOLUCIÓN A ALGUNO DE TUS
PROBLEMAS?**

El club de los poetas muertos (Peter Weir, 1989)
El gran dictador (Charles Chaplin, 1940)
Las horas (Stephen Daldry, 2002)
¡Qué bello es vivir! (Frank Capra, 1946)

7

¿SIRVE DE ALGO REZAR?

Indiana Jones y la última cruzada (Steven Spielberg, 1989)
De dioses y hombres (Xavier Beauvois, 2010)
The Root of All Evil? (Russell Barnes, 2006)
La vida de Brian (Terry Jones, 1979)
Religulous (Larry Charles, 2008)
Cartas a Dios (Eric-Emmanuel Schmitt, 2009)
La misión (Roland Joffé, 1986)

8

¿SON MALAS LAS DROGAS?

Fiebre del sábado noche (John Badham, 1977)
Trainspotting (Danny Boyle, 1996)
La gran comilona (Marco Ferreri, 1973)
El festín de Babette (Gabriel Axel, 1987)
Leaving Las Vegas (Mike Figgis, 1995)

9

¿QUÉ ES MEJOR, SER UN FRIKI O SER NORMAL?

Captain Fantastic (Matt Ross, 2016)
Alguien voló sobre el nido del cuco (Miloš Forman, 1975)
Pequeña Miss Sunshine
(Valerie Faris y Jonathan Dayton, 2006)
Requisitos para ser una persona normal
(Leticia Dolera, 2015)
El hombre elefante (David Lynch, 1980)
Silencio (Martin Scorsese, 2016)

10

¿PUEDES PEDIRLE A ALGUIEN QUE ELIJA POR TI?

Casablanca (Michael Curtiz, 1942)
Las vidas posibles de Mr. Nobody (Jaco Van Dormael,
2009)
El guerrero pacífico (Victor Salva, 2006)
Matrix Reloaded (Lana y Lilly Wachowski, 2003)
El show de Truman: Una vida en directo (Peter Weir, 1998)

**¿HAS PENSADO QUÉ VAS A HACER SI NO ALCANZAS LA
NOTA SUFICIENTE PARA ENTRAR EN LA CARRERA QUE
QUIERES?**

La teoría del todo (James Marsh, 2014)
Her (Spike Jonze, 2013)
Siete años en el Tíbet (Jean-Jacques Annaud, 1997)
Zorba el griego (Michael Cacoyannis, 1964)
Los siete samuráis (Akira Kurosawa, 1954)

12

**¿POR QUÉ EN TUS LIBROS DE TEXTO NO HAY MUJERES,
HOMOSEXUALES, INMIGRANTES...?**

Rashōmon (Akira Kurosawa, 1954)
Pulp Fiction (Quentin Tarantino, 1994)
Memento (Christopher Nolan, 2000)
Los Simpson, episodio «Trilogía del error» (2001)

13

¿CÓMO SE SUPERA UNA RUPTURA SENTIMENTAL?

Philosophy: A Guide to Happiness (Alain De Botton, 2000)
Gladiator (Ridley Scott, 2000)
Titanic (James Cameron, 1997)
El día en que Nietzsche lloró (Pinchas Perry, 2007)

14

¿CÓMO SE AFRONTA LA MUERTE DE UN SER QUERIDO?

Monster's Ball (Marc Forster, 2001)
El pequeño Buda (Bernardo Bertolucci, 1993)
La habitación del hijo (Nanni Moretti, 2001)
La tumba de las luciérnagas (Isao Takahata, 1988)
21 gramos (Alejandro González Iñárritu, 2003)
La vida de Calabacín (Claude Barras, 2016)

15

¿POR QUÉ NOS DA MIEDO LA MUERTE?

El séptimo sello (Ingmar Bergman, 1957)
Blade Runner (Ridley Scott, 1982)

Las invasiones bárbaras (Denys Arcand, 2003)
American Beauty (Sam Mendes, 1999)

16

¿CUÁNTO NECESITAS COMPRAR PARA SER FELIZ?

El club de la lucha (David Fincher, 1999)
Hacia rutas salvajes (Sean Penn, 2007)
Comprar, tirar, comprar (Cosima Dannoritzer, 2010)
En busca de la felicidad (Gabriele Muccino, 2006)

17

¿POR QUÉ HAY GENTE QUE NO ES FELIZ?

¿PODRÍAS LLEGAR A SER UNO DE ELLOS?

Los Vengadores (Joss Whedon, 2012)
Están vivos (John Carpenter, 1988)
The Big Bang Theory (2007-2019)
Sully (Clint Eastwood, 2016)
Resacón en Las Vegas (Todd Phillips, 2009)
Gran Torino (Clint Eastwood, 2008)
El hombre que pudo reinar (John Huston, 1975)
El padrino (Francis Ford Coppola, 1972)
El sueño eterno (Howard Hawks, 1946)
Vencedores o vencidos (Stanley Kramer, 1961)
Los archivos del Pentágono (Steven Spielberg, 2017)

18

¿DEBERÍAS FIARTE DE LA WIKIPEDIA?

Origen (Christopher Nolan, 2010)
Érase una vez en América (Sergio Leone, 1985)
Matrix (Lana y Lily Wachowski, 1999)
Black Mirror (Charlie Brooker, 2011-)

19

¿VOTARÁS EN LAS PRÓXIMAS ELECCIONES?

Tiempos modernos (Charles Chaplin, 1936)
El reino (Rodrigo Sorogoyen, 2018)
Novecento (Bernardo Bertolucci, 1976)

V de Vendetta (James McTeigue, 2006)

Lincoln (Steven Spielberg, 2012)

Tierra y libertad (Ken Loach, 1995)

20

¿DEBERÍA UN HOMBRE SER FEMINISTA?

No soy un hombre fácil (Éléonore Pourriat, 2018)

Los amantes del Café Flore (Ilan Duran Cohen, 2006)

La costilla de Adán (George Cukor, 1949)

She's beautiful when she's angry (Mary Dore, 2014)

Persépolis (Marjane Satrapi y Vincent Paronnaud, 2007)

21

¿CÓMO PUEDES SABER SI LO QUE SIENTES ES AMOR?

Midnight in Paris (Woody Allen, 2011)

Langosta (Yorgos Lanthimos, 2015)

La ciudad de las estrellas: La La Land
(Damien Chazelle, 2017)

22

¿ROBAR ESTÁ MAL?

El amargo deseo de la propiedad (Elio Petri, 1973)

El manantial (King Vidor, 1949)

23

¿DECIR «YO TAMBIÉN» ES LO MISMO QUE DECIR «TE QUIERO»?

La llegada (Denis Villeneuve, 2016)

Wittgenstein (Derek Jarman, 1993)

24

SI TE QUEDASES EMBARAZADA, ¿ABORTARÍAS?

Juno (Jason Reitman, 2007)

Las normas de la casa de la sidra
(Lasse Hallström, 1999)

25

¿LAS GALAS DE OPERACIÓN TRIUNFO SON ARTE?

F de falso (Orson Welles, 1974)

El artista y la modelo (Fernando Trueba, 2012)

Network, un mundo implacable (Sidney Lumet, 1973)

La bola de cristal (Lolo Rico, 1984-1988)

26

¿ES JUSTO QUE TU COMPAÑERO CON SÍNDROME DE ASPERGER DISPONGA DE MÁS TIEMPO QUE TÚ PARA REALIZAR UN EXAMEN?

Whiplash (Damien Chazelle, 2014)

La chaqueta metálica (Stanley Kubrick, 1988)

27

¿DEBERÍAS HACERTE VEGETARIANO?

Fast Food Nation (Richard Linklater, 2006)

Gorilas en la niebla (Michael Apted, 1988)

El planeta de los simios (Franklin Schaffner, 1968)

Westworld (Jonathan Nolan y Lisa Joy, 2016-)

28

¿IMPLANTARÍAS UN CONTROL PARENTAL EN EL CEREBRO DE TU HIJO?

Black Mirror, capítulo «Arkangel»

(Jodie Foster, 2017)

Padre de familia, episodio 1 de la octava temporada

(Greg Colton, 2009)

El planeta de los simios (Franklin Schaffner, 1968)

La isla infernal del Dr. Moreau (Don Taylor, 1977)

Locuras de una primavera (Louis Malle, 1990)

El incidente (M. Night Shyamalan, 2008)

Metrópolis (Fritz Lang, 1927)

A. I. Inteligencia Artificial (Steven Spielberg, 2001)

29

EL ARTE DE TENER RAZÓN

Spider-Man (Sam Raimi, 2002)

12 hombres sin piedad (Sidney Lumet, 1958)
El secreto de la pirámide (Barry Levinson, 1985)

Notas

* Los imperativos son normas que nos obligan a realizar ciertas acciones. Kant distinguió dos clases:

- a. Hipotéticos: nos obligan, con la condición de que deseemos el bien que proponen; por tanto, admiten excepciones. El imperativo «debes amar a tu enemigo si quieres entrar en el cielo» es de este tipo porque no es universalizable; los miembros de la banda sueca de black metal Dark Funeral, por ejemplo, no estarían obligados a respetarlo, ya que ninguno de ellos tendría el más mínimo interés en salvar su alma.
- b. Categóricos: mandan de forma absoluta, es decir, sin condiciones ni excepciones, y prohíben cualquier acto que no pueda ser universalizado.

* El caso se lo planteó el propio Kant en un ensayo titulado «Sobre el supuesto derecho de mentir por motivos altruistas». Su posición causó tal revuelo que le hizo entrar en debate con otro de los grandes intelectuales de la época, el filósofo francés Benjamin Constant (1767-1830), quien afirmó: «El principio moral según el cual es un deber decir la verdad, si se tomase de manera aislada e incondicionada, haría imposible toda sociedad. La prueba de ello la tenemos en las muy inmediatas consecuencias que ha extraído de este principio un filósofo alemán, quien llega a afirmar que sería un crimen la mentira dicha a un asesino que nos preguntase si un amigo nuestro, perseguido por él, se había refugiado en nuestra casa».

* Si alguna vez pasas por Milwaukee, no dejes de visitar el Museo Harley-Davidson, porque en él se encuentra una de las motos más famosas del mundo: la Harley-Davidson «Captain America» que Peter Fonda condujo durante la película.

* Garibaldi era el nombre de la calle en la que se encontraba la casa donde Eichmann se escondía del mundo con una identidad falsa.

^{**} La cobertura de este juicio por parte de la filósofa fue llevada al cine de manera magistral en la película *Hannah Arendt* (Margarethe von Trotta, 2013).

* La aplicación de la dialéctica del amo y el esclavo a las relaciones amorosas la llevó a cabo el filósofo francés Jean-Paul Sartre en la obra *El ser y la nada* (1943).

* El argumento de la apuesta de Pascal ha recibido muchas críticas, y una de las más certeras consiste en hacer notar que la segunda premisa presupone que sólo existe el Dios cristiano y se «olvida» de los dioses del resto de las religiones. Por tanto, las probabilidades de acertar disminuyen con cada religión nueva. Si realmente quisiéramos asegurar la apuesta, tendríamos que ir los viernes a la mezquita, los sábados a la sinagoga, los domingos a misa, etcétera. Otro problema a resolver sería determinar qué hacer cuando dos normas religiosas se contradicen. Los judíos se cubren la cabeza cuando entran en el templo y los cristianos hacen justo lo contrario. Rezar sería un auténtico dolor de cabeza: ¿a qué dios invocamos?, ¿nos la jugamos con uno o rezamos a todos por si acaso?

* También puedes acercarte a las ideas de Dawkins sobre Dios y la religión en el documental *The Root of All Evil?* (Russell Barnes, 2006).

* Esta teoría se conoce como *intelectualismo moral* y Platón la recibió de su maestro, Sócrates.

* ¿Cuál era el Dios de Spinoza? El Universo. Spinoza sintetizó sus ideas sobre Dios con la expresión *Deus sive Natura* («Dios o la Naturaleza»), con la que quiso decir que Éste no es algo distinto del mundo. Existe una única sustancia de la que todos formamos parte y las cosas sólo son una expresión de ella a la que puedes llamar *Dios* o *Naturaleza*, como gustes.

* Si sigues insatisfecho con la justificación del mal de Leibniz y con su excesivo optimismo, te recomiendo que leas un extenso poema que el filósofo Voltaire (1694-1778) escribió después de que en 1755 un enorme tsunami arrasase la ciudad de Lisboa mientras el pueblo se encontraba en el interior de las iglesias rezando a Dios. En este poema, Voltaire carga las tintas contra Leibniz y le dice que no existe lógica que pueda justificar este terrible desastre donde murieron cien mil inocentes. Seguir siendo optimistas después de este holocausto es de necios. Sobre esta misma idea, Voltaire dedicó una de sus obras principales: *Cándido o el optimismo*, una ácida y divertida sátira en la que el optimismo de Leibniz es criticado sin piedad.

* En este punto es interesante recordar que entre los atenienses de clase alta se practicaba, como un signo de refinamiento, la pederastia. Si hubieses nacido en esa época, te aseguro que tu relación con tus profesores sería muy diferente.

* Para crear su personaje, Nietzsche se inspiró en el mítico profeta Zaratustra (Zoroastro), fundador de una de las religiones más antiguas. Su doctrina principal es la existencia de una lucha constante entre dos principios contrapuestos: el bien, encarnado en la luminosa divinidad de Ormuz, y el mal, encarnado en la oscura divinidad de Ahrimán. Otras ideas importantes del zoroastrismo son la creencia en el fin del mundo, la recompensa en una vida tras la muerte, el juicio final, la resurrección de los muertos y la profecía de una virgen que dará a luz al salvador, ideas que ejercieron una gran influencia sobre el judaísmo, el cristianismo y el islam. Un dato curioso es que entre los adeptos del zoroastrismo se encontraba el gran Freddie Mercury, cantante de Queen, cuyo verdadero nombre era Farrokh Bulsara.

* En el capítulo titulado «De la visión y el enigma», Zaratustra tiene una visión en la que aparece la figura de un pastor paralizado por una serpiente. Ante esta situación, Zaratustra le incita a morder la cabeza del animal. El pastor está aterrorizado por el asco, pero cuando finalmente corta la cabeza de la serpiente con sus propios dientes, se libra de la opresión. Esta imagen propuesta por Nietzsche representa la liberación. La decisión de morder la serpiente es la representación de afrontar con valentía la vida.

* Si quieres ahondar más en la vida y el pensamiento de Siddartha, te recomiendo la película *El pequeño Buda* (Bernardo Bertolucci, 1993).

* Estas palabras pertenecen al bellísimo final de la película *Blade Runner* (Ridley Scott, 1982). Pocas veces en la historia del cine nos hemos conmovido tanto ante la muerte de un personaje.

* Si te gustan practicar el *skate* y hacer grafitis seguro que conoces una marca de ropa que utiliza esta imagen como logo, aunque ¿no es algo contradictorio criticar el sistema consumista vendiendo sudaderas que rondan los 80 euros?

* Principio usado especialmente en filosofía medieval que obligaba a aceptar una tesis como verdadera si había sido defendida por una autoridad, eliminando cualquier posibilidad de discusión.

* Hume utiliza el término *impresión* para referirse a nuestras percepciones, tanto las externas como las internas.

* Donald Trump parece ser un gran seguidor de la teoría de la verdad del señor James.

* Si quieres conocer más sobre la increíble historia de Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre, te recomiendo la película *Los amantes del Café de Flore* (Ilan Duran Cohen, 2006).

* Por entonces, Abelardo poseía el grado de Magister in Artibus, es decir, dominaba lo que se conocía como las «artes liberales»: el *trivium* (retórica, gramática y dialéctica) y el *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música).

* El término *escolástica* procede del latín *scholasticus*, que significa «el que enseña o estudia en la escuela» y, con él nos referimos a la filosofía cristiana que se practicaba en las universidades medievales. Los escolásticos diseñaron un método propio en el que los debates sobre temas polémicos fueron la parte más importante.

* Si te parece que el comedor de un monasterio no es un lugar apropiado para hacer el amor, te recomiendo que leas el poema «Inventario de lugares propicios al amor», del escritor Ángel González.

* Una de las películas que más disfrutaban los liberales es *El manantial* (King Vidor, 1949), porque su guion fue escrito por una de las filósofas liberales más conocidas: Ayn Rand.

* En el ensayo original, J. J. Thomson utiliza un «violinista famoso», pero eso se debe a que el experimento mental fue diseñado en 1971 y, por entonces, la filósofa no conocía la maravillosa música de David Bustamante.

* En el experimento original, la profesora Thomson utiliza la mano de Henry Fonda pero, dado que el actor norteamericano murió en 1982, me parecía que a estas alturas debía estar más seca y arrugada que una pasa. Además, no es conveniente hacer experimentos con muertos, aunque sean mentales.

* Los argumentos por analogía consisten en comparar un caso problemático con otro claro (que no genera ningún debate) para extraer consecuencias, pero para que funcionen es necesario que las similitudes sean relevantes.

* Una de las aplicaciones que puede tener esta imagen de Adorno es como instrumento de análisis de las relaciones de pareja.

* Piensa, por ejemplo, que la industria de la moda no sólo nos dicta cómo debemos vestirnos y ha conseguido que nosotros mismos nos convirtamos en anuncios publicitarios andantes (llevamos los logos de sus empresas por nuestro cuerpo, como antiguamente los esclavos lucían las marcas de sus amos sobre su piel), sino que lo más asombroso que han logrado es crear en nosotros una falsa sensación de libertad, hacernos creer que la industria está a nuestro servicio y no al contrario: en realidad somos nosotros los que estamos al servicio de la industria.

* Estas palabras, pronunciadas por Pericles en un famoso discurso fúnebre en honor de los soldados atenienses caídos en combate durante las guerras del Peloponeso, fueron recogidas por el historiador griego Tucídides. En este discurso, Pericles recuerda a sus conciudadanos por qué derramaron su sangre los soldados muertos: en defensa de la democracia.

* Según este principio, es un poco difícil explicar por qué el futbolista Leo Messi tenía un salario en 2018 de 46 millones de euros.

* Si quieres perfeccionar este superpoder te recomiendo la lectura del libro de Montserrat Bordes Solanas, *Las trampas de Circe: falacias lógicas y argumentación informal*, 2011.

* El método mágico para la preparación de medicamentos homeopáticos consiste en tomar una sustancia y diluirla en 99 partes de agua. Luego se agita enérgicamente la disolución (el inventor de la homeopatía, Hahnemann, usaba una Biblia para golpear el recipiente). Con este proceso se obtiene una disolución de 1 CH (Centesimal de Hahnemann). Posteriormente se extrae una parte de esta disolución y se vuelve a diluir en 99 partes de agua. Para obtener la solución final se repite este proceso hasta 100 veces. Las leyes químicas prueban que en una dilución de 12 CH no queda ni una sola molécula de la sustancia original. Por tanto, no es cierto que la homeopatía no cure: es un buen remedio para la deshidratación.

* La lógica formal es una disciplina que describe la estructura de los argumentos deductivos correctos, es decir, estudia el método para derivar una verdad a partir de otra. Una de las estructuras más conocidas es el *modus ponens*, que viene a decir que siendo p y q dos enunciados cualesquiera, si p implica q, y p es verdadero, entonces q también debe ser verdadero. Lo cual es intuitivamente razonable por todo aquel que esté bien de la cabeza. Ahora bien, no es correcto razonar que si p implica q, y q es verdadero, entonces p también lo es.

Filosofía en la calle. #FiloRetos para la vida cotidiana

Eduardo Infante

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© 2019, Eduardo Infante Perulero

© 2019, J. Mauricio Restrepo, por el diseño de la maqueta

Diseño de la cubierta: © J. Mauricio Restrepo

Imagen de la cubierta: © Cristina Macía

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-344-3143-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com